Diagnóstico:

Tú



Diagnóstico: Tú

MARCOS A.C.

Primera edición.
Diagnóstico: Tú
©Marcos A.C.
©agosto, 2026
©imágenes por Magnific y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Capítulo 1



Candela

El martes debería haber sido un día como cualquier otro. Un martes cualquiera en el que me hubiera levantado tarde, me habría tomado un café en el patio mientras mis gatos, Taco y Chorizo, intentaban cazar mariposas invisibles y habría abierto el portátil para fingir que escribía algo medianamente decente.

Pero no. Ese maldito día decidió que mi vida, que ya era un desastre perfectamente organizado, necesitaba un empujoncito hacia el caos absoluto.

Todo empezó con una llamada.

Mi nombre es Candela, tengo treinta años y soy escritora de novelas románticas. Sí, esa profesión que todo el mundo cree que consiste en sentarse en un jardín florido mientras te vienen las musas con forma de cupidos borrachos. La realidad es bastante menos poética: consiste en encerrarte en pijama durante días, desarrollar una relación codependiente con la cafetera y sufrir crisis existenciales cada vez que Word se actualiza y todos los botones cambian de sitio.

Llevo cuatro meses sin escribir una sola página decente.

Cuatro meses. Ciento veinte días. Dos mil ochocientas ochenta horas dando vueltas a la misma escena de una pareja conociéndose en un ascensor, hasta que he llegado a odiar tanto a esos personajes ficticios que he borrado el archivo tres veces y lo he recuperado de la papelera otras tres, porque, al fin y al cabo, necesito pagar la hipoteca.

Vivo en una casa baja en Benimaclet, el barrio más bonito y caótico de Valencia. Mi padre dice que compré esta casa porque tengo alma de abuela: patio interior con buganvillas trepando por las paredes, un limonero que da los mejores limones de la ciudad, según el propio árbol, supongo, hamaca de madera donde paso más horas de las que debería, y una mesa donde he escrito tres novelas *bestseller* mientras me quemaba al sol como un idiota.

Taco y Chorizo, mis dos gatos rescatados, uno naranja y gordo, el otro negro y trasto, son mis únicos compañeros de escritura desde que… bueno, desde que decidí que los hombres eran una especie sobrevalorada y que mi vibrador, aunque no me abrazaba, al menos no me dejaba en visto ni me robaba los calcetines.

Pero vayamos al grano. A esa llamada que cambió todo.

Sonó el móvil a las diez de la mañana, cuando todavía tenía la cara pegada al teclado del portátil, durmiendo una siesta involuntaria sobre la tecla de espacio, que había dejado tres páginas en blanco, llenas de espacios invisibles.

—Candela, cariño, necesito que respires hondo antes de contestar.

Era Hugo Sempere, mi editor desde hacía seis años. Cuarenta y un años, barba perfectamente recortada, gafas que le daban un aire intelectual que usaba para intimidar a autores novatos, y el corazón de un osito de peluche camuflado bajo trajes italianos carísimos. Me quería como a una hija. También me quería como a una gallina de los huevos de oro, pero eso no quita que entre nosotros hubiera cariño de verdad.

—Hugo, si me vas a decir que la editorial quiere el manuscrito para ayer, te advierto que estoy considerando seriamente cambiarme de profesión y dedicarme a criar cabras en el Pirineo.

—Peor.

—¿Peor?

—Necesito que salgas de esa cueva que llamas hogar y vengas a la oficina. Trae ropa presentable. Y por el amor de Dios, peina ese pelo.

Y colgó.

Hugo nunca colgaba. Hugo era de los que se quedaban veinte minutos despidiéndose con anécdotas, chistes malos y promesas de cenas que nunca cumplía. Si había colgado, algo grave pasaba.

Me levanté y me miré en el espejo del baño. El pelo castaño oscuro que parecía haber pasado por una batalla campal, ojos verdes con ojeras de panda, mi pijama de unicornios que decía «Me odio antes del café», y decidí que el mundo me vería así o no me vería.

Total, ¿qué podía pasar? ¿Que me despidieran? Perfecto. Menos presión. Podría dedicarme a vender limones en un puesto en el mercadillo.

La editorial ocupaba un edificio moderno en el centro de Valencia, cerca de la Plaza del Ayuntamiento. El aire acondicionado me golpeó como una bofetada de civilización cuando entré, todavía sudando del trayecto en bicicleta bajo el sol de julio.

Hugo me recibió en su despacho con una sonrisa que intentaba ser tranquilizadora, pero que a mí me pareció sospechosamente similar a la que ponía cuando iba a pedirme reescrituras masivas.

—Siéntate, Candi.

—No me llames Candi. Sabes que me pone de los nervios.

—Candela, entonces. Necesito que escuches con mente abierta.

Me senté. Crucé las piernas. Intenté parecer profesional a pesar de llevar un vestido veraniego arrugado y zapatillas *Converse* rotas.

—Tu contrato —empezó Hugo, ajustándose las gafas—. Renueva en septiembre. La editorial está encantada contigo. Sabes que tus dos últimas novelas han sido *bestsellers* y que has estado en la lista durante treinta semanas…

—Pero...

—Pero necesitamos el nuevo manuscrito para entonces. Y no solo cualquier manuscrito. Necesitamos algo diferente. Algo que demuestre que Candela Navarro puede ir más allá de las comedias románticas estándar.

—¿Estás diciendo que mis comedias románticas son estándar?

—Estoy diciendo que el mercado está saturado de escritoras que escriben sobre cupcakes y encuentros en cafeterías. Tú eres mejor que eso. Pero últimamente... —Hugo hizo una pausa—. Últimamente escribes como si tu corazón no estuviera en ello.

Porque no lo está. Porque hacía cuatro meses que mi corazón parecía haberse mudado a un piso compartido en el centro de la nada y no paga alquiler ni me avisa de cuándo volverá.

—Tengo una idea —continuó Hugo—. Tu próxima protagonista es médica. Cirujana cardiovascular. Mujer fuerte e independiente que no necesita príncipes azules.

—¿Y el protagonista masculino?

—El protagonista masculino es un cirujano cardiovascular real. Uno de los mejores de España. Internacionalmente reconocido. Guapo, brillante, reservado… el paquete completo.

—Suena horrible.

—Ah, pero aquí viene lo mejor. Tú vas a pasar varias semanas con él. Documentándote. Conociendo su mundo. Viendo cómo funciona un quirófano, cómo piensa un médico de élite, cómo...

—¿Cómo?

—Cómo vive, cómo respira, cómo… todo. Será tu inspiración. Tu Musa con bata blanca.

Me levanté tan rápido que casi vuelco la silla.

—¿Estás loco? ¿Quieres que pase semanas con un médico arrogante, pedante, que seguramente se cree Dios y mira por encima del hombro a cualquiera que no tenga un doctorado en… en…?

—Adrián Ferrer Montesinos —dijo Hugo, ignorando mi indignación —. Treinta y ocho años. Jefe de Cirugía Cardiovascular en el Hospital Clínico. Ha operado a ministros, actores, empresarios. Da conferencias en todo el mundo. Y según todas las fuentes, es...

—¿Es qué?

—Es el hombre más insufrible de Valencia.

Parpadeé.

—¿Insufrible?

—Arrogante, perfeccionista, frío, sarcástico hasta la médula. No concede entrevistas. No tiene redes sociales. Vive en una fortaleza moderna en las afueras y nadie entra allí. Según mi contacto en el hospital, rechazó la propuesta tres veces antes de aceptarla y solo lo hizo porque el director es amigo de su padre y le debe favores.

—Entonces es un pesado.

—Es un pesado brillante. Y tú, Candela, eres una pesada brillante. Imagina la química.

—Imagina el homicidio.

—Imagina el *bestseller*.

Nos miramos durante diez segundos. Hugo sabía exactamente qué botón pulsar. Sabía que mi competitividad superaba a mi sentido común. Sabía que no podía resistirme a un reto, por muy absurdo que fuera.

—Una semana —dije finalmente—. Una semana y si no funciona, escribo la historia del ascensor y me dejáis en paz.

—Dos semanas. Y empiezas mañana.

—¡Mañana!

—Tiene una operación a las ocho. Deberías estar allí a las siete y media para hablar con él antes de entrar al quirófano.

—Esto es una encerrona.

—Esto es una oportunidad, Candi. Y necesitas una oportunidad. Porque si no entregas algo espectacular en septiembre... —Hugo dejó la frase en el aire, pero ambos sabíamos cómo terminaba.

Porque si no entregaba algo espectacular en septiembre, mi carrera como escritora podía acabar en el limbo de los autores de una sola temporada. Y aunque últimamente odiaba mi trabajo con la intensidad de mil soles, no estaba preparada para dejarlo.

Llegué a casa hecha un manojo de nervios.

Mi padre, Vicente, estaba en el patio preparando la paella. Sí, en julio. Sí, a las dos de la tarde. Mi padre creía firmemente que cualquier momento era bueno para hacer arroz, que la paella no entendía de estaciones, y que el mundo sería un lugar mejor si la gente comiera más arroz y discutiera menos.

—Cariño —dijo sin levantar la vista de la sartén—. Hueles a pánico.

—Voy a matar a Hugo. Voy a escribir una novela sobre un editor asesinado. Voy a hacerlo tan explícito que necesite clasificación para mayores de dieciocho años y advertencias de contenido violento.

—¿Te ha pedido que reescribas otra vez?

—Me ha vendido a un médico.

Mi padre dejó la cuchara de madera y se giró. A sus sesenta y tres años, con el pelo canoso y los ojos marrones que yo había heredado, seguía siendo un hombre atractivo. La viudez, doce años ya desde que mi madre nos dejó, le había dado una melancolía que combinaba de forma extraña con su sentido del humor.

—¿Cómo que te ha vendido a un médico?

Le expliqué todo. La propuesta, el doctor Adrián Ferrer Montesinos, las semanas de documentación, la amenaza velada sobre mi contrato.

—¿Y tú qué has dicho?

—Que sí. Por supuesto que he dicho que sí. Soy idiota, papá. Soy competitiva, idiota y, además, tengo el orgullo de una adolescente con acné. No podía decir que no.

Mi padre sonrió. Esa sonrisa suya que significaba «mi hija está metiendo la pata hasta el fondo, pero voy a dejar que aprenda sola».

—¿Y cómo es este médico?

—Arrogante. Frío. Seguro que se cree mejor que todo el mundo. Seguro que habla en latín médico para impresionar. Seguro que...

—¿Es guapo?

—Eso da igual.

—Candela.

—Da igual que sea guapo. Si es insoportable, no importa si parece un modelo de pasarela o un duende con alopecia.

—Pero es guapo.

—Según Google, sí. Pero Google también dice que el aguacate es una fruta y yo sigo considerándolo un error de la naturaleza.

Capítulo 2



Candela

En ese momento sonó el timbre. Era Mireia, mi mejor amiga desde los catorce años, cuando nos sentamos juntas en clase de Lengua y ella me prestó un boli porque el mío se había quedado sin tinta. Treinta años, rubia, organizada hasta el punto de tener una agenda para su agenda, y la única persona en el mundo capaz de decirme verdades que dolían sin que yo la odiara por ello.

Entró con su elegancia habitual. Llevaba un pantalón blanco impecable, una camisa de lino y sandalias que seguramente costaban más que mi ordenador, y se sentó en la hamaca sin ceremonias.

—He traído vino —dijo, sacando una botella de blanco de la nevera que conocía mejor que la suya propia—. He oído que hay crisis.

—¿Cómo lo has oído?

—Hugo me ha llamado. Me ha pedido que te convenza de que esto es una buena idea.

—¡Traidor!

—Candela, escúchame —Mireia sirvió tres copas, incluida una para mi padre, que seguía cocinando—. Llevas meses hecha un desastre. No sales, no escribes, no haces nada salvo quejarte de que no puedes escribir. Necesitas aire fresco. Necesitas… estímulos.

—¿Estímulos?

—Este médico suena interesante.

—Este médico suena insufrible.

—Los hombres insufribles son los mejores en la cama —dijo Mireia con total naturalidad.

Mi padre se atragantó con el vino.

—Mireia, por favor, mi padre está presente.

—Tu padre es adulto y sabe de qué va la vida. ¿O no, Vicente?

—Las mujeres de esta casa me van a matar —murmuró mi padre, volviendo a la paella.

—No voy a acostarme con el médico —dije con la mayor firmeza que pude reunir—. Ni siquiera voy a gustarme. Voy a odiarlo. Es mi misión documentarme sobre su personalidad insufrible y luego crear un personaje basado en él que muera solo y amargado al final de la novela.

—Apuesto cien euros a que tardas menos de una semana en admitir que es atractivo —dijo Mireia.

—No juego a esos juegos.

—Cien euros. Y una cena en ese restaurante japonés carísimo del que siempre hablas.

La miré. Ella me miró. Esa mirada de complicidad que teníamos desde hacía dieciséis años.

—Trato hecho —dije—. No me gustará. No admitiré que es atractivo. Y tú pagarás la cena y me darás cien euros que invertiré en vibradores nuevos.

—Y si pierdes, pagas tú la cena y me das cien euros que invertiré en organizadores de armario.

—Sois dos enfermas —dijo mi padre desde la cocina—. Y la paella se está quemando porque me tenéis distraído con historias de médicos guapos.

Cenamos los tres en el patio, bajo las estrellas de julio que brillaban sobre Benimaclet. Hablamos de todo menos de lo que realmente me preocupaba. De mi ex, Sergio, que había vuelto a aparecer en mi vida hacía un mes con un «Hola, ¿cómo estás?» que olía a egoísmo y a «He visto que tu última novela ha vendido un millón de ejemplares y ahora sí que me interesas».

Sergio Roldán. Treinta y cuatro años, fotógrafo, moreno, sonrisa perfecta y la capacidad de hacer que cualquier mujer se sintiera la única persona en el mundo… hasta que desaparecía y aparecía en la cama de otra.

Habíamos estado juntos dos años. Dos años de mi vida que había dedicado a creer que podía cambiarlo, a perdonar infidelidades que llamaba confusiones, a hacerme pequeña para que él se sintiera grande.

Cuando terminó, cuando le pillé con otra, porque, claro, siempre me enteraba yo, nunca tenía la decencia de ser él quien confesara, juré que no volvería a dejarme conquistar por sonrisas bonitas y palabras vacías.

Y ahora, mañana, iba a conocer a Adrián Ferrer Montesinos. Guapo, arrogante, seguro de sí mismo. El tipo de hombre que me hacía poner los ojos en blanco solo por existir.

No caería en la trampa.

No admitiría que era atractivo.

No le daría ni la hora.

El Hospital Clínico de Valencia, a las siete y media de la mañana, es un lugar que huele a desinfectante, a café barato y a sueños rotos. Llegué con veinte minutos de retraso porque el metro se había averiado. Llevaba un vestido que había planchado mal y unas sandalias que me hacían ampollas solo con mirarlas.

La recepcionista me miró como si fuera una bacteria.

—El doctor Ferrer está en su despacho. Tercera planta. Pregunte en enfermería.

Subí las escaleras porque el ascensor estaba lleno de gente con cara de luto. Tercera planta. Pasillo blanco. Luces fluorescentes que me hacían sentir como si estuviera en una película de terror psicológico.

Encontré el despacho. Y en la puerta había una placa dorada en la que se leía «Dr. Adrián Ferrer Montesinos. Jefe de Cirugía Cardiovascular».

Respiré hondo. Llamé y nada. Llamé otra vez.

Una enfermera pasó por mi lado.

—El doctor Ferrer está en quirófano. Ha tenido una emergencia. Debería esperar en la sala de espera de médicos, al final del pasillo.

—¿Cuánto tardará?

—¿En quirófano? Depende. Dos horas. Seis. Doce. Cuando termine de salvar la vida que intenta salvar.

Genial. Perfecto. Mi primera impresión iba a ser llegar tarde y que él ya estuviera operando. Hugo me mataría. La editorial me mataría. Mi carrera se iría por el desagüe.

Esperé tres horas en una sala con sofás de cuero gastado, bebiendo café de máquina que sabía a cartón mojado, intentando no mirar el reloj cada treinta segundos.

A las once y cuarto, la puerta se abrió. Y entonces lo vi.

Adrián Ferrer Montesinos entró en la sala como si el hospital fuera suyo. Como si las paredes blancas y el olor a antiséptico existieran únicamente para enmarcar su presencia.

Era alto, muy alto. Un metro noventa fácil. Traje azul marino impecable. Camisa blanca, corbata gris. Pelo oscuro, ligeramente despeinado de forma calculada. Barba de tres días que le daba un aire de canalla respetable. Y los ojos... Dios, los ojos. Grises, fríos e inteligentes. Del tipo que parecen ver a través de tus mentiras antes de que las pronuncies.

Y entonces me miró.

Yo estaba sentada en el sofá, con un cuaderno en el regazo, café derramado en la falda del vestido y, seguramente, una expresión de estúpida sorpresa en la cara.

—¿Usted es la escritora? —preguntó.

Su voz era grave y profunda. Del tipo que vibra en el pecho.

—Candela Navarro —dije, levantándome y extendiendo la mano—. Encantada. Bueno, encantada es un decir. En realidad, estoy aquí obligada, pero intentemos que esto sea lo menos doloroso posible para ambos.

No sonrió. Ni siquiera parpadeó.

Me miró la mano como si fuera un objeto desconocido que podía estar contaminado y luego me la estrechó. Su piel era cálida, su apretón firme y, durante un segundo, sentí algo extraño en la base del estómago que decidí ignorar por completo.

—Adrián Ferrer —dijo, soltando mi mano—. Tengo veinte minutos antes de la siguiente consulta. Espero que sea suficiente para explicarle por qué esto no va a funcionar.

—¿Perdón?

—Esto —hizo un gesto vago entre los dos—. Su... documentación. Mi trabajo. No creo que tengamos nada que ofrecernos el uno al otro, señorita Navarro.

—Es doctora Navarro. Doctora en Bellas Artes, si vamos a ser técnicos. Y en Creatividad Literaria. Y, además, es escritora de tres *bestsellers* internacionales, así que, el señorita sobra.

Una chispa de algo. ¿Interés? ¿Molestia? Cruzó sus ojos grises.

—Muy bien, doctora Navarro. Siéntese. Y explíqueme por qué debería perder mi valioso tiempo respondiendo preguntas sobre un trabajo que usted seguramente romantizará hasta hacerlo irreconocible.

Me senté. Él se sentó frente a mí, cruzando las piernas, mostrando unos zapatos italianos que costaban más que mi alquiler de tres meses.

—No romantizo nada —mentí—. Solo busco autenticidad.

—Autenticidad. —Casi escupió la palabra—. ¿Sabe qué es la autenticidad en un quirófano, doctora? Es sangre. Es miedo. Es tomar decisiones que significan vida o muerte mientras el reloj marca segundos que no se pueden recuperar. No es lo que usted escribe. No son finales felices forzados ni declaraciones de amor bajo la lluvia.

Sentí que la sangre me subía a las mejillas.

—¿Ha leído mis libros?

—He leído reseñas. Suficiente para saber que su visión del amor es… idealizada.

—Y su visión de la literatura es… —lo miré de arriba abajo— limitada. ¿Sabe? No todo el mundo puede ser cirujano cardiovascular. Algunos tenemos que ganarnos la vida inventando sentimientos, como usted dice. Al menos mis personajes ficticios no mueren si me equivoco.

—No, solo se enamoran de forma irreal.

—Y usted opera de forma robótica. ¿Eso es mejor?

Nos quedamos mirando y sentí que la tensión en la sala era palpable. El aire acondicionado parecía haber dejado de funcionar. Yo tenía el corazón acelerado, las manos sudorosas y una extraña necesidad de estrangularlo y simultáneamente… no. No iba a terminar ese pensamiento.

—Veinte minutos —dijo finalmente, mirando su reloj—. Pregunte lo que quiera. Pero le advierto: no voy a facilitarle material para que convierta mi profesión en un entretenimiento barato.

—Y yo le advierto a usted: no voy a permitir que su actitud de superioridad emocional arruine mi novela. Así que responderá a mis preguntas, doctor Ferrer, aunque tenga que arrancarle las respuestas con las uñas.

Algo cambió en su expresión. Una mínima curva en la comisura de los labios que podría haber sido casi… ¿admiración?

—Empiece, entonces.

Y empecé. Le pregunté por su formación. Por sus pacientes más difíciles. Por las noches en que no podía dormir. Por el peso de tener vidas en sus manos.

Me respondió con monosílabos. Con frases cortadas. Con esa voz grave que me hacía sentir cada palabra en la piel.

A los quince minutos, ya lo odiaba más que a nadie en mi vida.

Y a los diecisiete, cuando se inclinó para recoger un bolígrafo que se me había caído y su mano rozó accidentalmente la mía, sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado.

—Se ha acabado el tiempo —dijo, levantándose—. Mi secretaria le dará una copia de mi horario de consultas externas. Puede asistir como observadora. Pero no espere que cambie de opinión al respecto.

—¿Sobre qué?

—Sobre usted. Sobre esto. Sobre lo absurdo que es pretender entender la medicina escribiendo sobre ella desde un café con Wi-Fi.

—Y no espere usted que cambie de opinión sobre los médicos arrogantes que creen que el mundo gira a su alrededor.

Nos miramos una última vez. Él tenía los ojos fríos, distantes, perfectamente impenetrables. Yo tenía las mejillas sonrojadas, el corazón desbocado y la certeza absoluta de que nunca había conocido a nadie que me pusiera tan nerviosa.

—Hasta mañana, doctora Navarro.

—Hasta mañana, doctor Ferrer.

Salió del despacho sin mirar atrás y yo me quedé sentada, mirando la puerta cerrada, con una sola certeza resonando en mi cabeza.

Ese hombre era insoportable. Arrogante. Despreciable. Y, maldita sea, era el hombre más atractivo que había visto en mi vida.

Cuando salí del hospital, el sol de julio me golpeó como una bofetada de realidad. Saqué el móvil y llamé a Mireia.

—He perdido la apuesta —dije antes de que pudiera saludar.

—¿Qué?

—Cien euros. La cena japonesa. Lo que quieras. Pero no me hagas admitirlo en voz alta nunca más, por favor.

—¿Admitir qué?

—Que es… —tragué saliva—. Que es guapo. Que es muy guapo. Que es el tipo de guapo que hace que quieras odiarlo solo para no sentirte vulnerable.

Mireia se rio durante treinta segundos seguidos.

—Bienvenida de nuevo al mundo de los vivos, Candela Navarro. Bienvenida de nuevo.

Colgué y miré el hospital por última vez.

Mañana volvería. Mañana pasaría más tiempo con ese hombre insufrible. Mañana tendría que encontrar la manera de escribir sobre él sin volverme loca.

O quizás mañana descubriría que el verdadero desastre no era mi bloqueo creativo. Quizás el verdadero desastre era que, por primera vez en cuatro meses, sentía algo.

Y ese algo se llamaba Adrián Ferrer Montesinos.

Capítulo 3



Adrián

El control era la única verdad que conocía.

En el quirófano, el control separa la vida de la muerte. Un milímetro de diferencia, un segundo de distracción, un movimiento impreciso y todo se desmorona. He pasado quince años de mi vida perfeccionando ese control. Lo he convertido en mi religión, en mi mantra, en la pared invisible que me separa del caos.

Por eso, cuando Candela Navarro irrumpió en mi despacho aquella mañana de julio, supe inmediatamente que representaba todo lo que detestaba. El caos personificado.

La operación había sido complicada. Un bypass cuádruple en un paciente de setenta y dos años con arterias tan bloqueadas que parecían tuberías de cal. Había tardado seis horas. Había sudado hasta la última gota bajo las luces del quirófano. Pero el corazón volvía a latir con fuerza y eso era lo único que importaba.

Cuando entré en la sala de estar de los médicos, esperando encontrarla vacía, la vi.

Estaba sentada en el sofá de cuero gastado, con un vestido amarillo que parecía haberse puesto de cualquier manera, y probablemente así había sido, con zapatillas de lona rotas y un cuaderno lleno de garabatos. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta imperfecta, con mechones sueltos cayéndole por la cara y unas ojeras que competían con las mías en intensidad.

Pero fueron los ojos los que me detuvieron.

Verdes. No un verde apagado, sino un verde intenso, casi irreal, del tipo que parece emitir luz propia. Y en ese momento, mientras me miraba con una mezcla de sorpresa y desafío, vi algo más en ellos: inteligencia. Una inteligencia afilada, rápida, capaz de ver demasiado.

—¿Usted es la escritora? —pregunté, sin molestarme en disimular el cansancio en mi voz.

Ella se levantó. Me tendió la mano. Y entonces soltó esa frase absurda sobre estar allí obligada, como si yo hubiera pedido que me asignaran una sombra literaria.

Candela Navarro. Incluso el nombre sonaba a problemas.

Cuando terminó nuestra conversación, si es que se podía llamar así a aquel intercambio de hostilidades veladas, salí del despacho con la mandíbula tensa y el estómago revuelto de un modo que no tenía nada que ver con la operación de esa mañana.

Nadie me había hablado así en años. Nadie se había atrevido a devolverme sarcasmo por sarcasmo, a desafiarme con esa mezcla de desdén y curiosidad, a mirarme como si yo fuera el que estaba siendo evaluado y no al revés.

Subí a mi despacho privado en la cuarta planta. Me quité la chaqueta del traje, sudada por la operación y ahora por la tensión de aquel encuentro, y me serví un vaso de agua de la botella que guardaba en el mini frigorífico.

El reflejo en el cristal de la ventana me devolvió la imagen de un hombre de treinta y ocho años, ojeroso, con barba de tres días que necesitaba afeitarse, y una expresión que no lograba identificar.

¿Confusión? No. Yo no me confundía. Yo no dudaba. Pero algo en esa mujer...

Sonó el móvil y, al mirar la pantalla, vi que era Lucas.

—¿Y bien? —Dijo después de colgar—. ¿Cómo ha ido con la escritora?

Lucas Ibáñez. Treinta y nueve años, traumatólogo, pelirrojo, con barba poblada y el único ser humano en el planeta que conocía todos mis secretos. Nos habíamos conocido en la residencia, quince años atrás, cuando él era un médico novato, demasiado divertido para su propio bien, y yo era un cirujano en formación que apenas hablaba.

Desde entonces, había intentado emparejarme con medio hospital, había organizado citas a ciegas que yo rechazaba sistemáticamente y había desarrollado una extraña habilidad para leerme la mente.

—Ha ido como esperaba —mentí—. Una molestia innecesaria. Una romántica empedernida que cree que el mundo gira en torno a sus novelas rosas.

—Ja.

—¿Ja?

—Llevas quince minutos hablando de ella y todavía no me has contado nada sustancial.

Me detuve. Miré el teléfono como si pudiera ver su sonrisa burlona al otro lado.

—No estoy hablando de ella. Estoy describiendo una situación profesional incómoda.

—Adrián, cariño, no me conoces de ayer. He visto cómo actúas con las mujeres que te interesan.

—No me interesa.

—Exacto. Normalmente las ignoras por completo. Les das tu voz de robot, les explicas que no tienes tiempo y luego desapareces. Pero esta… esta te ha hecho perder los papeles.

—No he perdido los papeles.

—Has discutido con ella. Has devuelto cada provocación. Eso, amigo mío, es química.

—Eso es irritación.

—Es lo mismo al principio.

Colgué antes de que pudiera seguir. Lucas tenía esa habilidad para meterse donde no lo llamaban y ver conexiones donde yo solo veía inconvenientes.

Pero esa noche, mientras intentaba dormir en mi cama demasiado grande en mi casa demasiado vacía, no pude evitar pensar en ella.

En sus ojos verdes desafiándome. En su voz afilada cortando mis frases. En la forma en que se había sonrojado cuando nuestras manos se rozaron... No. No iba a seguir por ese camino.

A las seis de la mañana del día siguiente, ya estaba en el hospital.

Me gustaba llegar antes que nadie. El edificio vacío, los pasillos silenciosos, el olor a limpio que aún no se había contaminado con el sudor y el estrés del día. Era mi momento de paz, mi ritual de concentración antes de que el caos comenzara.

Revisé los expedientes de los pacientes del día. Preparé mentalmente las operaciones programadas. Intenté no pensar en que ella volvería.

Porque volvería. Hugo Sempere había sido muy claro en su correo: dos semanas de documentación, acceso a consultas externas, observación en quirófano si el paciente daba su consentimiento. Candela Navarro sería mi sombra durante catorce días.

Catorce días de bromas sarcásticas y miradas desafiantes. Catorce días de caos organizado.

El teléfono de mi despacho sonó a las ocho y media. Número interno del hospital. La voz de Marta, la directora de enfermería, sonaba tensa.

—Doctor Ferrer, ¿podría pasar por mi despacho? Es urgente.

Marta no usaba la palabra urgente a la ligera. Bajé las escaleras a paso rápido, con el corazón acelerándose ante cualquier crisis, esa mezcla familiar de adrenalina y profesionalismo.

En su despacho, Marta me recibió con una carpeta en las manos y una expresión que no lograba interpretar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Ha llegado una denuncia. Formal. Al departamento de Calidad y al comité deontológico.

—¿Denuncia?

—Mala praxis. Un paciente suyo. El señor Gutiérrez. El bypass que operó hace tres meses.

Fruncí el ceño. El señor Gutiérrez. Setenta y dos años, empresario jubilado, operación complicada pero exitosa. La revisión de hacía un mes había sido perfecta. Había enviado incluso una carta de agradecimiento. Una donación al departamento.

—Eso es imposible —dije—. El señor Gutiérrez está perfecto. Tiene mi número personal. Si hubiera tenido alguna queja, me habría llamado directamente.

—Lo sé. Por eso me resulta extraño. La denuncia habla de secuelas no informadas, falta de consentimiento adecuado, negligencia postoperatoria, todo muy genérico. Pero está presentada por un abogado. Un bufete de Madrid que no habíamos visto antes.

Cogí la carpeta. Leí el documento. Cada palabra era un golpe preciso, profesional, diseñado para dañar. No había errores médicos reales, lo sabía porque no los había cometido, pero el lenguaje legal estaba calculado para crear dudas.

—Esto no tiene sentido —murmuré.

—Lo sé. Y hay algo más. El abogado ha enviado una copia a tres periódicos. El Levante ya ha llamado para pedir declaraciones.

Sentí un frío en el estómago que no tenía nada que ver con el aire acondicionado.

Alguien estaba intentando dañarme.

No era la primera vez que un médico enfrentaba denuncias infundadas. Pero la precisión de esta, el timing, el hecho de que llegara justo cuando mi carrera estaba en su punto más alto… olía a conspiración.

—Gracias por avisarme, Marta. Voy a llamar a mi abogado.

—Adrián… —su voz se suavizó—. Sé que no cometes errores. Todo el hospital lo sabe. Pero ten cuidado. Alguien quiere manchar tu nombre.

Salí de su despacho con la carpeta bajo el brazo y la mente acelerada.

Alguien quería destruir mi reputación. Y en ese preciso momento, mientras bajaba las escaleras perdido en pensamientos oscuros, la vi.

Candela estaba en recepción, discutiendo con la misma recepcionista que la del día anterior. Llevaba un vestido azul con flores blancas, otro vestido veraniego, impropio para un hospital, sandalias de cuña que la hacían parecer más alta y esa misma libreta llena de garabatos.

—Pero si tiene consulta a las nueve —decía ella, con voz exasperada—. ¿Cómo que no puedo pasar? ¿Acaso hay que tener doctorado para sentarse en una sala de espera?

—Señorita Navarro —dije, acercándome—. ¿Ya está causando problemas a primera hora?

Se giró. Sus ojos verdes me encontraron. Y por un segundo, un segundo que intenté ignorar, vi algo más allá del desafío habitual. Curiosidad, quizás. O sorpresa al verme allí, con cara de pocos amigos, seguramente luciendo como si hubiera dormido solo tres horas.

—Doctor Ferrer. Perfecto. Su recepcionista parece creer que soy una vendedora de enciclopedias.

—Pase —dije a la recepcionista, sin apartar la mirada de Candela—. Está conmigo.

Caminamos juntos hacia el ascensor. El silencio entre nosotros era denso, cargado de electricidad. Quería preguntarle por qué había vuelto, por qué no se había dado por vencida después de nuestro encuentro hostil del día anterior. Pero no lo hice.

—Parece que ha pasado una mala noche —dijo ella, rompiendo el silencio en el ascensor.

—Tengo mucho trabajo.

—¿Siempre es así de cortante o es que yo le saco lo peor?

La miré. Ella me miró. Y por primera vez en años, sentí el impulso de sonreír ante una provocación.

—Usted saca lo peor de todo el mundo, señorita Navarro. No se haga ilusiones.

—Doctora Navarro.

—Disculpe. Doctora.

Las puertas del ascensor se abrieron. Mi consulta estaba al final del pasillo. Pero no me moví inmediatamente. Quería decirle algo, advertirle de que aquel día no era buen día, que tenía demasiado en la cabeza como para soportar sus bromas.

Pero ella se me adelantó.

—He pensado en lo que dijo ayer —dijo mientras caminábamos—. Sobre que romantizo la medicina. Sobre que no entiendo la realidad.

—¿Y?

—Y creo que tiene razón. No entiendo la realidad de un quirófano. Pero usted tampoco entiende la realidad de la gente común. La gente que no salva vidas todos los días. La gente que simplemente… vive.

—¿Y eso es mejor?

—Es diferente. Y diferente no significa peor.

Entramos en mi consulta. Era un espacio amplio, moderno, con vistas al jardín interior del hospital. Candela se sentó en la silla de los pacientes sin que yo se lo pidiera y abrió su libreta.

—Tengo preguntas —anunció.

—Por supuesto que sí.

—¿Alguna vez se ha enamorado?

La pregunta me pilló desprevenido. Literalmente me detuve en medio de encender el ordenador, con la mano suspendida sobre el ratón.

—¿Perdón?

—Es una pregunta simple. ¿Alguna vez se ha enamorado? En su vida. De verdad. De eso que usted desprecia tanto en mis novelas.

—No veo cómo eso es relevante para su documentación.

—Es relevante porque quiero entender al hombre, no solo al médico. Y el hombre, según parece, es un ser frío y distante que no cree en el amor.

Me senté en mi silla. La miré. Y por un momento, vi algo en ella que no esperaba: vulnerabilidad. Detrás de esa coraza de sarcasmo y desafío, había una mujer que realmente quería saber. Que realmente escuchaba.

—No tengo tiempo para esas cosas —dije finalmente, y mi voz sonó más áspera de lo que pretendía.

—Eso no responde a la pregunta.

—Sí la responde.

—No. La evade. ¿Sabe qué pienso, doctor Ferrer? Pienso que sí se ha enamorado. Pero fue tan doloroso, tan desastroso, que decidió que nunca más volvería a arriesgarse. Así que se esconde detrás de su trabajo, de su perfección, de su control absoluto. Y juzga a los demás por atreverse a sentir.

Sentí un nudo en la garganta. Un nudo que no tenía nada que ver con la denuncia, con el hospital ni con lo profesional.

—Usted no me conoce —dije, y mi voz salió más baja.

—No. Pero estoy intentándolo. Y usted no me lo pone fácil.

Nos miramos durante largos segundos. El aire entre nosotros parecía vibrar. Yo sabía que debía apartar la mirada, volver a mi ordenador, empezar la consulta. Pero no podía.

Ella tenía razón.

Había habido alguien. Hacía años. Una relación que había intentado encajar en mi vida caótica, un intento de normalidad que había terminado en un desastre. Ella, mi ex, una cirujana de Barcelona, había elegido su carrera por encima de nosotros. Yo había elegido mi orgullo por encima de la felicidad. Y desde entonces, había construido muros tan altos que nadie podía escalarlos.

Pero Candela... Candela parecía tener escalera.

—Tengo que preparar la consulta —dije, finalmente apartando la mirada.

—Claro. Siempre huyendo.

—No huyo. Priorizo.

—Es lo mismo.

Se levantó y se acercó a la ventana, dándome la espalda. El sol de la mañana iluminaba su silueta, creando un halo alrededor de su pelo despeinado. Y entonces, sin pensarlo, solté algo que no tenía planeado decir.

—Elena.

Ella se giró.

—¿Qué?

—Elena. Mi ex. Cirujana. Estuvimos juntos tres años. Terminó porque… —hice una pausa, tragando saliva—. Porque ambos éramos demasiado buenos en nuestro trabajo y demasiado malos en lo demás.

Candela no dijo nada. Solo me miró con esos ojos verdes que parecían ver demasiado.

—¿Satisfecha? —pregunté, intentando recuperar el tono sarcástico.

—No —respondió ella, y su voz sonó extrañamente suave—. No me hace feliz saber que sufrió. Solo me hace entenderle un poco más.

—No necesito que me entienda. Necesito que documente su novela y que desaparezca de mi vida.

—Mentira.

La palabra colgó en el aire como un desafío.

—¿Perdón?

—Ha dicho que necesita que desaparezca. Y eso es mentira. Porque si fuera verdad, no me habría contado lo de Elena. No me habría dejado ver que había algo debajo de todo ese hielo.

Quería negarlo. Quería decirle que se equivocaba, que no había nada debajo, que era exactamente lo que parecía: un hombre frío, profesional, vacío de emociones innecesarias.

Pero en ese momento, sin poder evitarlo, sonreí.

No una sonrisa grande. Ni una sonrisa de esas que Lucas intentaba arrancarme con sus bromas. Una sonrisa sutil, casi imperceptible, involuntaria. Una sonrisa que nació de la sorpresa, de la frustración, de algo que no sabía identificar.

Y ella la vio. Vi cómo sus ojos se iluminaban, cómo sus mejillas se sonrojaban ligeramente, cómo apartaba la mirada rápidamente como si hubiera visto algo que no debía.

—Maldita sea —murmuró ella, volviendo a su libreta.

—¿Qué?

—Nada. Es que… —suspiró—. Es que confirma algo que no quería admitir.

—¿El qué?

Ella me miró, y en sus ojos había guerra. Conflicto. Esa misma batalla que yo sentía en mi interior.

—Que debajo de esa fachada de hombre frío —dijo, y su voz era un susurro casi imperceptible— hay alguien que puede ser muy peligroso.

No pregunté por qué. No necesitaba hacerlo. Porque en ese preciso instante, mientras el sol entraba por la ventana y el hospital bullía a nuestro alrededor con su rutina de vida y muerte, supe exactamente a qué se refería.

Ella era peligrosa para mí. Porque en menos de veinticuatro horas, había logrado algo que nadie conseguía en años: hacerme sentir.

Y eso era algo que yo no podía permitirme.

—Tengo que atender a mis pacientes —dije, y mi voz sonó áspera, forzada.

—Por supuesto.

—Puede quedarse. Observar. Pero no interfiera.

—Nunca interferiría, doctor Ferrer.

—Mentira —repetí, usando su misma palabra—. Usted interfiere en todo. En mi concentración. En mi paz. En mi...

Me detuve. No iba a terminar esa frase.

—¿En su qué? —preguntó, y había algo travieso en su tono.

—En mi paciencia —mentí.

Ella sonrió. Una sonrisa amplia y victoriosa que iluminó toda la habitación.

—Entonces tendré cuidado. No quiero agotar su paciencia… todavía.

Esa sonrisa suya. Esa sonrisa que prometía problemas, caos y algo más que no quería nombrar.

Salí de la consulta con paso rápido, dejándola atrás, intentando recuperar el control que siempre había sido mío.

Pero mientras caminaba hacia la primera paciente del día, con la mente dividida entre la denuncia que amenazaba mi carrera y la escritora que amenazaba algo mucho más peligroso, supe que las cosas habían cambiado.

Candela Navarro había entrado en mi vida como un tornado. Y lo peor de todo era que, por primera vez en años, no quería que se fuera.

Capítulo 4



Candela

La mejor manera de sobrevivir a un desastre es convertirlo en ficción.

Esa era mi teoría, al menos. Una teoría que había funcionado durante años cada vez que la realidad se volvía demasiado intensa, demasiado dolorosa, demasiado… real. Cuando mamá murió, a los dieciocho, descubrí que podía transformar el dolor en historias. Que si escribía sobre personajes que sufrían y superaban, mi propio sufrimiento se volvía más manejable.

Así que esa noche, sentada en el patio de mi casa con Taco ronroneando sobre mis pies y Chorizo intentando sentarse encima del teclado, tomé una decisión.

Si Adrián Ferrer Montesinos iba a ser mi sombra durante dos semanas, al menos sacaría material literario de ello.

Abrí un documento nuevo. Lo titulé «Doctor Insoportable Número Uno: Notas para personaje».

Y empecé a escribir.

Características principales del antagonista masculino:

1. Cree que los sentimientos son una enfermedad contagiosa. Probablemente se vacunaría contra ellos si existiera la posibilidad.

2. Habla en monosílabos como si cada palabra le costara dinero.

3. Viste trajes caros que deben compensar algún complejo de inferioridad emocional.

4. Tiene los ojos más fríos del planeta. Posiblemente sea un cíborg. Debería investigar si parpadea o si tiene puerto USB en alguna parte.

5. ...

Me detuve.

Los dedos flotaban sobre el teclado, pero mi mente había viajado a esa mañana, a su consulta, a la forma en que había sonreído, esa sonrisa pequeña, casi imperceptible, que había iluminado algo dentro de mí como un relámpago en plena tormenta.

Negué con la cabeza. No. No iba a dejar que esa sonrisa contaminara mi personaje. Mi doctor insoportable debía ser exactamente eso: insoportable. Arrogante. Frío. Un hombre que merecía un final solitario en mi novela, rodeado de diplomas y vacío por dentro.

Guardé el documento. Apagué el ordenador. Y decidí que dormir sería la mejor estrategia.

Pero, por supuesto, no pude dormir.

Los días siguientes fueron... confusos.

Seguí a Adrián como una sombra, como había acordado con Hugo. Asistía a sus consultas externas, tomaba notas en mi libreta, intentaba captar el ambiente médico para mi novela. Pero cada vez que creía tenerlo definido, cada vez que pensaba que había encontrado la clave para caricaturizarlo, hacía algo que desmontaba todo mi esquema.

El martes, por ejemplo, atendió a una señora mayor llamada Doña Pilar. Setenta y ocho años, manos temblorosas, voz quebrada por el miedo. Adrián podría haberla despachado en cinco minutos, revisar sus análisis, ajustar la medicación, siguiente paciente. Pero no. Se sentó. Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo reconfortante. Le preguntó por sus nietos, ya que sabía sus nombres, recordaba que el mayor había empezado la universidad. Le explicó tres veces el tratamiento, con una paciencia infinita, hasta que ella asintió con lágrimas en los ojos y le apretó la mano con gratitud.

Yo estaba en la esquina, fingiendo tomar notas, pero en realidad observando. Y algo se movió en mi pecho. Algo que no quería identificar.

El miércoles fue peor.

Llegó al hospital a las seis de la mañana, como siempre. Pero esa tarde, cuando terminó su jornada oficial, se quedó. No porque tuviera guardia. Sino porque había una operación de urgencia. Un niño de doce años, accidente de tráfico, corazón comprometido, y el cirujano de guardia era novato. Adrián se quedó doce horas más. Doce. Operó, supervisó, se aseguró de que todo saliera bien.

Cuando salió del quirófano, a las tres de la madrugada, tenía ojeras que competían con las mías, barba de dos días, y una expresión de absoluto agotamiento. Pero también tenía algo más: una satisfacción silenciosa, una paz interior que solo aparece cuando has hecho algo que realmente importa.

Me encontró en la sala de espera, donde me había quedado oficialmente para documentar el ambiente nocturno del hospital, aunque en realidad era porque no sabía por qué no podía irme.

—¿Todavía aquí? —preguntó y su voz sonaba sorprendentemente suave.

—Estaba escribiendo —mentí.

—A las tres de la mañana.

—Soy noctámbula.

Me miró durante unos segundos. Luego, sin decir nada, se sentó a mi lado en el sofá gastado. Apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos.

—¿Le importa? —dijo, sin abrirlos—. Solo necesito cinco minutos.

—Por supuesto.

Y allí nos quedamos. Él, el gran cirujano cardiovascular Adrián Ferrer Montesinos, durmiendo como un niño en un sofá de hospital. Yo, sentada a su lado, con el corazón haciendo cosas extrañas cada vez que su respiración se hacía más profunda.

No era frío, me di cuenta en ese momento. Estaba cansado. Profunda y terriblemente cansado. Y esa conclusión me enfureció.

Porque significaba que quizás lo había juzgado demasiado rápido. Que quizás, bajo esa coraza de perfección y distancia, había un ser humano que simplemente se había olvidado de cómo descansar.

Guardé mi libreta con violencia. Él se movió, pero no despertó. Y yo salí del hospital maldiciendo en voz baja, no muy segura de si maldecía a él o a mí misma.

El jueves, Adrián propuso algo inesperado.

—Necesito comer —dijo, saliendo de su consulta a la hora del almuerzo—. Y usted necesita dejar de mirarme como si fuera un espécimen en un microscopio.

—No lo miro así.

—Sí que lo hace. Y es incómodo.

—Mi trabajo es incómodo.

—Su trabajo es escribir. Y no la he visto escribir una sola palabra en tres días.

Me quedé callada. Tenía razón. Había pasado más tiempo observándolo que tomando notas útiles. Más tiempo memorizando la forma en que fruncía el ceño cuando estaba concentrado, o el modo en que se pasaba la mano por el pelo cuando estaba frustrado, que documentando procedimientos médicos.

—Hay una terraza cerca —dijo, y su tono era casi… ¿vacilante?—. Se come bien. Si quiere seguir documentando, puede hacerlo mientras como.

—¿Me está invitando a comer?

—Le estoy permitiendo que me acompañe mientras como.

Sonreí.

—Eso suena a cita forzada por el trabajo.

—No es una cita.

—Por supuesto que no, doctor Ferrer. Sería ridículo.

La terraza estaba en una calle del Carmen, llena de macetas con geranios y sombra de toldos a rayas. Era uno de esos lugares valencianos que parecían detenidos en el tiempo: mesas de hierro pintadas de verde, sillas de mimbre y un dueño que saludó a Adrián por su nombre.

—¿Viene a menudo? —pregunté, sentándome.

—Cuando puedo. Que no es mucho.

—¿Y hoy puede?

—Hoy… —hizo una pausa, mirando el menú—. Hoy necesito alejarme del hospital. De la denuncia. De todo.

La denuncia. Había oído rumores. Enfermeras susurrando en los pasillos, médicos mirando a Adrián con expresiones de preocupación. Alguien intentaba dañar su reputación, eso estaba claro. Pero él no había dicho nada y yo no había preguntado.

Pedimos. Él, una ensalada mediterránea que picó con precisión quirúrgica. Yo, una paella que me costó la mitad de la tarde terminar.

Y entonces, entre bocado y bocado de algo que no era exactamente una conversación, pero tampoco un silencio incómodo, pasó algo extraño.

Empezamos a hablar de nosotros.

—¿Por qué escribe? —preguntó de repente, sin mirarme.

La pregunta me pilló desprevenida. No era la típica «¿De dónde saca las ideas?» o «¿Cómo se le ocurrió ser escritora?». Era más profunda. Más personal.

—¿Por qué opera usted? —Devolví la pelota.

—Le he preguntado primero.

Suspiré. Miré mi copa de agua. Y algo en la atmósfera relajada de la terraza, en el sol filtrándose entre las sombrillas, en la presencia de un hombre que parecía finalmente humano, hizo que soltara la verdad.

—Mi madre murió cuando yo tenía dieciocho años —dije, y la voz me salió más baja de lo que pretendía—. Cáncer. Rápido. Injusto. Un día estaba aquí, al siguiente… no.

Adrián dejó de comer. Me miró, y en sus ojos vi algo que no esperaba: reconocimiento.

—Yo me refugié en las historias —continué, porque ya había empezado y no podía parar—. En las bibliotecas. En los libros donde todo tenía sentido, donde el dolor servía para algo, donde los finales felices existían si trabajabas lo suficiente por ellos. Escribir… escribir fue la forma de crear un mundo donde las madres no morían y el amor duraba para siempre.

Callé. Me sentí expuesta, vulnerable, como si le hubiera entregado un mapa de mis heridas más profundas.

—Mi hermano —dijo Adrián, y su voz sonaba diferente, más suave, más joven—. Se llamaba Daniel. Era mayor que yo por cuatro años. Quería ser piloto. Siempre decía que salvaría vidas desde el aire, que volaría ambulancias o algo así.

Hizo una pausa. Tragó saliva. Y yo supe lo que venía antes de que lo dijera.

—Murió cuando yo tenía quince. Accidente de coche. Un conductor borracho. Rápido. Injusto. —La última palabra la dijo con amargura, como si todavía le costara pronunciarla—. Desde entonces… desde entonces supe que quería salvar vidas. Que si podía evitar que otras familias sintieran lo que sentimos nosotros, tendría que hacerlo.

Nos miramos. Y en ese momento, en esa terraza valenciana llena de turistas y ruido y vida, ocurrió algo mágico. Algo que no estaba en ninguno de mis planes. Algo que no podía escribir en mi libreta ni convertir en ficción.

Por primera vez, nos vimos. Realmente nos vimos.

No como escritora y médico. Ni como molestia obligatoria y profesional irritado. Como dos personas que habían perdido a alguien importante, que habían construido muros diferentes para sobrevivir al dolor, que de alguna forma incomprensible se entendían.

—Por eso odia mis novelas —dije, y era más una constatación que una pregunta.

—¿Qué?

—Porque son finales felices. Porque prometen que el amor todo lo puede. Y usted… usted sabe que no es verdad. Que a veces, por mucho que ames, la gente se va.

Adrián no respondió. Pero extendió la mano sobre la mesa, lentamente, como si no estuviera seguro de si debía hacerlo, y tocó los míos. Solo un segundo. Un roce de dedos contra la piel. Pero fue suficiente para encender una chispa que viajó directa a mi estómago.

—O a veces —dijo, y su voz era un murmullo—, a veces el amor no es suficiente para salvar a nadie.

Estábamos en ese momento. Ese instante suspendido en el tiempo donde todo podía cambiar, donde las barreras podían caer, donde dos extraños podían convertirse en...

—¡Adrián!

La voz nos interrumpió. Cortó la magia como un cuchillo.

Nos separamos, retiramos las manos y giramos hacia la fuente del sonido. Y allí había una mujer de lo más sonriente.

Era alta, delgada, con un pelo negro perfectamente peinado que caía en ondas impecables sobre sus hombros. Vestía un traje de chaqueta azul marino que debía costar más que mi alquiler de tres meses, llevaba tacones que hacían que sus piernas parecieran interminables, y esa sonrisa mostraba unos dientes blancos y perfectos.

—Valeria —dijo Adrián, y su voz había cambiado. Sonaba sorprendido, pero no desagradablemente—. No sabía que estabas en Valencia.

—Llegué ayer. Congreso de Cardiología Intervencionista. —Se acercó a nuestra mesa. Sus ojos —marrones, intensos, del tipo que parecen evaluarte constantemente— me recorrieron de arriba abajo con una rapidez que no pude interpretar—. No me dijiste que tenías compañía.

—No es... —Adrián empezó.

—Candela Navarro —me presenté, extendiendo la mano, sintiéndome ridícula en mi vestido de flores y mis sandalias gastadas—. Escritora. Estoy documentándome para una novela.

—Ah. —Valeria me estrechó la mano con una fuerza sorprendente —. Una escritora. Qué… interesante.

Se sentó. Sin que nadie la invitara. Se sentó en la silla a mi lado, dejándome entre ella y Adrián, y empezó a hablar con él en un código médico que no entendía. Cifras. Procedimientos. Nombres de colegas mutuos. Risas compartidas sobre situaciones en congresos a los que yo nunca asistiría.

Me sentí invisible. No, peor. Me sentí fuera de lugar.

Valeria encajaba. Era médico, como Adrián. Compartían su mundo, su vocabulario, su élite profesional. Y yo… Yo era la chica que escribía sobre amor en cafeterías, que se perdía en sus propias historias, que vestía como una adolescente perdida en un festival de verano.

Y lo peor era que Adrián parecía… cómodo. Relajado. Sonreía de verdad con ella, no esa sonrisa forzada y pequeña que me había regalado a mí. Hablaba con fluidez, sin esfuerzo, sin esa tensión constante que parecía acompañar todas nuestras interacciones.

—¿Y tú, Candela? —Dijo Valeria de repente, volviéndose hacia mí con una amabilidad que no alcanzaba sus ojos—. ¿Escribes novelas de… cómo se dice? ¿Rosa?

—Románticas —corregí, y mi voz sonó más áspera de lo que pretendía—. Novelas románticas.

—Qué adorable. Yo nunca tengo tiempo para leer. Demasiado trabajo, ¿sabes? El hospital, las conferencias, los pacientes… —se volvió hacia Adrián—. ¿Recuerdas aquel caso en Barcelona? El señor con la válvula bicúspide...

Y volvió a excluirme.

Pasaron veinte minutos. Veinte minutos en los que bebí mi agua con rabia, en los que forcé una sonrisa amable, en los que intenté no mirar cómo Valeria tocaba el brazo de Adrián cada vez que quería enfatizar algo, cómo él no se apartaba, cómo parecían dos planetas alineados en el mismo sistema solar mientras yo era un asteroide perdido en el espacio.

Finalmente, Valeria miró su reloj, un Rolex, por supuesto, y se levantó.

—Debo irme. Reunión con el comité organizador. —Se inclinó y besó a Adrián en ambas mejillas, con una familiaridad que me hizo sentir náuseas—. Cenamos pronto, ¿sí? Tengo que contarte lo de Madrid.

—Sí —dijo Adrián—. Claro.

Se fue. Dejó tras de sí un rastro de perfume caro y una sensación de absoluta inadecuación.

Adrián y yo nos quedamos en silencio.

—¿Quién era? —pregunté, aunque ya lo sabía. Ya lo sabía en lo más profundo de mi ser, en esa parte primitiva que reconocía la competencia, el peligro, la amenaza.

—Valeria Montoro. Cardióloga. Trabajamos juntos en Barcelona hace años.

—¿Solo trabajaron juntos?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. Demasiado directa. Demasiado personal. Demasiado... celosa.

Adrián me miró. Y en sus ojos vi sorpresa, confusión, y algo más que no logré identificar.

—¿Importa?

—No. Para nada. Solo curiosidad profesional. Para el personaje, ya sabe.

—Candela.

—¿Qué?

—¿Está celosa?

Me reí. Una risa forzada, demasiado alta, demasiado falsa.

—¿Celosa? Por favor. No somos... Esto no es... Usted y yo solo somos...

—¿Solo somos qué?

—Nada —dije, levantándome de golpe—. No somos nada. Y ahora, si me disculpa, tengo que irme. Tengo una escena que escribir. Una escena de muerte. Trágica. Para mi doctor insoportable.

Salí de la terraza casi corriendo.

No miré atrás. No quería ver si él me seguía con la mirada, si se preocupaba, si le importaba. Porque no importaba. No podía importar.

Él era Adrián Ferrer Montesinos, cirujano cardiovascular, exnovio o examante o lo que fuera de la tal Valeria, perfecta y sofisticada, y probablemente de docenas de mujeres más igual de impresionantes.

Yo era Candela Navarro, escritora de novelas románticas, con zapatillas Converse rotas y un bloqueo creativo que me estaba volviendo loca.

Éramos de mundos diferentes. Y esa noche, mientras escribía en mi patio con los gatos a mis pies y el sonido de los grillos como banda sonora, lo confirmé.

Abrí el documento del «Doctor Insoportable Número Uno». Quería seguir con mi caricatura, con mi venganza literaria, con mi plan de hacer que sufriera en la ficción como me hacía sufrir en la realidad.

Pero mis dedos se negaron a escribir sobre un hombre arrogante y frío.

En su lugar, escribí sobre ojos grises. Sobre una sonrisa pequeña y casi imperceptible. Sobre la forma en que decía mi nombre, con esa voz grave que vibraba en lugares que no sabía que tenía.

Sobre la manera en que había hablado de su hermano, con el dolor todavía fresco después de tantos años.

Y cuando terminé, cuando leí lo escrito, supe que estaba perdida. Porque mi protagonista masculino ya no era un doctor insoportable. Ahora tenía los ojos de Adrián Ferrer.

Y eso, maldita sea, era un problema enorme.

Capítulo 5



Adrián

El control era una ilusión.

Lo supe la primera vez que perdí a alguien en una mesa de operaciones. Lo supe cuando Daniel murió y descubrí que no había habido nada que pudiera hacer, ninguna operación que pudiera realizar, ninguna habilidad que pudiera haber salvado a mi hermano.

Pero a pesar de saberlo, a pesar de conocer la verdad fundamental de que la vida es impredecible y el caos siempre acecha, seguí construyendo muros. Rutinas. Barreras. Cualquier cosa que me permitiera fingir que tenía algún dominio sobre mi existencia.

Candela Navarro destruyó esos muros en menos de una semana.

Y lo peor de todo era que ni siquiera lo hacía a propósito. No era una estrategia calculada ni un plan maquiavélico para desestabilizarme. Simplemente… existía. Con su caos, su sarcasmo, su forma de convertir cada momento en una anécdota que contar.

Y yo, estúpido de mí, empecé a esperar esos momentos con una anticipación que me avergonzaba. Lo admito: empecé a revisar el móvil con una frecuencia ridícula.

No era consciente de ello al principio. Simplemente… sucedía. Estaba en medio de una consulta, escuchando los síntomas de un paciente, y de repente mi mente vagaba hacia qué estaría haciendo ella en ese momento. ¿Seguiría en la sala de espera, garabateando en esa libreta absurda? ¿Habría ido a tomar café al bar de la esquina? ¿Estaría escribiendo sobre mí, convirtiéndome en el villano de su próxima novela?

Y entonces llegaban los mensajes.

No eran mensajes importantes. «¿A qué hora termina hoy?». «¿Puedo pasar a las cuatro a hacerle preguntas sobre el capítulo tres?». «He visto a un señor en el pasillo que parecía su doble, pero con menos cara de asesino. ¿Tiene hermanos?»

Mensajes absurdos que cualquier persona normal ignoraría hasta tener tiempo de responder.

Yo respondía en treinta segundos. Y luego me odiaba por ello.

—Estás enfermo —dijo Lucas un jueves por la mañana, asomándose a mi despacho sin llamar.

Estaba revisando el móvil, otra vez, esperando que apareciera alguna notificación con su nombre.

—Estoy trabajando —mentí, guardando el teléfono demasiado rápido.

—Estás esperando un mensaje de la escritora.

—No sé de qué hablas.

—Adrián, te conozco desde hace años. Nunca has mirado el móvil durante una consulta. Nunca has sonreído a la pantalla como un adolescente con acné. Y nunca, jamás, has respondido a mensajes en medio de una conversación conmigo.

No había respondido ningún mensaje durante nuestra conversación. Pero había pensado en hacerlo y eso era suficiente para que Lucas lo notara.

—Es profesional —dije, intentando recuperar la dignidad—. Ella está documentando para su libro. Yo estoy cooperando.

—Cooperando —repitió Lucas, sentándose en la silla de enfrente sin que lo invitara—. ¿Y por eso le preguntaste si había desayunado?

—Eso fue...

—¿Y por eso le enviaste la ubicación de la cafetería buena del hospital?

—Ella preguntó dónde...

—Adrián. —Lucas se inclinó hacia adelante y por primera vez en años vi algo parecido a la seriedad en sus ojos—. Te estás comportando como un chiquillo enamorado. Y me divierte muchísimo, no te voy a mentir. Pero también me preocupa.

—No estoy enamorado.

—No he dicho enamorado. He dicho enamorando. Presente de indicativo, primera persona del singular de comportarse como un imbécil.

—Vete a hacer tus operaciones, Lucas.

—Solo te aviso: cuando una mujer te hace perder el control, es porque algo importante está pasando. Puedes luchar contra ello, puedes negarlo, puedes construir muros más altos. Pero al final, el control siempre se escapa.

Salió de mi despacho con una sonrisa burlona que me hizo sentir expuesto, vulnerable y ridículamente transparente.

Y lo peor era que tenía razón.

Pero había algo más que mensajes y sonrisas estúpidas. Algo que me hacía buscarla en los pasillos del hospital, que me hacía prestar atención cuando su voz se elevaba desde algún rincón.

Candela tenía una forma única de mirar el mundo. Donde yo veía protocolo, ella veía historia. Donde yo veía diagnóstico, ella veía drama humano. Donde yo veía colegas cansados y estresados, ella veía personajes a la espera de ser descritos.

Y lo más sorprendente: hacía reír a la gente.

No a mí, claro. Conmigo seguía siendo un intercambio de hostilidades veladas, una guerra de sarcasmos que ninguno quería admitir que disfrutaba. Pero con los demás… con los demás era magia.

El viernes pasado, por ejemplo, estaba en la sala de médicos durante el descanso de la comida. El ambiente era el habitual: pesado, agotado, lleno de tensiones acumuladas. El doctor Vila, un cardiólogo de sesenta años que no sonreía desde la transición, estaba quejándose de los nuevos protocolos de administración.

Candela apareció buscando café. Escuchó la conversación durante treinta segundos. Y entonces soltó:

—Perdone, doctor, pero ¿está diciendo que ahora tienen que rellenar tres formularios diferentes para pedir una resonancia? ¿Y no pueden simplemente gritar «¡Necesito una resonancia, maldita sea!» y que alguien les traiga una máquina como pasa en las películas, por ejemplo?

El doctor Vila la miró. Todos la miramos. Y entonces, increíblemente, el hombre que no sonreía desde hacía décadas se rio. Una carcajada seca, sorprendida, que contagió a toda la sala.

—Jovencita —dijo Vila—, usted sí que entiende cómo funciona esto.

—Entiendo que el sistema está diseñado por gente que nunca ha pisado un hospital —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Pero también entiendo que ustedes salvan vidas a pesar del papeleo. Eso es heroísmo puro.

En diez minutos, tenía a medio departamento contándole anécdotas de sus peores historias burocráticas, compitiendo por hacerla reír, olvidando el agotamiento de la jornada.

Yo estaba en la puerta, observando. Y sentí algo extraño en el pecho. No eran celos, no me atrevería a llamarlo así. Era… reconocimiento. Era ver a alguien hacer lo que yo nunca había logrado: conectar con la gente sin esfuerzo, sin muros, sin distancia de seguridad.

Ella me vio. Sonrió. No la sonrisa burlona que me dedicaba habitualmente, sino una sonrisa real, cálida, que decía «Mira, también puedo ser amable con otros».

Y por alguna razón, eso me molestó más que cualquier insulto.

Mientras tanto, la pesadilla de la denuncia seguía creciendo.

Mi abogado, un tipo eficiente de Madrid llamado Rovira que cobraba más por hora de lo que yo ganaba en un día, me llamó el lunes con noticias preocupantes.

—Adrián, han aparecido documentos. Expedientes médicos modificados. Firmas que no coinciden. Alguien ha tenido acceso a información privada del hospital.

—¿Cómo es posible?

—Eso es lo que estamos investigando. Pero escúchame: esto no es un paciente enfadado que quiere una indemnización. Esto es profesional. Alguien con recursos, con contactos, con acceso a sistemas informáticos protegidos.

Sentí un frío en la nuca que no tenía nada que ver con el aire acondicionado.

—¿Quién?

—No lo sabemos todavía. Pero Adrián… alguien quiere destruirte. No solo manchar tu reputación. Destruirte por completo.

Colgué. Miré por la ventana de mi despacho hacia el jardín interior del hospital donde los pacientes paseaban con sus batas y sus sueros. Y por primera vez en años, sentí miedo real.

No el miedo a perder un paciente. Ese miedo era familiar, gestionable, parte del trabajo.

Era miedo a perder el control de mi vida. A que alguien invisible estuviera manipulando los hilos, moviendo fichas en un tablero que yo ni siquiera sabía que existía.

Candela se enteró por casualidad.

Estaba en mi despacho, había desarrollado la costumbre de aparecer sin avisar, como si tuviera derecho a mi espacio, revisando notas sobre una operación que había observado esa mañana. Cuando colgué con Rovira, ella levantó la vista.

—¿Problemas?

—Nada que deba preocuparle.

—Mentira.

La miré. Ella me miró. Y en sus ojos verdes vi algo que no esperaba: determinación.

—Adrián, llevo una semana observándote. Sé cuándo estás mintiendo. Sé cuándo estás preocupado. Y ahora mismo parece que alguien te ha dicho que el mundo se acaba mañana.

Suspiré. No tenía energía para mantener las apariencias.

—La denuncia —dije finalmente—. Es más grave de lo que pensaba. Alguien está manipulando documentos. Falsificando pruebas. Mi abogado cree que es un ataque coordinado.

Candela frunció el ceño. Ese gesto suyo que hacía cuando estaba pensando, concentrada, conectando puntos que otros no veían.

—Cuéntame todo —dijo, y su voz había cambiado. Ya no era la escritora bromista. Era alguien que entendía cómo construir narrativas, cómo detectar inconsistencias.

—No es asunto suyo.

—Adrián, soy escritora. Paso mi vida creando misterios, resolviendo puzles ficticios, encontrando contradicciones en historias que invento yo misma. Si alguien está montando una trama contra ti, quizás pueda ver algo que tú no ves.

—Esto no es una novela. Son mi carrera. Mi reputación. Mi...

—Tu vida —terminó ella—. Lo sé. Por eso, déjame ayudar.

Quería negarme. Quería mantenerla alejada, protegerla de lo que fuera que estuviera pasando, mantener nuestra relación en los límites seguros de la hostilidad profesional.

Pero no quería estar solo en esto. Así que hablé.

Le conté todo. La denuncia inicial, los documentos manipulados, las llamadas anónimas a los periódicos, el patrón de ataques que parecía diseñado para dañar no solo mi trabajo, sino mi credibilidad como persona.

Candela escuchó sin interrumpir. Tomó notas en esa libreta absurda que siempre llevaba. Y cuando terminé, hizo preguntas. Preguntas incómodas, precisas, del tipo que nadie más se había atrevido a formular.

—¿El señor Gutiérrez firmó su consentimiento informado antes de la operación?

—Sí. Tengo copia.

—¿Y ahora dicen que no fue informado adecuadamente?

—Exacto.

—Eso es una contradicción. Alguien está mintiendo y no es usted. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio—. Adrián, ¿ha revisado quién tuvo acceso a esos documentos en los últimos meses?

—Mi abogado está en ello.

—Pero usted no.

—No tengo tiempo para...

—Haga tiempo. —Su voz era firme—. Porque esto no huele a venganza de paciente. Huele a algo personal. Alguien que lo conoce. Alguien que sabe dónde duele.

La miré. Y por primera vez, vi a la escritora que había detrás de la payasa. A la mujer que construía tramas complejas, que entendía la psicología de los villanos, que sabía cómo funcionaba la maldad organizada.

—¿Por qué quiere ayudar? —pregunté.

—Porque no me gusta la injusticia. Y porque… —dudó, y vi algo vulnerable cruzar su rostro—. Y porque quizás esté harta de que me trate como una molestia. Quiero demostrarle que puedo ser útil.

No supe qué decir. Así que hice lo único que se me ocurrió: asentí.

Esa noche, Candela vino a mi casa.

No era una invitación social. Era una necesidad práctica: tenía una videollamada importante al día siguiente con un comité internacional de revisión y necesitaba tranquilidad para preparar los documentos. Mi despacho del hospital estaba siendo revisado por el equipo de seguridad informática y no podía acceder a mis archivos allí.

Así que la llevé a mi villa.

Conduje en silencio. Ella iba en el asiento del copiloto, mirando por la ventana, ocasionalmente haciendo comentarios sobre el paisaje valenciano que ya había oscurecido. El aire entre nosotros era denso, cargado de algo que ninguno quería nombrar.

Cuando llegamos, se quedó inmóvil en el camino de entrada.

—Dios mío —susurró.

Mi casa era… perfecta. Lo sé. La había diseñado así, con arquitectos que cobraban fortunas para crear espacios minimalistas, funcionales, impecables. Fachada blanca, cristaleras enormes, jardín tropical iluminado con luces estratégicas, piscina infinita que reflejaba las estrellas.

Era el control hecho hogar.

—Entre —dije, sintiéndome incómodo de repente.

Caminamos por el recibidor. El suelo de mármol blanco. Las paredes desnudas salvo por algún cuadro abstracto que había comprado sin mirar. La escalera flotante que subía al primer piso.

Candela giraba sobre sí misma, observando todo con ojos que no lograba interpretar.

—Es… impresionante —dijo finalmente.

—Gracias.

—Impresionante y aterradora.

La miré.

—¿Aterradora?

—Parece una casa de catálogo —dijo, y su voz tenía algo de lástima que me molestó—. Una de esas que salen en revistas de decoración donde todo está perfectamente colocado y nadie vive realmente. ¿Tiene al menos una taza de café descuidada en alguna mesa? ¿Un calcetín perdido debajo del sofá? ¿Algo que demuestre que esto es un hogar y no un museo?

—No —respondí, y mi voz sonó más defensiva de lo que pretendía —. No tengo tazas descuidadas. Ni calcetines perdidos. Al menos algo en mi vida está ordenado, Candela. Algo tiene que estarlo.

Ella me miró. Y en sus ojos vi algo que no esperaba: tristeza.

—Eso es lo más triste que he oído en mi vida —dijo suavemente.

Quería replicar. Quería defender mi espacio, mis elecciones, mi forma de vivir. Quería decirle que el orden era necesario, que el control me mantenía cuerdo, que no necesitaba su compasión.

Pero sus palabras se quedaron ahí, flotando en el aire, y cuando intenté responder, descubrí que no tenía argumentos. Porque quizás tuviera razón.

Trabajamos en mi despacho durante tres horas.

Ella revisó documentos con una atención que me sorprendió. Encontró inconsistencias que yo no había visto: fechas que no coincidían, firmas que parecían demasiado recientes, patrones en la modificación de archivos que sugerían acceso interno.

—Esto no es un hacker externo —dijo, señalando una pantalla—. Alguien dentro del hospital está haciendo esto. Alguien con acceso a los sistemas, que sabe cómo funcionan los protocolos, que puede modificar documentos sin levantar sospechas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque en mis novelas los villanos siempre son alguien cercano. Alguien que conoce al protagonista lo suficiente para saber dónde apretar. —Me miró—. Adrián, ¿tiene enemigos en el hospital?

—No lo sé. No… no suelo prestar atención a esas cosas.

—Entonces, empiece. Porque alguien quiere destruirlo y no se detendrá hasta conseguirlo.

Cuando terminamos, eran casi las once. Candela recogió sus cosas y yo la acompañé a la puerta.

—Gracias —dije, y la palabra me costó más de lo que esperaba—. Por ayudar. Por… por ser útil, como dijo.

Sonrió. Esa sonrisa suya que iluminaba todo.

—De nada, doctor Ferrer. Aunque siga siendo una molestia.

—No es… —me detuve—. Ya no es una molestia.

Nos miramos. El silencio entre nosotros era diferente ahora. Cargado de algo que ninguno quería romper, pero que tampoco sabíamos cómo mantener.

—Debería irme —dijo finalmente—. Taco y Chorizo me estarán esperando.

—Taco y Chorizo.

—Mis gatos. —Sonrió—. Sí, ya lo sé. Nombres ridículos. Pero son familia.

Asentí. La acompañé al coche y la vi marcharse, contemplando las luces traseras desapareciendo por el camino de entrada.

Y entonces me quedé solo.

En mi casa perfecta. En mi silencio ordenado. En mi control absoluto sobre un espacio que de repente parecía demasiado grande, demasiado vacío, demasiado… solo.

Caminé por el salón. Pasé junto a la cocina inmaculada donde nunca cocinaba. Miré la piscina iluminada donde nunca nadaba. Subí las escaleras flotantes hacia mi dormitorio con vistas al jardín que nunca disfrutaba.

Y por primera vez en mucho tiempo, quizás por primera vez en años, deseé que alguien se hubiera quedado.

No por el trabajo, ni por la investigación. Simplemente porque la idea de pasar otra noche solo en esa perfección cristalina me resultaba insoportable.

Me senté en el borde de la cama y miré el teléfono, tentado de escribirle algo. Cualquier cosa. «¿Has llegado bien?». «Gracias otra vez.». «¿Mañana seguimos?»

Pero no lo hice. Porque admitir que la echaba de menos, menos de cinco minutos después de que se fuera, era demasiado. Demasiado pronto. Demasiado peligroso.

Así que me acosté. Apagué las luces y escuché el silencio de mi casa perfecta, ordenada y vacía.

Y por primera vez, odié ese silencio.

Capítulo 6



Candela

La mentira más peligrosa es la que te cuentas a ti misma.

Llevaba días repitiéndome la misma mentira, como si la repetición la convirtiera en verdad: mi interés por Adrián Ferrer Montesinos era puramente profesional. Curiosidad literaria. Investigación de personaje. Nada más.

No funcionaba.

Sobre todo, desde aquella noche en su casa. Desde que había visto tras la fachada perfecta, desde que había escuchado hablar de su hermano con esa voz quebrada, desde que había entendido que el hombre frío era simplemente un niño herido que había crecido demasiado rápido.

Y entonces estaba su casa. Esa perfección cristalina que me había hecho sentir tristeza y algo más. Algo que no quería nombrar.

La atracción había dejado de ser una broma, una molestia, un inconveniente. Ahora era un peso constante en el pecho, una conciencia aguda de cada gesto suyo, cada mirada, cada vez que nuestros dedos se rozaban accidentalmente.

Necesitaba distancia. Necesitaba recordar por qué era una mala idea. Necesitaba… bueno, la verdad es que no sabía qué necesitaba. Pero estaba segura de que no era esto.

La investigación sobre la denuncia falsa nos llevó a una cena benéfica.

No era mi escenario natural. Los eventos de gala, los trajes de etiqueta, la gente fingiendo interés en causas nobles mientras competía por ver quién tenía el reloj más caro… todo eso me daba urticaria. Pero Adrián había recibido una invitación que no podía rechazar, el hospital era uno de los patrocinadores y necesitaba hablar con alguien que podría tener información sobre los documentos manipulados.

Así que allí estaba, en el baño de mi casa, contemplando mi armario como si fuera un campo de batalla.

—El negro es seguro —dije en voz alta.

—El negro es aburrido —respondió Mireia desde mi cama, donde estaba tumbada con Taco encima—. Ponte el rojo.

—No voy a impresionar a nadie.

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado.

—Candela, llevas una semana hablando de ese médico. Una semana sonriendo al móvil. Una semana vistiéndote cada mañana como si fueras a una cita, aunque sea para ir al hospital a hacerle preguntas sobre su infancia. El rojo. Punto.

Miré el vestido rojo. Era un diseño sencillo, sin escote exagerado, pero el color… el color era peligroso. Rojo pasión. Rojo advertencia. Rojo «Mírame, estoy aquí, no puedes ignorarme».

—Es solo una cena benéfica —mentí.

—Es solo una investigación —me imitó Mireia—. Es solo curiosidad profesional. Es solo… —suspiró—. Cariño, cuando quieras dejar de mentirte a ti misma, avísame. Tengo palomitas preparadas.

Me puse el vestido rojo.

No era para impresionar a Adrián. Era porque Mireia tenía razón sobre el negro. Era porque el rojo me favorecía. Era porque… bueno, quizás un poco sí era para que él me mirara de esa forma que había empezado a reconocer. Esa forma que decía que yo también le afectaba, aunque ninguno quisiera admitirlo.

El Hotel Las Arenas era uno de esos lugares donde la elegancia se confunde con la intimidación. Columnas blancas, cristales enormes, un jardín iluminado donde la élite valenciana bebía champán y fingía salvar el mundo.

Llegué tarde, como siempre. El metro se había averiado, mi taxi se había perdido, y mi sandalia se había roto en el camino de entrada, obligándome a caminar como si estuviera en una pista de obstáculos invisible.

Y entonces lo vi.

Adrián estaba en la entrada del salón principal, hablando con un grupo de hombres que vestían como él: trajes oscuros, corbatas perfectas, expresiones de importancia autoasignada. Pero él... él era diferente.

El traje le sentaba de una forma que debería ser ilegal. Oscuro, a medida, realzando cada centímetro de su metro noventa. La barba de tres días que ya empezaba a ser marca registrada. El pelo ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él mil veces.

Y cuando me vio, todo cambió.

La conversación se detuvo. Sus ojos grises recorrieron mi vestido, mi pelo que había intentado recoger en algo presentable, mis sandalias de emergencia que no combinaban con nada. Y vi algo en su rostro que nunca había visto antes: sorpresa. Admiración. Esa mirada que dice «Noto cada detalle y todos me gustan».

—Candela —dijo, y su voz sonó más grave de lo habitual.

—Doctor Ferrer —respondí, intentando mantener el tono profesional —. No me había dicho que habría que vestirse de etiqueta.

—No hay etiqueta estricta. —Se acercó, dejando al grupo de hombres atrás—. Usted… —hizo una pausa, buscando palabras—. Usted está...

—¿Estoy qué?

—Distinta.

—Es el vestido. El rojo hace efectos extraños en la percepción masculina. Está científicamente probado.

Sonrió. Esa sonrisa pequeña que me estaba empezando a volver loca.

—No es el vestido. Es usted. Siempre es usted.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que tuve que recordarme a mí misma que respiraba. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué decía cosas así, en voz baja, como si fueran secretos, y luego actuaba como si nada?

—¿Vamos? —dijo, ofreciéndome el brazo—. Tenemos que fingir que nos llevamos bien.

—¿Fingir?

—Bueno, en público. En privado podemos seguir odiándonos si lo prefiere.

—Me parece perfecto.

Pero cuando puse mi mano en su brazo, cuando sentí el calor de su piel a través de la tela del traje, cuando caminamos juntos hacia el salón principal, supe que fingir iba a ser demasiado fácil. Y eso me aterrorizaba.

La cena fue un espectáculo de hipocresía bien vestida.

Adrián y yo nos sentamos en una mesa redonda con otros seis invitados: un banquero, su esposa aburrida, un político local, una directora de ONG que no paraba de mirar el móvil y dos médicos del hospital que parecían competir por ver quién podía nombrar más títulos académicos en una frase.

Yo debería haberme sentido fuera de lugar. Mi vestido costaba una fracción de lo que costaba cualquier otro atuendo en esa sala. Mis sandalias de emergencia hacían un ruido que competía con los discursos de los organizadores. No sabía qué tenedor usar para el primer plato.

Pero estaba con Adrián. Y eso cambiaba todo.

—¿Y usted, señorita Navarro? —preguntó el banquero—. ¿A qué se dedica?

—Soy escritora —respondí, preparándome para la pregunta inevitable.

—¿Qué tipo de escritora?

—De novelas románticas —dije, y vi la expresión de condescendencia que ya conocía.

Pero antes de que pudiera decir algo, Adrián intervino.

—Candela es una de las escritoras más vendidas del país —dijo, y su voz tenía un filo de orgullo que me sorprendió—. Sus libros han estado en la lista de *bestsellers* durante treinta semanas consecutivas. Ha sido traducida a varios idiomas. Y, según tengo entendido, está escribiendo una novela sobre medicina que promete revolucionar el género.

Me miró. Y en sus ojos vi algo que no esperaba: respeto. Defensa. Como si mi trabajo fuera importante, como si mis novelas rosas tuvieran valor.

—Oh —dijo el banquero, visiblemente desconcertado—. No… no tenía idea.

—La mayoría de la gente no la tiene —dije, y mi voz sonó más suave de lo que pretendía—. Gracias, Adrián.

Me miró de nuevo. Y esta vez, bajo la mesa, sentí su mano buscar la mía. Un roce fugaz. Un apretón rápido. Como si necesitara confirmar que estaba allí.

Durante la cena, intercambiamos comentarios sarcásticos que solo nosotros entendíamos. Cuando el político habló de compromiso con la sanidad pública, Adrián murmuró «Eso se llama presupuesto, no compromiso», y yo tuve que disimular una carcajada con el vino.

Cuando la esposa del banquero se quejó del servicio, yo susurré «Quizás debería probar los perritos calientes de la esquina» y vi la comisura de sus labios temblar en un intento de no sonreír.

Éramos buenos fingiendo. Demasiado buenos. Y cada vez que nuestras miradas se cruzaban, cada vez que nuestros codos se rozaban bajo la mesa, cada vez que compartíamos una broma privada, la línea entre fingir y sentir se volvía más borrosa.

—Están ustedes encantadores —dijo la directora de la ONG de repente, mirándonos con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos—. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Oh, no estamos… —empecé.

—Es complicado —interrumpió Adrián.

—¿Complicado? —La mujer arqueó una ceja—. Eso es lo mejor. Las mejores historias de amor siempre son complicadas.

Quería corregirla. Quería explicar que no éramos una historia de amor, sino una historia de errores, de malentendidos, de dos personas que se toleraban por obligación profesional.

Pero Adrián no me soltó la mano debajo de la mesa. Y yo no quise soltar la suya.

Fue entonces cuando todo se estropeó.

Estaba en el bar, pidiendo un agua con gas porque el vino me estaba subiendo a la cabeza y necesitaba mantener la cordura. Adrián estaba a unos metros, hablando con el director del hospital sobre la investigación de los documentos.

Y entonces lo vi.

Sergio Roldán. Mi ex. El hombre que había convertido mi corazón en un campo de batalla y luego había desertado cuando la guerra se puso difícil.

Entró por la puerta principal como si el mundo fuera suyo. Sonrisa perfecta, traje impecable, cámara colgando del cuello como si fuera parte de su anatomía. Fotógrafo. Artista. Mentiroso.

Me vio. Y caminó hacia mí.

—Candela —dijo, y su voz tenía el mismo tono meloso que recordaba—. Qué sorpresa más agradable.

—Sergio.

—Estás... —me recorrió con la mirada y vi algo de codicia en sus ojos—. Estás espectacular. El rojo te sienta de maravilla.

—Gracias. Aunque no recuerdo haberte pedido opinión sobre mi vestuario.

Sonrió. Esa sonrisa que una vez me había parecido encantadora y ahora me parecía simplemente… vacía.

—Siempre con ese sentido del humor. Me encanta. —Se acercó más —. He estado siguiendo tu carrera, ¿sabes? Tus libros. Todo el éxito que has tenido. Siempre supe que triunfarías. Siempre lo supe.

Sentí una mezcla de ira y náuseas. Siempre lo supo. Como si hubiera estado allí, apoyándome, creyendo en mí. Cuando la verdad era exactamente la contraria.

—¿Recuerdas cuando empecé? —Dije, y mi voz salió más dura de lo que pretendía—. ¿Recuerdas lo que dijiste? «Escribir novelas románticas es una pérdida de tiempo. Nunca triunfarás con eso. Deberías buscar un trabajo real».

Sergio hizo un gesto despectivo, como si estuviera espantando una mosca.

—Eso fue hace años, Candela. Éramos jóvenes. Yo estaba… inseguro. Celoso de tu talento, probablemente.

—No eras celoso. Eras un cabrón.

—Candela...

—Me dejaste —continué, y la voz me temblaba—. Me dejaste cuando más te necesitaba. Me dijiste que era una niña inmadura que vivía en un mundo de fantasía. Y ahora, ahora que tengo éxito, ahora que mis libros venden millones, ahora apareces diciendo que siempre lo supiste.

Sergio abrió la boca para responder, pero no llegó a hacerlo porque en ese momento, Adrián apareció a mi lado.

No dijo nada. Simplemente… existió. Su presencia era un muro silencioso entre Sergio y yo. Sentí su mano en mi espalda baja, firme, protectora, y algo dentro de mí se calmó.

—¿Problemas? —preguntó Adrián, y su voz era hielo puro.

—No —dijo Sergio, evaluando la situación—. Solo estaba saludando a una vieja amiga.

—Amiga —repitió Adrián, y la palabra sonó como un insulto—. Interesante elección de palabras.

—Adrián —murmuré—. No hace falta...

—¿Eres el médico? —Sergio sonrió, pero era una sonrisa forzada—. He oído hablar de ti. El cirujano de moda. ¿Sabes que Candela siempre ha tenido debilidad por los hombres importantes? Es como un imán para el estatus.

—Sergio, cierra la boca —dije.

—Solo digo que...

—He dicho que cierres la boca.

El silencio que siguió fue denso, cargado de electricidad. Adrián no se movió. No dijo nada. Pero había algo en su postura, en la tensión de sus hombros, en la forma en que me protegía sin apartar la mirada de Sergio, que hablaba más que mil palabras.

—Bueno —dijo Sergio finalmente, intentando recuperar la compostura—. Ha sido un placer verte, Candela. Deberíamos tomar un café algún día. Recordar viejos tiempos.

—No hay viejos tiempos que recordar —respondí.

—Siempre tan dramática. —Se inclinó hacia mí y supe lo que iba a hacer antes de que sucediera. Intentó besarme en la mejilla, en esa despedida teatral que usaba siempre, la que convertía cualquier rechazo en una escena pública.

Pero no llegó. Porque Adrián se interpuso.

—Ella se va conmigo —dijo, y su voz no admitía discusión.

Sergio parpadeó. Yo parpadeé. Todo el bar pareció girar alrededor de nosotros en cámara lenta.

—¿Perdón? —Dijo Sergio.

—Ha dicho que me voy con él —repetí, porque mi boca funcionaba más rápido que mi cerebro—. Así que… adiós, Sergio. Que te vaya bien. O no. Realmente me da igual.

Agarré el brazo de Adrián y tiré de él hacia la salida.

Caminamos en silencio hasta el coche. Él abrió la puerta del pasajero como si fuera lo más natural del mundo. Me senté. Él se sentó al volante. Y entonces, cuando el motor arrancó y el aire acondicionado empezó a refrescar el ambiente sofocante, explotó.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunté.

—¿El qué?

—¡Eso! Lo de, ella se va conmigo. ¿Desde cuándo decides por mí con quién me voy?

Adrián apretó el volante. Vi cómo se le blanqueaban los nudillos.

—Estaba siendo educado.

—¿Educado? —Me reí, una carcajada amarga—. Eso no era educado. Eso era... era...

—¿Era qué?

—¡No sé! ¿Posesivo? ¿Protector? ¿Absolutamente fuera de lugar?

—Él intentaba besarte.

—¡Y a ti qué más te da! ¡No eres mi novio! ¡No eres nada mío!

El coche se detuvo en un semáforo. Adrián giró hacia mí y en sus ojos vi algo que me detuvo: la confusión. La misma confusión que yo sentía.

—Tienes razón —dijo, y su voz sonó más suave—. No soy nada tuyo. No debería haberme metido.

—No —dije, y mi propia confusión me hizo cambiar de opinión en medio de la frase—. Quiero decir… sí, tienes razón, pero… gracias.

—¿Gracias?

—Sergio es… es complicado. Y tú… tú no tenías por qué hacer eso. Pero gracias.

El semáforo cambió. Adrián no arrancó. Seguimos allí, en medio de la noche valenciana, en un coche que olía a cuero nuevo y a algo más. A nosotros.

—Candela —dijo, y mi nombre sonó diferente en su boca. Como una pregunta. Como una respuesta.

—¿Qué?

—No sé por qué lo hice. —Su voz era casi un susurro—. No sé por qué me molesta tanto ver a otro hombre cerca de ti. No sé por qué me importa quién te besa o quién no. No sé por qué… —se detuvo, tragó saliva—. No sé por qué te deseo tanto cuando debería desear que te fueras de mi vida.

El aire se había vuelto irrespirable. Demasiado denso. Demasiado cargado.

—Adrián...

—Dime que me odias —dijo, y había algo desesperado en su tono —. Dime que soy insufrible, arrogante, que nunca te gustaré. Dímelo para que pueda creerlo.

Quería decirlo. Abrir la boca y soltar todas las palabras que habíamos intercambiado durante semanas: que era un pesado, que me sacaba de quicio, que representaba todo lo que detestaba en un hombre.

Pero no podía. Porque estaba mintiendo. Y él lo sabía.

—Eres el peor mentiroso que conozco —dije, y mi voz temblaba—. Y yo soy la peor mentirosa que conozco. Así que estamos empatados.

Nos miramos. Y entonces pasó.

Fue gradual, casi imperceptible. Un acercamiento de centímetros que parecieron horas. Sus ojos grises buscando los míos, preguntando, pidiendo permiso. Mi respiración acelerándose hasta el punto de marearme. La distancia entre nosotros reduciéndose hasta desaparecer.

Estábamos demasiado cerca. Podríamos besarnos.

El mundo se había detenido. El tráfico, la noche, el recuerdo de Sergio, la investigación, la denuncia, todo se había desvanecido. Solo existíamos nosotros dos, la tensión que habíamos estado negando durante semanas y la inevitabilidad de lo que iba a suceder.

Sus labios estaban a centímetros de los míos.

Podía sentir su aliento. Podía oler su colonia, algo amaderado y cítrico que me hacía querer cerrar los ojos y simplemente… sentir.

—Candela —susurró, y fue casi una oración.

Y entonces, los dos nos apartamos.

Fue simultáneo. Como si un cable invisible nos hubiera tirado hacia atrás. Como si ambos hubiéramos recordado, en el mismo instante, por qué esto era una mala idea.

—Deberíamos irnos —dije, y mi voz sonó extraña, forzada.

—Sí —respondió, y arrancó el coche con brusquedad.

El resto del trayecto fue en silencio.

Pero era un silencio diferente. Un silencio cargado de todo lo que no habíamos dicho, de todo lo que casi habíamos hecho, de la certeza de que algo había cambiado irrevocablemente.

Cuando llegamos a mi casa, no me bajé inmediatamente.

—Todavía nos odiamos —dije, más para convencerme a mí misma que a él.

—Por supuesto —respondió, y su voz tenía un matiz que no lograba interpretar.

—Esto no significa nada.

—Nada —repitió.

—Solo somos... somos...

—¿Somos qué, Candela?

No supe responder.

El móvil de Adrián sonó justo en ese momento, lo sacó del bolsillo, miró la pantalla y frunció el ceño.

No dijo nada y yo no sabía qué más podría decir, así que abrí la puerta. Salí del coche. Y caminé hacia mi casa sin mirar atrás, con el corazón golpeando en mi pecho como un pájaro atrapado, con la certeza de que mentía, de que nos mentíamos, de que esta guerra entre nosotros se había convertido en algo mucho más peligroso que el odio.

Porque todavía nos decíamos enemigos. Pero ambos sabíamos la verdad.

Capítulo 7



Adrián

Las palabras no dejaban de girar en mi cabeza.

«Aléjate de ella si quieres descubrir la verdad.»

Las había leído cien veces. Doscientas. Las había memorizado hasta el punto de poder recitarlas en la oscuridad de mi dormitorio, con los ojos cerrados, viéndolas proyectadas en el techo como una sentencia.

«Aléjate de ella.»

Ella. Candela.

Alguien sabía que importaba. Alguien había estado observándonos lo suficiente como para entender que ella era mi punto débil. Y eso convertía cada interacción anterior, cada mirada compartida, cada momento de complicidad silenciosa, en algo peligroso.

No dormí esa noche. Ni la siguiente.

Pasé las horas sentado en mi despacho vacío, revisando el mensaje desde diferentes ángulos, buscando pistas que no estaban allí. El remitente era anónimo, irreconstruible. El servidor, encriptado. No había metadatos, no había huellas digitales, no había nada que pudiera rastrear hasta un origen concreto.

Solo la amenaza. Clara y precisa.

Mi primera reacción fue instintiva: protegerla. Mantenerla alejada, apartarla de mi vida, volver a convertirnos en extraños para que dejara de ser un objetivo. Si el enemigo la usaba como palanca contra mí, la solución lógica era eliminarla.

Pero incluso mientras formulaba ese plan, sabía que fracasaría.

Porque Candela no era el tipo de persona que obedeciera órdenes de protección. Si le decía que existía una amenaza, que alguien la estaba utilizando contra mí, ella haría exactamente lo contrario de lo que le pidiera. Se metería de cabeza en el peligro, no por temeridad, sino porque su naturaleza era así: enfrentar los problemas, no huir de ellos.

Y tenía razón.

Llegó al hospital el martes por la mañana como un torbellino.

La vi desde mi ventana, cruzando el aparcamiento con su vestido amarillo de flores, con el pelo suelto ondeando al viento, y con algo en la mano que parecía… ¿una bolsa de papel?

Entró por la puerta principal. No en recepción, donde debería haberse registrado, sino directamente en el área de médicos, como si ya perteneciera al lugar. Como si el hospital fuera suyo.

La encontré en la sala de estar, repartiendo croissants entre los residentes de guardia.

—Doctor Ferrer —dijo cuando me vio, con una sonrisa que iluminó toda la habitación—. Justo el hombre que buscaba. Le he traído el croisstan de chocolate. Es el mejor soborno para médicos cansados que he encontrado en la literatura.

Los residentes me miraron con una mezcla de sorpresa y envidia. Nadie me traía croissants. Nadie me hablaba con esa familiaridad despreocupada. Nadie se atrevía a irrumpir en mi espacio con bolsas de panadería y sonrisas deslumbrantes.

—Necesito hablar con usted —dije, y mi voz sonó más áspera de lo que pretendía.

—Por supuesto. ¿En su despacho?

—Fuera. En la terraza.

La llevé a la terraza del tercer piso, un espacio que pocos conocían y menos usaban. Estaba vacía, rodeada de macetas abandonadas y con vistas al jardín interior del hospital. El sol de la mañana calentaba el suelo de baldosas blancas.

Candela se sentó en el borde de una jardinera, mordiendo su croissant con deleite evidente.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sin dejar de comer.

—Nada. Solo quería… sugerirle que quizá debería centrarse en escribir. Desde casa. Sin necesidad de venir al hospital todos los días.

Parpadeó. Dejó el croissant a medio camino de la boca.

—¿Perdón?

—Tiene una fecha de entrega, ¿no? Quizás debería aprovechar estos días para… escribir. Sin distracciones.

—Adrián —dijo, y el uso de mi nombre me detuvo—. Llevo una semana viniendo al hospital. Una semana en la que usted no ha dicho ni una sola vez que mi presencia fuera una distracción. De hecho, creo recordar que me pidió ayuda con la investigación de los documentos. ¿Qué ha cambiado?

—Nada ha cambiado.

—Mentira.

Se levantó. Se acercó a mí con paso decidido hasta que estuvo demasiado cerca, hasta que pude oler el chocolate del croissant en su aliento y algo más, algo que era simplemente ella.

—Usted tiene una expresión —dijo, y su voz había cambiado, se había vuelto más suave, más perceptiva—. Una arruga aquí —señaló entre mis cejas— que aparece solo cuando está preocupado. Y ahora mismo esa arruga parece un cañón. Así que, una vez más: ¿qué ocurre?

Intenté mantener la máscara. Intenté ser el doctor Ferrer, el hombre frío y controlado, el cirujano que no se alteraba por nada.

Pero Candela tenía un talento especial para ver a través de las mentiras. Para detectar la información oculta entre las palabras, las intenciones camufladas tras los gestos. Era una escritora, me recordé. Pasaba su vida construyendo verdades ficticias, por lo que debía conocer perfectamente las verdaderas.

Mentirle resultó más complicado de lo que esperaba. Más complicado que enfrentarme a una operación de diez horas, más complicado que dar malas noticias a familias desesperadas, más complicado que cualquier cosa que hubiera hecho en mi vida profesional.

—Recibí un mensaje —dije finalmente.

—¿Qué tipo de mensaje?

—Anónimo. Una amenaza.

Su expresión cambió. No vi miedo, como habría esperado. Vi algo más peligroso: determinación.

—Muéstrame.

Saqué el móvil, abrí el correo y se lo entregué.

Candela lo leyó. Una vez. Dos. Sus ojos verdes recorrieron las palabras como si pudieran extraer información oculta entre las letras.

—Aléjate de ella —murmuró—. Ella… ¿Soy yo?

—Sí.

—Alguien sabe que estamos... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—. Juntos.

—No estamos juntos.

—Alguien sabe que le importo —corrigió, ignorando mi objeción—. Alguien sabe que me alejaría de ti si me lo pidieras. Y está usando eso en tu contra.

—Por eso quería...

—¿Apartarme? —Su voz se elevó, y vi la ira encenderse en sus mejillas—. ¿Sin preguntarme? ¿Sin consultarme? ¿Decidir tú solo qué es lo mejor para mí?

—Candela...

—No soy una muñeca de cristal, Adrián. —Dejó el móvil sobre la jardinera y se enfrentó a mí con los brazos cruzados—. No soy una damisela en apuros que necesita que el caballero de armadura brillante la proteja. Soy una mujer de treinta años que ha sobrevivido a cosas peores que a una amenaza anónima por correo electrónico.

—No se trata de...

—Se trata exactamente de eso. —Se acercó más, hasta que estuvimos casi tocándonos—. Si alguien está intentando destruirte, si alguien está usando mi nombre para presionarte, tengo derecho a saberlo. Tengo derecho a decidir si me alejo o si me quedo. Y no es decisión tuya.

La miré. Y vi algo que no esperaba: fuerza. Una fortaleza que venía de dentro, de años de construirse a sí misma, de sobrevivir a la pérdida de su madre, de convertir el dolor en arte. Candela no era frágil. Nunca lo había sido.

Me sentí estúpido. Y aliviado. Y algo más que no quería nombrar.

—Lo siento —dije, y la frase me costó más de lo que esperaba—. Tienes razón. Debería habértelo dicho antes.

—Sí. Deberías.

—Pero también tengo razón yo. Esto es peligroso. Alguien está jugando con nosotros, y no sabemos quién ni por qué. Si te quedas, te estás poniendo en riesgo.

—Si me voy —respondió ella, y su voz se suavizó—, te dejo solo. Y no estoy segura de poder hacer eso.

Nos miramos.

El sol de la mañana nos envolvía, creando un halo dorado alrededor de su pelo despeinado. El hospital bullía a nuestro alrededor, pacientes y médicos y vidas en juego, pero en esa terraza solo existíamos nosotros dos y la decisión que teníamos que tomar.

—Entonces investigamos juntos —dije finalmente.

—Juntos —repitió ella, y sonrió.

Esa sonrisa suya que lo cambiaba todo.

Pasamos el día encerrados en una sala de archivos del sótano.

Era un espacio que nadie usaba, lleno de carpetas polvorientas, de ordenadores viejos, de cajas con etiquetas descoloridas. El olor a papel viejo y a cerrado nos envolvía mientras revisábamos documentos, comparábamos fechas, buscábamos patrones.

Candela tenía un método caótico pero efectivo. Saltaba de un archivo a otro, haciendo conexiones que yo no veía, encontrando contradicciones que habrían pasado desapercibidas para cualquier ojo menos entrenado en construir puzles narrativos.

—Espera —dijo de repente, hacia las cuatro de la tarde—. Mira esto.

Estaba sosteniendo una carpeta que yo había revisado años atrás. Una investigación médica en la que había colaborado durante mi residencia en Barcelona. Un estudio sobre técnicas quirúrgicas mínimamente invasivas que, en su momento, había generado cierta controversia.

—¿Qué pasa con eso? —pregunté, acercándome.

—El doctor Gabriel Salvat —leyó ella, señalando un nombre en la lista de investigadores—. ¿Quién es?

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura del sótano.

—Un antiguo compañero. Cirujano. Trabajamos juntos en ese estudio.

—¿Y qué pasó con él?

—Desapareció. —Hice una pausa, recordando—. Dejó la medicina de forma abrupta. Dijeron que tuvo un colapso nervioso, que no podía soportar la presión. Yo nunca supe los detalles. Nos distanciamos.

Candela frunció el ceño. Ese gesto suyo que hacía cuando estaba conectando puntos.

—¿Y si no fue un colapso nervioso? ¿Y si fue algo más?

—¿Como qué?

—No lo sé. Pero mira las fechas. —Señaló el documento—. Tu investigación. La denuncia falsa menciona prácticas cuestionables que datan de esa época. Y ahora, doce años después, alguien revive esos fantasmas justo cuando estás en lo más alto de tu carrera.

La miré con nueva admiración. Había encontrado una conexión que ni siquiera había considerado.

—Necesitamos encontrar a Salvat —dije.

—Necesitamos muchas cosas —respondió ella, bostezando—. Pero primero necesito café. O una siesta. O las dos cosas.

Eran casi las nueve de la noche. Llevábamos horas en esa sala, sumergidos en polvo y papeles y teorías conspirativas.

—Vete a casa —dije—. Mañana seguimos.

—No me voy a ir y dejarte solo con todo esto.

—Candela...

—Adrián.

Nos miramos. Y algo en su expresión me detuvo. No era terquedad. Era… preocupación. Genuina, desinteresada, real.

—Estoy acostumbrado a hacer las cosas solo —dije, y mi voz sonó más suave de lo que pretendía.

—Lo sé. Pero ya no tienes que hacerlo.

La frase flotó en el aire entre nosotros. Una oferta. Una invitación. Una puerta abierta que no sabía si debía cruzar.

—Quédate, entonces —dije—. Pero descansa. Tienes razón, mañana necesitaremos energía.

Ella sonrió. Cogió una de las carpetas como almohada improvisada. Se acomodó en el sofá viejo que habíamos arrastrado hasta la mesa de trabajo.

—Solo cinco minutos —murmuró, cerrando los ojos—. Después seguimos.

No fueron cinco minutos. Fueron treinta segundos.

La vi quedarse dormida, con el pelo cayéndole sobre la cara, con la respiración volviéndose profunda y regular, con una mano todavía sobre la carpeta que había estado revisando.

Y me quedé mirándola más tiempo del necesario. Mucho más.

Vi la forma en que su pecho se movía al respirar. La línea de su cuello desapareciendo bajo el vestido. La mancha de tinta en su muñeca, donde debía de haberse manchado escribiendo. La expresión de paz que tenía mientras dormía, tan diferente a la energía constante de cuando estaba despierta.

Y por primera vez, admití algo que me incomodaba profundamente.

Candela Navarro no era una distracción. No era una molestia profesional. No era un obstáculo en mi vida ordenada. No era un personaje de su novela que yo pudiera controlar o descartar.

Era alguien que empezaba a importarme. Importarme de verdad. De esa forma que hace que te preocupes si duerme cómodamente, que notes cada detalle de su apariencia, que desees despertarla con un beso y al mismo tiempo dejarla descansar porque se lo merece.

Importarme de una forma que no tenía nada que ver con la lógica, con el control, con los planes que había hecho para mi vida.

Le quité la carpeta de debajo de la cabeza con cuidado, para no despertarla. La cubrí con mi chaqueta, que olía a mí, para que tuviera calor.

Y seguí trabajando, con ella durmiendo a mi lado, sintiendo su presencia como un ancla en medio de la tormenta que se avecinaba. Porque ahora lo entendía.

El enemigo quería que me alejara de ella. Y yo estaba dispuesto a hacer exactamente lo contrario.

Capítulo 8



Candela

Investigar con Adrián Ferrer Montesinos era, sin lugar a dudas, la peor idea que había tenido en mi vida.

Y eso incluía aquella vez que decidí teñirme el pelo de rubio platino durante la universidad, o cuando firmé un contrato de exclusividad con una editorial sin leer la letra pequeña, o cuando acepté salir con Sergio creyendo que solo era un café.

No, esto era peor.

Porque cada día que pasaba a su lado, cada hora compartida revisando documentos polvorientos, cada mirada cruzada en los silencios incómodos de la sala de archivos, hacían que me gustara un poco más.

Y eso, maldita sea, era un problema de proporciones épicas.

Siempre había escrito sobre hombres complicados. Era mi especialidad. Los protagonistas de mis novelas eran arquetipos perfectamente diseñados: el cirujano con corazón de hielo, el empresario que no creía en el amor, el artista torturado que temía la intimidad. Los creaba, los desarrollaba, los hacía sufrir hasta que el amor los transformaba en seres humanos decentes.

Pero nunca, ni en mis peores pesadillas creativas, pensé que acabaría viviendo una situación que parecía sacada directamente de una de mis propias novelas.

El cirujano de corazón de hielo existía. Se llamaba Adrián. Y estaba sentado a menos de un metro de mí, concentrado en un informe médico que seguramente entendía perfectamente mientras yo fingía entender algo de lo que leía.

Esto no debería estar pasando. Los personajes de ficción debían mantenerse en las páginas, no materializarse en hospitales valencianos con ojos grises y barba de tres días.

Pero estaba pasando. Y yo estaba perdida.

Mireia se dio cuenta exactamente tres minutos después de que entrara en su gestoría.

Era jueves, mediodía y había decidido que necesitaba aire, distancia, perspectiva. Que, si pasaba una hora más en aquella sala de archivos con Adrián, acabaría haciendo algo estúpido. Como confesarle que me gustaba. Como besarlo. Como ambas cosas.

Así que aparecí en la oficina de mi mejor amiga con una excusa lamentable sobre necesitar ayuda con la declaración de la renta.

—Hola —dije, sentándome en la silla de enfrente de su escritorio.

—Hola —respondió ella, sin levantar la vista de la pantalla—. ¿Qué tal, Adrián?

Tres minutos. Contados. Ni siquiera me había dado tiempo a soltar el bolso.

—¿Perdón?

—Adrián. El médico. El doctor Ferrer Montesinos. El hombre del que llevas hablando desde que has entrado, tres minutos seguidos.

Me quedé congelada. ¿Había mencionado su nombre? ¿Cuándo? ¿En qué contexto?

—No sé de qué hablas —mentí.

—Has dicho: Hola, Mireia, he pensado que Adrián tiene razón sobre organizar los recibos por meses en lugar de por años. —Me miró con una ceja arqueada—. ¿Desde cuándo organizas los recibos?

—Es una expresión. Una forma de hablar. No significa nada.

—Después has dicho: Adrián cree que debería invertir en fondos de inversión en lugar de dejar el dinero en la cuenta corriente. —Hizo una pausa—. Candela, no sabes ni qué es un fondo de inversión.

—Estoy aprendiendo. Es documentación para mi novela.

—Y finalmente —continuó, ignorando mis excusas— has dicho: Es que Adrián tiene una forma de mirar los documentos que es... —hizo una pausa—. ¿Cómo era? Ah, sí. Fascinante.

Me hundí en la silla.

—Estoy perdida —suspiré.

—Muy perdida —confirmó Mireia y sonrió.

Era esa sonrisa suya, la de «Te lo dije y ahora vas a oírlo durante el resto de tu vida».

—No es lo que parece —intenté.

—Es exactamente lo que parece.

—Es complicado.

—Siempre lo es.

—Él es… —busqué las palabras—. Es insufrible. Arrogante. Controlador. Cree que sabe lo que es mejor para todo el mundo.

—Y tú estás enamorada de él.

—¡No estoy enamorada!

La exclamación salió demasiado fuerte. Una de las compañeras de Mireia en la gestoría levantó la vista. Yo me encogí de hombros con una sonrisa avergonzada.

—No estoy enamorada —repetí, más bajo—. Solo… me gusta. Un poco. Mucho. Dios, no sé.

—Candela, cariño —Mireia se inclinó sobre el escritorio—. Te conozco desde hace años. He visto cómo actúas cuando te gusta alguien. Y esto es diferente. Esto es… —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—. Esto es real.

—No quiero que sea real.

—Ya lo sé. Por eso estás tan aterrorizada.

No supe qué responder. Porque tenía razón. Estaba aterrorizada. No de Adrián, sino de lo que sentía por él. De lo vulnerable que me hacía. De lo mucho que me importaba ya, cuando apenas lo conocía.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté, y mi voz sonó más pequeña de lo que pretendía.

—Ahora —dijo Mireia, volviendo a su pantalla con una sonrisa—. Ahora sigues adelante. Y me cuentas todo.

Sergio apareció esa misma tarde.

Estaba saliendo sola del hospital ya que Adrián tenía una operación urgente, cuando lo vi apoyado en un coche deportivo rojo que seguramente era alquilado. Siempre había tenido ese talento: aparentar éxito sin tenerlo.

—Candela —dijo, con esa sonrisa que una vez me había parecido encantadora.

—Sergio.

—Necesito hablar contigo. Un café. Cinco minutos. Por favor.

Debería haber dicho que no. Debería haber seguido caminando, subirme al metro, desaparecer de su vida como él había desaparecido de la mía.

Pero algo en mí quería cerrar esa puerta de una vez por todas. Demostrarle y demostrarme a mí misma, que ya no tenía poder sobre mí.

—Veinte minutos —dije—. Y pagas tú.

La cafetería era de esas modernas con sillas de diseño incómodo y café que cuesta más que una consulta médica. Sergio eligió una mesa en la esquina, con vistas a la calle, donde podía ser visto. Siempre había sido así: más preocupado por la apariencia que por la sustancia.

—Gracias por venir —dijo, cuando nos sentamos.

—No me has dado opción. Apareciste sin avisar.

—Sabía que, si te avisaba, no vendrías.

—Al menos eres consciente.

Intentó sonreír, pero la sonrisa no les llegó a los ojos. Estaba nervioso. Eso me sorprendió. Sergio siempre había sido la personificación de la seguridad en sí mismo.

—Quiero hablar de nosotros —dijo.

—No hay un nosotros. Hace años que no hay un nosotros.

—Lo sé. Pero... —hizo una pausa, buscando palabras—. He estado pensando. En lo que pasó. En cómo lo dejé.

—¿Lo dejaste? —repetí, incrédula—. Sergio, me dejaste cuando estaba intentando sobrevivir. Cuando necesitaba que estuvieras ahí. Y tú decidiste que no podías soportar mi negatividad.

—Era joven. Estúpido. No sabía...

—¿Y ahora sí? —lo interrumpí—. ¿Ahora que tengo éxito, ahora sí sabes? ¿O es que simplemente has visto que soy más interesante ahora que antes?

Se quedó callado. Y en su silencio encontré mi respuesta.

—Eso pensaba —dije, levantándome.

—Candela, espera. Solo quiero… quiero intentarlo de nuevo. Empezar de cero. Demostrarte que he cambiado.

—No has cambiado, Sergio. Solo has visto que ahora tengo algo que te conviene. Y eso no es amor. Eso es oportunismo.

Estaba a punto de irme cuando la puerta de la cafetería se abrió y entró Adrián.

Lo vi antes de que él me viera. Traje oscuro, corbata azul, expresión de urgencia. Llevaba una carpeta bajo el brazo y miraba el móvil con el ceño fruncido.

Luego levantó la vista. Y nos encontró.

A mí, de pie, enfrentada a Sergio. A Sergio, sentado, con una expresión que intentaba ser convincente.

El momento fue cómico en su horror. Adrián se quedó inmóvil en la entrada, procesando la escena. Yo sentí que el suelo se abría bajo mis pies, aunque no tenía ninguna razón para sentirme culpable.

—Adrián —dije—. Esto no es...

—Teníamos que revisar una información —dijo él, y su voz era plana, impenetrable—. Te envié un mensaje. No has respondido.

Saqué el móvil. Efectivamente, tenía tres mensajes suyos sin leer. Lo había silenciado durante la conversación con Sergio.

—Lo siento. Estaba...

—Ocupada —terminó él, y sus ojos se movieron hacia Sergio—. Ya veo.

Sergio se levantó. Extendió la mano con esa confianza que siempre le había caracterizado.

—Sergio Roldán. Soy… —hizo una pausa deliberada—. Soy una parte importante del pasado de Candela. ¿Y usted es?

—Doctor Adrián Ferrer —respondió Adrián, sin estrecharle la mano —. Soy su presente.

La frase colgó en el aire. Sergio la procesó y vi algo de celos cruzar su rostro. Celos. De mí. Después de años de tratarme como si fuera invisible.

—Interesante —dijo Sergio, sentándose de nuevo—. Candela nunca mencionó que estuviera viendo a nadie.

—No estamos... —empecé.

—No es asunto suyo —interrumpió Adrián, y su voz tenía un filo de hielo.

Se sentó en la mesa, tomando la silla a mi lado, invadiendo mi espacio personal de una forma que era simultáneamente protectora y territorial. No le había pedido que lo hiciera. Pero tampoco le pedí que se fuera.

—Estábamos hablando de viejos tiempos —dijo Sergio, intentando recuperar el control—. De los años que pasamos juntos. De todo lo que compartimos.

—¿Y qué compartieron? —preguntó Adrián, y su tono era casual, pero había algo peligroso debajo.

—Todo —dijo Sergio, y vio cómo me incomodaba—. Risas, lágrimas, proyectos. Candela y yo éramos… éramos algo especial. ¿No, cariño?

—No me llames cariño —dije, pero mi voz salió débil.

—Ella escribía sus pequeñas historias —continuó Sergio, ignorándome—. Y yo la apoyaba. Siempre supe que triunfaría. Siempre lo supe.

—Mentira —dije, y esta vez mi voz fue firme—. Me dijiste que escribir novelas románticas era una pérdida de tiempo. Que debería buscar un trabajo real. Que nadie pagaría por leer tonterías sentimentales.

Sergio hizo un gesto despectivo.

—Exageraciones del momento. No lo decía en serio.

—Lo decías en serio. Y lo sigues creyendo. —Me volví hacia Candela —. Deberíamos irnos. Tenemos esa información que revisar.

—Espera —dijo Sergio, y su voz cambió, se volvió más dura—. No vas a dejar que este tipo… —señaló a Adrián—. ¿Vas a dejar que te manipule? Es obvio que te está usando. Eso es lo que hacen las personas con dinero y poder: usar a la gente.

—Ya es hora de que se vaya —dijo Adrián, levantándose.

—¿O qué? —Sergio también se levantó—. ¿Me va a obligar?

—No. Pero puedo hacer muchas otras cosas.

Los miré. Dos hombres enfrentados, midiéndose, marcando territorio. Y yo en medio, sintiéndome ridícula, sintiendo que retrocedía años en mi evolución personal.

Pero entonces Sergio soltó la frase que cambió todo.

—Sabes, Candela, me alegra ver que sigues con las novelas. Aunque, seamos honestos, sigue siendo un trabajo de segunda. Algo que haces mientras encuentras algo serio. Como este médico, supongo. Aunque entre nosotros, ¿cuánto tiempo crees que durará interesado en una escritora de...?

—Basta —dijo Adrián.

Su voz no era alta. Era peor. Era tranquila, controlada y cargada de una furia que hizo que Sergio se callara de golpe.

—Una persona capaz de crear historias que hacen sentir algo a miles de lectores —dijo Adrián, y cada palabra era precisa, quirúrgica— no debería permitir que nadie, absolutamente nadie, menosprecie su trabajo. —Se volvió hacia mí y en sus ojos vi algo que no esperaba: genuino respeto, genuina admiración—. Escribir no es un trabajo de segunda, señor Roldán. Es un arte. Y Candela es una artista. Que usted sea demasiado estúpido para verlo es su problema, no el de ella.

El silencio que siguió fue absoluto.

Sergio parpadeó, desconcertado. Yo estaba… no sé lo que estaba. Sorprendida. Conmovida. Sintiendo algo caliente expandirse en mi pecho que no tenía nombre.

—Vámonos —dijo Adrián, tomando mi mano.

Y nos fuimos.

Caminamos sin rumbo fijo. El calor de la noche de julio nos envolvía, haciendo que la ciudad pareciera flotar en una neblina dorada. Pasamos por la Plaza de la Virgen, donde los turistas hacían fotos de la Catedral. Cruzamos el Puente de Serranos, con vistas al río Turia convertido en jardín. Caminamos por las calles que olían a jazmín y a cerveza derramada.

Y hablamos.

Por primera vez, hablamos sin discutir. Sin sarcasmos defensivos, sin barreras levantadas, sin la constante tensión de demostrar quién era más inteligente, más fuerte, más inmune al otro.

—Gracias —dije finalmente, cuando estábamos cerca de mi casa—. Por lo que dijiste. Sobre mi trabajo.

—Es la verdad.

—Lo sé. Pero… no esperaba que la defendieras. Pensaba que tú también pensabas que escribir novelas románticas era...

—¿Qué? —Me interrumpió, y su voz era suave—. ¿Que era qué?

—Algo menor. Algo que no importa.

Se detuvo. Me miró. Y en la luz de la farola, vi algo en sus ojos que me detuvo el aliento.

—Candela, he visto cómo trabajas. He visto cómo investigas, cómo conectas puntos que otros no ven, cómo construyes historias que tienen sentido. Eso no es menor. Eso es... —hizo una pausa—. Eso es importante. Tú eres importante.

—Adrián...

—Lo sé. No debería decir estas cosas. Complica las cosas.

—¿Por qué lo haces, entonces?

—¿Por qué digo estas cosas? —Se rio, una risa amarga—. Porque ya no puedo evitarlo. Porque cada día que paso contigo, cada hora, cada minuto, se me hace más difícil fingir que no siento nada.

Lo miré. Y vi a un hombre que había pasado años construyendo muros, ahora de pie en medio de una calle valenciana, confesando que esos muros se estaban derrumbando.

—¿Por qué te empeñas en demostrar que no sientes nada? —pregunté—. ¿Por qué es tan importante para ti ser frío, controlado, inalcanzable?

—Porque sentir algo complica las cosas —respondió, y su voz era honesta, vulnerable—. Porque cuando sientes, puedes perder. Y yo ya he perdido demasiado.

Pensé en su hermano. En la forma en que había hablado de él, con el dolor todavía fresco después de tantos años. En cómo había convertido esa pérdida en una obsesión por salvar vidas, por controlar lo incontrolable.

—Quizás —dije, y mi voz temblaba—. Quizás las cosas complicadas son las únicas que merecen la pena.

La frase quedó flotando entre nosotros. Una invitación. Una admisión. Una puerta abierta.

Adrián dio un paso hacia mí. Yo di un paso hacia él.

Estábamos tan cerca que podía sentir su aliento en mi rostro. Podía ver cada pestaña, cada pequeña imperfección de su piel, cada sombra de duda en sus ojos grises.

Podríamos besarnos.

El mundo se había detenido. El calor, la ciudad, el pasado con Sergio, el futuro incierto, todo se había desvanecido. Solo existíamos nosotros dos y la inevitabilidad de lo que iba a suceder.

Adrián levantó la mano. Rozó mi mejilla con los nudillos. Un contacto eléctrico que me hizo cerrar los ojos.

—Candela...

Y entonces sonó el móvil.

Un sonido estridente, invasivo, que nos separó como si nos hubieran empujado. Adrián sacó el teléfono, miró la pantalla y vi cómo todo cambiaba. Cómo volvía a ser el doctor Ferrer, el hombre de hielo, el profesional imperturbable.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sintiendo que el momento se escapaba entre mis dedos.

—El hospital —dijo, y su voz era tensa—. Han entrado en mi despacho. Otra prueba ha desaparecido. Y han dejado algo. Un mensaje.

—¿Qué mensaje?

Me miró. Y en sus ojos vi miedo real.

—Dile a la escritora que se vaya antes de que sea tarde.

El enemigo nos había encontrado. Y esta vez, el ataque era personal.

Capítulo 9



Adrián

El hospital a las once de la noche tenía un aspecto fantasmal.

Los pasillos iluminados por luces de emergencia, el silencio roto solo por el pitido distante de alguna máquina, el olor a desinfectante que parecía más intenso en la oscuridad. Había pasado quince años de mi vida en ese edificio, pero nunca lo había visto así: como un escenario de crimen, como un lugar donde alguien había violado mi espacio personal con intención.

Mi despacho estaba exactamente como lo había dejado. Eso era lo peor.

No había señales de forzamiento, no había cajones abiertos, no había el caos que esperaría de un robo. Pero yo sabía. Yo sabía que alguien había estado allí. Que habían tocado mis cosas, revisado mis archivos, manipulado la información que yo había estado recopilando sobre la denuncia falsa.

El informe forense que había encargado estaba sobre mi escritorio. Lo abrí con dedos que intentaban no temblar.

Huellas dactilares borradas. Rastros de acceso a mi ordenador desde una terminal externa. Y el mensaje, impreso en una hoja de mi propia papelera: «Dile a la escritora que se vaya antes de que sea tarde».

Estaba furioso. No por la intrusión profesional. No por el ataque a mi reputación, que ya había estado gestionando durante semanas. No por la violación de mi espacio de trabajo.

Estaba furioso porque habían mencionado a Candela. Porque alguien la estaba usando contra mí. Porque su nombre aparecía en una amenaza. Porque mientras estuviera cerca de mí, era un objetivo.

Y eso era inaceptable.

Conduje a casa con la mandíbula apretada, con el corazón acelerado, con una mezcla de miedo y rabia que no lograba controlar. Necesitaba protegerla. Necesitaba alejarla. Necesitaba hacer que entendiera que su seguridad era más importante que… que lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros.

Llamé a su móvil tres veces. No respondió. Envié mensajes. Sin respuesta.

Estaba a punto de salir de nuevo, de ir a su casa y obligarla a escucharme, cuando escuché el timbre.

Sonó una vez. Dos. Como si quien estuviera al otro lado dudara.

Abrí la puerta y allí estaba ella.

Candela, con un vestido amarillo que parecía haberse puesto de cualquier manera, con el pelo suelto y despeinado, con una bolsa de tela en las manos que olía a... ¿A paella?

—Hola —dijo, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué…? —No pude terminar la frase.

—Mi padre ha hecho arroz. El mejor de Valencia, según él. Y según todos los que lo han probado. He pensado que… bueno, que quizás no habías cenado. Después de lo del hospital. Después de… —hizo una pausa—. Después de todo.

La miré, y no supe qué hacer.

Nadie había aparecido nunca en mi casa simplemente para preocuparse por mí. Nadie había traído comida casera, pensando en si había cenado, en si estaba bien, en si necesitaba compañía. Mis relaciones, las pocas que había tenido, eran intercambios calculados, encuentros programados, dinámicas donde cada parte sabía exactamente qué esperar.

Esto... Esto era impredecible. Esto era...

—Entra —dije, y mi voz sonó más suave de lo que pretendía.

Candela entró en mi casa como quien entra en un museo.

Miraba todo con ojos curiosos, evaluando, catalogando. Vi su expresión mientras recorría el recibidor de mármol blanco, la escalera flotante, el salón con vistas al jardín iluminado.

—Vamos a la cocina —dije, recuperando la compostura—. Antes de que se enfríe ese arroz.

La cocina era el único espacio de la casa que usaba con regularidad, y, aun así, era demasiado grande para una sola persona. Encimeras de granito negro, electrodomésticos de acero inoxidable, una isla central donde nunca había cocinado nada que no fuera café o tostadas.

Candela instaló el arroz en la encimera y empezó a buscar platos, cubiertos, servilletas. Se movía con una naturalidad que contrastaba con la rigidez del espacio.

—¿Tienes algo para beber? —preguntó.

—Vino. Whisky. Agua.

—Vino.

Saqué una botella de Rioja que alguien me había regalado hacía años y que nunca había abierto. Candela la examinó, asintió con aprobación y la abrió con una destreza que me impresionó.

—Mi padre me enseñó —dijo, notando mi expresión—. Dice que una mujer que no sabe abrir una botella de vino está condenada a depender de hombres con complejos de salvador.

—Tu padre es un hombre sabio.

—Mi padre es un hombre que hace los mejores arroces de Valencia y sabe demasiado, sobre todo. —Sonrió—. Te caería bien.

Servimos el arroz en platos que parecían nuevos, aunque llevaba años en la casa. Nos sentamos en la isla de la cocina, frente a frente, con el vino entre nosotros.

—Está delicioso —dije, y era verdad.

—Es el arroz de mi padre. Tiene poderes curativos. O eso dice él.

—¿Y tú qué dices?

—Yo digo que la comida hecha con cariño siempre sabe mejor. Aunque en tu caso, quizás necesitas más que arroz.

—¿Qué necesito?

—¿Quieres que te lo diga?

Asentí.

Candela dejó el tenedor. Me miró con esos ojos verdes que parecían ver demasiado.

—Necesitas que alguien se preocupe por ti sin que tengas que pedirlo. Necesitas que alguien cocine para ti sin que sea una transacción. Necesitas... —hizo una pausa, buscando las palabras—. Necesitas señales de vida en esta casa perfecta.

—Hay señales de vida.

—¿Dónde? —Se levantó, caminando hacia el salón—. ¿En estas paredes vacías? ¿En estos muebles de diseño que parecen nunca haberse usado? ¿En la ausencia total de fotografías, de recuerdos, de… de desorden?

La seguí. La observé mientras señalaba cada espacio vacío, cada superficie impoluta, cada rincón que gritaba soledad.

—No tengo tiempo para...

—No es tiempo, Adrián. Es miedo. —Se volvió hacia mí—. Tienes miedo de que las cosas te importen. Porque si importan, pueden desaparecer. Como tu hermano. Como...

—Basta —dije, y mi voz salió más dura de lo que pretendía.

Candela no se inmutó. Se acercó. Estaba demasiado cerca, otra vez.

—No voy a alejarme —dijo—. Sé lo que estás planeando. Lo sé por cómo me miraste cuando leíste ese mensaje en el hospital. Pero no voy a hacerlo.

—Candela, es peligroso. Alguien te está usando contra mí.

—Y si me voy, ¿qué? ¿Ganas tú? ¿Pierde el enemigo? No, Adrián. Si me voy, pierdes tú. Pierdes a la única persona que está ayudándote a descubrir quién está detrás de esto. Y yo pierdo… —se detuvo.

—¿Qué pierdes?

—La oportunidad de demostrarte que las cosas que importan no siempre desaparecen.

Nos miramos. El silencio entre nosotros era denso, cargado de todo lo que no decíamos, de todo lo que temíamos admitir.

—Vamos a revisar esos documentos —dije finalmente—. Antes de que me convenzas de algo de lo que me arrepentiría.

Ella sonrió. Esa sonrisa suya que lo cambiaba todo.

—Demasiado tarde, doctor Ferrer. Ya estás arrepentido de no haberme echado de tu vida hace semanas.

Pasamos la tarde en mi despacho, revisando papeles, comparando fechas, buscando conexiones entre la investigación antigua y los ataques actuales.

La convivencia entre nosotros empezaba a parecer… natural. Demasiado natural. Candela se sentaba en el suelo, rodeada de carpetas, con las piernas cruzadas y el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. Yo estaba en mi silla, intentando concentrarme en los documentos, pero distraído constantemente por su presencia.

Ella hacía bromas. Comentarios sarcásticos sobre la letra de los médicos, imitaciones de los pacientes que había visto en el hospital, historias absurdas sobre sus gatos. Y yo… yo me reía. De verdad. Una y otra vez, hasta que me dolía la cara de tanto sonreír.

—Tienes hambre —dijo de repente, mirando el reloj. Eran las nueve de la noche.

—Podría comer algo.

—Yo cocino.

—Tú no has visto mi cocina. Nadie cocina ahí.

—Exacto. Por eso voy a hacerlo. —Se levantó, estirándose—. Tienes huevos, ¿verdad? Y queso. Y alguna verdura que no esté podrida.

—Tengo… algo.

—Eso esperaba.

La seguí a la cocina, observando cómo se movía con confianza, abriendo neveras y armarios, evaluando mis escasos recursos con una mezcla de diversión y resignación.

—Tortilla española improvisada —anunció—. Con lo que encuentre.

—Puedo ayudar.

Me miró. Arqueó una ceja.

—¿Tú? ¿Cocinar?

—Sé hervir agua.

—Eso no es cocinar, eso es… física básica.

—Dame una oportunidad.

Fue un desastre.

Intenté cortar cebolla y terminé llorando más que si hubiera estado viendo una película de drama. Intenté batir huevos y los salpiqué por toda la encimera. Intentó enseñarme a dar la vuelta a la tortilla y casi la tiro al suelo.

Pero nos reímos. Dios, cómo nos reímos.

Reímos hasta que nos dolió el estómago, hasta que olvidamos la investigación, las amenazas, el peligro que nos rodeaba. Por primera vez desde que nos conocimos, simplemente… nos divertimos. Sin tensión, sin hostilidad, sin la constante batalla de ver quién ganaba cada intercambio.

La tortilla estaba quemada por fuera y cruda por dentro. Comimos igual, sentados en la isla de la cocina, con el vino que ya habíamos terminado y una botella de agua que sabía a gloria.

—Esto es horrible —dijo ella, masticando.

—Es catastrófico.

—¿Por qué seguimos comiendo?

—Porque lo hemos hecho nosotros.

—Eso es tristemente romántico.

—Es patéticamente romántico.

Nos miramos. Y por un momento, el mundo se detuvo de nuevo. Pero esta vez no hubo interrupciones. No hubo llamadas, no hubo mensajes, no hubo amenazas que nos separaran.

Solo existíamos nosotros dos, una tortilla horrible y una risa compartida que parecía el comienzo de algo.

El timbre sonó a las once. Ambos nos sobresaltamos. Yo había olvidado completamente el tiempo, el espacio, la realidad fuera de esa cocina.

Fui a la puerta. Lucas estaba allí, con una expresión que no había visto nunca: seriedad absoluta.

—Necesito hablar contigo —dijo, sin saludar.

—Lucas, ahora no es buen momento…

—Ha pasado algo. Algo grave.

Candela apareció detrás de mí. Lucas la miró, asintió con la cabeza, y luego volvió a centrarse en mí.

—Alguien ha filtrado información a la prensa. Sobre ti. Sobre la investigación de 2012. Sobre el doctor Salvat y lo que pasó realmente.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies.

—¿Qué información?

—Dicen que ocultaste resultados. Que el estudio tenía efectos secundarios graves que nunca se publicaron. Que Salvat no tuvo un colapso nervioso, sino que descubrió algo que tú querías ocultar.

—Eso es mentira.

—Lo sé. Pero El País lo ha publicado. Y El Mundo. Y varios digitales médicos. —Hizo una pausa—. Adrián, tu reputación está en juego. El hospital está recibiendo llamadas. El comité deontológico ha convocado una reunión de urgencia para mañana.

Candela puso una mano en mi brazo. La miré. Y vi que ella también había palidecido.

—Esto se está descontrolando —dije, y mi voz sonó extraña, lejana.

—Necesitas un abogado —dijo Lucas—. Y una estrategia. Y...

—Necesito saber quién está haciendo esto —interrumpí, y la furia volvió a mí—. Necesito encontrar al hijo de puta que está destrozando mi vida.

—Adrián… —empezó Candela.

—No —dije, y me aparté de ella—. Esto es lo que quería evitar. Esto es por lo que deberías haberte ido. Ahora no solo estás en peligro físico, sino que también tu nombre puede aparecer en esto. Tu carrera. Tu...

—No me importa —dijo ella, y su voz era firme—. No me importan ni mi nombre ni mi carrera ni nada de eso. Me importas tú.

La miré. Y vi algo en sus ojos que me rompió: determinación. Lealtad. El tipo de amor que no se rinde cuando las cosas se ponen difíciles.

—Tienes miedo —dijo ella, y no era una pregunta.

—No tengo...

—Tienes miedo. No de perder prestigio. No de perder tu trabajo. —Se acercó, ignorando a Lucas, ignorando todo—. Tienes miedo de decepcionar a las personas que confían en ti. A tus pacientes. A tus colegas. A...

—A ti —terminé, y la admisión me costó más de lo que esperaba.

—A mí no puedes decepcionarme, Adrián. Porque ya sé quién eres. Y no es el hombre que describen esos artículos.

Lucas se aclaró la garganta.

—Debería irme —dijo—. Mañana será un día largo. Pero piensa en lo que te he dicho. Necesitas protegerte.

Se fue. Nos dejó solos en el recibidor, con la noticia colgando entre nosotros como una espada.

—Deberías irte —dije a Candela—. Antes de que esto empeore.

—No.

—Candela...

—He dicho que no. —Se acercó hasta que estuvimos casi tocándonos—. Mañana enfrentaremos esto juntos. Pero esta noche… esta noche solo quiero que sepas que no estás solo. Que nunca has estado solo, aunque hayas intentado convencerte de lo contrario.

No supe qué decir. Así que no dije nada. La abracé. Fue torpe, inesperado y completamente necesario. Sentí sus brazos alrededor de mi cintura, su cabeza apoyada en mi pecho, su respiración calmándose contra mi camisa.

Permanecimos así durante largos minutos. Dos personas aferradas la una a la otra en medio de una tormenta que no habíamos creado, pero que tendríamos que atravesar juntas.

Cuando se marchó, cuando la vi subirse a un taxi que había pedido desde su móvil, me quedé en la puerta.

Miré la calle vacía. El jardín iluminado. La casa perfecta y silenciosa que me esperaba.

Y por primera vez, ese silencio me molestó.

No porque estuviera solo. Sino porque ahora sabía lo que significaba no estarlo. Y la ausencia de Candela, su risa, su caos, su forma de llenar los espacios vacíos, se hizo más evidente que nunca.

Entré, cerré la puerta, y la casa volvió a estar silenciosa.

Pero ahora el silencio era diferente. Ahora el silencio gritaba su nombre.

Capítulo 10



Candela

La noticia explotó por la mañana.

Desperté con el móvil lleno de alertas, de mensajes de Mireia preguntando si estaba bien, de mi padre llamando preocupado. Pero lo peor no eran los mensajes de la gente que me quería. Lo peor eran las notificaciones de las aplicaciones de noticias, de las redes sociales, de los grupos de WhatsApp donde desconocidos compartían el artículo como si fuera un chisme jugoso.

«El prestigioso cirujano Adrián Ferrer Montesinos, implicado en presunto encubrimiento de efectos secundarios graves.»

«¿Un héroe de la medicina o un fraude? La investigación que el doctor Ferrer intentó ocultar.»

«El Hospital Clínico de Valencia abre una investigación interna sobre prácticas cuestionables.»

Leí cada titular con una mezcla de náuseas y rabia. Porque sabía la verdad. Sabía que Adrián no había ocultado nada, que no había fraude, que alguien estaba manipulando la información para destruirlo. Y ver cómo desconocidos, gente que ni siquiera lo conocía, se sentía con el derecho de juzgarlo, de condenarlo, de arrojarle piedras desde la comodidad de su anonimato… me dolió.

Me dolió más de lo que esperaba.

Más de lo que debería, quizás. Pero ya era tarde para eso. Ya era tarde para pretender que Adrián era solo un personaje de investigación, un médico insufrible del que sacar material literario. Era alguien que me importaba. Alguien cuya imagen pública, ese hombre frío, calculador, presunto fraudulento, no tenía nada que ver con la persona que conocía: el hombre que reía torpemente mientras quemaba tortillas, que se quedaba mirándome dormir sobre carpetas de informes, que se enfurecía porque alguien me amenazaba.

Y esa discrepancia entre quien era y quien decían que era… me enfureció. Así que hice lo que mejor sabía hacer. Investigué.

Como escritora, había pasado años aprendiendo a buscar patrones. A conectar puntos que otros no veían. A construir narrativas coherentes a partir de fragmentos dispersos. Y ahora aplicaba esas habilidades a algo real.

Empecé por las redes sociales.

Los ataques contra Adrián no eran orgánicos. Eso lo supe enseguida. No eran comentarios espontáneos de pacientes insatisfechos o colegas envidiosos. Había algo coordinado detrás. Un patrón.

Varias cuentas habían surgido de la nada en las últimas semanas. Todas publicaban el mismo tipo de contenido: críticas a Adrián, supuestos testimonios anónimos, artículos compartidos de webs de dudosa credibilidad.

Pero lo interesante era la cronología. Las cuentas habían empezado a publicar tres días antes de que la denuncia formal llegara al hospital. Antes de que nadie supiera que había una investigación en curso. Antes de que los documentos aparecieran manipulados.

Alguien estaba preparando el terreno. Alguien sabía lo que iba a pasar.

Profundicé más. Rastreé las cuentas a través de herramientas de análisis que había aprendido a usar durante una investigación para una novela sobre ciberacoso. Descubrí que las tres cuentas compartían la misma dirección IP. Que habían sido creadas el mismo día. Que usaban un lenguaje similar, estructuras de frases idénticas, incluso los mismos errores ortográficos.

Eran la misma persona. O el mismo grupo.

Y lo más importante: una de las cuentas había publicado una foto que parecía tomada desde el interior del Hospital Clínico. Una vista del jardín interior que solo se podía conseguir desde una de las plantas altas.

El enemigo estaba dentro.

Fui a casa de Adrián directamente. No llamé. No avisé. Simplemente aparecí en su puerta con mi portátil, mi libreta llena de notas y la certeza de que tenía información importante.

Abrió la puerta con cara de no haber dormido. Barba de dos días, ojeras que competían con las mías, camisa arrugada que probablemente llevaba puesta desde el día anterior.

—Candela —dijo, y su voz sonó sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—He encontrado algo. —Entré sin esperar invitación, como si ya tuviera derecho a hacerlo—. Sobre las cuentas de redes sociales. Sobre quién está detrás de esto.

Lo llevé a la cocina y abrí el portátil en la isla central. Empecé a explicarle todo: los patrones, las direcciones IP, la foto tomada desde el hospital, la cronología de los ataques.

Adrián escuchó en silencio. Cuando terminé, esperaba gratitud. O al menos interés. Pero lo que vi en sus ojos fue algo completamente diferente.

—¿Has estado investigando esto sola? —preguntó, y su voz era hielo puro.

—Sí. He descubierto que...

—¿Sin consultarme? ¿Sin avisarme? ¿Sin pensar en que podrías estar en peligro?

—Adrián, he encontrado información importante. He descubierto que el enemigo está dentro del hospital, que...

—¡No me importa la información! —Su voz se elevó, y el grito me sobresaltó—. ¿No entiendes que alguien te está amenazando? ¿Que ya te han dicho que te alejes? ¿Y en lugar de eso te lanzas sola a investigar cuentas anónimas de internet?

—Estaba tratando de ayudar...

—¡Estabas metiéndote en la boca del lobo! —Se pasó las manos por el pelo, visiblemente agitado—. Candela, no puedes hacer esto. No puedes exponerte así. No puedes...

—¿Qué? —Mi voz también se elevó—. ¿No puedo qué? ¿No puedo pensar por mí misma? ¿No puedo investigar? ¿No puedo intentar ayudar a alguien que…? —Me detuve, tragando las palabras que estaban a punto de salir.

—A alguien que qué.

—A alguien que se empeña en alejarme cada vez que las cosas se ponen difíciles.

Nos miramos. La tensión en la cocina era palpable, densa, cargada de electricidad que no sabíamos canalizar.

—No es eso —dijo él, más suave.

—¿No? Porque parece que sí. Parece que cada vez que la situación se complica, decides que lo mejor es que me vaya. Que me protejas. Que controles mi seguridad, mis movimientos, mi...

—¡Porque me importas! —El grito resonó en el espacio vacío de la cocina—. ¡Porque si algo te pasara, no lo soportaría! ¿Es eso lo que quieres oír? ¿Que me has convertido en alguien que no puede pensar con claridad porque está demasiado ocupado preocupándose por ti?

Me quedé quieta. El silencio que siguió fue más ensordecedor que cualquier grito.

—No quiero que me protejas —dije finalmente, y mi voz temblaba —. Quiero que me dejes estar a tu lado. Que me dejes ayudar. Que confíes en que puedo cuidar de mí misma.

—Confío en ti —dijo, y sonaba desesperado—. No confío en el mundo. No confío en la gente que te está usando para llegar a mí.

—Entonces luchamos juntos. No me apartes. No me hagas...

—¿Qué?

—No me hagas sentir que no soy suficiente. Que mi forma de ayudar no es la correcta. Que siempre voy a ser un problema que necesitas resolver.

Adrián cerró los ojos. Cuando los abrió, vi algo que me dolió: cansancio. Una fatiga profunda que venía de años de cargar con todo solo.

—No eres un problema —dijo—. Eres… —hizo una pausa—. Eres lo mejor que me ha pasado en años. Y eso me aterra.

La frase flotó entre nosotros. Una admisión. Una rendición.

—A mí también me aterra —admití—. Pero eso no significa que debamos rendirnos.

—No quiero rendirme —dijo, y dio un paso hacia mí—. Quiero... —otro paso—. Quiero que estés a salvo. Que estés bien. Que...

—Que esté contigo.

—Sí.

Estábamos demasiado cerca. El enfado se había evaporado, reemplazado por algo más peligroso. La rabia se había convertido en otra cosa, en esa tensión que llevábamos semanas ignorando, en esa atracción que crecía cada vez que intentábamos negarla.

—Deberías alejarte —dijo Adrián, pero su voz carecía de convicción.

—Si realmente quisieras que me fuera —respondí, y mi voz era un susurro—, no me estarías mirando así.

Silencio.

Un momento cargado de electricidad, de posibilidades, de todo lo que podía pasar si solo uno de los dos daba el siguiente paso.

Adrián levantó la mano. Rozó mi mejilla con los nudillos. Un contacto que me hizo cerrar los ojos, que me hizo olvidar la discusión, la investigación, el peligro que nos rodeaba.

Estábamos a centímetros de cruzar una línea, y justo entonces sonó el timbre.

Ambos nos sobresaltamos como si nos hubieran pillado haciendo algo prohibido. Adrián apartó la mano. Yo retrocedí un paso. El momento se desvaneció, roto por la realidad que llamaba a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —pregunté, intentando recuperar el aliento.

—No.

Fue a la puerta. Yo lo seguí, confundida, frustrada, intentando procesar lo que casi había pasado.

Y entonces vi quién era.

—Papá.

Mi padre estaba en la puerta, sonriendo ampliamente, sosteniendo una cazuela de barro que emanaba un olor delicioso.

—Hola, cariño —dijo, como si fuera lo más normal del mundo aparecer en casa de un desconocido a las nueve de la noche—. He hecho fabada. Pensé que el doctor podría necesitar comida de verdad después de todo este lío.

—Papá, ¿qué haces aquí?

—¿No puede un padre preocuparse por su hija? —Entró sin esperar invitación, saludando a Adrián con la cabeza—. Doctor. Buenas noches. Espero no interrumpir nada.

La forma en que dijo, nada, con esa inflexión particular, me hizo querer desaparecer del planeta. Porque Vicente sabía. Mi padre, con sus sesenta y tres años de experiencia leyendo a la gente, había entendido perfectamente lo que estaba pasando. La tensión en el aire, la proximidad entre Adrián y yo, el hecho de que estuviéramos los dos con las mejillas sonrojadas y la respiración acelerada.

Y se estaba divirtiendo muchísimo.

—No interrumpe nada —dijo Adrián, intentando recuperar la compostura—. Estábamos... discutiendo.

—Discutiendo —repitió Vicente, y su sonrisa se amplió—. Qué interesante. Mi Candela discute mucho cuando alguien le importa.

—Papá...

—Es verdad —continuó, ignorándome mientras instalaba la fabada en la cocina—. Cuando era pequeña, discutía con su madre constantemente. Pero solo porque la quería tanto que le dolía. Con los que no le importaban, ni siquiera perdía el tiempo.

—Papá, por favor...

—Doctor —dijo Vicente, volviéndose hacia Adrián con una seriedad que duró exactamente dos segundos—. Mi hija discute mucho cuando alguien le importa. Y últimamente ha estado discutiendo mucho con usted.

Adrián me miró. Yo miré al suelo, deseando que se abriera y me tragara.

—Sí —dijo Adrián, y su voz tenía un matiz que no lograba interpretar—. He notado eso.

—Bien —dijo Vicente, volviendo a sonreír—. Entonces todo va por buen camino. Ahora, ¿tiene pan? Porque la fabada sin pan es como el amor sin discusiones: incompleta.

Pasamos la siguiente hora en una situación surrealista, con mi padre contando anécdotas de mi infancia que me hacían querer morir de vergüenza, y Adrián escuchando con una atención que parecía genuina.

Mi padre le hablaba de mi madre. De cómo se habían conocido, de cómo ella también escribía, de cómo había sido perderla. Y Adrián escuchaba. Realmente escuchaba, con esos ojos grises que parecían ver más allá de las palabras.

Cuando mi padre se marchó, dos horas después, con la promesa de volver con arroz al día siguiente, nos dejó solos en la puerta.

—Doctor —dijo, antes de irse—. Cuide de ella. No porque no pueda cuidar de sí misma. Sino porque a veces, las personas que más pueden necesitan saber que no están solas.

Adrián asintió. No dijo nada, pero vi algo en su expresión que me conmovió: reconocimiento. Como si mi padre hubiera puesto en palabras algo que él no sabía cómo expresar.

—Lo haré —dijo finalmente.

Vicente se fue. El coche arrancó. Nos quedamos en la puerta, Adrián y yo, en la noche valenciana que olía a jazmín y a verano.

—Tu padre es... —empezó Adrián.

—Un desastre. Lo sé.

—Increíble —corrigió—. Es increíble.

Me miró. Y en sus ojos vi que estaba pensando en lo que Vicente había dicho. En esa frase que a mí me había hecho querer desaparecer, pero que a él parecía haberle dado algo en qué reflexionar.

—Debería irme —dije.

—Sí.

—¿Quieres que me vaya?

—No —dijo, y la honestidad de la respuesta me detuvo—. Pero creo que deberías. Antes de que volvamos a discutir. Antes de que volvamos a estar demasiado cerca y demasiado lejos al mismo tiempo.

Asentí. Entendía lo que quería decir. Entendía que necesitábamos tiempo, espacio, claridad.

Pero cuando me fui, cuando caminé hacia el metro con el corazón pesado, supe que Adrián se quedó en la puerta mirándome.

Y esa noche, mientras intentaba dormir en mi casa de Benimaclet, con Taco ronroneando a mis pies y Chorizo robándome la almohada, pensé en él.

Capítulo 11



Adrián

Intenté concentrarme en la revisión de los informes preoperatorios. Llevaba cuarenta minutos mirando la misma página del expediente del señor Gutiérrez y no había registrado ni una sola palabra. Los números bailaban ante mis ojos, las cifras de presión arterial se convertían en garabatos sin sentido, y cada vez que cerraba los párpados para descansar la vista, aparecía ella.

Candela.

Estaba sentada en la esquina de mi despacho, con las piernas cruzadas sobre la silla, mordiendo el extremo de un bolígrafo y garabateando en esa libreta absurda que parecía llevar pegada a la mano. Llevaba un vestido amarillo que hacía juego con el tono de su piel, bronceada por el verano, y el pelo recogido en una coleta imperfecta de la que se escapaban mechones por todos lados. Parecía un desastre andante. Un desastre hermoso, irritante y absolutamente hipnótico.

—¿Vas a firmar eso o vas a seguir mirándome como si fuera un espécimen en un microscopio? —preguntó sin levantar la vista de su libreta.

—No te estaba mirando —mentí, volviendo a los papeles con brusquedad.

—Claro. Por eso has estado sosteniendo ese bolígrafo en el aire durante tres minutos sin escribir nada.

Apreté los dientes. Llevaba tres días así. Tres días en los que no podía sacarme de la cabeza la forma en que Candela me miraba cuando discutíamos, con esa mezcla de exasperación y algo más que se negaba a nombrar.

—Necesito café —dije, levantándome de golpe.

—Necesitas un milagro —murmuró ella.

Salí del despacho como si me persiguiera el demonio. El pasillo del hospital me ofreció su familiar olor a desinfectante y tragedia contenida, pero ni siquiera eso lograba limpiar mi cabeza. Caminé hacia la cafetería con paso rápido, intentando convencerme de que solo necesitaba descansar, que no era normal que una escritora con zapatillas *Converse* y sarcasmo afilado ocupara tanto espacio en mis pensamientos.

—Madre mía, Ferrer, pareces un zombi.

Lucas apareció a mi lado sin previo aviso, con su bata de traumatólogo abierta sobre una camiseta de algún festival de música que seguramente había estado de moda hacía quince años. Llevaba dos cafés en las manos y una sonrisa burlona que me hizo querer estrangularlo.

—No estoy para bromas —gruñí.

—Evidentemente. Estás para un psiquiatra. —Me empujó uno de los vasos de cartón—. Toma, café de máquina. El mejor que puede ofrecer este hospital de tercera.

Acepté el café más por instinto que por deseo. Estaba frío y sabía a cartón mojado, pero lo bebí de todos modos mientras caminábamos hacia la terraza del tercer piso, el único sitio donde podíamos hablar sin que nos interrumpieran cada treinta segundos.

—¿Cuánto tiempo llevas sin dormir? —preguntó Lucas, apoyándose en la barandilla.

—He dormido.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente.

—Mentira. Tienes ojeras que llegan hasta el suelo y ayer te vi poner el estetoscopio al revés. Eso no es falta de sueño, es falta de... —hizo una pausa— Candela.

—No digas tonterías.

—Adrián, te conozco desde la residencia. He visto cómo actúas con las mujeres. Normalmente las ignoras con la eficiencia de un robot. Pero con esta... —sacudió la cabeza—. Con esta estás perdido, chaval.

Quise negarlo. Quise decirle que Candela era una molestia profesional, un obstáculo temporal, alguien que desaparecería de mi vida en cuanto terminara su investigación. Pero las palabras se atascaron en mi garganta, porque Lucas tenía razón. Estaba perdido. Y lo peor de todo es que no se trataba solo de su aspecto físico, aunque Dios sabía que eso ya era suficiente problema.

Era su forma de pensar. La velocidad con la que conectaba ideas que otros no veían. Su risa, que sonaba como si viniera de algún lugar profundo y genuino, sin filtros ni artificios. La facilidad con la que conseguía que yo dejara de ser el doctor Ferrer, el cirujano perfecto, el hombre de hielo, para convertirme en alguien que quemaba tortillas y discutía sobre novelas románticas.

—Me gusta —admití finalmente, y la confesión me supo a derrota y a alivio simultáneos.

Lucas dejó el café a medio camino de la boca.

—¿Perdón?

—Que me gusta. No solo... no es solo físico. —Pasé una mano por mi pelo, frustrado—. Me gusta cómo piensa. Cómo ve el mundo. Cómo entra en una habitación y lo ilumina todo sin siquiera intentarlo.

—Joder.

—¿Qué?

—Nada, es que... —Lucas se rio, una carcajada genuina que resonó en la terraza vacía—. Nunca pensé que viviría para ver esto. Adrián Ferrer Montesinos, el hombre que hace declaraciones de amor como si fueran diagnósticos médicos.

—No es una declaración de amor. Es una... constatación clínica.

—Es una declaración de amor, amigo. Y estás hasta el cuello.

Quise discutir, pero mi teléfono vibró en el bolsillo. Era un mensaje de Marta, la directora de Enfermería: «Necesito verte urgentemente. Sala de archivos. Sótano.»

El tono del mensaje me erizó el vello de la nuca. No era el tono habitual de Marta, eficiente y calmada. Había algo de urgencia, casi de miedo, entre las palabras.

—Tengo que irme —dije, guardándome el móvil.

—¿Problemas?

—Probablemente.

Bajé las escaleras de dos en dos, dejando a Lucas con su café y su sonrisa de «Te lo dije». El sótano del hospital era un espacio que pocos frecuentaban: pasillos estrechos, luces parpadeantes, y una humedad que olía a cerrado y a historia olvidada. Marta me esperaba frente a la puerta de la sala de archivos, con una expresión que hizo que se me acelerara el pulso.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Hemos encontrado algo. —Su voz era un susurro—. En el sistema de vigilancia. Alguien ha accedido a los servidores desde una terminal interna a las tres de la madrugada. El mismo día que filtraron la información a la prensa.

—¿Quién?

—Eso es lo peor. —Marta me miró a los ojos—. La terminal pertenece al despacho del doctor Vila. Pero él estaba de vacaciones en Menorca. Y el acceso se hizo con su contraseña personal.

Sentí un frío que no tenía nada que ver con la temperatura del sótano.

—¿Alguien está usando las credenciales del doctor Vila?

—O alguien dentro del hospital está ayudando al responsable —corrigió Marta—. Adrián, esto es grave. Quienquiera que esté detrás de esto tiene acceso a información confidencial, a expedientes médicos, a... A todo.

Pensé en Candela. En la amenaza que había recibido. En el mensaje anónimo que decía «Aléjate de ella». Si alguien dentro del hospital estaba colaborando con el enemigo, entonces ningún lugar era seguro. Ni siquiera mi despacho.

—Necesito que revises quién más ha tenido acceso a esa terminal en las últimas semanas —dije—. Y Marta... —la miré con seriedad—. No se lo cuentes a nadie. Nadie. Ni siquiera a los de seguridad. No sabemos en quién podemos confiar.

Subí las escaleras con la mente acelerada. Si había una filtración interna, entonces Candela estaba en peligro real. Alguien que conocía los entresijos del hospital, que tenía acceso a información privada, que podía moverse entre nosotros sin levantar sospechas... eso era mucho más peligroso que un atacante externo.

La encontré en mi despacho, exactamente donde la había dejado, pero ahora estaba de pie junto a la ventana, con el teléfono en la mano y una expresión preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó al verme entrar.

—Necesito que vengas conmigo. Ahora.

—¿Adrián?

—No discutas. Por favor.

Algo en mi tono debió de convencerla, porque asintió sin hacer preguntas. Salimos del hospital por la puerta de servicio, evitando la entrada principal donde sabía que había periodistas apostados desde que se había filtrado la noticia. Mi coche estaba en el aparcamiento subterráneo, y conduje en silencio durante los diez minutos que tardamos en llegar a mi casa.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Candela cuando entró en el salón.

—Porque hay periodistas esperando cerca de tu casa —dije, cerrando la puerta con llave—. Y porque hasta que sepamos quién está filtrando la información, no estás segura en ningún lado.

Ella cruzó los brazos, y vi que se preparaba para la batalla.

—No voy a esconderme como si fuera una niña. Tengo trabajo que hacer. Tengo una novela que escribir. Tengo...

—¿Un deseo de morir? —La interrumpí, y mi voz salió más dura de lo que pretendía—. Candela, alguien dentro del hospital está ayudando al que intenta destruirme. Alguien con acceso a todo. Y hasta que descubramos quién es, no puedo protegerte si no estás aquí.

—No necesito que me protejas.

—Yo necesito protegerte.

Nos miramos durante largos segundos. Finalmente, ella suspiró y dejó caer los brazos.

—Solo una noche —dijo—. Y me quedo en el sofá.

—Tienes habitación de invitados. Segunda puerta a la derecha.

—Prefiero el sofá.

—Candela...

—El sofá, Adrián. O me voy a mi casa.

Acepté a regañadientes. No tenía energía para discutir, y la verdad es que prefería tenerla en el sofá de mi salón a tenerla lejos, expuesta a Dios sabía qué peligros.

Lo que no esperaba era el caos que se desataría en las siguientes horas.

Candela Navarro era como un tornado con zapatillas. En menos de treinta minutos, mi salón perfectamente ordenado se convirtió en un campo de batalla literario. Libros por todas partes, sobre la mesa de centro, en el suelo, encima del televisor, papeles con garabatos que ella llamaba notas de personaje, una taza de café que dejó en un posavasos que evidentemente no le gustó porque lo movió tres veces hasta encontrar el ángulo correcto, y música saliendo de su teléfono móvil, algo de indie español que nunca habría elegido escuchar pero que, maldita sea, no sonaba del todo mal.

—¿Tienes algo para cenar? —preguntó, revolviendo mi nevera como si fuera suya.

—Hay ensalada. Y pollo de ayer.

—¿Y para comer de verdad?

—Eso es comer de verdad.

—Eso es alimentarse, no comer. —Sacó una cebolla y dos tomates que no recordaba haber comprado—. Voy a hacer una tortilla. Y no, no acepto un no por respuesta.

Intenté protestar, pero ella ya estaba ocupando mi cocina con una naturalidad que me resultó desconcertante. Se movía entre mis encimeras de granito negro como si llevara años haciéndolo, canturreando bajito mientras cortaba la cebolla con una destreza que me impresionó. Yo intenté sentarme en el sofá a revisar documentos del hospital, pero era imposible concentrarse.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella, sin girarse.

—No te estoy mirando.

—Estás mirando fijamente a mi espalda. Es incómodo.

—Estoy pensando.

—En mí.

—En el caso —mentí.

Ella se rio, esa risa suya que parecía venir de las tripas.

—Mentiroso.

La cena fue... diferente. La tortilla estaba buena, aunque yo nunca habría pensado en añadirle pimentón. Comimos en la isla de la cocina, con la música bajita de fondo y una conversación que fluyó con extraña naturalidad. Hablamos de todo menos de lo que nos preocupaba: del hospital, de la investigación, de quién podría estar traicionándome. Hablamos de sus gatos, de mi padre, de cómo el limonero de su patio estaba dando frutos por primera vez en años.

—Deberías regar el jardín —dijo de repente, señalando hacia el exterior con el tenedor—. Las buganvillas se están secando.

—No tengo tiempo para...

—No es cuestión de tiempo. Es cuestión de prioridades. —Me miró con seriedad—. Tu casa es preciosa, Adrián. Pero parece un museo. Un museo donde nadie se atreve a tocar nada.

—Me gusta el orden.

—El orden no es sinónimo de vacío.

Quise replicar, pero en ese momento sonó un trueno. Lejos primero, luego más cerca. Miramos hacia las enormes cristaleras que daban al jardín y vimos cómo el cielo de Valencia se oscurecía en cuestión de segundos. Era una de esas tormentas de verano que aparecen sin avisar, trayendo consigo lluvia torrencial y un alivio momentáneo del calor sofocante.

—Vamos a la terraza —dije, levantándome de la silla.

—¿Estás loco? Va a llover.

—Exacto.

Salimos a la terraza cubierta justo cuando empezaba a caer el primer chaparrón. El sonido de la lluvia golpeando el cristal de la barandilla era hipnótico, y el olor a tierra mojada inundó el aire. Candela se quedó junto a mí, con los brazos cruzados, mirando cómo los relámpagos iluminaban el jardín.

—Tengo miedo —dijo de repente, sin girarse hacia mí.

—¿De la tormenta?

—De esto. —Hizo un gesto vago entre nosotros—. De lo que está pasando. De lo que siento.

Mi corazón se aceleró. Esperé a que continuara.

—Mi madre murió creyendo en finales felices —dijo, y su voz sonó más pequeña—. Y yo llevo años escribiéndolos, convenciendo a otros de que existen, pero... —se volvió hacia mí, y vi que tenía los ojos brillosos—. Pero tengo miedo de enamorarme de alguien que me rompa. De alguien que sea demasiado bueno para ser verdad y que al final resulte ser... como Sergio. Como todos los demás.

—No soy como los demás —dije, y mi voz sonó áspera.

—Eso es lo que más me asusta. —Se acercó un paso—. Porque si me enamoro de ti y resulta que estás demasiado roto, que eres demasiado cerrado, demasiado... imposible... no sé si podré recuperarme.

—Yo tengo miedo de necesitarte —admití, y la confesión me costó más que cualquier cirugía—. De descubrir que no puedo funcionar sin ti cerca. De que me hagas débil.

—El amor no te hace débil, Adrián.

—Entonces ¿qué hace?

—Te hace humano.

Estábamos demasiado cerca. La lluvia caía a nuestro alrededor, creando una burbuja de intimidad que parecía separarnos del resto del mundo. Podía ver cada gota de agua que se había quedado atrapada en su pelo, cada pequeña peca que el verano había traído a su nariz, cada sombra de duda en sus ojos verdes.

—Candela...

—No digas nada —susurró—. Solo... solo hazlo.

No necesité más permiso. La besé.

Fue un beso que llevaba semanas gestándose, desde aquel primer encuentro hostil en el hospital, desde cada discusión, cada roce accidental, cada momento en que habíamos estado demasiado cerca y demasiado lejos al mismo tiempo. Fue intenso, inesperado, y lleno de todo lo que llevábamos negando: la atracción, la frustración, el miedo a sentir algo real.

Sus labios eran suaves y sabor a café y a algo que era simplemente ella. Sus manos se agarraron a mi camisa, tirando de mí hacia ella, mientras yo la estrechaba por la cintura, acercándola hasta que no quedaba espacio entre nosotros. El sonido de la tormenta se desvaneció, reemplazado por el latido de mi corazón en mis oídos, por la respiración entrecortada de Candela, por la certeza absoluta de que esto era exactamente lo que necesitaba.

Cuando nos separamos, ambos jadeábamos. Ella apoyó la frente contra mi pecho, y yo apoyé la barbilla en su pelo, inhalando su olor, sintiendo su calor contra mí.

—Esto complica las cosas —murmuró ella.

—Mucho —acordé.

—¿Te arrepientes?

—Ni un segundo.

Estábamos a punto de besarnos de nuevo cuando mi teléfono sonó. El tono era el de la llamada de Marta, urgente, insistente. Intenté ignorarlo, pero sonó de nuevo. Y otra vez.

—Deberías contestar —dijo Candela, retrocediendo un paso.

—Puede esperar.

—Adrián, contesta.

Saqué el móvil con frustración.

—¿Qué? —respondí, y mi voz salió más brusca de lo que pretendía.

—Adrián, hemos encontrado algo. —La voz de Marta sonaba agitada, casi histérica—. El acceso a los servidores... no fue solo desde el despacho del doctor Vila. Alguien usó tu cuenta también. Tu contraseña personal.

—¿Qué?

—Y Adrián... hemos rastreado la IP del dispositivo móvil que accedió a la red interna esas noches. —Hizo una pausa, y el silencio pareció durar una eternidad—. Pertenece a Mireia Campos Vidal. La mejor amiga de Candela. La contable.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

Miré a Candela, que me observaba con preocupación, todavía con los labios hinchados por nuestro beso, todavía con las mejillas sonrojadas por la tormenta y la pasión.

—¿Adrián? —preguntó ella—. ¿Qué ocurre?

Y yo supe, con una certeza que me heló la sangre, que el enemigo había estado más cerca de lo que pensaba. Que la persona que intentaba destruirme no solo conocía mi mundo profesional.

También conocía el suyo.

Capítulo 12



Adrián

La revelación de Marta resonaba en mi cabeza como un disparo en una habitación vacía. Mireia. La mejor amiga de Candela. La contable de la gestoría. La rubia organizada que había cenado en mi casa con fabada y anécdotas embarazosas sobre la infancia de Candela.

¿Cómo era posible? ¿Por qué? Las preguntas se amontonaban en mi cerebro, exigiendo respuestas que no tenía, exigiendo acción que no podía tomar. No todavía. No así.

Miré a Candela, que seguía frente a mí con esa expresión de preocupación mezclada con la reciente turbación de nuestro beso. Sus labios aún estaban hinchados, sus mejillas sonrojadas por la tormenta y por la pasión que acabábamos de compartir. Estaba preciosa, vulnerable, abierta. Y yo acababa de descubrir que su mejor amiga, su confidente desde los catorce años, podría ser la persona que intentaba destruirme... y posiblemente dañarla a ella también.

El dilema me consumía. ¿Se lo contaba? ¿Le arrojaba esa bomba ahora, en este momento en que finalmente habíamos derribado los muros, cuando finalmente nos habíamos permitido tocar lo que ambos sentíamos? ¿O guardaba el secreto, la protegía de la verdad unas horas más, le daba una noche de paz antes de que su mundo se desmoronara?

—Adrián —insistió ella, acercándose un paso—. ¿Qué pasa? Estás pálido.

Apagué la pantalla del móvil con un movimiento brusco. La miré a los ojos —esos ojos verdes que parecían ver demasiado— y tomé una decisión. Una decisión egoísta, probablemente incorrecta, pero absolutamente necesaria.

—Es el hospital —mentí, y la palabra me supo a ceniza—. Un problema con un paciente de postoperatorio. Nada que no pueda esperar hasta mañana.

—¿Estás seguro? —Su frente se arrugó con escepticismo—. Parecía algo más grave.

—Estoy seguro. —Me acerqué a ella, invadiendo su espacio personal, usando mi proximidad para distraerla de sus preguntas—. Candela... —mi voz bajó, se volvió más ronca—. Quiero pedirte algo.

—¿El qué?

—Que esta noche... —levanté la mano y le acaricié la mejilla, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos—. Esta noche hagamos como que no hay problemas. Como que no hay hospital, ni investigaciones, ni amenazas. Solo tú y yo. Solo esto.

Ella me miró fijamente, buscando algo en mi expresión. Por un momento temí que viera a través de mi mentira, que detectara la urgencia oculta tras mi propuesta. Pero entonces sus labios se curvaron en una sonrisa lenta, traviesa, y vi cómo el escepticismo se disipaba, reemplazado por algo más antiguo, más primitivo.

—¿Una noche libre de problemas? —preguntó, y su voz tenía un matiz provocador.

—Una noche libre de todo —confirmé—. Mañana volveremos a ser adultos responsables. Pero ahora...

No me dejó terminar la frase. Se puso de puntillas, enlazó sus brazos alrededor de mi cuello, y me besó ella. Fue un beso diferente al anterior, menos dudoso, más decidido, cargado de una intención que hizo que la sangre se me subiera a la cabeza y el corazón me golpeara contra las costillas. Cuando nuestras lenguas se encontraron, sentí que todo mi control se resquebrajaba, que la racionalidad se evaporaba, que solo quedaba el deseo puro y absoluto de esta mujer.

La cogí de la cintura y la atraje hacia mí hasta que sus caderas rozaron las mías. Podía sentir su calor a través de la tela de su vestido, podía oler su perfume mezclado con el olor a lluvia y a piel mojada. Era intoxicante. Era peligroso. Era exactamente lo que necesitaba.

—Ven —susurré contra su boca.

La llevé de la mano desde la terraza hasta el interior de la casa. La lluvia seguía cayendo torrencialmente fuera, creando una burbuja de intimidad que nos aislaba del mundo. En el salón, la luz tenue de las lámparas creaba sombras doradas sobre su piel. Candela se detuvo frente al sofá y me miró con una mezcla de timidez y audacia que me volvía loco.

—¿Desde cuándo me deseas? —preguntó de repente.

—Desde que entraste en mi despacho con ese vestido amarillo y me dijiste que estabas allí obligada —respondí con honestidad—. Desde el primer segundo.

Ella se rio, un sonido suave y musical.

—Yo también. Aunque me negaba a admitirlo.

Me acerqué hasta que estuve a centímetros de ella. Podía ver la pulsación de su cuello, el movimiento de su pecho al respirar, la forma en que sus pupilas se dilataban bajo mi mirada. Lentamente, levanté las manos y deslicé las correas de su vestido por sus hombros. La prenda cayó al suelo con un susurro, dejándola en ropa interior, un conjunto de encaje negro que contrastaba con su piel.

—Dios —murmuré, admirándola.

—Tú también —dijo ella, y sus manos fueron a mi camisa, desabrochando botones con dedos temblorosos—. Quiero verte.

Nos desvestimos el uno al otro con una urgencia que rayaba en la desesperación. Cada pieza de ropa que caía revelaba nuevas superficies de piel para explorar, nuevas texturas para memorizar. Cuando finalmente estuvimos completamente desnudos, frente a frente en medio de mi salón, el aire parecía cargado de electricidad.

Candela era incluso más hermosa de lo que había imaginado. Curvas suaves y firmes, caderas que pedían a gritos mis manos, pechos perfectos con pezones erectos que exigían atención. Pero lo que más me atraía era su expresión, esa mezcla de vulnerabilidad y fuerza, de miedo y valentía.

La cogí de la mano y la guie hasta el sofá. Nos sentamos juntos, piel contra piel, y la besé de nuevo, profundamente, mientras mis manos recorrían su cuerpo con reverencia. Toqué sus pechos, acariciando los pezones entre mis dedos hasta que ella gemía contra mi boca. Bajé una mano por su vientre, sintiendo cómo se tensaba bajo mi tacto, hasta llegar a su centro.

Ella estaba húmeda. Muy húmeda. Y cuando deslicé un dedo entre sus pliegues, encontré ese punto sensible que la hizo arquear la espalda y jadear mi nombre.

—Adrián...

—Shh —susurré contra su cuello, mientras introducía un dedo dentro de ella, moviéndolo con calma, sintiendo cómo su cuerpo se abría para mí—. Déjame. Solo déjame tocarte.

Ella respondió tomando mi miembro en su mano, y el contacto casi me hizo perder el control. Sus dedos eran suaves pero firmes, moviéndose con una precisión que me dejaba sin aliento. Nos masturbamos el uno al otro en silencio, con la única música de nuestra respiración entrecortada y el sonido de la lluvia contra los cristales.

—Espera —dije, apartando su mano antes de que llegara demasiado lejos.

Quería saborearla. Necesitaba sentirla contra mi lengua, escuchar sus gemidos desde esa perspectiva. La empujé suavemente para que se recostara en el sofá, abriéndose para mí, y me arrodillé entre sus piernas.

Su sexo estaba húmedo, y cuando acerqué la boca para lamerlo, ella soltó un gemido que sonó como una oración. Usé la lengua para dibujar círculos alrededor de su clítoris, alternando entre presión suave y movimientos más firmes, introduciendo la lengua en su interior y volviendo a subir. Sus manos agarraron mi pelo, tirando de él, guiándome hacia donde más la excitaba.

—Dios, Adrián... no pares... por favor...

No tenía intención de parar. La llevé al borde del orgasmo con mi boca, sintiendo cómo se tensaba, cómo sus muslos temblaban a ambos lados de mi cabeza, y justo cuando estaba a punto de caer, me detuve.

—No... —protestó ella, frustrada.

—Todavía no —dije, levantándome.

La cogí de la mano y la puse de pie. La giré para que quedara de espaldas a mí, contra la pared del salón, y me posicioné detrás de ella. Podía sentir su culo presionando contra mi erección, y el contacto casi me vuelve loco. La agarré por las caderas y la penetré de una sola embestida, profunda y completa.

Ella gritó, un sonido de sorpresa y placer, y se apoyó contra la pared con las manos extendidas. Comencé a moverme con fuerza, embistiendo una y otra vez, disfrutando de la vista de su espalda curvada, de cómo su cuerpo recibía cada golpe. El sonido de nuestras caderas chocando llenaba la habitación, mezclado con sus gemidos ahogados.

—Más fuerte —pidió ella, y obedecí.

La follé contra la pared con una intensidad que nunca había permitido sentir, perdiendo toda inhibición, todo control. Ella se encontraba con cada embestida, empujando hacia atrás, tomando todo lo que le daba. Cuando sentí que estaba cerca, la saqué de la pared y la giré.

—El sofá —dije, casi sin aliento.

La empujé suavemente hacia atrás hasta que cayó sobre el sofá, y me coloqué entre sus piernas. La penetré de nuevo, esta vez mirándola a los ojos, viendo cada expresión de placer cruzar su rostro. Moví las caderas en círculos, buscando el ángulo perfecto, y cuando lo encontré, sus ojos se abrieron de par en par.

—Así... justo así... —jadeó.

Continué con ese ritmo, observando cómo se deshacía bajo mí, cómo sus uñas se clavaban en mis hombros, cómo su cuerpo se tensaba preparándose para el estallido. Pero antes de que pudiera llegar, la saqué de nuevo.

—No... otra vez no... —protestó, pero ya la estaba levantando en brazos.

La cargué desnuda, sintiendo su piel contra la mía, su calor envolviéndome. Caminé con ella hacia las escaleras, subiendo los peldaños mientras la besaba, mientras ella envolvía sus piernas alrededor de mi cintura, frotándose contra mí de forma torturante.

Llegamos a mi habitación y la dejé caer sobre la cama. Se recostó sobre las sábanas oscuras, con el pelo desparramado sobre la almohada, con las piernas ligeramente abiertas invitándome a entrar. Era la visión más erótica que había visto nunca.

Me tendí sobre ella y la penetré de nuevo, esta vez en la posición del misionero, mirándola fijamente a los ojos mientras me movía con calma, profundamente, sintiendo cada centímetro de su interior. Ella me acarició la cara, me miró con una ternura que me desarmó, y sentí que no era solo sexo. Era mucho más que eso.

—Eres preciosa —dije, y no era una frase hecha. Era una verdad absoluta.

Ella sonrió, y luego giró la posición.

—Quiero probar otra cosa —susurró.

Se puso de rodillas en la cama, de espaldas a mí, y bajó el torso hasta apoyar las mejillas en el colchón, dejando su culo en alto, ofreciéndose. La vista era obscena, irresistible. Me posicioné detrás de ella y la penetré de nuevo, sintiendo cómo me recibía desde ese ángulo diferente, más profundo, más intenso.

Agarré sus caderas y comencé a moverme con fuerza, observando cómo su espalda se arqueaba, cómo sus dedos se clavaban en las sábanas. El sonido de nuestros cuerpos chocando se mezclaba con sus gemidos, con mi propia respiración entrecortada. Estaba llegando al límite, sintiendo cómo la presión se acumulaba en la base de mi columna.

—Me voy a correr —advertí.

Pero antes de llegar a ese punto, salí de ella. La giré de nuevo y la senté en el borde de la cama. Yo me senté frente a ella en el colchón, y la guie para que se sentara en mi regazo, de frente a mí, envolviéndome con sus piernas.

La penetré desde abajo, y esta vez pudimos mirarnos a los ojos mientras hacíamos el amor. Era la posición más íntima, la más vulnerable. Podía ver cada emoción cruzar su rostro, cada sombra de placer. Nos movimos juntos, encontrando un ritmo perfecto, sincronizados como si lleváramos años practicando.

Ella rodeó mi cuello con los brazos y apoyó la frente contra la mía, mirándome fijamente a los ojos mientras nuestras caderas se movían en perfecta armonía. Sentía su respiración contra mi boca, su corazón latiendo contra mi pecho, su cuerpo tensándose alrededor de mí.

—Adrián... voy a...

—Yo también…

Y llegamos juntos. El orgasmo la atravesó con fuerza, haciéndola gritar mi nombre, contrayéndose alrededor de mí de forma que me arrastró con ella. Me corrí profundamente dentro de ella, con embestidas cortas y salvajes, sintiendo cómo el placer me recorría desde la base de la espina dorsal hasta la coronilla, dejándome sin aliento, sin pensamientos, sin nada más que la sensación absoluta de estar con ella.

Nos quedamos así durante largos minutos, abrazados, sudorosos, jadeando contra el cuello del otro. Cuando finalmente nos separamos, nos miramos y ambos reímos, una risa de alivio, de ternura, de complicidad.

—Bueno —dije, recostándonos en la cama y acercándola a mi lado — creo que ya tienes material suficiente para tus protagonistas. Eso sí que ha sido una escena de novela romántica.

Ella se rio, un sonido cálido y satisfecho.

—Desde luego —dijo, acariciando mi pecho—. Esos dos se lo van a pasar en grande. Aunque tendré que inventar un médico mucho menos insufrible que tú.

—¿Insufrible? —Fingí indignación—. Acabo de hacerte llegar al cielo tres veces ¿y soy insufrible?

—Tres veces que has interrumpido justo antes, querrás decir. —Me pinchó el pecho—. Eso es sadismo, doctor Ferrer.

—Son técnicas de prolongación del placer. —La besé en la frente—. ¿Y bien? ¿Se lo ha pasado en grande la señorita Navarro?

Ella se quedó en silencio un momento, y luego me miró con una expresión traviesa.

—Mejor de lo que me lo he pasado en meses con mi vibrador —dijo con total naturalidad.

Arqueé una ceja, sorprendido.

—¿De verdad tienes un vibrador?

—Por supuesto. ¿Crees que me mantengo cuerda escribiendo novelas románticas sin... ayuda?

—No sé si sentirme halagado o insultado.

—Halagado, definitivamente. —Se acercó más, rozando su pierna contra la mía—. Aunque la próxima vez... quizás podríamos invitar al vibrador a unirse a nosotros. Ver quién gana.

La miré, procesando la imagen mental, y sentí que mi cuerpo ya comenzaba a reaccionar de nuevo.

—Eso suena a un desafío —dije, y mi voz se volvió ronca.

—Siempre son desafíos contigo, Adrián.

La volví a besar, profundamente, sintiendo cómo la pasión volvía a encenderse entre nosotros, más lenta esta vez, más profunda. Nos recostamos en la cama, con ella acurrucada contra mi pecho, mi brazo rodeándola, nuestras piernas entrelazadas.

Mientras escuchaba su respiración volviendo a la normalidad, mientras sentía el peso reconfortante de su cabeza sobre mi hombro, tuve un pensamiento profundo que me aterró y me llenó de paz al mismo tiempo.

Esto era peligroso. Esto era exactamente lo que temía. Necesitarla. Depender de su calor, de su risa, de su forma de llenar los espacios vacíos de mi vida.

Pero mientras miraba el techo oscuro de mi habitación, sintiendo el latido constante de su corazón contra mi costilla, supe que ya era demasiado tarde. No importaba lo que descubriera mañana sobre Mireia. No importaban las amenazas, la investigación, el peligro que nos rodeaba.

Candela Navarro se había colado en mi vida, en mi cama, en mi corazón, y ya no había forma de expulsarla sin destruirme a mí mismo en el proceso.

Y lo más aterrador de todo era que, por primera vez en mi vida, no quería hacerlo. No quería recuperar el control. No quería volver a ser el hombre frío y distante que había sido durante años.

Quería quedarme aquí, con ella, y enfrentar juntos lo que fuera que viniera después.

La abracé más fuerte, como si pudiera protegerla del mundo con mis brazos, y cerré los ojos, dejándome llevar por el sueño con la certeza de que, fuera lo que fuera que descubriera al despertar, al menos esta noche habíamos sido solo nosotros dos.

Y eso valía cualquier precio.

Capítulo 13



Candela

Desperté con el sol de la mañana filtrándose entre las cortinas de lino gris, y por un segundo, ese segundo confuso entre el sueño y la vigilia, no supe dónde estaba. El techo era demasiado alto, las sábanas demasiado suaves, el olor demasiado masculino, demasiado limpio, demasiado... él.

Entonces recordé.

Recordé la terraza. Recordé sus manos, su boca, la forma en que me había mirado como si yo fuera la única persona en el mundo que importaba. Recordé el sofá, la pared, la cama. Recordé cada caricia, cada beso, cada momento en que había dejado de ser Candela Navarro, la escritora con bloqueo creativo, para convertirme simplemente en una mujer deseada.

Me giré lentamente, intentando no hacer ruido, y allí estaba.

Adrián dormía boca arriba, con un brazo sobre la cabeza y el otro bajo la almohada. La luz matutina dibujaba sombras doradas sobre su piel, destacando la línea de su mandíbula, la curva de sus pectorales, el vello oscuro que descendía desde su ombligo hacia… bueno, hacia lugares que ahora conocía íntimamente. Parecía tranquilo. Sereno. Nada que ver con el hombre controlador y tenso que había conocido en el hospital.

Y esa transformación, ese Adrián vulnerable, satisfecho y dormido, me gustó más de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta.

Sonreí sola, sintiendo una ternura que me resultó peligrosa. Estaba metiendo la pata hasta el fondo, lo sabía. Estaba cayendo por el hombre que había jurado odiar, el médico arrogante, el tipo que me sacaba de quicio con solo existir. Pero mientras lo observaba dormir, con las pestañas oscuras descansando sobre sus pómulos, con la respiración profunda y regular, no pude evitar pensar que valía la pena.

—Si sigues mirándome así, voy a sentirme objeto de estudio —murmuró de repente, sin abrir los ojos.

Sobresaltada, solté una risa nerviosa.

—Pensaba que dormías.

—Estaba durmiendo. —Abrió los ojos, esos ojos grises que ahora parecían más claros, más cálidos—. Hasta que sentí tu mirada. Es intensa, ¿sabes? Como si estuvieras tomando notas mentales.

—Siempre estoy tomando notas mentales. Es el oficio.

Se estiró, un movimiento perezoso y felino que hizo que sus músculos se tensaran de formas interesantes, y entonces me miró de arriba abajo. Yo estaba desnuda bajo las sábanas, y la forma en que sus ojos recorrieron mi cuerpo expuesto hizo que se me erizara la piel.

—Estás en mi cama y no llevas nada puesto —dijo, y su voz adquirió ese tono ronco de la mañana que me resultó irresistible—. Eso es imprudente, doctora Navarro.

—Tú tampoco llevas nada —señalé, mirando hacia la protuberancia que ya se formaba bajo la sábana.

—Tienes razón. —Se giró hacia mí, y en cuestión de segundos me tenía de espaldas, con su cuerpo pesando sobre el mío, con su erección presionando contra mi muslo—. Y parece que ambos tenemos la misma idea.

—¿Cuál?

—Que el sábado empieza demasiado temprano para levantarse de la cama.

Me besó, y fue diferente a la noche anterior. No había urgencia, no había esa desesperación inicial. Esta vez era lento, profundo, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Sus manos recorrieron mi cuerpo con calma, memorizando cada curva, cada punto sensible que había descubierto en la oscuridad.

—Estás preciosa por la mañana —dijo contra mi cuello, mientras sus dedos bajaban por mi vientre—. Con el pelo revuelto, con las mejillas sonrojadas... eres un desastre adorable.

—Ese es el peor cumplido que he recibido nunca.

—Es el mejor que he dado nunca.

Sus dedos llegaron a mi centro, y gemí cuando encontraron la humedad que ya había allí esperándole. Me tocó con precisión, con ese mismo control quirúrgico que aplicaba en el hospital, pero ahora al servicio del placer. Introdujo un dedo, luego dos, moviéndolos con calma mientras su pulgar dibujaba círculos en mi clítoris.

—Adrián...

—Shh —susurró, besándome el pecho, capturando un pezón entre sus labios y succionando suavemente—. Deja que te toque. Quiero sentir cómo te mojas para mí.

Continuó con esa tortura lenta hasta que estuve jadeando, arqueándome contra su mano, pidiendo más con gemidos incoherentes. Entonces se posicionó entre mis piernas y me penetró con una sola embestida suave pero profunda.

Grité su nombre, y él gruñó contra mi cuello, quedándose quieto un momento, simplemente sintiéndome a su alrededor.

—Dios, Candela... eres tan estrecha, tan caliente...

Empezó a moverse con un ritmo pausado, casi reverente, cada embestida profunda y completa. No era el sexo frenético de la noche anterior; era algo más peligroso. Era íntimo. Conectado. Nos miramos a los ojos mientras hacíamos el amor, y vi algo en su mirada que me aterró: no era solo deseo. Era... más. Mucho más.

Aumentó el ritmo gradualmente, guiado por mis gemidos, por la forma en que mis uñas se clavaban en su espalda. Cuando sentí que estaba cerca, cuando el placer se acumuló en mi vientre como una presión insoportable, me besó con fuerza, tragándose mi grito mientras me venía con violencia, contrayéndome alrededor de él.

Él siguió moviéndose, embistiendo ahora con más fuerza, buscando su propio placer, y cuando llegó, se quedó inmóvil, enterrado hasta el fondo, con el rostro contra mi cuello, jadeando mi nombre una y otra vez como si fuera una oración.

Nos quedamos así, sudorosos y enredados, durante largos minutos. Cuando finalmente se apartó, me besó la frente con una ternura que me hizo sentir un nudo en la garganta.

—Buenos días —dijo, sonriendo.

—Buenos días, doctor.

—Creo que necesitamos una ducha. Y desayuno. Y luego... —su sonrisa se volvió traviesa— más de esto.

—¿Más?

—Mucho más.

Salimos de la cama finalmente, y mientras me ponía una de sus camisetas, que me llegaba hasta medio muslo, y él se ponía unos pantalones de chándal que colgaban peligrosamente de sus caderas, caminamos hacia la cocina. El sol entraba por los enormes ventanales, iluminando el espacio que ahora parecía diferente. Más cálido. Más vivo.

Adrián preparó café y, mientras yo rebuscaba en su nevera en busca de algo comestible, él me observaba con una sonrisa enigmática.

—¿Qué? —pregunté, sintiéndome observada.

—Estaba pensando... —dijo, sirviendo dos tazas— que podrías quedarte el fin de semana.

Me quedé quieta, con la mano sobre una caja de cereales que seguramente eran orgánicos y carísimos.

—¿Qué?

—Quédate. —Se acercó y me entregó la taza, aprovechando para rozar sus dedos contra los míos—. El fin de semana entero. Aquí. Conmigo.

—Adrián...

—Sé que es precipitado. Sé que normalmente no hago estas cosas. Pero... —hizo una pausa, y vi que elegía sus palabras con cuidado— quiero seguir haciendo esto. Contigo. Sin el hospital, sin la investigación, sin nada más que tú y yo y esta casa.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Era una propuesta tentadora. Peligrosa. Exactamente lo que no debería hacer si quería proteger mi corazón.

—Solo aceptaré —dije, intentando mantener el tono ligero— si me permites tomar notas de todo para mi protagonista masculino. Necesito documentar cómo es un médico arrogante los fines de semana. Para la verosimilitud literaria, ya sabes.

Él sonrió de medio lado, esa sonrisa suya que hacía que se me formara un nudo en el estómago.

—Doctora Navarro —dijo, acercándose hasta que estuve contra la encimera— le voy a dar más de una cosa que puede anotar para escribir.

Y entonces me besó, y el café se enfrió sobre la encimera, porque de repente estábamos otra vez en modo urgente, en modo desesperado, en modo «No podemos esperar ni un segundo más».

Me subió a la encimera de la cocina, apartando los cereales y el pan de un golpe. La cerámica fría contra mi trasero desnudo me hizo chillar, pero chillido que se convirtió en gemido cuando él se arrodilló y me separó las piernas.

—Adrián, aquí no...

—Aquí sí —gruñó, y entonces su boca estaba sobre mí, lamiendo, succionando, volviéndome loca con su lengua.

Apoyé las manos en la encimera, arqueando la espalda, mirando hacia abajo para verlo entre mis piernas, con la barba rozando mis muslos, con los ojos grises mirándome fijamente mientras me comía. Era obsceno. Era perfecto.

Cuando estuve al borde, cuando sentí que el orgasmo se acercaba como un tren de mercancías, se levantó de golpe y se bajó los pantalones. Me penetró allí mismo, sobre la encimera de la cocina, con una fuerza que hizo que los platos del armario tintinearan.

—Joder, Candela... eres increíble...

Me folló a lo bestia, sin delicadeza, sin control, simplemente entregándose a la necesidad. Yo envolví mis piernas alrededor de su cintura, encontrándome con cada embestida, sintiendo cómo la fricción me llevaba al borde del abismo.

—Más fuerte —pedí, y él obedeció.

El orgasmo me golpeó con fuerza, haciéndome gritar, y él siguió moviéndose, buscando su propio placer, hasta que se quedó inmóvil, jadeando, con la frente apoyada contra la mía.

—Creo que la cocina nunca volverá a ser la misma —murmuró, intentando recuperar el aliento.

—Ni yo —respondí, y era más cierto de lo que quería admitir.

Después de eso, necesitábamos una ducha. Imperiosamente.

Adrián tenía un baño enorme, con una ducha de efecto lluvia que podía caber fácilmente cuatro personas. Entramos juntos, con el agua caliente cayendo sobre nosotros, y lo que empezó como una ducha funcional, con jabón, champú e intentar recuperar la decencia, se convirtió rápidamente en algo más.

Me lavó el pelo con una ternura que me desarmó, masajeando mi cuero cabelludo con los dedos, y luego bajó las manos por mi cuerpo, asegurándose de que cada centímetro estuviera limpio. Yo le devolví el favor, explorando su anatomía con curiosidad clínica que pronto se convirtió en otra cosa.

—No puedes mirarme así si no quieres que vuelva a follarte —advirtió, con la voz ronca.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si fueras a comerme.

—Eso es exactamente lo que estoy pensando.

Pero nos comportamos. Más o menos. Salimos de la ducha envueltos en toallas gigantes, y Adrián propuso cocinar.

—¿Tú? ¿Cocinar? —reí.

—No soy tan malo —dijo, ofendido—. Además, hoy voy a hacer paella. Mi madre era valenciana. Tengo sangre arrocera en las venas.

—Eso suena a una enfermedad.

—Cállate y ayúdame.

Pasamos la siguiente hora en un estado de caos divertido. Adrián sacó una paellera del tamaño de un platillo volante y yo corté verduras mientras él preparaba el caldo. Para mi sorpresa, sabía lo que hacía. Medía el arroz con precisión quirúrgica, controlaba el fuego con la atención de un relojero, y cuando añadió el azafrán, el olor que inundó la cocina fue celestial.

—Huele bien —admití.

—Va a saber espectacular —prometió.

Y cumplió su promesa. La paella estaba perfecta. El arroz en su punto, el socarrat dorado y crujiente en el fondo, el pollo tierno, los garrafones en su sitio. Comimos en la isla de la cocina, con toallas todavía envueltas en nuestros cuerpos, riendo sobre anécdotas del hospital, sobre mis gatos, sobre la vida en general.

—Eres un misterio, Adrián Ferrer —dije, masticando un bocado—. Un cirujano que opera corazones, que cocina paella como un dios, y que anoche me hizo...

—¿Te hizo qué? —preguntó, arqueando una ceja.

—Cosas —dije, sintiendo que me sonrojaba—. Cosas que no puedo repetir sin sonrojarme.

Terminamos de comer y nos vestimos con ropa decente. Él, con pantalón de chándal y una camiseta blanca que se le adhería de formas interesantes; yo, con una de sus camisetas que me quedaba enorme y unas bragas que había encontrado en mi bolso.

—¿Película? —propuso.

—Sí. Pero nada de médicos. Ni de hospitales. Ni de drama.

—Comedia romántica, entonces —dijo, y sonrió cuando yo le miré sorprendida—. Para que veas que no soy un total desastre.

Elegimos una película tonta, una de esas donde todo el mundo sabe cómo va a acabar, pero te ríes igual. Nos instalamos en el sofá, el mismo sofá donde habíamos hecho el amor la noche anterior, ahora cubierto con una manta limpia, y Adrián me atrajo hacia él, colocándome entre sus piernas, con mi espalda contra su pecho.

Pasamos la tarde así. Viendo la película, riendo juntos, compartiendo palomitas de maíz que él había hecho estallar en una sartén y sintiendo una paz que me resultaba extraña y reconfortante.

En algún momento, cuando los protagonistas de la película finalmente se besaban bajo la lluvia, Adrián me giró la cara hacia él y me besó también. Fue un beso suave, dulce, sin prisa.

—Esto es peligroso —susurré contra sus labios.

—¿El qué?

—Esto —hice un gesto vago entre nosotros, y luego hacia la habitación, la casa, la tarde perfecta—. Parecemos una pareja de verdad.

—Somos una pareja de verdad —dijo, y la seriedad de su tono me sobresaltó.

—Adrián...

—No digas que no. Ahora no. —Me abrazó más fuerte, enterrando la cara en mi pelo—. Solo déjame tener esto. Este fin de semana. Esta ilusión. Mañana ya volveremos a ser el médico y la escritora, con problemas que resolver y enemigos que descubrir. Pero hoy... hoy somos solo tú y yo, y es suficiente.

Me quedé quieta en sus brazos, sintiendo el latido constante de su corazón contra mi espalda, escuchando la película que seguía sonando de fondo, oliendo su colonia mezclada con el olor a paella y a hogar.

Y cerré los ojos, permitiéndome soñar.

Parecemos una pareja de verdad, pensé. Y por primera vez en mucho tiempo, no me asustó la idea. Por primera vez, el pensamiento de pertenecer a alguien, de que alguien me perteneciera, no me pareció una trampa, sino un refugio.

Adrián apagó la televisión cuando la película terminó, y nos quedamos en la penumbra del salón, abrazados, con el sol de la tarde dorando la habitación.

—Candela —susurró.

—¿Sí?

—Gracias por quedarte.

No respondí. Solo me giré y lo besé, intentando transmitir con ese beso todo lo que no me atrevía a decir en voz alta.

Que yo también quería quedarme. Que este fin de semana podría no ser suficiente. Que, por primera vez en años, estaba empezando a creer en los finales felices.

Capítulo 14



Adrián

El sábado se desvanecía con una lentitud que me resultaba extraña. No estaba acostumbrado a los fines de semana sin prisa, sin alarmas, sin la urgencia del hospital. Pero con Candela, el tiempo parecía expandirse, llenándose de pequeños momentos que antes habría ignorado: el sonido de su risa mientras secaba los platos, la forma en que se mordía el labio cuando concentrada, el calor de su cuerpo contra el mío en el sofá.

A las ocho, pedimos comida. No iba a intentar cocinar de nuevo, tenía suficiente autoestima como para reconocer que la paella había sido un golpe de suerte, así que opté por algo más seguro: comida asiática de un restaurante tailandés que conocía del barrio.

—¿*Dim sum* de gambas? —preguntó Candela, mirando el menú por encima de mi hombro—. ¿Y *pad thai* de pollo? Y esos *noodles* picantes, que pican pero no matan.

—¿Segura que no matan? —reí—. Tú eres de las que pide picante y luego bebe tres litros de agua.

—Soy valiente. Y, además, quiero probar esos rollitos de primavera. Y el curry verde. Y el arroz frito con piña.

—¿Vamos a pedir para un regimiento?

—Tengo hambre —dijo, y su tono insinuó que no era solo de comida —. Además, compartimos. Así es más romántico.

Pedimos media carta del restaurante. Cuando llegó el repartidor una hora después, tuve que hacer dos viajes para subir todas las cajas de cartón que desprendían aromas a jengibre, limoncillo y especias desconocidas.

Instalamos la cena en el jardín. Extendí una manta sobre el césped perfectamente podado, que Candela había criticado por parecer un campo de golf militar, y encendí las luces de guirnalda que colgaban entre los árboles. La noche de julio era cálida, con una brisa suave que traía el olor de las buganvillas que ella había insistido en regar esa tarde.

—Esto es... —Candela se sentó cruzando las piernas, mirando alrededor—. Esto es demasiado romántico, Adrián. Las luces, el jardín, la comida tailandesa. Vas a arruinar tu reputación de hombre insufrible.

—Estoy de baja —dije, abriendo una caja de *dim sum*—. Hoy no soy el doctor Ferrer. Soy solo... yo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó, tomando un rollito con los palillos.

—Alguien que quiere pasar el rato contigo. Sin etiquetas. Sin profesiones.

Ella sonrió, y esa sonrisa iluminó más que todas las guirnaldas juntas.

Comimos con las manos, compartiendo los platos, peleando por el último *dumpling* de cerdo, riendo cuando el picante de los *noodles* nos hizo lagrimear. Candela se chupaba los dedos con una naturalidad que me resultaba erótica sin intentarlo, y yo me encontraba mirándola más de lo que miraba la comida.

—Dime algo —dije, abriendo una botella de vino blanco que había estado enfriando—. Algo que no sepa de ti.

—¿Como qué?

—No sé. Algo vergonzoso. Algo que solo cuentas después de varios meses de conocer a alguien.

Candela cogió su copa de vino, bebió un sorbo, y me miró con una expresión que no logré interpretar.

—¿Sergio? —preguntó.

El nombre cayó entre nosotros como una piedra. Sentí que se me tensaba la mandíbula, pero intenté mantener la expresión neutral.

—Si quieres contarme...

—Quiero. —Hizo una pausa, mirando el líquido ambarino de su copa —. Sergio y yo estuvimos juntos dos años. Dos años en los que yo era... una versión de mí misma que no me gusta recordar. Pequeña. Insegura. Dispuesta a perdonar cualquier cosa con solo que me mirara con esos ojos y me dijera que me quería.

Me serví vino también, esperando a que continuara.

—Me engañó. Varias veces. Siempre lo supe, o al menos lo intuía, pero me convencía de que era paranoia mía. Que era mi inseguridad. Que los hombres así... —suspiró— que necesitaban espacio, libertad, que no significaba nada. Hasta que un día lo pillé con una chica en su estudio. Fotógrafa, como él. Rubia, por supuesto. Con las piernas que yo no tengo.

—Candela...

—No, déjame terminar. —Levantó la mano—. Lo peor no fue el engaño. Lo peor fue que cuando lo confronté, él me dijo que era culpa mía. Que yo era demasiado intensa, demasiado dependiente, que mi trabajo como escritora no era un trabajo de verdad, que pasaba demasiado tiempo en mundos imaginarios y no lo suficiente cuidándole a él. Y yo... —su voz se quebró un poco— yo le creí. Durante meses, creí que había arruinado la relación por ser yo misma.

Sentí una rabia intensa, caliente, que recorrió mi columna vertebral. Quería encontrar a ese tipo, a ese Sergio, y explicarle con detalle exactamente qué podía hacer con sus disculpas.

—No fue culpa tuya —dije, y mi voz salió más dura de lo que pretendía.

—Lo sé. Ahora lo sé. Pero entonces... —me miró, y vi que tenía los ojos brillosos—... entonces me sentí rota. Y durante años, mantuve a todo el mundo a distancia. Hasta que apareciste tú, con tu cara de asesino y tu bata blanca, diciéndome que mi trabajo era una tontería.

—Yo nunca dije...

—Dijiste que romantizaba la medicina. Que no entendía la realidad. —Sonrió, aunque era una sonrisa triste—. Y en lugar de alejarme, me enfurecí. Porque por primera vez en años, alguien me desafiaba. Alguien no me trataba como si fuera de cristal.

Nos miramos durante largos segundos. El jardín bullía con el sonido de los grillos, y las luces de guirnalda creaban sombras danzantes sobre su piel.

—Sergio es un idiota —dije finalmente—. Y si vuelve a aparecer, le voy a demostrar exactamente por qué los cirujanos cardiovasculares tenemos fama de tener manos firmes.

Ella se rio, una carcajada genuina que rompió la tensión.

—¿Me estás defendiendo?

—Estoy considerando seriamente la violencia doméstica. —Me acerqué y le quité la copa de vino de las manos—. Pero ahora mismo, prefiero besarte.

Y lo hice. Un beso suave, dulce, que sabía a vino y a despedida del pasado. Cuando nos separamos, Candela tenía una expresión soñadora.

—¿Un baño? —propuse.

—¿En la piscina? Es de noche.

—Mejor. No hay vecinos que nos vean. Y el agua está templada.

No esperé respuesta. La cogí de la mano y la levanté, guiándola hacia la piscina iluminada. Las luces subacuáticas creaban un efecto azul turquesa que hacía que el agua pareciera mágica.

—Desnúdate —dije, y no era una petición. Era una orden suave, cargada de anticipación.

Candela me miró con ese desafío suyo, y lentamente se quitó la camiseta que llevaba, luego las bragas, quedando completamente desnuda bajo la luz de la luna. Yo hice lo mismo, dejando la ropa en una silla cercana, y nos miramos durante un momento, dos cuerpos expuestos, dos almas desnudas.

Saltamos juntos. El agua nos recibió con una caricia cálida, y emergimos riendo, con el pelo pegado a la cara, con las manos buscándose bajo la superficie.

—Ven aquí —dije, nadando hacia el borde.

La guie hasta la escalera interior de la piscina, donde el agua era más superficial. La senté en el borde, con las piernas colgando dentro del agua, y me posicioné entre ellas.

—Adrián...

—Shh —susurré, separando sus muslos con mis manos—. Déjame saborearte.

Ella se apoyó sobre los codos, arqueándose ligeramente, y yo me acerqué. Desde esa posición, tenía un ángulo perfecto. Comencé a lamerla lentamente, disfrutando de su sabor salado mezclado con el cloro del agua, escuchando cómo sus gemidos resonaban en la noche silenciosa.

—Dios, Adrián... así...

Usé la lengua para dibujar círculos en su clítoris, alternando entre presiones suaves y movimientos más firmes. Introduje un dedo en su interior, sintiendo cómo se abría para mí, cómo su cuerpo respondía a mi toque. Ella movía las caderas contra mi boca, buscando más fricción, más contacto.

—Voy a... —jadeó.

—No —dije, apartándome justo cuando estaba al borde—. Todavía no.

La cogí de la mano y la bajé de nuevo al agua. La giré para que quedara de espaldas a mí, con las manos apoyadas en el borde de la piscina, con el culo sobresaliendo del agua. Me posicioné detrás de ella y la penetré de una sola embestida, profunda y completa.

Gritó, un sonido que se perdió en la noche, y yo gruñí contra su cuello, quedándome quieto un momento para sentirla a mi alrededor.

—Joder, cómo me gusta follarte así —susurré contra su oreja—. Sentirte. Tenerte.

Empecé a moverme con fuerza, embistiendo una y otra vez, disfrutando de la vista de su espalda mojada, de cómo sus uñas se clavaban en el borde de la piscina, de cómo el agua chapoteaba con cada golpe. Ella se encontraba con cada embestida, empujando hacia atrás, tomándolo todo.

—Más fuerte —pidió, y obedecí.

El sonido de nuestras caderas chocando se mezclaba con el chapoteo del agua, creando una sinfonía obscena que me excitaba aún más. Sentía que estaba cerca, que la presión se acumulaba en mi base, pero quería que ella llegara primero.

Llevé una mano alrededor de su cuerpo y encontré su clítoris, frotándolo con precisión mientras seguía follándola con fuerza. Eso la llevó al borde.

—Adrián, me voy a correr... Dios, me voy a correr...

—Hazlo, preciosa —ordené.

Y lo hizo, contrayéndose alrededor de mi miembro con tanta fuerza que casi me hizo perder el control. Continué moviéndome, aprovechando su orgasmo para buscar el mío, y cuando llegó, fue intenso, cegador, un estallido de placer que me dejó sin aliento, jadeando contra su espalda, con los dedos clavados en sus caderas.

Nos quedamos así durante largos momentos, recuperando el aliento, con el agua sosteniéndonos. Cuando finalmente salí de ella, ella se giró y se dejó caer contra mí, con las piernas como de goma, con los ojos vidriosos.

—Eres increíble —murmuró.

—Tú también.

La cogí en brazos. Estaba somnolienta, con la cabeza apoyada contra mi hombro, con los brazos alrededor de mi cuello. Salí de la piscina con ella en brazos, dejando un rastro de agua sobre el césped, y caminé hacia la casa.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella, medio dormida.

—A la cama. A dormir.

—No quiero dormir. Quiero...

—Shh —la besé en la frente—. Duerme.

Subí las escaleras con ella en brazos, sintiendo su peso reconfortante, su calor contra mi pecho mojado. La dejé sobre la cama con cuidado, como si fuera de cristal, y me tendí a su lado, atrayéndola hacia mí para que quedara acurrucada contra mi cuerpo.

Ella suspiró contenta, enterrando la cara en mi cuello, y en cuestión de minutos, su respiración se volvió profunda y regular.

Yo permanecí despierto, mirando el techo oscuro, con mi brazo alrededor de ella, sintiendo el latido de su corazón contra mi costilla.

Y tuve un pensamiento profundo que me aterró y me llenó de una paz extraña al mismo tiempo.

Esto era estar en casa. No es el edificio, ni el jardín perfecto, ni la piscina iluminada. Es esto. Es ella. Es el peso de su cuerpo contra el mío, es su respiración en mi cuello, es la certeza de que mañana quiero despertar y volver a hacerlo todo de nuevo.

Pensé en lo que me esperaba. En la investigación, en la traición de Mireia que todavía tenía que revelarle, en el enemigo que acechaba en algún lugar. Pensé en lo complicado que se iba a poner todo, en cómo esta burbuja de felicidad estallaría inevitablemente cuando la realidad irrumpiera.

Pero mientras la abrazaba más fuerte, mientras ella se acomodaba murmurando mi nombre en sueños, supe que valía la pena. Que fuera lo que fuera que viniera después, estos días con ella habían cambiado algo fundamental en mí.

Había pasado años construyendo muros, convencido de que el control era la única forma de sobrevivir. Pero Candela había derribado esos muros no con fuerza, sino con risas. Con sarcasmo. Con su forma de ver el mundo que hacía que todo pareciera posible.

Y ahora, con ella dormida en mis brazos, con el olor a jazmín entrando por la ventana abierta, con el recuerdo de nuestros cuerpos uniéndose en la piscina todavía fresco en mi piel, tomé una decisión.

Mañana le contaría lo de Mireia. Mañana enfrentaríamos juntos lo que fuera que viniera. Pero esta noche, esta noche era solo nuestra.

La besé en la coronilla, suavemente, para no despertarla.

—Te quiero —susurré, tan bajo que ni siquiera yo pude oírlo claramente.

Y por primera vez en mi vida, no me asustó la palabra.

Capítulo 15



Candela

Desperté con la luz de la mañana filtrándose entre las cortinas de Adrián, y por unos segundos, me sentí simplemente feliz. Mi cuerpo aún conservaba la calidez de su piel, la memoria de sus manos, el eco de su respiración contra mi cuello. Era una felicidad física, casi dolorosa, que irradiaba desde el centro de mi pecho hasta las puntas de los dedos.

Demasiado feliz.

La sensación me sobresaltó. Como si estuviera cayendo desde una gran altura sin saber si había red para atraparme. Porque la noche anterior, mientras la tormenta caía sobre Valencia y nosotros nos fundíamos en la terraza, había descubierto algo que no quería admitir en voz alta: Adrián Ferrer no era solo un hombre atractivo que me sacaba de quicio. Era alguien que conseguía verme. Realmente verme. Con todas mis contradicciones, mi sarcasmo defensivo, mi caos organizado, y aun así... seguía ahí. No huía. No me trataba como si fuera demasiado complicada.

Me giré en la cama esperando encontrarle dormido a mi lado, con esa expresión serena que se dibujaba cuando no estaba controlando cada segundo de su existencia. Pero el lado de la cama estaba vacío. Frío. Había estado levantado ya un rato.

—Adrián —llamé, incorporándome.

Apareció en la puerta vistiéndose la camisa. La expresión de su rostro me heló la sangre. No era el hombre de hacía horas, relajado y satisfecho. Era el doctor Ferrer. El cirujano. El hombre de hielo.

—Necesito hablar contigo —dijo, y su voz tenía un tono que no logré descifrar.

—¿Qué ocurre? —El nudo en el estómago que había desaparecido durante la noche volvió con fuerza.

Se sentó en el borde de la cama, manteniendo una distancia que me dolió físicamente. Cruzó las manos entre las rodillas, una postura que reconocí: la adoptaba cuando tenía que dar malas noticias a familiares en el hospital.

—La investigación interna del hospital ha avanzado —empezó, sin mirarme a los ojos—. Tenemos acceso a los registros de entradas, a las IP de los dispositivos que accedieron a los servidores desde dentro del centro.

—¿Y? —Mi voz salió más aguda de lo que pretendía.

—Y… —hizo una pausa, y finalmente me miró— apunta a alguien cercano a ti, Candela. A Mireia.

El nombre cayó entre nosotros como un jarro de agua helada.

—¿Mireia? —repetí, incrédula—. ¿Mi Mireia? ¿Mi mejor amiga desde los catorce años?

—Hay registros de su teléfono móvil conectándose a la red interna del hospital en horarios sospechosos. El mismo día que se filtró la información a la prensa. La misma noche que modificaron los documentos de la investigación de hace doce años.

—Eso es absurdo —me levanté de la cama, buscando mi ropa a tientas, como si vestirme pudiera protegerme de lo que estaba escuchando—. Mireia es contable. Trabaja en una gestoría del centro. No tiene ni idea de medicina, ni de informática, ni de...

—Candela, escúchame —me interrumpió, levantándose también—. No he terminado. Hay algo más. Al revisar los accesos, hemos encontrado conexiones con el despacho de Hugo Sempere. Su ordenador. Su cuenta de usuario.

Me quedé inmóvil. El mundo pareció inclinarse ligeramente sobre su eje.

—¿Hugo? ¿Mi editor?

—Hay documentos filtrados que salieron desde su terminal. Desde su oficina en la editorial. —Adrián se acercó, intentando tocarme, pero yo me aparté—. No sé qué está pasando. No sé si Mireia y Hugo están trabajando juntos, o si uno de ellos está utilizando al otro, o si... —se detuvo, frustrado—. Pero las pruebas están ahí.

Sentí que las piernas me fallaban. Me senté de golpe en el borde de la cama. Mireia. Hugo. Las dos personas que habían estado en mi vida desde antes de que nadie creyera en mí como escritora. Mireia, que me había prestado su apartamento cuando no tenía donde vivir después de la ruptura con Sergio. Hugo, que había apostado por mi primera novela cuando otras editoriales me rechazaban diciendo que el mercado de la comedia romántica estaba saturado.

—No puede ser —murmuré, más para mí misma que para él—. No pueden ser ellos. Tiene que ser un error. Una coincidencia. Alguien utilizando sus cuentas, sus...

—Candela —Adrián se agachó frente a mí, tomando mis manos entre las suyas—. Entiendo que te cueste creerlo. Yo también quiero pensar que hay otra explicación. Pero debes entender que alguien está intentando destruirme, y esa persona tiene acceso a tu círculo más cercano. No puedo ignorar eso.

Lo miré. Realmente lo miré. Y vi algo en sus ojos que me aterrorizó: sospecha. No solo hacia Mireia o Hugo. Era una sospecha generalizada, un escudo de desconfianza que llevaba años construyendo.

—¿Tú crees que son culpables? —pregunté, y mi voz sonó extrañamente calmada.

—Creo que no puedo permitirme descartar ninguna posibilidad.

—Incluyendo que mi mejor amiga y mi editor estén conspirando para destruirte.

—Incluyendo eso, sí.

Me levanté de golpe. La rabia me invadió con una intensidad que me sorprendió.

—¡No puedes vivir así! —exclamé—. ¡Sospechando de todo el mundo, viendo amenazas en cada esquina, creyendo que nadie es de fiar! Eso no es vivir, Adrián. Eso es... sobrevivir. Y es horrible.

Él se enderezó. Su expresión se cerró, se volvió fría.

—Y tu forma de vivir es mejor, ¿no? —respondió, y el filo en su voz me cortó—. Confiando ciegamente en la gente, dejando que te pisoteen, creyendo que todo el mundo tiene buenas intenciones. ¿Dónde te ha llevado eso, Candela? ¿A Sergio? ¿A gente que te ha utilizado?

—¡Al menos he vivido! —grité—. ¡Al menos me he arriesgado! ¡No me he escondido detrás de una armadura de hielo como tú!

—Esa armadura —dijo, y su voz bajó hasta convertirse en un susurro peligroso— es lo que me ha permitido llegar donde estoy. Es lo que me ha permitido salvar cientos de vidas. Si hubiera sido como tú, confiando, abierto, vulnerable... no habría sobrevivido ni un año en este oficio.

—Entonces quizás no merece la pena —dije, y las palabras me salieron antes de poder detenerlas—. Quizás prefiero ser vulnerable y feliz que fuerte y solo.

Nos miramos durante largos segundos. La distancia entre nosotros parecía haberse convertido en un abismo. El hombre que había estado conmigo la noche anterior, el que había reído mientras quemábamos tortillas, el que me había mirado como si yo fuera su centro gravitatorio, había desaparecido. En su lugar estaba el doctor Ferrer. El extraño.

—Debería irme —dije, recogiendo mis cosas con movimientos bruscos.

—Candela, espera...

—No, Adrián. No puedo estar aquí. No puedo mirarte y ver que sospechas de las personas que más quiero en el mundo. No sin pruebas definitivas. No sin...

—¿Sin qué?

—Sin saber si alguna vez serás capaz de confiar en alguien. —Cogí mi bolso y me dirigí a la puerta—. Incluyéndome a mí.

Salí de su casa sin mirar atrás. El sol de la mañana me golpeó con una ironía cruel: hacía un día espléndido, y yo me sentía como si el mundo se estuviera derrumbando.

Llegué a mi casa en Benimaclet hecha un manojo de nervios. Taco y Chorizo me recibieron con sus ronroneos habituales, pero ni siquiera ellos lograron calmarme. Estaba sentada en el patio, mirando fijamente el limonero, cuando sonó el timbre.

Era Hugo. Llevaba gafas de sol, a pesar de que apenas eran las diez de la mañana, y tenía una expresión que no logré interpretar.

—¿Has hablado con él? —preguntó, sin saludar.

—¿Con Adrián? Sí.

—¿Te ha contado lo de Mireia?

—Y lo tuyo —dije, mirándolo fijamente—. Dice que hay pruebas de que documentos se filtraron desde tu ordenador.

Hugo se quitó las gafas y suspiró. Se sentó en la hamaca sin que le invitara, con el gesto cansado de quien lleva semanas sin dormir.

—Candela, escúchame. No sé qué está pasando. No sé quién está utilizando mi cuenta o mi ordenador. Pero necesito que seas cuidadosa. Este hombre... —hizo una pausa— este médico con el que te has involucrado, no es lo que parece.

—¿Qué significa eso?

—Significa que lleva años protegiéndose detrás de una armadura, como dices tú. Significa que ve enemigos donde no los hay. Significa que está tan obsesionado con su propia persecución que podría estar fabricando pruebas sin darse cuenta.

—¿Estás diciendo que Adrián está montando todo esto?

—Estoy diciendo que el hombre está herido, Candela. Y los hombres heridos son peligrosos. —Se inclinó hacia adelante—. Te estás enamorando de él. Lo veo en cómo hablas de él, en cómo te iluminas cuando mencionas su nombre. Pero ten cuidado. No dejes que su paranoia te contamine.

Quise defender a Adrián. Quise decirle a Hugo que no entendía nada, que Adrián tenía razones para sospechar, que alguien realmente intentaba destruirlo. Pero las palabras se atascaron en mi garganta. Porque una parte de mí, la parte que había visto cómo Adrián cerraba el pico de golpe cuando mencionaba la sospecha, sabía que Hugo tenía algo de razón.

—Necesito averiguar la verdad —dije finalmente.

—Candela...

—No voy a creer que Mireia sea culpable solo porque un ordenador diga que sí. Y no voy a creer que tú seas un traidor porque Adrián lo diga. Voy a investigar por mi cuenta.

Hugo me miró durante largos segundos. Finalmente, asintió.

—Ten cuidado. Y si descubres algo... llámame. Antes que a él.

Se fue dejando una sensación de inquietud que no logré sacudirme. Pasé el resto de la mañana sentada frente a mi portátil, con dos gatos sobre el teclado y una determinación que me venía de las entrañas.

No iba a dejar que nadie destruyera mi mundo. No iba a permitir que la sospecha destruyera años de amistad sin pruebas definitivas.

Empecé por lo básico. Revisé los correos de Mireia, tenía acceso a su cuenta antigua de la universidad donde aún compartíamos algunas suscripciones, buscando algo raro. Nada. Revisé sus redes sociales, sus movimientos, sus fotografías recientes. Todo normal. Demasiado normal.

Fue entonces cuando recordé algo. Una conversación telefónica hacía tres semanas. Mireia había mencionado una reunión extraña con alguien del sector editorial. Algo sobre oportunidades profesionales que no había querido detallar. En aquel momento no le di importancia, pero ahora...

Busqué en su calendario compartido, teníamos uno para recordar cumpleaños y eventos, y encontré la fecha. Tres días antes de que apareciera la primera denuncia contra Adrián.

Y entonces encontré la foto.

Estaba en su carpeta compartida, una foto que había subido sin darse cuenta, o quizás creyendo que yo no la vería. Mostraba una mesa de café con dos tazas. En el borde de la imagen, reflejada en el cristal de una ventana, se veía la silueta de una mujer. Pelo oscuro, porte elegante, un gesto autoritario incluso en el reflejo borroso.

Amplié la imagen hasta que pude leer lo que estaba escrito en el reverso de una tarjeta de visita que asomaba del bolso de Mireia. Un nombre.

Valeria Montoro.

El nombre me golpeó como un puñetazo en el estómago. La ex de Adrián. La cardióloga perfecta, sofisticada, la mujer que había aparecido en la terraza del restaurante como si fuera la dueña del mundo.

¿Qué hacía Mireia, reunida con Valeria Montoro, tres días antes de que empezara el acoso contra Adrián?

Mi mano temblaba cuando cogí el teléfono. Quería llamar a Adrián, contarle lo que había encontrado, pedirle que explicara quién era realmente Valeria, qué relación tenía con todo esto.

Pero me detuve. Porque si llamaba a Adrián, él vería confirmadas sus sospechas. Vería traición en cada rincón. Y si Mireia estaba siendo utilizada, si era inocente, si Valeria la había manipulado de alguna forma...

Necesitaba saber más antes de actuar. Necesitaba hablar con Mireia. Confrontarla con lo que sabía. Escuchar su versión antes de que el mundo de Adrián la convirtiera en una villana de novela negra.

Guardé la imagen en mi móvil. Miré el patio, el limonero, los gatos que dormían al sol.

Y supe que estaba metiéndome en algo peligroso. Que estaba eligiendo creer en la inocencia de mi amiga cuando todas las señales apuntaban en otra dirección.

Pero también supe que no podía hacer otra cosa. Porque si dejaba que la desconfianza ganara, si permitía que Adrián convirtiera a todo mi mundo en sospechoso, entonces él habría ganado. No el enemigo real. Sino el miedo.

Y yo no estaba dispuesta a vivir con miedo.

Abrí la puerta del patio. El aire de julio me golpeó con su calor húmedo. Saqué el móvil y busqué el contacto de Mireia.

—Hola —dije cuando contestó—. Necesito verte. Es urgente.

—¿Qué pasa, Candi? Suenas rara.

—Te explico cuando vengas. Ven a casa. Y Mireia... —hice una pausa, sintiendo el peso de lo que iba a decir— si tienes algo que contarme, algo que debería saber, mejor que sea ahora. Porque he encontrado tu nombre en lugares donde no debería estar. Y necesito que me expliques por qué.

El silencio al otro lado de la línea duró una eternidad.

—Voy para allá —dijo finalmente, y colgó.

Me quedé mirando el teléfono, con el corazón latiendo contra las costillas, con la certeza de que estaba a punto de descubrir algo que cambiaría todo.

Y por primera vez desde que había conocido a Adrián Ferrer Montesinos, deseé que su desconfianza resultara ser solo paranoia. Que Mireia tuviera una explicación lógica. Que Valeria Montoro fuera solo una coincidencia.

Porque si no...

Si no, significaba que el enemigo estaba más cerca de lo que pensaba. Y que yo había estado ciega durante todo el tiempo.

Capítulo 16



Adrián

Estaba furioso consigo mismo. Una furia fría, metódica, que se instaló en mi pecho desde el momento en que Candela salió de mi casa con esa expresión de decepción que no lograba sacarme de la cabeza.

El fin de semana había cambiado algo. Lo sabía con la certeza absoluta con la que sabía anatomía cardíaca. Antes podía fingir que Candela era una complicación temporal, una distracción profesional molesta, un obstáculo en mi vida perfectamente ordenada. Podía convencerme de que mi interés era puramente físico, una reacción química pasajera que se disiparía con el tiempo.

Pero ahora sabía la verdad.

La deseaba. Eso era evidente. Pero también la necesitaba cerca. Necesitaba su risa sarcástica llenando los espacios vacíos de mi casa. Necesitaba su caos organizado invadiendo mi orden militar. Necesitaba la forma en que me miraba cuando creía que no me daba cuenta, como si viera algo en mí que yo mismo había olvidado que existía.

Y eso me enfurecía. Porque la necesidad es debilidad. Y la debilidad es peligrosa.

Lunes por la mañana. El hospital me exigía la máscara profesional, el doctor Ferrer imperturbable, el cirujano que no se distrae con sentimientos. Me puse la bata blanca como quien se pone una armadura medieval, ajusté la expresión de hielo, y entré en mi consulta con la determinación de olvidar que existía una escritora con ojos verdes que me había mirado como si yo fuera un desastre adorable.

No funcionó.

Cada paciente me recordaba a ella. La señora que llevaba un vestido amarillo similar al de Candela. El hombre que contaba chistes malos como los suyos. Incluso el olor del café de la máquina me traía recuerdos de la cocina de mi casa, donde ella había intentado enseñarme a cocinar mientras se reía de mis intentos.

Cuando apareció en mi despacho a mediodía, no estaba preparado.

Entró sin llamar, como era su costumbre, con el pelo recogido en una coleta imperfecta y una expresión que mezclaba determinación y algo más que no logré descifrar. Llevaba una carpeta bajo el brazo y un portátil que dejó sobre mi mesa con un golpe seco.

—Tenemos que hablar —dijo, sin preámbulos.

—Estoy trabajando.

—Y yo he encontrado algo. Sobre Valeria Montoro.

El nombre me detuvo. Sentí que se me tensaba la mandíbula, un reflejo automático de defensa.

—¿Qué pasa con Valeria?

—He descubierto que se reunió con Mireia tres días antes de que empezara todo esto. Que tiene acceso a información privilegiada del hospital. Que...

—Valeria es una profesional excelente —la interrumpí, y mi voz salió más dura de lo que pretendía—. Es cardióloga, no una delincuente. Si se reunió con tu amiga, seguramente fue por motivos profesionales.

Candela me miró con los ojos entrecerrados.

—¿La estás defendiendo?

—Estoy siendo objetivo. Algo que tú pareces incapaz de ser cuando se trata de tus amigos.

—Y tú pareces incapaz de ver más allá de tu... —se detuvo, tragando las palabras—. ¿Por qué la defiendes tanto? ¿Es porque fue importante en tu vida? ¿Porque confiaste en ella? ¿O porque todavía sientes algo por ella?

La pregunta me pilló desprevenido. No por su contenido, sino por el tono. Había algo ahí, una vibración que reconocí instintivamente. Celos.

Candela estaba celosa. De Valeria. De una mujer con la que había compartido profesión y poco más, pero que evidentemente ella veía como una amenaza.

Y por primera vez en mi vida, sentí el impulso de sonreír ante una situación así. Porque era absurdo. Porque era adorable. Porque significaba que ella también sentía algo, aunque fuera tan incapaz de admitirlo como yo.

—¿Estás celosa, doctora Navarro? —pregunté, inclinándome hacia atrás en la silla con una calma que sabía que la irritaría.

—¡Por supuesto que no!

—Mentira. —Dejé que mi sonrisa se asomara, esa sonrisa pequeña que ella odiaba—. Estás celosa. Te molesta pensar que Valeria y yo...

—No me molesta —mentía tan evidentemente que casi me hizo reír —. Me molesta que seas incapaz de ver la verdad porque tienes... tienes...

—¿Qué?

—¡Debilidad por ella!

Esta vez sí me reí. Una carcajada breve, sorprendida, que resonó en el despacho y la hizo callar de golpe.

—No es gracioso —dijo, con el labio inferior temblando ligeramente.

—Es divertido —corregí, levantándome y acercándome a ella—. Valeria y yo fuimos colegas. Nada más. Compartimos conferencias, artículos, alguna cena de trabajo. No hay... —cogí su barbilla entre mis dedos, obligándola a mirarme— no hay nada de lo que debas preocuparte.

Ella apartó la cara, pero vi que se sonrojaba. Vi que mis palabras la habían afectado, aunque se negara a admitirlo.

—Esto no es sobre celos —dijo, recuperando la compostura—. Es sobre hechos. He descubierto que Valeria tuvo acceso a información médica relacionada con tu investigación de hace doce años. La que están usando para atacarte. Tuvo acceso a los servidores del hospital de Barcelona donde trabajaste. A los expedientes originales.

La diversión se evaporó. Sentí que el estómago se me hundía.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis métodos. —Abrió el portátil y mostró una pantalla con registros de acceso—. Hace seis meses, cuando todavía trabajaba allí, solicitó copias de los expedientes de tu estudio. El mismo estudio que ahora dicen que ocultaste resultados.

Miré la pantalla. Los números, las fechas, los códigos de acceso. Todo parecía correcto. Demasiado correcto.

—No significa que sea culpable —dije, pero mi voz carecía de convicción.

—No. Pero abre una posibilidad. —Candela cerró el portátil—. Y eso es lo que temes, ¿verdad? Que alguien en quien confiaste esté detrás de esto.

Me quedé callado. Porque tenía razón. Estaba atrapado entre la razón, que me decía que debía considerar a Valeria como sospechosa, y la confianza, que me gritaba que no podía ser ella, que la conocía, que era imposible.

—Necesito tiempo —dije finalmente.

—No tenemos tiempo. —Recogió sus cosas—. Mireia ha desaparecido desde ayer. No contesta el teléfono. Y ahora resulta que estuvo con Valeria justo antes de que todo esto empezara. ¿No ves el patrón?

—Candela...

—Te veré luego, doctor Ferrer. Cuando decidas si prefieres proteger a tu excolega o descubrir la verdad.

Salió de mi despacho dejando un silencio denso que me resultó asfixiante.

Pasé el resto del día en una neblina. Operé un bypass con la precisión automática de quien lleva años haciéndolo, pero mi mente estaba en otra parte. En Valeria. En los registros de acceso. En la imposibilidad de que ella estuviera involucrada.

Pero también estaba en Candela. En su expresión cuando hablaba de Valeria. En su celo. En su determinación de proteger a su amiga, aunque todas las pruebas apuntaran en otra dirección.

Era extraño. Yo era el hombre de la evidencia, de los hechos objetivos, de la lógica implacable. Pero ella... ella era capaz de ver más allá de las pruebas. De intuir conexiones que yo no veía. De confiar cuando yo solo sabía sospechar.

Y esa noche, cuando apareció en mi casa, supe que estaba perdido.

Sonó el timbre a las diez. Llevaba puesto un vestido azul oscuro que no había visto antes, y tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Pero su voz era firme cuando habló.

—No quiero discutir —dijo, entrando sin esperar invitación—. Quiero hablar.

—Entra.

La llevé al salón. Encendí una lámpara tenue. El silencio entre nosotros era diferente al de la mañana. Cargado de algo más pesado.

—El fin de semana —empezó ella, sentándose en el borde del sofá —. Lo que pasó. Fue... fue importante, Adrián. Para mí.

—Para mí también —admití, sentándome a su lado, manteniendo una distancia prudente.

—Pero no sé qué hacer con eso. No sé cómo encajarlo en… en todo esto. En la investigación, en los sospechosos, en el caos.

—Yo tampoco lo sé.

Nos miramos. Y por primera vez, vi vulnerabilidad en sus ojos. No la máscara de sarcasmo, no la armadura de la escritora exitosa. Solo Candela. Asustada. Confusa.

—No sé manejar esto —dije, y la confesión me costó más que cualquier cirugía—. No sé cómo se hace. Las relaciones normales. Los fines de semana juntos. El... el día a día.

Ella se rio. No una carcajada, sino una risa suave, casi triste.

—Por supuesto que no —dijo—. Tú pareces más cómodo salvando corazones que dejando que alguien tenga el tuyo.

La frase me golpeó con la fuerza de un puñetazo. Porque era verdad. Dios, cómo era verdad.

Había pasado quince años construyendo muros alrededor de mi corazón, convencido de que, si lo protegía suficientemente, no volvería a sentir el dolor que sentí cuando perdí a Daniel. Me había convertido en un experto en salvar los corazones de otros mientras el mío se atrofiaba lentamente.

—Candela...

—No digas nada. —Se acercó, tomando mi mano entre las suyas—. Solo... solo quiero que sepas que estoy aquí. Aunque sea un desastre. Aunque no sepamos qué estamos haciendo.

Estaba a punto de responder. A punto de decirle que ella era lo mejor que me había pasado en años, que quería intentarlo, que estaba dispuesto a derribar los muros si ella me ayudaba.

Pero el teléfono sonó.

El tono era el de mi abogado, Rovira. Contesté con el corazón acelerado, temiendo otra filtración, otra denuncia.

—Adrián —la voz de Rovira sonaba agitada, algo que nunca había escuchado en él—. Acabo de recibir una llamada de la comisaría.

—¿Qué pasa?

—Es sobre Mireia Campos. La amiga de Candela.

Miré a Candela, que me observaba con los ojos abiertos, preguntándose qué pasaba.

—¿Qué ocurre con ella?

—Ha desaparecido. No aparece desde ayer. Y la policía... —hizo una pausa—. La policía quiere hablar con Candela. Ha sido la última persona que habló con ella por teléfono. La última en verla con vida.

El teléfono se me escapó de la mano, cayendo sobre el sofá con un ruido sordo.

Candela se puso pálida. Literalmente perdió el color de su rostro, convirtiéndose en un fantasma de sí misma.

—¿Adrián? —su voz era un hilo—. ¿Qué pasa?

—Mireia —dije, y mi voz sonó extraña, lejana—. Ha desaparecido. Y la policía... quiere interrogarte.

Ella se levantó de golpe, tambaleándose. La atrapé antes de que cayera, sosteniéndola por los hombros, sintiendo cómo temblaba bajo mis manos.

—No puede ser —murmuró—. Hablé con ella ayer. Estaba bien. Estaba...

—¿Qué le dijiste? —pregunté urgente—. ¿Qué le dijiste en esa llamada?

—Que quería hablar con ella. Y ella... ella dijo que iba a venir a casa.

—¿Y fue?

—No. —La voz se le quebró—. Nunca llegó.

Sentí que el frío de la situación me recorría la espalda. Mireia había desaparecido después de que Candela la confrontara sobre Valeria. Después de que ella supiera que estábamos investigando.

Y ahora la policía quería hablar con Candela.

—Llama a tu abogado —dije, tomando el mando—. Ahora. Y no digas nada sin que esté presente.

—¿Crees que...? —no pudo terminar la frase.

—No sé qué pensar —dije, y era la verdad—. Pero sé que esto se ha puesto muy peligroso. Y que ahora eres la última persona que habló con la principal sospechosa antes de su desaparición.

Candela se dejó caer contra mí, y la abracé con fuerza, sintiendo su corazón latiendo desbocado contra mi pecho.

—Tengo miedo —susurró.

—Yo también —admití, y fue la primera vez en años que reconocía el miedo en voz alta.

Pero mientras la sostenía, mientras sentía su cuerpo temblar entre mis brazos, supe una cosa con absoluta certeza: fuera lo que fuera que estuviera pasando, fuera quién fuera el enemigo, no dejaría que le hicieran daño.

La había perdido una vez por mi estupidez, por mi incapacidad de confiar. No la perdería de nuevo.

—Vamos —dije, apartándome suavemente, pero manteniendo sus manos entre las mías—. Vamos a la comisaría. Juntos.

Ella asintió, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, y por primera vez desde que nos conocíamos, no discutió. No protestó. Solo confió.

Y mientras salíamos hacia el coche, mientras la noche valenciana nos envolvía con su calor pegajoso, supe que habíamos cruzado un punto de no retorno.

La investigación ya no era solo sobre mi reputación. Ahora era sobre nuestras vidas.

Capítulo 17



Candela

El mundo se tambaleaba bajo mis pies como si el suelo de Valencia hubiera decidido convertirse en gelatina. Estaba sentada en una sala de la comisaría con una taza de café frío entre las manos, intentando procesar la información que el inspector Ruiz acababa de soltarme sin miramientos, como quien tira un saco de cemento sobre una mesa de cristal.

Hugo, mi editor. El hombre que me había visto llorar cuando mi primera novela fue rechazada por tres editoriales distintas, el que me había traído sushi a medianoche cuando estaba bloqueada escribiendo el final de *Amores Imposibles*, el que me había defendido cuando la editorial quería cambiar el final de *Bésame en París* porque no era lo suficientemente comercial.

—El señor Sempere abandonó su despacho ayer por la tarde —decía el inspector, con una voz monocorde que debía de ser producto de ver demasiados episodios de series policiacas—. Dejó atrás documentos relacionados con la investigación médica del doctor Ferrer. Expedientes confidenciales, copias de denuncias, información privilegiada.

Negué con la cabeza, sintiendo que la taza se me escapaba entre los dedos sudorosos.

—Eso no tiene sentido. Hugo odia el papel. Es obsesivo con lo digital. Nunca dejaría documentos físicos, sería demasiado... demasiado descuidado para él.

El inspector arqueó una ceja, como si mi defensa del método de trabajo de Hugo fuera prueba de mi culpabilidad.

—También hemos encontrado su huella dactilar en algunos de esos papeles, señorita Navarro.

—Porque es su despacho —casi grité—. Porque trabaja allí. Porque...

—Señorita Navarro —interrumpió una voz familiar detrás de mí.

Me giré. Adrián estaba en la puerta, con el traje arrugado y los ojos de quien no había dormido en días. Había venido. A pesar de todo, a pesar de nuestra discusión sobre Valeria, de mi salida enfurecida de su casa, había venido.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el inspector.

—Soy médico forense consultor de la comisaría —mentía Adrián con una naturalidad que me sorprendió—. Y también abogado de la señorita Navarro. Nada de lo que diga será válido sin mi presencia.

El inspector pareció dudar, pero finalmente asintió y salió de la sala, dejándonos solos.

—No eres abogado —susurré.

—No. Pero soy médico, y tengo contactos aquí. —Se sentó a mi lado, manteniendo una distancia prudente—. ¿Estás bien?

—No —respondí, y la honestidad me supo a gloria—. Estoy hecha un desastre. Hugo es... es Hugo. Puede ser exigente, controlador, obsesionado con los plazos hasta el punto de mandarte mensajes a las tres de la mañana preguntando si ya has escrito el capítulo catorce. Pero no es un traidor. No es...

—No es lo que parece —terminó él, y su voz tenía un matiz que no logré descifrar.

—¿Me crees? —pregunté, sorprendida.

—Creo que conoces a Hugo mejor que nadie. Y si dices que algo no encaja, entonces algo no encaja.

Nos miramos durante unos segundos. La tensión entre nosotros era diferente ahora. No era la hostilidad de antes, ni la pasión del fin de semana. Era algo más peligroso: una tregua basada en la necesidad mutua.

El inspector volvió con más noticias, y esta vez fueron peores.

—Señorita Navarro, tenemos información sobre su amiga Mireia Campos. Ha desaparecido. Su coche fue encontrado abandonado cerca de la autovía. No hay rastro de ella. Y usted... —hizo una pausa— fue la última persona con la que habló por teléfono antes de salir de su casa.

Sentí que el suelo se abría de verdad. No era metáfora ahora. Era una caída real hacia un abismo oscuro donde no había fondo.

—¿Mireia? —mi voz salió como un susurro roto—. ¿Desaparecida?

—Sus padres han denunciado su desaparición hace dos horas. No contesta el móvil. No ha aparecido en el trabajo. Y según sus registros telefónicos, usted habló con ella ayer por la tarde. Durante cuarenta minutos.

Cuarenta minutos. Recordaba cada segundo de esa llamada. Le había dicho que sabía lo de Valeria. Le había pedido explicaciones. Y ella había dicho que venía a mi casa. Que me contaría todo.

Pero nunca llegó.

—Necesito salir de aquí —dije, levantándome de golpe—. Necesito encontrarla. Necesito...

—Candela —Adrián cogió mi mano, firme pero suave—. Tranquila. Vamos a averiguar qué está pasando. Pero necesitas calmarte.

—¿Cómo quieres que me calme? —grité, y las lágrimas finalmente brotaron—. ¡Mi mejor amiga ha desaparecido, mi editor es sospechoso de conspirar contra ti, y tú y yo...! —me detuve, tragando saliva—. Y tú y yo no sabemos ni siquiera si podemos confiar el uno en el otro.

Adrián me miró con una intensidad que me detuvo. Y entonces hizo algo inesperado: me abrazó. En medio de la comisaría, con el inspector mirando y probablemente pensando que éramos unos lunáticos, me estrechó contra su pecho y me dejó llorar.

—Confía en mí —susurró contra mi pelo—. Solo por ahora. Solo hasta que sepamos la verdad.

Y lo hice. Porque no tenía otra opción. Porque estaba demasiado rota para seguir luchando sola.

Pasamos las siguientes horas revisando papeles, analizando cronologías, intentando encontrar patrones. Adrián trabajaba con una eficiencia que me recordaba por qué era uno de los mejores cirujanos de España: metódico, preciso, incapaz de dejarse llevar por las emociones cuando había un puzle que resolver.

Pero mientras trabajábamos, descubrimos algo que nos heló la sangre a ambos.

No se trataba solo de destruir la carrera de Adrián. No se trataba solo de manchar su reputación o hacerle perder su licencia médica. Alguien estaba sistemáticamente intentando destruir las relaciones de confianza que tenía. Valeria, su ex colega de confianza. Mireia, mi mejor amiga. Hugo, mi editor. Todos los que de alguna forma estaban conectados con nosotros estaban siendo arrastrados al barro.

—El objetivo no es tu carrera —dije, mirando el tablero que habíamos creado con fotos e hilos de colores—. El objetivo eres tú. Dejarte solo. Aislarlo completamente.

Adrián se quedó quieto, con el marcador suspendido en el aire. Y vi algo en sus ojos que me partió el corazón: reconocimiento.

—Llevo años así —dijo, y su voz era casi inaudible—. Solo. Desde que murió Daniel, desde que Elena se fue... he construido muros tan altos que nadie podía escalarlos. Y ahora... —dejó caer el marcador—... y ahora alguien está demoliendo los puentes que quedaban.

Esa noche volvimos a su casa. No discutimos sobre ello, simplemente sucedió. Necesitábamos un lugar seguro, un espacio donde pensar, y la casa de Benimaclet parecía demasiado expuesta ahora que sabíamos que Mireia había desaparecido camino de allí.

Adrián preparó té, té, no café, como si supiera que mis nervios no podían soportar más cafeína, y yo deambulé por el salón, incapaz de sentarme. Mis ojos recorrieron las paredes vacías, los muebles de diseño impolutos, la ausencia total de vida personal.

Y entonces vi la caja.

Estaba en el fondo de una estantería, medio escondida detrás de unos libros de medicina. Una caja de cartón antigua, de esas que se usan para mudanzas, con la etiqueta «DANIEL» escrita con rotulador permanente.

—¿Qué es esto? —pregunté, señalándola.

Adrián se quedó quieto. Por un momento pensé que me pediría que no la tocara, que volvería a cerrarse como un mecanismo de defensa.

Pero en lugar de eso, suspiró y se acercó.

—Cosas de mi hermano —dijo, abriendo la caja con cuidado—. He intentado tirarla mil veces. Nunca he podido.

Sentamos en el suelo, con la caja entre nosotros, y Adrián empezó a sacar fotografías. No eran las fotos de un hombre frío y controlado. Eran de un chico joven, sonriente, con el pelo revuelto y los ojos llenos de vida. Había fotos de Adrián y Daniel juntos, en la playa, en montañas, con sus padres sonrientes, con amigos que ahora no estaban en su vida.

—No siempre fui así —dijo Adrián, mirando una foto donde aparecía con unos veinte años, riendo a carcajadas mientras su hermano le hacía una llave de cabeza—. Antes era... era como tú. Caótico. Feliz. Creía en la gente.

—Daniel murió —dijo, y la sencillez de la frase contenía océanos de dolor—. Y después Elena se fue. Y entonces entendí que amar significaba perder. Que cuanto más dejabas que alguien entrara en tu vida, más te dolía cuando se iba. Así que decidí centrarme en lo único que no podía fallarme: la medicina. Los corazones en una mesa de operaciones no te abandonan. No te mienten. No te rompen.

Miré las fotos, viendo al Adrián que podría haber sido, y de repente entendí todo. Entendí por qué se había convertido en ese hombre de hielo. No era porque no sintiera. Era porque sentía demasiado. Su mayor miedo no era enamorarse. Era sufrir otra pérdida. Era volver a sentir lo que sintió cuando enterró a su hermano.

—Adrián...

—Lo sé —dijo, sin dejarme terminar—. Sé que es patético. Que soy un cobarde que se esconde detrás de una bata blanca.

—No —me acerqué a él, tomando su rostro entre mis manos—. No eres un cobarde. Eres alguien que tuvo demasiado miedo. Y eso es diferente.

Nos miramos durante largos segundos. Y por primera vez desde que nos conocíamos, no discutimos. No hubo sarcasmos, no hubo defensas, no hubo competencia por ver quién tenía razón. Simplemente nos abrazamos. Un abrazo largo, profundo, en el que enterré mi cara en su cuello y sentí su corazón latiendo contra el mío.

La conexión entre nosotros creció en ese momento. No fue sexual, aunque la química siempre estaba ahí. Fue algo más profundo. Fue el reconocimiento mutuo de dos almas rotas que habían decidido intentar arreglarse juntas.

—Quédate —susurró Adrián contra mi pelo—. Esta noche. Mañana enfrentaremos lo que venga. Pero esta noche, quédate.

Asentí, sin separarme de él. Y por un momento, me permití creer que podíamos tener esto. Que podíamos ser simplemente dos personas abrazándose en medio del caos.

Pero el universo tenía otros planes.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Un mensaje. Lo saqué con una mano temblorosa, sin soltar a Adrián con la otra.

Era un número desconocido. Un bloque de texto breve que me heló la sangre:

«Pregúntale a Adrián qué pasó realmente hace seis años. Antes de que confíes ciegamente en él, asegúrate de conocer toda la verdad.»

Leí el mensaje tres veces. Cuatro. Las palabras bailaban ante mis ojos, pero su significado era claro.

Alguien estaba jugando con nosotros. Alguien que sabía cosas. Y por primera vez, mirando a Adrián, sintiendo su calor contra mí, me pregunté si quizá... solo quizá... yo tampoco conocía toda la verdad sobre el hombre que estaba empezando a amar.

El mensaje se quedó flotando en la pantalla de mi móvil, como una sentencia pendiente, mientras la noche caía sobre nosotros llena de sombras que ahora parecían sospechosas.

Y por primera vez, el miedo volvió a mi pecho. Pero esta vez no era por Mireia, ni por Hugo, ni por la investigación.

Era por lo que Adrián podía estar ocultando. Y por lo que yo estaba a punto de descubrir.

Capítulo 18



Adrián

La noté diferente en cuanto se apartó de mí. Había algo rígido en su postura, una tensión que no estaba allí minutos antes cuando estábamos abrazados en el suelo mirando fotografías del pasado. Su cuerpo se había convertido en una estatua, fría y distante, y sus ojos verdes miraban el teléfono móvil con una intensidad que me erizó el vello de la nuca.

—Candela —llamé, acercándome un paso.

Ella retrocedió. Fue un movimiento sutil, casi imperceptible, pero lo vi. Y me dolió más de lo que cualquier diagnóstico médico podría haberme dolido.

—¿Qué ocurre? —pregunté, y mi voz salió más dura de lo que pretendía.

No respondió. Solo extendió el brazo, sosteniendo el teléfono entre nosotros como una barrera invisible. Cogí el aparato y leí el mensaje. Una, dos, tres veces. Las palabras se grabaron en mi retina como si fueran ácido: «Pregúntale a Adrián qué pasó realmente hace seis años.»

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies, pero no fue metáfora. Fue una sensación física real, de vértigo, de caída libre hacia un pasado que había enterrado bajo capas de trabajo, de control, de disciplina obsesiva.

Hace seis años. El año más oscuro de mi vida. El año en que dejé de ser humano para convertirme en una máquina perfecta.

—Adrián —la voz de Candela me devolvió al presente—. ¿Qué es esto? ¿De qué habla?

Apagué la pantalla del teléfono. Mi mano temblaba. Dios, mi mano temblaba, y yo era cirujano, yo no temblaba nunca.

—Es… —tragué saliva—. Es algo que no cuento. Que nunca cuento.

—Parece importante.

—Lo es.

Candela cruzó los brazos sobre el pecho. Esa postura defensiva que ya conocía, que significaba que se estaba preparando para la batalla.

—Cuéntamelo ahora.

Miré hacia la caja de fotografías de Daniel, hacia el pasado que acabábamos de desenterrar, y supe que no podía evitarlo más. El pasado siempre encuentra la manera de salir a la superficie, como un cadáver en un río.

—Hace seis años —empecé, y mi voz sonó extraña, lejana—. Era jefe de cirugía en el Hospital Clínico. Creía que lo sabía todo, que podía controlarlo todo.

—¿Y?

—Y operé a un chico. Veintidós años. Estudiante de Derecho. Un aneurisma cerebral complicado, pero yo estaba seguro de que podía salvarlo. Estaba seguro...

Me detuve. El recuerdo se abalanzó sobre mí con una fuerza que me dejó sin aliento. La mesa de operaciones, el cráneo abierto, el monitor cardíaco que de repente empezó a pitarme desesperadamente.

—¿Qué pasó? —preguntó Candela, y su voz había cambiado. Ya no era acusatoria. Era suave, casi temerosa.

—Murió —dije, y la palabra me supo a ceniza—. En la mesa. Hubo una hemorragia masiva que no pude controlar. Intenté todo. Dios, intenté todo, pero se fue. Se me escapó entre los dedos.

Candela se acercó un paso, pero yo me aparté. No quería que me tocara. No me lo merecía.

—Una investigación posterior demostró que no fue responsabilidad mía —continué, acelerándome, como si las palabras pudieran escapar de la verdad—. Que el aneurisma era inoperable, que cualquier cirujano habría fracasado, que incluso los mejores técnicos del mundo no podrían haberlo salvado. Pero...

—Pero tú cargaste con la culpa —terminó ella.

Asentí, mirando al suelo. Vi mis manos, mis manos de cirujano que habían salvado cientos de vidas pero que no pudieron salvar a aquel chico de veintidós años que quería ser abogado y tenía una novia esperándole fuera del quirófano.

—Después de eso, cambié. Empecé a controlar todo con obsesión. Cada movimiento, cada decisión, cada variable. Si podía eliminar el error humano, si podía ser perfecto, entonces nunca volvería a sentir eso. Nunca volvería a perder a alguien que debería haber salvado.

—Adrián...

—No —la interrumpí, levantando la vista—. No digas que lo entiendes. No digas que no fue mi culpa. Porque durante seis años he despertado cada noche viendo su cara. Viendo la cara de su madre cuando le di la noticia. Y sé, sé con una certeza absoluta, que si hubiera sido mejor, más rápido, más preciso… podría haberlo salvado.

Candela me miró durante largos segundos. Vi cómo procesaba la información, cómo conectaba los puntos, cómo entendía finalmente por qué era como era. Por qué necesitaba el control absoluto. Por qué temía la imperfección.

—Entiendo por qué te convertiste en alguien tan controlador —dijo finalmente—. Entiendo que ese momento te destrozó. Pero...

—¿Pero?

—¿Por qué no me lo contaste? —su voz se elevó, adquiriendo un tono de genuino dolor—. ¿Por qué me pediste confianza, por qué me pediste que me quedara, que confiara en ti, cuando tú estabas ocultando algo tan importante? ¿Cómo puedes pedirme que sea transparente contigo cuando tú tienes secretos que definen quién eres?

La pregunta me golpeó. Porque era justa. Dolorosamente justa.

—No sabía cómo contarlo —dije, y mi voz se quebró—. No sabía si podrías entenderlo. Si no me verías como un monstruo, como un fracasado...

—¡Eres médico, Adrián! —exclamó—. ¡La gente muere! Eso es parte de tu trabajo, por terrible que sea. Pero no puedes pedirme que confíe ciegamente en ti mientras tú ocultas partes enteras de tu vida que explican por qué eres como eres. Eso no es confianza. Eso es... es...

—¿Es qué?

—¡Es una trampa! —susurró, y vi que tenía los ojos brillosos—. Me pides que me abra, que me quede, que me enamore de ti, pero solo me muestras la versión pulida, la versión controlada. ¿Qué más estás ocultando? ¿Qué más hay en esos seis años que no quieres que sepa?

La pregunta me enfureció. No contra ella, sino contra mí mismo. Contra la situación. Contra el pasado que volvía para atormentarme.

—¿Sabes qué? —dije, y mi voz salió cortante, cruel—. Quizás deberías centrarte en escribir tu novela y dejar los problemas reales a los adultos. Esto es un hospital, Candela. No es uno de tus cuentos de hadas donde todo tiene solución y los finales son felices. Aquí la gente muere. Aquí las decisiones tienen consecuencias. Y tú… tú solo eres una escritora que juega a ser detective.

En cuanto lo dije, supe que había cruzado una línea. Vi cómo el golpe impactaba en ella, cómo su rostro se transformaba, cómo algo se rompía entre nosotros.

—Adrián...

—No —me detuve, horrorizado por mis propias palabras—. No quería decir eso. Candela, por favor...

Pero ya era tarde. Ella recogió su bolso, su chaqueta, su teléfono. Sus movimientos eran mecánicos, precisos, como si estuviera operando en estado de shock.

—Tienes razón —dijo, y su voz era un hilo—. Soy solo una escritora. Y tú eres un médico perfecto que nunca comete errores. Excepto que sí los cometes. Y el mayor error acaba de ser tratarme como si fuera una niña estúpida que no entiende la vida real.

—Candela, espera...

—No —se giró en la puerta, y vi que las lágrimas corrían por sus mejillas—. No voy a esperar más. No a alguien que me ama con una mano y me empuja con la otra cada vez que su pasado le resulta incómodo.

Salió. La puerta se cerró con un golpe sordo que resonó en mi casa vacía.

Me quedé inmóvil durante largos segundos, procesando lo que había pasado. Y entonces, por primera vez desde que éramos adultos, hice algo que no había hecho en años: me senté en el suelo, apoyé la espalda contra la pared, y lloré.

No por el chico de hace seis años, ni por la culpa que cargaba.

Lloré porque sabía que acababa de perder lo único que había encontrado en años que me hacía sentir humano.

Lucas me encontró así una hora después. No sé cómo entró, probablemente tenía llave de repuesto desde hacía años, pero apareció en el salón, me miró sentado en el suelo rodeado de fotografías de mi hermano, y no dijo nada.

Simplemente se sentó a mi lado.

—La he cagado —dije, y mi voz sonó ronca, destrozada.

—Sí —acordó Lucas—. Bastante.

—Le dije que era una niña jugando a ser adulta. Que dejara los problemas reales a los adultos.

—Eso es cruel, incluso para ti.

—Lo sé.

Lucas suspiró. Se quedó en silencio durante un minuto, observando las fotos de Daniel esparcidas por el suelo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Adrián? —dijo finalmente.

—Que soy un gilipollas.

—Eso también. Pero tu problema es que siempre has sido capaz de salvar vidas ajenas, pero nunca has sabido cuidar la tuya. —Se giró hacia mí—. Eres el mejor cirujano que conozco. Puedes reparar un corazón con los ojos cerrados. Pero tu propio corazón… lo tienes abandonado desde hace años. Y ahora que alguien finalmente ha entrado y ha intentado cuidarlo, tú le has puesto una barrera de hielo y la has echado.

—Tenía miedo —admití, y la confesión me supo a derrota—. Tenía miedo de que si sabía lo de hace seis años, me mirara diferente. Que viera el fracaso en lugar del médico.

—Y en lugar de eso, le has demostrado que tenías razón al tener miedo. Porque cuando las cosas se pusieron difíciles, elegiste herirla antes de que ella pudiera decepcionarte.

No supe qué responder, porque Lucas tenía razón. Siempre la tenía.

Sonó mi teléfono y al mirar vi que era una llamada del hospital. Contesté con la voz pastosa, esperando otra crisis, otra filtración.

Era Marta, la directora de enfermería. Y lo que me dijo hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—Adrián, hemos encontrado algo en los archivos del caso de hace seis años. El del chico del aneurisma. —Su voz temblaba—. Alguien ha estado accediendo a ese expediente. Alguien ha modificado la fecha de la operación. Y... Dios, Adrián, han añadido notas que sugieren que tú rechazaste hacer pruebas preoperatorias que podrían haber salvado al paciente. Que fuiste negligente.

—Eso es mentira —susurré, poniéndome de pie de golpe—. Yo hice todo lo que debía. Las pruebas estaban completas. Yo...

—Lo sé. Pero alguien está intentando hacer que parezca que fue culpa tuya. Que tú ocultaste errores. Que el chico murió por tu incompetencia.

Colgué y miré a Lucas, que me observaba con preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El caso de hace seis años —dije, procesando la información—. Alguien está intentando reabrirlo. Alguien quiere que el mundo crea que fue culpa mía. Que soy un asesino.

Lucas se puso pálido.

—Eso es...

—Imposible —terminé—. Esa investigación está cerrada. Los informes son claros. Pero si alguien ha modificado documentos, si han falsificado pruebas... —me detuve, conectando los puntos—. Dios. Todo encaja. Las filtraciones, las denuncias, Valeria, Mireia, Hugo... todo está conectado con ese caso.

—¿Cómo?

—Porque la persona detrás de esto conoce mis puntos débiles —dije, y la certeza me golpeó como un puñetazo—. Sabe lo del chico. Sabe que es mi trauma más profundo. Sabe que si me hace creer que fue culpa mía, que soy un fraude, un asesino... me destruirá. No solo profesionalmente. Personalmente.

Y entonces, como si un relámpago iluminara mi cerebro, comprendí algo más. Algo que me heló la sangre.

—Incluido Candela —susurré.

—¿Qué?

—La persona que está haciendo esto sabe que Candela es importante para mí. Sabe que la he estado protegiendo, que me importa. Por eso el mensaje anónimo. Por eso intenta alejarla de mí, sembrar dudas entre nosotros. —Cogí las llaves del coche—. Porque si me destruyen a mí, y destruyen lo único bueno que he encontrado en años, entonces habrán ganado. Me habrán dejado completamente solo. Exactamente como querían.

—¿Adónde vas?

—A buscarla —dije, dirigiéndome a la puerta—. Tengo que encontrarla. Tengo que explicarle todo. Antes de que sea demasiado tarde. Antes de que ellos ganen.

—¿Y si no quiere verte?

Entonces me detuve en la puerta. Y por primera vez en mi vida, admití la verdad más aterradora de todas.

—Entonces tendré que demostrarle que merece la pena arriesgarse. Que merezco la pena. Que, por primera vez en seis años, estoy dispuesto a ser vulnerable. A ser humano. A dejar que me vea roto, si eso significa que ella se queda.

Salí corriendo hacia mi coche, con el corazón latiendo contra las costillas, con el miedo como nunca lo había sentido.

Porque ahora entendía el juego. Y sabía que la persona que estaba detrás de todo no solo quería mi carrera. Quería mi alma.

Y estaba dispuesta a destruir a Candela para conseguirla.

Capítulo 19



Candela

Intenté escribir durante tres días seguidos.

Me senté frente al portátil en mi despacho de Benimaclet, con los ventanales abiertos de par en par para dejar entrar el aire caluroso de agosto, y miré la pantalla durante horas. El cursor parpadeaba burlón, esperando que soltara algo brillante, algo que justificara el anticipo de la editorial que ya me habían ingresado y que estaba gastando en facturas de electricidad y comida para Taco y Chorizo.

Pero cada vez que tecleaba una descripción de protagonista masculino, terminaba con ojos grises. Cada vez que inventaba un diálogo sarcástico, salía con frases que Adrián podría haber dicho. Incluso el villano de mi nueva novela, que debería ser un banquero despiadado o un político corrupto, acabó teniendo una barba de tres días y una forma de fruncir el ceño cuando estaba concentrado que me resultaba demasiado familiar.

—Joder, Candela, ¿en serio? —me dije a mí misma, cerrando el documento con violencia.

Taco, que dormía sobre el teclado, protestó con un maullido indignado y se mudó a la hamaca del patio, dejándome sola con mi bloqueo creativo y mi obsesión no tan secreta.

—Parece que tienes un problema grave.

Mireia estaba sentada en mi cocina, repartiendo paella de una cazuela que había traído de su madre. Llevaba su pelo rubio recogido en un moño impecable, como siempre, y un vestido de verano que parecía sacado de un catálogo de gente que sí tenía la vida resuelta.

—No es un problema —mentí, removiendo el arroz con el tenedor—. Es… documentación. Estoy investigando para el personaje.

—Ah, claro. —Mireia arqueó una ceja perfectamente depilada—. Por eso el protagonista de tu novela policíaca lleva una bata blanca, trabaja en un hospital de Valencia y tiene un complejo de Dios acompañado de ojos grises. Eso es documentación, no es que estés totalmente obsesionada con Adrián Ferrer.

Sentí que me subía el color a las mejillas.

—No estoy obsesionada.

—Candela, ayer me leíste un párrafo donde el detective decía: «La autopsia no miente, pero los corazones sí». Eso es pura mierda romántica médica. Y encima firmaste el borrador como C. Ferrer en lugar de C. Navarro.

Me llevé las manos a la cara.

—Dios, soy un desastre.

—Eres una mujer enamorada —corrigió Mireia, y su voz se suavizó —. Y eso está bien, cariño. Lo que no está bien es que intentes engañarte a ti misma. Puedes engañar al mundo, a tus lectores, a tu puto gato naranja. Pero a mí no.

Levanté la vista. Mireia me miraba con esa expresión suya, la de «Te conozco desde los catorce y sé cuándo estás metiendo la pata hasta el fondo».

—Estoy enamorada de él —solté, y las palabras me supieron a liberación y a terror al mismo tiempo—. Dios, Mireia, estoy completamente enamorada de un médico insufrible, controlador, con más traumas que yo y una tendencia a cerrarse emocionalmente que es patológica.

—Y tú eres una escritora caótica, impulsiva, con miedo al compromiso y una colección de gatos que habla por sí sola —respondió ella, encogiéndose de hombros—. A veces el amor no es lógico, Candi. A veces es simplemente… incómodo.

—Me da miedo —admití, y la voz se me quebró—. Porque si me enamoro de verdad, si abro esa puerta, y él resulta ser como Sergio, o peor... no creo que pueda recuperarme. No creo que pueda volver a escribir finales felices si me rompen el corazón de verdad.

Mireia dejó el tenedor y cogió mis manos entre las suyas.

—Entonces no escribas finales felices —dijo simplemente—. Escribe finales reales. Escribe lo que sientes. Pero no dejes de sentir por miedo a sufrir. Porque eso es peor que cualquier ruptura: vivir sin vivir.

Sergio apareció esa misma tarde.

Estaba regando el limonero, siguiendo las instrucciones de mi padre sobre cómo no matarlo, cuando oí la puerta del callejón. Me giré esperando ver a algún vecino, o quizás a Adrián si finalmente se había decidido a venir a pedirme perdón por nuestra última discusión.

Pero era él. Sergio Roldán. Con unas flores en la mano, flores, el muy cínico, y una expresión que intentaba ser sincera.

—Candela —dijo, y su voz tenía ese tono meloso que una vez me había parecido encantador—. Necesito hablar contigo.

—No tengo nada que decirte, Sergio.

—Solo cinco minutos. Por favor.

Debería haberle cerrado la puerta en las narices. Debería haberles echado a patadas, o llamado a la policía, o simplemente haberle ignorado. Pero algo en mí, quizás la curiosidad, quizás la necesidad de cerrar ciclos, me hizo asentir.

Entró al patio. Se quedó mirando el espacio con esa mirada evaluadora que siempre había detestado, como si estuviera calculando el valor de mercado de mi vida.

—He estado pensando mucho —empezó, dejando las flores sobre la mesa de madera—. En lo que pasó entre nosotros. En cómo te traté. En lo estúpido que fui.

—Sí, lo fuiste —acordé, cruzando los brazos.

—No sabes cuánto me arrepiento —continuó, y por primera vez vi algo que parecía genuino en sus ojos—. De haberte dejado cuando más me necesitabas. De haberte dicho que tu trabajo no importaba. De haberte hecho sentir pequeña. He ido a terapia, Candela. He intentado cambiar. Y quiero... quiero pedirte perdón. De verdad. Sin segundas intenciones.

Lo miré. Esperé a sentir algo. A que el corazón se me acelerara, a que apareciera esa versión de mí misma que una vez habría perdonado cualquier cosa con tal de que me quisiera.

Pero no pasó nada.

Solo sentí… lástima. Lástima por el hombre que había sido, y alivio por la mujer en la que me había convertido. La Candela que necesitaba la aprobación de Sergio para sentirse válida había desaparecido. Y en su lugar estaba alguien que sabía que merecía más.

—Te perdono —dije, y era verdad—. Pero no quiero volver a verte, Sergio. No porque me hagas daño, sino porque ya no me importas lo suficiente como para ocupar espacio en mi vida.

Su expresión cambió. Pasó de la esperanza a la sorpresa, y luego a algo parecido a la rabia contenida.

—Por culpa de ese médico, ¿verdad? —dijo, y el tono amargo regresó—. El doctor perfecto. El cirujano de élite. ¿Crees que te quiere de verdad? ¿Crees que alguien como él puede querer a alguien como tú?

—Sí —respondí, y la certeza me sorprendió a mí misma—. Y si no, tampoco me importa. Porque yo me quiero a mí misma. Y eso es suficiente.

Sergio abrió la boca para responder, pero no llegó a hacerlo.

Porque en ese momento, desde la puerta del callejón, escuché una voz que me erizó la piel.

—¿Todo bien aquí?

Adrián estaba en la entrada. Llevaba vaqueros y una camiseta y tenía una expresión que intentaba ser neutral pero que no lograba ocultar la tensión de sus hombros. Sus ojos grises iban de mí a Sergio, y vi cómo se oscurecían al reconocer a mi ex.

—Adrián —dije, y mi voz salió más alta de lo necesario.

—No quería interrumpir —dijo, y aunque su tono era educado, había hielo en cada palabra—. Pero he visto desde la calle que tenías compañía y...

—Se iba —interrumpí, mirando a Sergio—. ¿Verdad?

Sergio miró a Adrián. Midió la situación. Y por primera vez en años, pareció entender que había perdido. No solo mi amor, sino mi respeto.

—Sí —dijo, recogiendo las flores que yo no había tocado—. Me iba. Cuídate, Candela.

Salió del patio pasando junto a Adrián, y por un segundo temí que fuera a decir algo, a provocar alguna escena. Pero Adrián no se movió. Solo mantuvo la mirada fija en mí, con una intensidad que me hizo sentir expuesta y deseada al mismo tiempo.

—No tenías que venir —dije cuando estuvimos solos.

—Lo sé —respondió, dando un paso hacia mí—. Pero cuando te vi con él... —hizo una pausa, buscando las palabras— sentí celos. Una cantidad estúpida e irracional de celos. Y en lugar de huir, como he hecho toda mi vida cuando algo me asusta, he decidido venir. A enfrentarme a ello. A enfrentarme a ti.

Mi corazón se aceleró.

—¿Por qué?

—Porque tú no huyes —dijo, y su voz se suavizó—. Tú luchas. Y yo quiero aprender a hacer lo mismo.

Nos quedamos en el patio hasta que el sol se puso.

Adrián me pidió perdón de una forma que nunca habría esperado. No con grandes discursos ni promesas imposibles. Simplemente reconoció que tenía miedo. Que le aterraba abrirse, que le aterraba necesitarme, que le aterraba que yo pudiera verlo roto y decidiera que no valía la pena.

—Tengo miedo —admití yo también, sentada junto a él en la hamaca, con las piernas colgando y los pies rozando el suelo—. Tengo miedo de que esto sea demasiado intenso, demasiado rápido, demasiado... todo.

—Yo también —dijo, y cogió mi mano entre las suyas—. Pero prefiero tener miedo contigo que sentirme seguro sin ti.

Era la declaración más honesta que había escuchado nunca. Sin flores, sin música de fondo, sin escenarios de película. Solo dos personas asustadas decidiendo que valía la pena intentarlo.

—Sin promesas imposibles —dije, y apreté su mano—. Solo… vamos día a día. ¿Vale?

—Vale —acordó, y sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi tímida, pero iluminó todo su rostro.

Estábamos a punto de besarnos, a punto de sellar esa tregua con algo más que palabras, cuando mi teléfono sonó.

El tono era el de Hugo. Contesté sin pensar, esperando otra de sus llamadas obsesivas sobre plazos de entrega.

—¿Hugo?

—Candela... —la voz al otro lado no era la de Hugo. Era la de una enfermera, agitada, urgente—. ¿Es usted la señorita Navarro? ¿La amiga del señor Sempere?

—Sí, ¿qué pasa?

—Ha aparecido. Está en el Hospital Clínico. Ha sido encontrado en un callejón cerca de la editorial. Está herido, inconsciente, pero antes de perder el conocimiento...

La enfermera hizo una pausa, y sentí que el mundo se detenía.

—¿Qué dijo? —pregunté, con la voz rota.

—Dijo, no fue Valeria… fue alguien mucho más cercano. Díselo a Candela. Alguien que conocemos los dos.

La llamada terminó. Me quedé con el teléfono en la mano, mirando a Adrián, que se había puesto de pie al ver mi expresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hugo —susurré—. Han encontrado a Hugo. Está herido. Y dijo… dijo que no fue Valeria. Que fue alguien mucho más cercano. Alguien que conocemos los dos.

Adrián palideció. Cogió su móvil y marcó un número con dedos temblorosos.

—Lucas, necesito que accedas a las cámaras de seguridad del Hospital Clínico. Sí, ahora. El callejón trasero, zona de la editorial. Quiero saber quién estuvo con Hugo antes de que lo encontraran.

Esperamos en silencio. Los minutos parecieron horas. Taco y Chorizo se acercaron, sintiendo la tensión, y se sentaron a nuestros pies con las colas erizadas.

Cuando el teléfono de Adrián vibró, casi saltamos los dos. Contestó. Escuchó. Y vi cómo su rostro se transformaba. Cómo pasaba de la preocupación a la incredulidad, y de la incredulidad a algo parecido al horror.

—¿Estás seguro? —preguntó, y su voz era un hilo—. ¿Seguro absoluto?

Colgó, me miró, y en sus ojos vi una mezcla de miedo y determinación que me heló la sangre.

—¿Quién era? —pregunté, aunque no estaba segura de querer saber la respuesta.

Adrián tragó saliva. Se acercó a mí y me cogió por los hombros, como si necesitara asegurarse de que no me caía cuando me dijera la verdad.

—La cámara de seguridad muestra quién estuvo con Hugo —dijo, y su voz temblaba—. Quién le habló antes de que apareciera herido. Quién se fue corriendo por el callejón justo antes de que lo encontraran.

—¿Quién, Adrián? Dime quién.

Me miró fijamente a los ojos, y la respuesta cayó entre nosotros como una sentencia.

—Tu padre —dijo—. Vicente Navarro. Estuvo con Hugo. Y antes de irse, le entregó algo. Un sobre. Y luego… luego Hugo cayó.

El mundo se inclinó sobre su eje. Sentí que las piernas me fallaban, y Adrián me sujetó antes de que cayera.

—No —susurré—. No puede ser. Mi padre no… él no haría daño a nadie. Él es… es mi padre.

—Lo sé —dijo Adrián, abrazándome con fuerza—. Pero las cámaras no mienten. Y ahora tenemos que averiguar por qué. Antes de que sea demasiado tarde. Antes de que descubra que sabemos la verdad.

Miré hacia la puerta del callejón, hacia el lugar donde minutos antes había estado Sergio, donde ahora parecía que mi propio padre había traicionado todo lo que creía conocer.

Y supe, con una certeza que me partió el alma, que el enemigo no había estado nunca fuera.

Había estado en casa. Todo el tiempo.

Capítulo 20



Adrián

El Hospital Clínico a las tres de la madrugada tenía un aspecto fantasmal que conocía demasiado bien. Los pasillos iluminados por luces de emergencia, el olor a desinfectante mezclado con el silencio denso de quienes esperaban noticias de vida o muerte. Había pasado quince años de mi vida entre esas paredes, pero nunca me había sentido tan fuera de lugar como en ese momento, sentado en la sala de espera de Urgencias con Candela temblando a mi lado.

Hugo Sempere estaba ingresado. Había aparecido en un callejón cercano a la editorial con una contusión craneoencefálica, signos de estrangulación y un mensaje escrito en su propia sangre en la solapa de la chaqueta: «Cállate o morirás». Pero antes de perder el conocimiento definitivamente, había pronunciado esas palabras que ahora resonaban en mi cabeza como un eco: «No fue Valeria... fue alguien mucho más cerca».

Y luego estaba lo de Vicente. El padre de Candela. Las cámaras lo mostraban claramente: entrando en el callejón, hablando con Hugo, entregándole algo. Y luego saliendo corriendo minutos antes de que encontraran al editor.

—¿Quieres café? —Le pregunté a Candela, aunque sabía que no era eso lo que necesitaba.

Ella negó con la cabeza. Tenía las manos entrelazadas con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos. Intentaba mantener la compostura, esa máscara de fortaleza que tanto me había irritado al principio de nuestra relación. Pero ahora la conocía lo suficiente como para ver a través de ella. Para ver el terror que se escondía detrás de los párpados apretados, el temblor contenido en la mandíbula, el modo en que miraba cada puerta que se abría esperando ver aparecer a su padre o, peor, a alguien con noticias definitivas sobre Hugo.

—Va a estar bien —dije, y la frase sonó hueca incluso para mí.

—No sabes eso —respondió ella, y su voz salió ronca, forzada—. No sabes nada, Adrián. Mi padre... Dios, mi padre estaba allí. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

No tenía respuestas. Solo tenía preguntas que se amontonaban en mi cerebro como pacientes en una sala de espera saturada. Así que hice lo único que se me ocurría: me senté a su lado, cogí una de sus manos entre las mías, y permanecí en silencio.

Ella se aferró a mí. No con fuerza, sino con esa desesperación silenciosa de quien siente que el suelo se está derrumbando bajo sus pies. Y mientras la sostenía, mientras sentía su respiración entrecortada contra mi hombro, tuve una revelación que me golpeó con la fuerza de un diagnóstico inesperado.

Durante años había admirado, envidiado, incluso, a las personas que mantenían la calma bajo presión. A los cirujanos que operaban con manos firmes mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor. A los médicos que daban malas noticias con voz estable y corazón de hielo. Yo mismo me había convertido en uno de ellos, construyendo muros tan altos que nada podía traspasarlos.

Pero Candela... Candela era diferente. No mantenía la calma. No se cerraba. Sentía todo con una intensidad que me resultaba aterradora y envidiable a la vez. Y, aun así, a pesar de ese torrente emocional que debía de estar devastándola por dentro, seguía adelante. Seguía preguntando, investigando, exigiendo respuestas.

No era fuerte porque no sintiera. Era fuerte precisamente porque sentía todo y aun así no se rendía.

—Admiro tu capacidad de seguir adelante —dije de repente, sin pensarlo.

Ella levantó la vista. Sus ojos verdes estaban enrojecidos, brillantes, pero aun así llenos de esa determinación que me había enamorado de ella.

—¿Qué?

—Que sientes todo —continué, buscando las palabras—. El miedo, la rabia, la confusión. Y aun así no huyes. No te cierras. Yo... yo huyo. Siempre he huido. Pero tú...

—Tú también estás aquí —dijo ella, y su voz se suavizó—. No estás huyendo ahora.

—Porque tú me lo enseñas —admití, y la verdad me supo a alivio—. Cada día, cada minuto que paso contigo, aprendo que sentir no es debilidad. Que dejar que te vean roto no significa que vayan a destruirte.

Estábamos a punto de seguir hablando, a punto de cruzar algún umbral emocional que ambos temíamos, cuando la puerta de la sala de espera se abrió de golpe.

Era el inspector Ruiz. Venía acompañado de un técnico forense y de Marta, la directora de enfermería, que me miró con una expresión que no logré descifrar.

—Doctor Ferrer —dijo Ruiz, y su tono era diferente al de antes. Más tenso. Más oficial—. Necesitamos que vea algo. Es urgente.

Me puse de pie, pero Candela se levantó conmigo. No iba a dejarla atrás, no ahora.

—Ella también viene —dije, y no fue una pregunta.

Nos llevaron a una sala de seguridad del hospital, una habitación sin ventanas llena de monitores y equipos electrónicos que normalmente solo usaban para revisar incidentes internos. El técnico manipuló un teclado y una de las pantallas principales se iluminó con imágenes en blanco y negro.

—Las cámaras del despacho de Hugo Sempere —explicó Ruiz—. Grabadas ayer por la tarde, horas antes de que apareciera en el callejón.

Miré la pantalla. Vi la oficina de la editorial, ese espacio moderno y minimalista donde había estado sentado hacía apenas unos días discutiendo con Hugo sobre el contrato de Candela. La cámara estaba posicionada de forma que captaba la entrada y parte del escritorio.

—Aquí —dijo el técnico, pausando la imagen.

Una figura apareció en la puerta. Llevaba una chaqueta oscura, capucha puesta, pero al girarse hacia la cámara por un segundo, la luz iluminó su rostro con claridad meridiana.

Sentí que el mundo se detenía.

Era Lucas. Mi mejor amigo. Mi compañero de residencia. El hombre que me había visto llorar cuando murió mi hermano, que había estado a mi lado en cada guardia interminable, que me había aguantado durante años intentando emparejarme con medio hospital.

—No —susurré, y mi voz sonó lejana, como si viniera de otra persona—. No es posible.

La imagen continuó. Lucas entraba en el despacho. Hablaba con Hugo, que no se veía en el plano. Gesticulaba. Y luego... luego se acercaba al escritorio. Abrió un cajón. Sacó algo. Un sobre, quizás. O un archivo.

—Parece que su amigo tenía motivos para estar allí —dijo Ruiz, y su tono era sospechosamente suave—. ¿Sabía usted que Lucas Ibáñez y Hugo Sempere se conocían?

Negué con la cabeza. Sentía que la sangre me retumbaba en los oídos, que la vista se me nublaba en los bordes.

—Lucas no… él no haría daño a nadie —dije, pero la convicción me fallaba—. Nos conocemos desde la universidad. Es traumatólogo. Es… es mi amigo.

—Las cámaras no mienten, doctor Ferrer —respondió Ruiz.

Candela se acercó a mí. Sentí su mano en mi brazo, firme, anclándome a la realidad. Cuando la miré, vi algo en sus ojos que nunca había visto antes: comprensión. Una comprensión profunda, casi dolorosa.

—Ahora entiendes —dijo ella, y su voz era apenas un susurro—. Ahora entiendes lo que significa ver a alguien en quien confías plenamente y sentir que esa confianza puede romperse.

Tenía razón. Durante semanas había defendido a Valeria, había sospechado de Mireia, había considerado a Hugo como posible traidor. Pero nunca, ni por un segundo, había considerado que Lucas pudiera estar involucrado. Era inconcebible. Era como sospechar de mi propia sombra.

—Tengo que hablar con él —dije, dirigiéndome a la puerta.

—Doctor Ferrer, no podemos permitir que... —empezó Ruiz.

—¡Es mi amigo! —exclamé, y el grito resonó en la sala pequeña—. Si hay una explicación, si hay algo que no estamos viendo, él me lo dirá. A mí me lo dirá.

El inspector dudó, pero finalmente asintió.

—Está en la sala de interrogatorios de la planta baja. Pero doctor... —me detuvo con un gesto— sea cuidadoso. Las pruebas son claras. Y si intenta obstruir la investigación...

—No voy a obstruir nada —dije, y mi voz sonó más dura de lo que pretendía—. Voy a averiguar la verdad.

Lucas estaba sentado en una silla de metal, con las manos sobre la mesa, mirando fijamente una pared vacía. Cuando entré, levantó la vista y vi algo en sus ojos que me heló la sangre: no era miedo. Era confusión. Una confusión absoluta, profunda, como la de alguien que despierta de un sueño y no reconoce la habitación.

—Adrián —dijo, y su voz era un hilo—. Gracias a Dios. Diles que es un error. Diles que yo no... que no recuerdo...

Me senté frente a él. Candela se quedó cerca de la puerta, observando, dándonos espacio, pero presente.

—¿Qué pasó, Lucas? —pregunté, intentando mantener la calma—. Las cámaras te muestran entrando en el despacho de Hugo. ¿Por qué?

—Me llamó —respondió él, frotándose las sienes con dedos temblorosos—. Por la tarde. Dijo que tenía información importante sobre el caso. Sobre quién estaba detrás de todo esto. Me pidió que fuera a la editorial, que no dijera nada a nadie, que... —hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Que me diera prisa.

—¿Y qué ocurrió cuando llegaste?

Lucas me miró con una expresión que me aterrorizó: era genuina. No había engaño en esos ojos. Solo pánico y desconcierto.

—No lo sé —dijo, y su voz se quebró—. Recuerdo entrar en el edificio. Recuerdo subir las escaleras. Y luego... nada. Es como si alguien hubiera borrado páginas de mi memoria. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en el suelo del despacho, con la cabeza dándome vueltas, y ver a Hugo... Dios, Adrián, estaba cubierto de sangre. Y yo... yo tenía las manos manchadas.

Sentí que el estómago se me hundía.

—¿Tus manos?

—Sí. —Levantó las palmas, ahora limpias, pero con restos de yodo en las uñas—. No sé de qué. No sé si... si fui yo o si... Adrián, tú me conoces. Tú sabes que yo no podría hacerle daño a nadie. ¿Verdad?

Quise decir que sí. Quise abrazarlo y decirle que todo era un error, que las cámaras mentían, que alguien lo había incriminado. Pero las imágenes seguían allí, grabadas en mi retina: Lucas entrando, Lucas abriendo el cajón, Lucas con las manos en algo que no podía ver.

—Defender a alguien no significa ignorar las pruebas —dijo Candela de repente.

Ambos nos giramos. Ella estaba en la puerta, con los brazos cruzados, mirando a Lucas con una expresión que mezclaba empatía y determinación.

—¿Qué? —pregunté, confundido.

—Lo que has oído —dijo, acercándose—. Adrián, durante semanas me has pedido que abra los ojos, que vea la verdad, aunque duela. Que no deje que mi cariño por alguien me ciegue ante los hechos. Ahora te toca a ti.

—Pero Lucas...

—Podría ser inocente —interrumpió ella—. De hecho, creo que lo es. Pero las pruebas están ahí. Y si quieres ayudarle de verdad, no puedes simplemente negar lo que ves. Tienes que averiguar qué pasó. Porque si no lo haces, si te cierras en tu negación, podrías estar dejando que el verdadero culpable escape.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Tenía razón. Dios, cómo tenía razón. Estaba haciendo exactamente lo que ella había hecho con Mireia, con Hugo, con su padre. Cerrando los ojos ante lo incómodo porque dolería demasiado admitir que alguien cercano pudiera ser el enemigo.

—Necesito tiempo —dije, dirigiéndome a Lucas—. Necesito averiguar qué pasó realmente. Pero mientras tanto... —hice una pausa, tragando saliva— tienes que cooperar con la policía. Decirles todo lo que recuerdes. Porque si eres inocente, la verdad saldrá a la luz. Y si no...

No terminé la frase. No podía.

Lucas asintió, con los ojos brillosos de lágrimas contenidas.

—Lo haré —dijo—. Pero Adrián... prométeme que encontrarás al verdadero culpable. Porque yo no fui. Juro por mi madre, por mi profesión, por nuestra amistad... que yo no fui.

Salí de la sala con la mente acelerada. Candela me siguió en silencio, dándome espacio para procesar, pero manteniéndose cerca. Eso era lo que hacía ella: no me empujaba, no me exigía, simplemente... estaba.

—¿Crees que es culpable? —pregunté finalmente, cuando llegamos al pasillo.

—No —respondió ella sin dudar—. Pero creo que alguien lo está utilizando. Alguien que sabe cómo manipular a la gente, cómo borrar recuerdos, cómo incriminar a inocentes.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero estoy empezando a tener una teoría.

Estábamos a punto de seguir hablando cuando mi teléfono vibró. Era Marta, la directora de Enfermería, y el tono de urgencia en su mensaje me hizo detenerme en seco.

Marta: *Adrián, ven al archivo médico de la planta menos dos. Inmediatamente. Hemos encontrado algo sobre el caso de hace seis años. Es grave.*

Miré a Candela. Ella asintió, y juntos nos dirigimos hacia las escaleras de servicio, bajando a la zona más profunda del hospital, donde se guardaban los expedientes antiguos, los secretos enterrados, los fantasmas del pasado.

Marta nos esperaba frente a una mesa de acero, con carpetas esparcidas y un ordenador portátil abierto. Su expresión era de absoluto terror profesional.

—¿Qué habéis encontrado? —pregunté, acercándome.

—El caso del chico de hace seis años —dijo Marta, y su voz temblaba—. El aneurisma. Hemos revisado los informes originales, los que se archivaron después de la investigación interna. Y encontramos… esto.

Señaló la pantalla del ordenador. Eran escaneos de documentos antiguos, firmas, fechas, anotaciones médicas. Pero había algo destacado en rojo: una discrepancia en las fechas de las pruebas preoperatorias.

—Según el informe oficial —continuó Marta—, las pruebas de imagen se realizaron veinticuatro horas antes de la operación. Pero en los registros originales del laboratorio —hizo una pausa— se hicieron cuarenta y ocho horas antes. Alguien cambió las fechas en el sistema. Alguien modificó los documentos para que pareciera que tú omitiste pruebas recientes.

Sentí que la sangre se me helaba.

—¿Quién?

Marta me miró con una expresión que no logré descifrar. Miedo, quizás. O compasión.

—La modificación se hizo desde una terminal interna —dijo—. Desde el despacho del jefe de traumatología. Desde el ordenador de Lucas Ibáñez.

El silencio que siguió fue absoluto.

Candela cogió mi mano. La apretó con fuerza, anclándome a la realidad mientras el mundo parecía desmoronarse a mi alrededor.

—No fue un error médico —susurré, procesando la información—. Fue una manipulación. Alguien cambió los documentos para culparme. Alguien del propio equipo médico.

—Y ahora esa misma persona —añadió Candela, con voz firme— está intentando destruirte de nuevo. Usando a Lucas. Usando a mi padre. Usando a cualquiera que esté cerca de ti.

Miré las carpetas, las pruebas, la verdad que finalmente emergía de entre las sombras.

Durante seis años había cargado con la culpa de una muerte que no había sido mi responsabilidad. Seis años de pesadillas, de control obsesivo, de miedo a fallar. Y todo había sido orquestado por alguien que conocía. Alguien que tenía acceso. Alguien que había estado a mi lado todo ese tiempo, sonriendo, apoyándome, mientras destruía mi vida por dentro.

—Tenemos que encontrar a quién —dije, y mi voz sonó diferente. Más dura. Más fría—. Y esta vez, no voy a parar hasta que pague por lo que ha hecho.

Candela se acercó a mí. Me miró a los ojos, y vi en los suyos la misma determinación.

—Juntos —dijo ella—. Lo hacemos juntos.

Asentí. Porque ahora entendía que no podía hacerlo solo. Que no tenía que hacerlo solo.

El enemigo había estado siempre cerca. Pero por primera vez, yo también tenía a alguien cerca. Y eso cambiaba todo.

Capítulo 21



Candela

Me senté frente al portátil durante horas sin escribir una sola palabra. La pantalla brillaba blanca y vacía, como un campo de nieve donde no había huellas, y yo contemplaba ese vacío con la sensación creciente de que mi vida se había convertido en una de esas novelas thriller que nunca me había atrevido a escribir. Las que tienen giros imposibles, traiciones inesperadas, y finales que dejan al lector con el corazón en un puño durante días.

La diferencia, y era una diferencia crucial, era que esta vez nadie podía escribir un final feliz por mí. No había un autor omnisciente que supiera cómo resolver el enredo. No había un deus ex machina esperando en el último capítulo para salvar a los protagonistas. Solo estábamos Adrián y yo, dos personas reales y rotas, intentando navegar un laberinto de mentiras que alguien había construido meticulosamente durante años.

Cogí el bolígrafo, ese mismo que había usado para tomar notas en el hospital, y empecé a garabatear en una libreta nueva. No era ficción lo que escribía. Era análisis. Criminología amateur, quizás, o simple intuición de escritora que había pasado demasiado tiempo estudiando motivaciones humanas para crear personajes creíbles.

Mientras Adrián y Lucas revisaban registros médicos, buscaban pruebas forenses y peleaban contra el sistema desde dentro, yo utilizaba mis propias herramientas. Observaba patrones. Buscaba el hilo narrativo que uniera todos los ataques. Y cuanto más profundizaba, más claro me quedaba algo que me helaba la sangre: esto no se trataba de dinero.

Si fuera por dinero, el plan habría sido diferente. Más simple. Una demanda millonaria, una extorsión directa, un chantaje con pruebas falsas pero convincentes. Pero no. Quienquiera que estuviera detrás de todo esto había construido algo mucho más elaborado. Había tomado su tiempo. Había estudiado a Adrián durante años, conocía sus puntos débiles, sus traumas, sus relaciones. Sabía lo del chico de hace seis años. Sabía cómo destruirlo no solo profesionalmente, sino emocionalmente.

Esto era venganza pura. Despiadada. Personal.

Y ahora, pensándolo fríamente, con esa frialdad que me aterraba pero que necesitaba para sobrevivir, entendía que yo también había pasado a formar parte del objetivo.

La persona que hacía esto quería que Adrián perdiera aquello que más valía. Su carrera, sí. Su reputación, por supuesto. Pero también... a mí.

Esa última idea me hizo sentir náuseas. Porque significaba que alguien nos observaba. Que alguien sabía lo que había entre nosotros, lo que estábamos construyendo a pesar de todo, y había decidido que nuestra felicidad era intolerable. Que debía ser destruida.

Dejé el bolígrafo y me levanté para abrir la ventana del patio. El aire de agosto entró cálido y húmedo, cargado del olor a limones maduros y a jazmín. Taco y Chorizo dormían en la hamaca, ajenos al drama, y por un momento envidié su capacidad de simplemente existir sin preocuparse por traiciones ni conspiraciones.

Sonó el teléfono. Era Mireia.

—¿Has comido algo hoy? —preguntó, sin saludar.

—No tengo hambre.

—Candela, llevas tres días viviendo de café y nervios. Eso no es sostenible.

—Tampoco lo es mi vida ahora mismo —respondí, y la amargura me sorprendió a mí misma.

Mireia hizo una pausa al otro lado de la línea. Cuando habló de nuevo, su voz había cambiado. Era más suave, más preocupada.

—Escúchame —dijo—. Sé que estás metida hasta el cuello en esto. Sé que Adrián te importa. Pero necesito que escuches algo que quizá no quieras oír.

—Dime.

—El problema no es solo el enemigo, Candi. También es él.

Sentí que se me tensaba la mandíbula.

—¿Qué quieres decir?

—Que Adrián Ferrer Montesinos es un médico brillante, un hombre atractivo, y probablemente una buena persona en el fondo. Pero también es alguien que ha demostrado durante años que está dispuesto a sacrificarlo todo por su trabajo. Su tiempo, su salud, sus relaciones... todo.

—Eso es diferente ahora —protesté, aunque no estaba segura de si me convenía a mí misma.

—¿Lo es? —Mireia suspiró—. Lleva dos semanas metido en un hospital intentando salvar su carrera, su reputación, a su amigo. ¿Cuántas veces te ha llamado hoy? ¿Cuántas veces ha preguntado cómo estás tú, con todo lo que estás descubriendo sobre tu padre?

La pregunta me golpeó. Porque era injusta y justa al mismo tiempo. Adrián había estado ocupado, sí, pero también había estado presente de la única forma que sabía: protegiéndome, investigando, intentando resolver el caos para que yo pudiera estar a salvo.

—No es justo comparar —dije débilmente.

—Quizás no —concedió Mireia—. Pero tú tienes que decidir, Candela. ¿Quieres estar con alguien que probablemente siempre elegirá el deber antes que el amor? ¿Con alguien que se cerrará emocionalmente cada vez que las cosas se pongan difíciles? Porque eso es lo que hace. Lo has visto tú misma.

No tuve respuesta. Porque Mireia tocaba un miedo que yo no me atrevía a nombrar. El miedo a que, al final, Adrián fuera incapaz de amarme de la forma que necesitaba. De la forma que merecía.

Colgué con la promesa de comer algo, aunque sabía que era mentira, y me quedé mirando el limonero hasta que el sol empezó a ocultarse detrás de los tejados.

Esa noche fui a su casa.

No llamé antes ni envié mensaje. Simplemente aparecí en su puerta con una bolsa de comida para llevar del chino de la esquina y el corazón latiéndome en la garganta.

Adrián abrió la puerta y su aspecto me detuvo el aliento. Llevaba la misma camisa de la mañana, ahora arrugada y manchada de café. Tenía ojeras que competían con las mías, la barba crecida de dos días, y una expresión de absoluto agotamiento que nunca había visto en él. Ni siquiera cuando operaba doce horas seguidas.

—Candela —dijo, y su voz sonó áspera, destrozada.

—He traído comida —respondí, levantando la bolsa—. Y no aceptaré un no por respuesta.

Entró en la casa sin esperar invitación. El salón estaba peor que la última vez: papeles por todas partes, carpetas abiertas, una botella de whisky medio vacía sobre la mesa de centro. Parecía la escena de un crimen, o la cueva de un ermitaño enloquecido.

—Lucas sigue detenido —dijo Adrián, cerrando la puerta—. No tienen pruebas suficientes para acusarlo formalmente, pero tampoco lo sueltan. Y yo… yo no sé qué hacer, Candela. No sé cómo ayudarle. No sé si…

Se detuvo. Se pasó las manos por el pelo, un gesto desesperado que le hacía parecer vulnerable. Por primera vez desde que lo conocía, vi a Adrián Ferrer Montesinos completamente roto. Sin armadura, sin control, sin la máscara de perfección que tanto le costaba mantener.

—Ven —dije, dejando la comida sobre la única superficie libre.

Lo cogí de la mano y lo llevé al sofá. Nos sentamos juntos, con nuestros muslos rozándose, y esperé a que hablara. No presioné. No hice preguntas. Simplemente estuve ahí, ofreciendo mi presencia como ancla.

—Tengo miedo —dijo finalmente, y la confesión pareció costarle todo el aire de los pulmones.

—¿De qué?

—De perderlo todo —miró sus manos, esas manos de cirujano que ahora temblaban ligeramente—. No la carrera, ni el prestigio. Eso me importa una mierda comparado con… —hizo una pausa, tragando saliva —. Comparado con perder a las personas que quiero.

El silencio entre nosotros se volvió denso, cargado de posibilidades.

—¿Yo soy una de esas personas? —pregunté, y mi voz salió más pequeña de lo que pretendía.

Adrián levantó la vista. Me miró a los ojos, y vi que estaba luchando contra sí mismo. Contra años de muros, de defensas, de miedo a sentir.

Tardó unos segundos en responder. Segundos que parecieron eternidades, en los que mi corazón dejó de latir.

—Sí —dijo finalmente—. Tú eres la persona que más quiero. Y eso me aterra más que cualquier otra cosa.

La confesión cayó entre nosotros como una piedra en un lago quieto. Hizo olas. Cambió todo.

—Adrián...

—Lo sé —dijo, con una risa amarga—. No es el momento. No es romántico. Estoy hecho un desastre, mi mejor amigo está acusado de algo que no hizo, mi carrera está en ruinas, y yo… —se interrumpió, tomando mi rostro entre sus manos— y yo solo quiero besarte y olvidar todo esto durante cinco minutos. ¿Me dejarás?

No respondí con palabras. Me incliné y encontré sus labios con los míos.

Fue un beso diferente a todos los anteriores. No hubo lucha por el control, no hubo tensión defensiva, no hubo miedo a que el otro se apartara. Fue simplemente... entrega. Dos personas rotas encontrando refugio una en la otra.

Adrián me atrajo hacia él, hundiendo sus dedos en mi pelo, y profundizó el beso con una ternura que me desarmó por completo. Sabía a whisky y a desesperación, y a algo más dulce que no supe identificar. Quizás era simplemente nosotros. Sin filtros, sin excusas.

Cuando nos separamos, ambos jadeábamos. Apoyó su frente contra la mía, con los ojos cerrados, y permanecimos así durante largos minutos, simplemente respirando el uno del otro.

—No quiero que esto termine —susurró.

—No tiene por qué terminar —respondí.

—Pero todo apunta a que…

—Shh —puse un dedo sobre sus labios—. No pensemos en eso ahora. Solo estemos así. Solo esto.

Nos quedamos en el sofá hasta que el cuerpo nos pidió más. Hicimos el amor con una lentitud que rayaba en la reverencia, como si ambos temiéramos que fuera la última vez. Cada caricia era una promesa, cada beso una declaración de intenciones que ninguno se atrevía a verbalizar completamente.

Después, dormimos enredados en sus sábanas, con la ventana abierta dejando entrar la brisa nocturna. Por primera vez en semanas, dormí sin pesadillas. Sin el miedo acechando en las sombras.

Por primera vez, me permití creer que quizás, solo quizás, podríamos tener un final feliz.

La felicidad duró exactamente hasta las ocho de la mañana siguiente.

Me despertó el sonido insistente del teléfono de Adrián. Alargué la mano para cogerlo de la mesita de noche, pero él se me adelantó, aún medio dormido, y contestó con voz ronca.

Vi cómo cambiaba su expresión. Cómo pasaba de la somnolencia a la tensión, y de la tensión a algo parecido al horror.

—¿Qué ocurre? —pregunté, incorporándome.

Él no respondió. Solo me miró con los ojos abiertos de par en par, como si acabara de ver un fantasma. Luego, lentamente, extendió el brazo y me entregó el teléfono.

Era una noticia del periódico. El titular rezaba en letras negras y ominosas:

«El doctor Ferrer ocultó pruebas de un caso de negligencia médica: nueva información salta a la luz»

Leí el artículo con dedos temblorosos. Hablaba del chico de hacía seis años. De pruebas recientemente descubiertas que demostraban que Adrián había manipulado informes para ocultar su negligencia. De un testimonio fiable y cercano al médico que confirmaba el encubrimiento.

Y al final del artículo, en letra pequeña pero perfectamente legible, estaba la fuente de la información:

«Hugo Sempere, editor de la víctima y testigo presencial de los hechos»

Dejé caer el teléfono sobre la cama. Lo miré a él. Él me miró a mí.

—Hugo —susurré—. La fuente es Hugo.

Adrián se levantó de la cama como si le hubieran dado un golpe. Se puso los pantalones con movimientos mecánicos, sin mirarme, con la mandíbula tensa.

—Estaba inconsciente —dijo, y su voz era hielo puro—. Cuando fuimos, estaba inconsciente, no podía hablar con nadie.

—Pero ahora está despierto —respondí, procesando la información —. Y ha decidido contar su versión. Una versión que te incrimina.

Adrián se giró hacia mí. En sus ojos vi algo que me partió el corazón: la sospecha.

—¿Tú lo sabías? —preguntó, y el tono me dolió más que las palabras.

—¿Qué?

—¿Sabías que Hugo iba a hacer esto? ¿Has estado jugando conmigo todo este tiempo, Candela?

—¡No! —Me levanté de la cama, buscando mi ropa a tientas—. ¿Cómo puedes pensar eso? Hugo es mi editor, sí, pero no… no soy cómplice de esto, Adrián. Te lo juro.

—Entonces, ¿por qué? —gritó, y el sonido resonó en la habitación vacía—. ¿Por qué tu editor, la persona que te lanzó a mis brazos para que escribieras una puta novela, ahora resulta ser el que tiene la información para destruirme? ¿No ves el patrón, Candela? ¿No ves que todo me hace pensar que tú también eres parte de esto?

Lo miré, y vi que el miedo había vuelto a él, más fuerte que nunca. Pero esta vez no era miedo a perder su carrera. Era miedo a mí. A confiar en mí y a ser traicionado.

—No soy tu enemiga —dije, y las lágrimas me quemaban los ojos—. Pero si crees que lo soy, entonces, quizás debería irme.

—Quizás deberías —respondió, y la frialdad de su voz me atravesó como un cuchillo.

Me vestí en silencio. Cogí mis cosas. Y salí de su casa sin mirar atrás, con el corazón hecho añicos en el pecho, con la certeza de que alguien había ganado.

Alguien había conseguido separarnos. Y esa persona, fuera quien fuera, estaba más cerca de lo que jamás habíamos imaginado.

Capítulo 22



Adrián

El mundo había dejado de tener sentido.

Me senté en el borde de la cama, con el teléfono aún en la mano, mirando la pantalla donde el artículo de El País seguía brillando con sus acusaciones en letra negra. Hugo Sempere. Mi cerebro repetía el nombre una y otra vez, como si fuera un mantra absurdo, como si repitiéndolo suficientes veces lograra que encajara en alguna lógica que pudiera comprender.

Pero no encajaba. No encajaba de ninguna puta manera.

Hugo era la persona que más había defendido a Candela. El editor que había apostado por ella cuando nadie más lo hacía. El hombre que me había vendido, literalmente, la idea de que pasara dos semanas con ella para que escribiera su novela. El que había organizado aquella primera reunión, que había insistido en que éramos dos personas brillantes destinadas a chocar.

¿Cómo podía ser el mismo hombre que ahora aparecía en los periódicos acusándome de negligencia médica? ¿El mismo que había proporcionado documentos falsos, testimonios manipulados, pruebas de un encubrimiento que nunca existió?

Me levanté de golpe. Necesitaba moverme, hacer algo, cualquier cosa que no fuera quedarme quieto con la cabeza dándome vueltas. Caminé hacia la ventana y miré el jardín perfecto que Candela había criticado por ser demasiado ordenado. Ahora me parecía un espejo de mi propia estupidez: años construyendo algo impecable por fuera, mientras por dentro todo se pudría.

El teléfono vibró. Era Marta, la directora de Enfermería.

—Adrián, han llegado más documentos a la comisión investigadora. Correos electrónicos supuestamente tuyos admitiendo errores en el caso de hace seis años. Firmas que coinciden con las tuyas en informes modificados. Y hay algo más... —hizo una pausa, y su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. Hay registros de llamadas entre tu móvil y el de Hugo Sempere durante las últimas semanas. Conversaciones en las que aparentemente le pedías ayuda para callar el asunto.

—Eso es imposible —gruñí, apretando el teléfono con fuerza—. Yo nunca hablé con ese hombre por teléfono. Ni una sola vez.

—Las facturas están ahí, Adrián. Y los análisis de voz… dicen que coinciden con la tuya.

Colgué antes de que pudiera decir algo que lamentara. O quizás después. No lo sabía. El tiempo se había vuelto elástico, distorsionado, como si estuviera viviendo dentro de una pesadilla de la que no podía despertar.

Intenté mantenerme racional. Era médico, joder. Mi trabajo consistía en analizar síntomas, buscar patrones, diagnosticar enfermedades basándome en evidencias objetivas. ¿Pero cómo podía ser objetivo cuando las evidencias mentían? ¿Cuando alguien había construido una trampa tan elaborada que parecía indistinguible de la realidad?

Me senté en el sofá, con la cabeza entre las manos. Estaba agotado. No el cansancio físico de una guardia de veinticuatro horas, sino algo más profundo. Una fatiga del alma que me hacía sentir como si estuviera arrastrando cadenas invisiblemente pesadas.

Sonó el timbre. No me levanté. No tenía energía para fingir normalidad ante nadie.

Pero la puerta se abrió de todos modos. Lucas tenía llave. Entró con paso cauteloso, como si estuviera entrando en una habitación de enfermo terminal, y se sentó a mi lado sin decir palabra.

—¿Has visto las noticias? —pregunté, sin levantar la vista.

—He visto más que eso —respondió Lucas, y su voz era grave, seria —. He visto las pruebas que tienen contra ti. Los correos, las firmas, las llamadas. Y Adrián… —hizo una pausa incómoda— parecen reales. Muy reales.

—Son falsificaciones —aseveré, finalmente mirándolo—. Alguien está montando esto. Alguien quiere destruirme y está utilizando a Hugo para hacerlo.

—¿Y quién? —preguntó Lucas—. ¿Quién tiene acceso a tu voz, a tus firmas, a tu historial telefónico? ¿Quién conoce tus contraseñas, tus hábitos, tus puntos débiles?

No respondí. Porque la respuesta era obvia y aterradora: alguien muy cercano. Alguien que me conocía mejor de lo que me conocía yo mismo.

Lucas se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, y me miró con una intensidad que me incomodó.

—¿Sabes cuál es tu problema, Adrián? —dijo, y su tono era suave pero firme—. Tu problema es que siempre crees conocer a las personas. Crees que puedes leerlas, diagnosticarlas, entender sus motivaciones. Pero la verdad es que tú nunca dejas que nadie te conozca realmente. Te mantienes en esa torre de cristal de control perfecto, observando a los demás desde la distancia, creyendo que los tienes calados... mientras nadie, absolutamente nadie, tiene acceso a ti.

La frase me golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Quise replicar, decirle que se equivocaba, defender mi forma de ser. Pero no pude. Porque tenía razón.

Durante años me había convencido de que mi distancia emocional era fortaleza. Que el control era virtud. Que no necesitaba que nadie me conociera realmente porque eso me hacía vulnerable. Y ahora, cuando más necesitaba entender quién me estaba atacando, me daba cuenta de que no sabía distinguir entre amigos y enemigos. Porque nunca me había permitido verlos con claridad. Porque siempre había mantenido un cristal de por medio.

—Joder —susurré, pasándome las manos por la cara.

—Sí —asintió Lucas—. Joder.

Candela apareció esa noche.

Llamó al timbre tres veces seguidas, insistiendo, y cuando abrí la puerta la encontré con los ojos enrojecidos, el pelo despeinado, y una expresión de absoluta devastación que me partió el corazón.

—He estado con Mireia —dijo, entrando sin esperar invitación—. Intentando procesar esto. Intentando entender cómo Hugo... cómo puede ser que Hugo...

No terminó la frase. Se dejó caer en el sofá, con el cuerpo temblando ligeramente, y yo me senté a su lado, manteniendo la distancia prudente que ambos necesitábamos en ese momento.

—¿Crees que es culpable? —pregunté.

—No lo sé —respondió ella, y su voz se quebró—. Es Hugo, Adrián. Es la persona que me enseñó a escribir. Que me aguantó cuando quería dejarlo todo. Que estuvo en el hospital cuando mi madre murió, aunque ni siquiera era su obligación. Es... es familia.

Sentí un nudo en la garganta. Porque entendía perfectamente lo que decía. Entendía el dolor de ver a alguien que habías considerado fundamental en tu vida convertirse de repente en un extraño. O peor, en un enemigo.

—Tienes que alejarte de esto —dije de repente, y las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Ella levantó la vista. Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Perdón?

—De mí. De todo esto —me levanté, caminando hacia la ventana para no tener que ver su expresión—. Es demasiado peligroso, Candela. Demasiado sucio. Tu carrera, tu reputación, tu... tu relación con Hugo. Todo está en juego si sigues a mi lado.

—¿Estás intentando echarme?

—Estoy intentando protegerte.

—¡Pues no! —explotó ella, levantándose de golpe—. ¡No me protejas, Adrián! ¡No me hagas eso!

Se acercó a mí con paso decidido, con los puños cerrados, con una furia que nunca le había visto.

—¿Crees que estoy aquí porque todo es fácil? ¿Crees que decidí estar contigo porque me ofrecías comodidad y seguridad? ¡Eres un médico acusado de negligencia, con un pasado oscuro, un presente catastrófico y un futuro incierto! ¡No eres precisamente una inversión segura!

—Entonces ¿por qué estás aquí? —grité yo también, perdiendo el control que tanto me costaba mantener.

—¡Porque te quiero, idiota! —susurró ella, y las lágrimas finalmente brotaron—. ¡Porque te quiero, aunque todo sea un desastre! ¡Porque cuando las cosas se pusieron difíciles no hui, y ahora no voy a permitir que tú me eches para protegerme!

Nos miramos durante largos segundos, con la respiración agitada, con los corazones desbocados. Y entonces, lentamente, el enfado se desvaneció de sus ojos, reemplazado por algo más blando. Más vulnerable.

—No decidí estar contigo solo cuando todo era fácil —repitió, más calmada—. Estoy aquí precisamente porque las cosas son difíciles. Porque cuando la vida es un caos, lo único que importa es con quién compartes ese caos.

Sentí que se me abría el pecho. Una sensación física, real, como si alguien hubiera quitado una losa de mi esternón.

—Tengo miedo —admití, y la confesión me supo a derrota y a liberación a la vez—. Tengo miedo de necesitarte. De convertirme en alguien dependiente, débil, que no puede funcionar sin...

—Amar no es perderse —interrumpió ella, tomando mi rostro entre sus manos—. Amar es permitir que alguien camine a tu lado. No te convierte en débil, Adrián. Te convierte en acompañado.

Nunca había pensado de esa manera. Durante años había visto el amor como una trampa, una cadena, una pérdida de autonomía. Pero ahora, mirando a Candela, con sus ojos llenos de lágrimas, pero también de determinación, empecé a vislumbrar otra posibilidad.

Quizás el amor no era un hospital de campaña donde uno iba a morir. Quizás era un puente. Un lugar seguro desde donde cruzar juntos el abismo.

—¿Crees que podemos hacerlo? —pregunté, y mi voz sonó más pequeña de lo que pretendía—. ¿Crees que podemos salir de esto juntos?

—No lo sé —respondió ella con honestidad brutal—. Pero prefiero intentarlo contigo que rendirme sola.

Nos besamos. Fue un beso diferente a todos los anteriores. No hubo pasión desesperada, no hubo urgencia. Solo promesa. Solo ternura. Solo la aceptación tácita de que estábamos eligiendo algo más grande que nosotros mismos.

Nos sentamos en el sofá, abrazados, con ella acurrucada contra mi pecho y yo con la barbilla apoyada en su cabeza. Permanecimos así durante horas, hablando en susurros sobre todo y sobre nada. Sobre miedos y esperanzas. Sobre el futuro que queríamos construir si lográbamos sobrevivir al presente.

Por primera vez en mi vida, acepté la idea de no estar solo. De verdad. No como una concesión, no como una debilidad temporal, sino como una elección consciente.

Y por primera vez, sentí paz.

La llamada llegó a las tres de la mañana.

El tono del teléfono me despertó de golpe, arrancándome de un sueño profundo y sin pesadillas por primera vez en semanas. Candela se incorporó a mi lado, frotándose los ojos, mientras yo contestaba con voz ronca.

—¿Doctor Ferrer? —era el inspector Ruiz, y su tono era diferente. Urgente, casi excitado—. Hugo Sempere ha despertado.

Me incorporé de golpe, con el corazón acelerándose.

—¿Está bien?

—Sí —hizo una pausa—. Ha pedido hablar únicamente con una persona.

—¿Con quién?

—Con Candela Navarro. Su amiga. Dice que solo confía en ella. Que solo a ella le contará la verdad.

Miré a Candela. Ella me miró a mí. En sus ojos vi el mismo shock que sentía yo, pero también algo más. Una determinación que me aterró y me reconfortó a la vez.

—Vamos para allá —dije al inspector.

—Doctor Ferrer, la víctima ha sido muy específica. Solo quiere hablar con la señorita Navarro. Sin usted presente. Sin grabaciones. Sin testigos.

Sentí que se me cerraba el estómago. Separarme de ella ahora, cuando finalmente habíamos logrado estar sincronizados, cuando finalmente habíamos elegido estar juntos...

—Iré —dijo Candela, y su voz era firme—. Iré sola. Pero tú estarás cerca. En la sala de al lado. En el pasillo. Donde sea.

Asentí. Porque no podía hacer otra cosa. Porque ella tenía razón.

—Estaré ahí —prometí—. Pase lo que pase, estaré ahí.

Nos vestimos en silencio. Nos tomamos de la mano mientras bajábamos hacia el coche. Y mientras conducía hacia la comisaría donde nos esperaba Hugo, el hombre que podría ser nuestro salvador o nuestro verdugo, tuve un pensamiento profundo que me heló la sangre.

Si Hugo había sido la víctima todo este tiempo, si alguien lo había manipulado para incriminarme, entonces el enemigo real seguía libre.

Y si Hugo era el culpable, si todo había sido un elaborado teatro para destruirme, entonces Candela estaba caminando directamente hacia la boca del lobo.

En cualquier caso, ella iba sola.

Y yo, que había pasado mi vida controlando cada variable, cada resultado, cada posible complicación, me veía obligado a quedarme en la puerta. Esperando. Confiando.

Por primera vez, entregando el control a alguien más.

Apreté el volante con fuerza mientras las luces de la ciudad se reflejaban en el parabrisas. Candela tenía la mano sobre mi muslo, un contacto constante que me recordaba que no estaba solo.

Pero cuando llegamos, cuando ella salió del coche y caminó hacia la puerta de la comisaría con paso decidido, supe que habíamos llegado al momento de la verdad.

Lo que Hugo le dijera en esa habitación cambiaría todo.

Y yo solo podía esperar. Y rezar para que, por primera vez en mi vida, la persona en quien confiaba no me decepcionara.

O, peor aún, que no resultara herida por mi culpa.

Capítulo 23



Candela

Empujé la puerta de la habitación de hospital con más fuerza de la necesaria. El golpe contra el tope de goma resonó en el pasillo silencioso de la madrugada, pero no me importó. Estaba demasiado ocupada conteniendo la mezcla explosiva de emociones que bullía en mi pecho: rabia, confusión, alivio por verlo vivo, y una herida profunda que no sabía si podría cicatrizar.

Hugo estaba sentado en la cama, con el torso vendado y la cabeza rapada en un lado donde debían de haberle suturado alguna herida. Tenía los ojos hundidos, la piel cetrina, y una expresión de culpabilidad tan evidente que casi me detuvo en seco. Casi.

—¿Por qué? —fue lo único que conseguí articular antes de que la voz se me quebrara.

Hugo levantó la vista. Sus ojos, esos ojos que me habían visto pasar de la nada a tres *bestsellers* internacionales, se llenaron de lágrimas al instante.

—Candela...

—No —corté, acercándome a la cama con paso decidido—. No digas mi nombre con ese tono. No me mires como si fueras la víctima. Tú permitiste que sospecharan de ti. Tú dejaste que Adrián pensara que podías ser el enemigo. Tú… —sentí que la rabia me subía a la garganta, haciéndome temblar—. Tú eras mi familia, Hugo. Mi puta familia. Y todo apunta a que me has traicionado.

Hugo cerró los ojos. Una lágrima resbaló por su mejilla, siguiendo el surco de una cicatriz fresca que tenía en el pómulo.

—Siéntate —dijo—. Por favor. Te debo una explicación. Te debo… todo.

Quise negarme. Quise mantenerme de pie, altiva, castigándolo con mi distancia. Pero las piernas me fallaron. El agotamiento de las últimas semanas, el miedo acumulado, la adrenalina que finalmente se disipaba… todo me golpeó de golpe. Me senté en la silla de plástico junto a su cama, con las manos apretadas sobre el bolso, esperando a que hablara.

—Alguien me utilizó —empezó Hugo, mirando al techo como si las palabras estuvieran escritas allí—. Hace meses, recibí una llamada. Anónima al principio. Me decían que tenían información comprometedora sobre ti. Sobre tu carrera. Sobre… —hizo una pausa, tragando saliva— sobre tu madre. Sobre cómo murió realmente.

Sentí que se me helaba la sangre.

—Mi madre murió de cáncer —susurré.

—Eso es lo que crees —dijo Hugo, finalmente mirándome—. Pero había algo más. Algo que tu padre nunca te contó. Y esa persona… esa persona tenía pruebas. Tenía documentos que podían destruir la memoria de tu madre, manchar tu nombre, hundir tu carrera antes de que siquiera empezara.

—¿Quién? —pregunté, con la voz apenas audible.

—No lo sé. Nunca supe quién era. Solo recibía instrucciones. Mensajes. Amenazas. —Hugo se incorporó ligeramente, con gesto de dolor—. Me obligaron a usar mi acceso editorial. A manipular ciertos documentos. A filtrar información sobre el doctor Ferrer. Y cuando intenté negarme, cuando quise contarte todo… —señaló su cabeza vendada— pasó esto. Me obligaron a firmar declaraciones falsas, a grabar mensajes incriminatorios. Y luego…

Me quedé sin palabras. Literalmente. Con la boca abierta, la mente en blanco y el corazón latiendo con fuerza contra las costillas.

Todo volvía a encajar. Las piezas del puzle que habíamos estado intentando resolver durante semanas de repente encajaban con una claridad aterradora. El objetivo nunca había sido únicamente Adrián. También era yo. Nosotros. Nuestra relación. Alguien quería destruirnos a ambos, y había utilizado a Hugo, mi mentor, mi familia elegida, como peón en su juego.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté finalmente, y las lágrimas me quemaban los ojos—. ¿Por qué no confiaste en mí?

—Porque te quería —respondió Hugo, y su voz se quebró—. Porque esa persona me dijo que si hablaba, si te contaba algo, destruirían tu carrera. Y yo… yo preferí parecer un traidor antes que permitir que te hicieran daño. Fui cobarde, Candela. Fui un cobarde y un estúpido. Pero nunca, nunca quise hacerte daño.

Cerré los ojos. Sentí que las lágrimas resbalaban por mis mejillas, calientes y silenciosas. Quería seguir enfadada. Quería gritarle, culparlo, castigarlo por haberme hecho pasar por esas semanas de duda y dolor. Pero entendía su motivación. Entendía el miedo. Entendía que a veces la gente toma decisiones terribles intentando proteger a quienes aman.

—¿Tienes algo? —pregunté, secándome las mejillas con rabia—. ¿Alguna prueba? ¿Algo que nos ayude a encontrar a quien hizo esto?

Hugo asintió. Con gesto lento, doloroso, se inclinó hacia la mesita de noche y abrió el cajón. Sacó una memoria USB envuelta en un pañuelo.

—Todo está aquí —dijo, entregándomela—. Es información que recolecté sobre quién está detrás de todo. Nombres. Fechas. Transferencias bancarias. Y algo más… —me miró con intensidad—. El nombre del hombre que inició todo esto. El cerebro. El que ha estado manipulando hilos desde las sombras durante años.

—¿Quién?

—Gabriel Salvat —dijo Hugo—. Un antiguo compañero de residencia del doctor Ferrer. Alguien que siempre estuvo a su sombra, creyendo que merecía el reconocimiento que Adrián recibió. Alguien que juró venganza cuando fue expulsado del programa médico por conducta antiética. Alguien que ha tenido años para planificar esto.

El nombre me golpeó. Recordaba haberlo oído antes. En alguna conversación con Adrián, en alguna referencia casual. El compañero de residencia. El que había desaparecido. El que todo el mundo creía que había tenido un colapso nervioso.

—Tengo que llevarle esto a Adrián —dije, guardando la memoria en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Candela —me detuvo Hugo, tomando mi mano con fuerza sorprendente para alguien tan débil—. Ten cuidado. Salvat no actuó solo. Tiene un cómplice. Alguien del círculo cercano de Adrián. Alguien que lo conoce perfectamente. Que sabe sus puntos débiles, sus horarios, sus contraseñas.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero sospecha de todos. De todos menos de ti.

Salí de la habitación corriendo. Pasé junto al inspector Ruiz sin mirarlo, busqué a Adrián, pero no lo encontré. Bajé las escaleras de dos en dos y salí del hospital como si me persiguiera el demonio. Necesitaba encontrar a Adrián. Necesitaba contarle lo de Salvat, mostrarle la memoria, advertirle sobre el cómplice.

Llamé a su móvil mientras conducía hacia su casa. Contestó al segundo tono.

—Tengo que verte —dije, sin saludar—. Es urgente. Es sobre Salvat.

—Ven a casa.

Cuando llegué, Adrián estaba en el salón, con las cortinas cerradas y el rostro iluminado solo por la luz azulada de su portátil. Tenía los ojos enrojecidos, la mandíbula tensa, y una expresión de absoluta devastación que me detuvo en la puerta.

—¿Qué ocurre? —pregunté, acercándome con cautela.

—He estado investigando —dijo, sin levantar la vista de la pantalla —. Después de que me hablaras de Salvat, empecé a buscar. Y he encontrado conexiones. Transferencias. Correos. —Finalmente me miró, y en sus ojos vi un dolor que me partió el corazón—. Todo apunta a Lucas, Candela. Mi mejor amigo. La persona que me conoce desde hace quince años. Tiene acceso a todo. A mi ordenador, a mis contraseñas, a mi vida.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies. Lucas. Otra vez. Pero esta vez con pruebas concretas, no solo sospechas de cámaras de seguridad.

—No puede ser —susurré, sentándome a su lado—. Hugo dijo que el cómplice era alguien cercano, pero… ¿Lucas? Él te quiere, Adrián. Os habéis salvado la vida mutuamente mil veces.

—Eso creía yo —dijo Adrián, y su voz se quebró—. Pero los registros no mienten. Ha estado accediendo a mis archivos durante meses. Ha recibido pagos de cuentas vinculadas a Salvat. Y ayer… —se detuvo, pasándose las manos por la cara—. Ayer encontré un mensaje suyo a Salvat. Planeando mi caída. Celebrando cada filtración.

Lo miré. Realmente lo miré. Y vi a un hombre destrozado. No por la traición en sí, aunque eso era devastador, sino por la certeza de que nunca había conocido realmente a la persona en quien más confiaba.

—Estás sufriendo —dije, y era una constatación, no una pregunta.

—Me siento... —buscó las palabras, con la mirada perdida en el vacío—. Me siento como si hubiera vivido quince años con un extraño. Como si todo lo que creía saber sobre la amistad, sobre la lealtad, fuera mentira.

Me arrodillé frente a él. Cogí sus manos entre las mías, obligándole a mirarme.

—Escúchame —dije, con firmeza—. No puedes elegir desde el miedo, Adrián. No puedes cerrarte emocionalmente porque te han traicionado. Eso es exactamente lo que quiere Salvat. Que te vuelvas desconfiado, que te aísles, que destruyas tus propias relaciones para que no te hagan daño. Pero eso no es vivir. Eso es... es dejar que ganen.

—¿Y qué hago? —susurró, y su voz sonó como la de un niño perdido—. ¿Cómo sigo adelante sabiendo que mi mejor amigo, la persona que estuvo a mi lado en los peores momentos, probablemente esté intentando destruirme?

—Buscando la verdad —respondí—. Aunque duela. Aunque te destroce. Porque la verdad es lo único que puede liberarte. Y yo... —apreté sus manos—... yo estaré a tu lado mientras la buscas. No porque sea fácil. Sino porque elegí estar contigo, y esa elección incluye los momentos en los que todo se desmorona.

Adrián me miró durante largos segundos. Y entonces, lentamente, algo cambió en su expresión. No fue una sonrisa, ni una resignación. Fue una aceptación. Una rendición ante la idea de que no tenía que hacerlo solo.

—Quédate —dijo, simplemente—. Esta noche. No te vayas.

—No iba a irme —respondí, y sonreí por primera vez en horas.

Esa noche no hicimos el amor. No hubo pasión desesperada ni intentos de olvidar el mundo con el cuerpo. En cambio, nos quedamos en el sofá, abrazados, con las piernas enredadas y las manos entrelazadas, como dos náufragos aferrados a un mismo trozo de madera en medio de la tormenta.

No éramos una pareja perfecta. Él temblaba ligeramente cada pocos minutos, un tic nervioso que nunca le había visto. Yo no podía dejar de mirar el móvil, esperando noticias de Hugo, de la policía, de cualquiera que pudiera arrojar luz sobre el desastre.

Pero estábamos juntos. Y eso, en ese momento, era suficiente.

Hablamos en susurros hasta altas horas. Sobre nuestras vidas antes de conocernos. Sobre los sueños que teníamos de niños. Sobre el miedo a fallar, a decepcionar, a ser abandonados. Adrián me contó cosas que nunca le había oído: su primer paciente perdido, la primera vez que sintió que la medicina no era suficiente, la noche en que su hermano murió y él juró que nunca más volvería a sentirse impotente.

Yo le hablé sobre el miedo a que mi éxito como escritora fuera simplemente una forma de escapar de la realidad, de construir mundos donde el dolor tenía sentido.

—Contigo no tengo que escapar —dijo Adrián de repente, en la oscuridad del salón, con solo la luz de la luna entrando por la ventana.

—¿Qué?

—Contigo… —se incorporó ligeramente, mirándome a los ojos— no tengo que ser el mejor médico. No tengo que tener todas las respuestas. No tengo que controlarlo todo. Solo tengo que ser yo. El Adrián roto, asustado, imperfecto. Y eso… —su voz se suavizó— eso es más liberador que cualquier éxito profesional que haya tenido.

Sentí que se me cerraba la garganta. Que los ojos se me llenaban de lágrimas. Porque entendía exactamente lo que significaba esa frase. Para un hombre que había pasado quince años construyendo una armadura de perfección, admitir que podía ser simplemente él —sin adjetivos, sin logros, sin máscaras— era la declaración más vulnerable y más valiente que podía hacer.

—Eso significa más que cualquier te quiero —susurré, con la voz rota por la emoción.

—Lo sé —respondió él, besándome la frente—. Porque no es solo una declaración. Es una promesa. De que voy a intentar. De que voy a dejar de huir. De que voy a permitirme necesitarte.

Nos quedamos dormidos en el sofá, enredados el uno en el otro, con la memoria de Hugo guardada en el cajón de la mesa y la verdad sobre Lucas pendiendo sobre nosotros como una espada de Damocles.

Pero por primera vez desde que empezó todo, no tuve miedo del futuro. Porque sea lo que fuera que viniera, la traición de Lucas confirmada o desmentida, la venganza de Salvat, cualquier revelación sobre mi madre, sabía que no tendría que enfrentarlo sola.

Y esa certeza, más que cualquier beso o cualquier promesa, era lo que hacía que todo valiera la pena.

Capítulo 24



Adrián

Tomé la decisión de enfrentarme a Lucas durante el amanecer. Estaba sentado en el borde de la cama, observando cómo la luz grisácea iba tiñendo de rosa el cielo de Valencia, y me di cuenta de que no podía seguir evitándolo. No podía dejar que la policía, los abogados o la burocracia se encargaran de esto. Era algo entre él y yo. Entre dos personas que habían compartido guardias interminables, café de máquina a las tres de la mañana, y silencios que decían más que mil palabras.

No iba como médico. Ni siquiera como compañero de profesión. Iba como amigo. O como alguien que todavía quería creer que lo éramos.

Llamé a su puerta a las siete de la mañana. Lucas abrió con aspecto de haber pasado la noche en vela: ojeras profundas, barba de dos días, una camiseta arrugada que seguramente llevaba puesta desde el día anterior. Cuando me vio, no pareció sorprendido. Solo... derrotado.

—Sabía que vendrías —dijo, apartándose para dejarme pasar.

Su apartamento olía a café rancio y a desesperación. Botellas de cerveza vacías sobre la mesa de centro, papeles esparcidos por el suelo, el portátil abierto en una esquina con la pantalla iluminada mostrando documentos que no quise mirar. Parecía la guarida de un conspirador, no el hogar de mi mejor amigo.

Nos sentamos frente a frente. El silencio entre nosotros era denso, cargado de años de complicidad que ahora parecían ponerse en duda.

—Necesito que me digas la verdad —empecé, y mi voz salió más ronca de lo que pretendía—. No la versión de la policía, ni la de los abogados. La verdad. Tuya.

Lucas me miró. Y por primera vez en quince años, vi algo en sus ojos que me resultó extraño: vergüenza. No culpabilidad, no miedo. Vergüenza pura.

—No estuve involucrado en lo que te hicieron —dijo, y su voz temblaba—. Juro por mi madre, por mi profesión, por todo lo que hemos vivido juntos... yo nunca quise hacerte daño.

—Pero —añadí, porque había un pero implícito en su tono.

—Pero hablé con él —admitió, bajando la vista—. Con Gabriel. Hace semanas. Me llamó diciendo que era un antiguo compañero tuyo, que necesitaba acceder a documentos del hospital para una investigación sobre prácticas médicas del pasado. Pensé... pensé que era legítimo. Que quería revisar protocolos antiguos, mejorar el sistema, esas cosas.

—¿Y no te pareció sospechoso?

—¡Por supuesto que sí! —explotó de repente, levantándose de la silla—. Pero tú estabas tan obsesionado con tu nueva escritora, tan metido en tu mundo, que yo... —se detuvo, pasándose las manos por la cara—. Yo quería ser útil. Quería demostrarte que también podía hacer cosas importantes, no solo ser el payaso que te hace reír cuando estás agotado.

Sentí que se me cerraba el pecho. Porque en su confesión había algo más profundo que una simple estupidez. Había años de resentimiento acumulado, de comparaciones silenciosas, de sentirse siempre en segundo plano.

—Lucas...

—No —me interrumpió, con la voz quebrada—. Déjame terminar. Hablé con Gabriel. Le di acceso a ciertos archivos del hospital. No confidenciales, o eso creía yo. Y cuando descubrí lo que realmente estaba planeando, cuando vi que quería destruirte... intenté detenerlo. Pero ya era tarde. Ya tenía la información. Y luego... —se sentó de nuevo, derrotado— luego me amenazó. Dijo que si te contaba algo, si intervenía, destruiría mi carrera también. Me haría parecer cómplice. Y yo, cobarde de mierda, me quedé callado.

El silencio que siguió fue el más largo de mi vida. Escuché el reloj de la cocina marcando los segundos, el tráfico distante de la calle, el latido de mi propio corazón acelerado.

—La traición no es solo lo que alguien hace —dije finalmente, y mi voz sonó extrañamente calmada—. También es lo que alguien oculta. Tú me ocultaste esto durante semanas, Lucas. Semanas en las que creí que podías ser el enemigo. En las que perdí el sueño imaginando que mi mejor amigo me había apuñalado por la espalda.

—Lo sé —susurró él, con los ojos brillosos—. Y no hay excusa. Pero tienes que creerme cuando digo que nunca quise hacerte daño. Que siempre he estado a tu lado, incluso cuando... —hizo una pausa, tragando saliva—. Incluso cuando me costaba estar ahí.

—¿Qué quieres decir?

Lucas se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, mirando al suelo como si las palabras estuvieran escritas en las baldosas.

—Siempre has sido el genio, Adrián. El prodigio. El que operaba cuando otros ni siquiera se atrevían a intentarlo. Y yo... yo era el amigo divertido. El que organizaba las fiestas, el que contaba chistes en las guardias, el que nunca se tomaba nada en serio. —Levantó la vista, y vi que tenía lágrimas en los ojos—. Pero también quería ser respetado. También quería que algún día alguien dijera «El doctor Lucas Ibáñez» con la misma admiración con la que dicen tu nombre. Y Gabriel... Gabriel me ofreció eso. Me dijo que podíamos cambiar las cosas. Que tú no merecías todo el reconocimiento. Que yo también había trabajado duro.

—¿Y creíste que destruyéndome tú ascenderías?

—¡No! —gritó, levantándose de nuevo—. Nunca quise eso. Solo quería... quería que me vieras. Que me reconocieras como algo más que el amigo cómico. Y cuando me di cuenta de que Gabriel solo me estaba utilizando, de que realmente quería destruirte... intenté pararlo. Pero ya era demasiado tarde.

Lo miré. Realmente lo miré, intentando ver más allá de la rabia y el dolor. Y vi a un hombre roto. A alguien que había llevado años envidiándome en silencio, sin que yo me diera cuenta, sin que yo me preocupara por preguntar cómo estaba realmente.

—Necesito que vengas conmigo —dije, levantándome—. Que hables con la policía. Que cuentes todo lo que sabes sobre Gabriel. Es la única forma de arreglar esto.

—¿Me creerás? —preguntó, con una vulnerabilidad que nunca le había visto—. ¿Después de todo?

—No lo sé —respondí con honestidad brutal—. Pero tengo que intentarlo. Porque si no lo hago, si me cierro a ti como me he cerrado a todo el mundo durante años... entonces Gabriel habrá ganado. Y no estoy dispuesto a darle esa satisfacción.

La investigación confirmó lo que Lucas decía. Las pruebas forenses de sus dispositivos, los registros de llamadas, los análisis de sus cuentas bancarias... todo apuntaba a que había sido manipulado, no a que fuera el cerebro de la operación. Gabriel Salvat había utilizado los complejos de inferioridad de Lucas como herramienta, explotándolos con la precisión de un cirujano.

Pero el verdadero responsable seguía libre. Y ahora sabíamos que estaba preparando algo grande.

Candela fue quien lo descubrió. Estaba revisando la memoria que Hugo le había entregado, conectando fechas y nombres, cuando encontró la referencia a una rueda de prensa programada para el día siguiente. Gabriel había conseguido plaza en un congreso médico internacional que se celebraba en Valencia. Y en su ponencia, irónicamente titulada «Ética y Responsabilidad en la Cirugía Cardiovascular», planeaba revelar pruebas contundentes sobre mi negligencia en el caso de hace seis años, así como documentos recién descubiertos sobre prácticas irregulares en mi carrera.

—Esto nos destruirá —dije, mirando el programa del congreso que ella había impreso—. Si habla en ese escenario, con esa audiencia... no habrá forma de recuperar mi reputación. Será el fin.

—No, si hablamos nosotros primero —respondió Candela, con esa determinación de la que tanto me había enamorado.

Pero luego hizo algo más. Algo que cambió todo. Volvió a revisar los documentos en busca de patrones y encontró algo que el resto de nosotros habíamos pasado por alto.

—Adrián —dijo, con la voz extrañamente suave—. He estado analizando por qué Gabriel hace esto. Y no es solo venganza. No es solo odio.

—¿Entonces qué es?

—Es admiración —dijo, girándose hacia mí—. Todo este tiempo hemos pensado que quiere destruirte. Pero no es eso. Quiere sustituirte. Quiere convertirse en el nuevo médico estrella. En el Adrián Ferrer Montesinos de la próxima década. Ha estado copiando tus técnicas, tus publicaciones, tu forma de vestirte incluso. Mira esto.

Me mostró fotos de Gabriel en congresos recientes. La misma barba de tres días que yo llevaba. Trajes similares a los míos. Una forma de hablar que imitaba mis pausas, mi tono, incluso mis gestos.

—La obsesión no es destruirte —continuó Candela—. Es convertirse en ti. Y para eso, necesita que tú desaparezcas del mapa. No muerto. Solo... irrelevante. Olvidado. Sustituido.

Sentí un escalofrío que recorrió mi columna vertebral. Porque entendía esa clase de obsesión. Entendía cómo alguien podía perderse tanto en la admiración de otro que acabara odiándolo por no poder ser él.

—Entonces mañana no es solo una defensa de mi reputación —dije, procesando la información—. Es un enfrentamiento directo. Él quiere que le vean como el heredero. El nuevo Ferrer Montesinos.

—Y nosotros tenemos que impedir que lo consiga —afirmó ella, tomando mi mano.

La noche antes de la rueda de prensa, subimos a la terraza de mi casa. Valencia se extendía bajo nosotros con sus luces de verano, sus terrazas llenas de gente disfrutando de la noche, su ritmo de ciudad que parecía ajeno a nuestro drama particular. El calor de agosto había amainado ligeramente, dejando una brisa suave que olía a naranjas y a mar.

Candela se apoyó en la barandilla, mirando hacia la Ciudad de las Artes y las Ciencias iluminada en la distancia. Yo me quedé detrás de ella, con las manos sobre sus hombros, simplemente respirando su presencia.

—¿Te arrepientes? —preguntó de repente, sin girarse.

—¿De qué?

—De haberme conocido. —Su voz era suave, casi inaudible—. De haberte metido en todo esto. De… de amarme, supongo. Porque sin mí, sin nuestra relación, quizás Gabriel no habría escalado tanto. Quizás no te habría considerado una amenaza a imitar.

La pregunta me detuvo, porque era válida. Era la clase de pregunta que me había torturado durante noches de insomnio. ¿Habría sido mejor seguir solo, a salvo, sin exponerme a que mi felicidad se convirtiera en objetivo?

Pero entonces miré sus hombros bajo mis manos, el perfil de su rostro iluminado por la luz de la luna, la forma en que su pelo se movía con la brisa. Y supe la respuesta.

—Me arrepiento de haber tardado tanto —dije, girándola hacia mí.

Ella levantó la vista, confundida.

—¿Qué?

—Me arrepiento de haberte encontrado tarde. De haber perdido años encerrado en mí mismo, creyendo que el control era felicidad. De no haberte buscado antes, de no haberme atrevido a ser vulnerable contigo desde el principio. —Cogí su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme—. Pero no me arrepiento de haberte conocido. Ni de haberme enamorado de ti. Ni de estar aquí ahora, enfrentándome a lo que venga. Porque tú… —hice una pausa, buscando las palabras— tú eres lo único que he hecho bien en años. Y si mañana pierdo todo lo demás, mi carrera, mi reputación, mi nombre, seguiré teniendo esto. Seguiré teniéndote.

Candela me miró con los ojos vidriosos, y entonces sonrió. No una sonrisa grande, ni una sonrisa de felicidad plena. Una sonrisa de complicidad. De esas que decían: «Estamos juntos en esto».

—Eso es muy cursi, doctor Ferrer —dijo, con la voz ligeramente temblorosa.

—Lo sé. Pero es verdad.

Nos besamos. Fue un beso lento, profundo, cargado de todo lo que no podíamos decir con palabras. El miedo a mañana, la esperanza de que saldríamos de esto, la certeza de que fuera lo que fuera que pasara, no estaríamos solos.

Cuando nos separamos, apoyé mi frente contra la suya. Ambos cerramos los ojos, simplemente sintiendo la respiración del otro, el latido de sus corazones.

—Mañana será difícil —dije.

—Lo sé.

—Gabriel está preparado. Tiene años de rencor acumulado, de planificación. Y nosotros... tenemos poco tiempo y menos pruebas.

—Pero tenemos la verdad —respondió ella, abriendo los ojos—. Y eso es más difícil de destruir de lo que él cree.

Asentí. Porque tenía razón. Porque aunque el miedo me atenazara el estómago, aunque la incertidumbre sobre el futuro fuera abrumadora, sabía que había encontrado algo que Gabriel no podía copiar ni destruir.

Había encontrado a alguien que me quería no por lo que representaba, sino a pesar de ello. Alguien que me había visto roto, asustado, imperfecto y seguía ahí.

Y eso, más que cualquier título o reconocimiento, era lo que me daría fuerzas para enfrentarme a él.

—Vamos a dormir —dije, tomando su mano—. Mañana tenemos una guerra que ganar.

Candela asintió. Pero antes de entrar, se giró una última vez hacia la ciudad iluminada.

—Va a caer —dijo, con una determinación que me erizó la piel—. Gabriel va a caer. No porque seamos más listos o más preparados. Sino porque él quiere ser tú, y tú… tú solo quieres ser tú mismo. Y esa es la diferencia fundamental.

Entramos juntos. Y mientras la noche se cerraba sobre Valencia, supe que tenía razón.

Mañana enfrentaríamos al enemigo. Pero esta vez, no estaría solo. Y esa era la ventaja que Gabriel Salvat, por todo su rencor y toda su obsesión, nunca podría comprender.

Capítulo 25



Candela

Me desperté antes que él.

Eso en sí mismo ya debería haberme alertado de que el día iba a ser diferente. Yo no era de esas personas madrugadoras que saludan al amanecer con entusiasmo y una taza de té verde. Yo era de las que necesitaban tres alarmas estratégicamente colocadas al otro lado de la habitación, una cafetera programada con precisión quirúrgica y al menos quince minutos de crisis existencial antes de convertirme en una persona funcional.

Pero esa mañana, mis ojos se abrieron con la primera luz gris que se filtraba entre las cortinas de lino, y Adrián seguía dormido a mi lado.

Lo observé durante largos minutos, sin atreverme a moverme por miedo a romper el hechizo. Estaba boca arriba, con un brazo sobre la cabeza y el otro extendido hacia el lugar donde yo había estado. La sábana había caído hasta su cintura, dejando al descubierto su torso desnudo: los pectorales definidos, el vello oscuro que descendía desde su ombligo hacia… bueno, hacia lugares que ya conocía íntimamente. Tenía la barba de dos días más larga de lo habitual, y en su rostro dormido no quedaba rastro del doctor Ferrer, controlador y perfeccionista. Solo quedaba Adrián. El hombre. El mío.

Me resultaba extraño pensar que hacía apenas unas semanas estaba convencida de que era el hombre más insufrible, arrogante y desesperantemente atractivo de Valencia. Que lo odiaba con la intensidad de mil soles cada vez que abría la boca para soltar algún comentario sarcástico sobre mi profesión. Y ahora… ahora era la persona con la que más tranquila me sentía en el mundo. La única que lograba calmar el torbellino de mi cabeza con solo estar presente.

Eso me asustaba más de lo que quería admitir.

Porque yo sabía escribir finales felices. Era mi puto trabajo. Construir arcos narrativos donde el amor triunfaba, donde los obstáculos se superaban, donde el chico se llevaba a la chica y vivían felices para siempre. Pero escribir un final feliz desde la distancia segura de una página en blanco era muy distinto a vivirlo. Vivirlo implicaba riesgo real. Implicaba exponerte. Implicaba despertarte cada mañana con la posibilidad de que todo se fuera al carajo.

Y, sin embargo, ahí estaba. Observándolo dormir, sintiendo que mi corazón se desbocaba cada vez que su pecho subía y bajaba con la respiración.

—Si sigues mirándome así, voy a sentirme objeto de estudio —murmuró de repente, sin abrir los ojos.

Me sobresalté, soltando una risa nerviosa.

—Pensaba que dormías.

—Dormía —abrió los ojos, esos ojos grises que parecían ver directamente a través de mí—. Hasta que sentí tu mirada. Es intensa, ¿sabes? Como si estuvieras tomando notas mentales para algún personaje.

—Estoy siempre tomando notas —mentí, acercándome a él.

—Mentira —dijo, y su voz adquirió ese tono ronco de la mañana que me volvía loca—. Estás pensando en lo mucho que has cambiado. En lo mucho que nos hemos cambiado el uno al otro.

—¿Y eso te molesta?

—Me excita —respondió, y antes de que pudiera reaccionar, me había tomado de la cintura y me había girado sobre la cama, quedando yo boca arriba y él encima, con su peso distribuido entre sus brazos musculosos.

Sentí su erección presionando contra mi muslo, dura y caliente, y un escalofrío de anticipación me recorrió desde la nuca hasta la base de la columna.

—Adrián...

—Shh —me interrumpió, bajando la cabeza hasta que su aliento rozó mi cuello—. Esta mañana no quiero pensar en nada. Ni en Gabriel, ni en la rueda de prensa, ni en el pasado. Solo quiero sentirte. Quiero follarte hasta que no recuerdes tu nombre.

La crudeza de sus palabras me excitó al instante. Me humedecí sintiendo su boca sobre mi piel, mordiendo mi cuello con fuerza controlada, dejando marcas que sabía que me durarían horas.

—Dios, sí —gemí, arqueándome contra él.

Adrián no perdió tiempo. Se incorporó sobre sus rodillas y me arrancó la camiseta que llevaba puesta de un tirón. Mis pechos quedaron expuestos, los pezones ya erectos por la excitación y el aire frío de la habitación. Él los miró con hambre, con una intensidad que me hizo sentir deseada de una forma casi violenta.

—Joder, eres perfecta —gruñó, y se inclinó para capturar uno de mis pezones entre sus labios.

Grité cuando succionó con fuerza, sintiendo el tirón desde el pecho hasta el vientre bajo. No fue suave ni delicado. Fue voraz, salvaje, como si quisiera devorarme. Mordió el pezón, pellizcándolo entre los dientes hasta que el dolor se mezcló con el placer en una combinación explosiva, y luego pasó al otro, repitiendo la tortura.

—Adrián, por favor… —supliqué, moviendo las caderas buscando fricción.

—Por favor, ¿qué? —preguntó contra mi piel, bajando lentamente—. ¿Por favor, que te folle? ¿Que te coma? ¿Que te haga olvidar que existe un mundo fuera de esta cama?

—Todo —jadeé—. Quiero todo.

Él sonrió contra mi estómago y siguió bajando. Me quitó las bragas de un tirón, dejándome completamente desnuda y expuesta ante él. Durante un segundo, me miró con reverencia, con los ojos oscurecidos por el deseo, y luego separó mis piernas con sus manos firmes.

—Voy a devorarte, preciosa —anunció, y su voz era un gruñido—. Voy a lamerte hasta que grites mi nombre. Y cuando estés al borde, voy a parar. Y volveré a empezar. Hasta que me supliques que te folle.

No esperó respuesta. Hundió la cabeza entre mis muslos y su lengua encontró mi centro con una precisión que me hizo ver las estrellas. Grité, agarrándome a las sábanas con fuerza, mientras él lamía con largos trazos desde la entrada hasta el clítoris, pasando una y otra vez por ese punto sensible que me volvía loca.

—Dios, Adrián... así... justo así...

Usó sus manos para separarme más, para abrirme completamente a su merced, y luego introdujo un dedo en mi interior mientras su boca seguía trabajando en mi clítoris. El contraste entre la suavidad de su lengua y la firmeza de su dedo me llevó al borde en cuestión de minutos.

—Voy a… me voy a correr… —avisé, con la respiración entrecortada.

Pero él se apartó. Justo cuando estaba a punto de caer, se detuvo, dejándome colgada, frustrada, jadeando.

—No —dijo, sonriendo maliciosamente—. Todavía no. Primero quiero oírte suplicar.

—Cabronazo —susurré, pero sonreí.

—Dime —insistió, volviendo a lamerme, pero esta vez con toques ligeros, casi burlones—. Dime lo que quieres.

—Te quiero a ti —dije, y mi voz salió casi desesperada—. Te quiero dentro de mí. Quiero que me folles hasta que no pueda caminar. Quiero sentirte, ahora.

Esa fue la señal que esperaba. Se incorporó, se quitó los calzoncillos de un tirón, y su erección quedó libre, imponente, goteando ya con la excitación. Me miró con los ojos casi negros de deseo.

—Ponte de rodillas —ordenó.

Obedecí, con las piernas temblando de anticipación. Me colocó a cuatro patas, con el culo en alto, y se posicionó detrás de mí. Sentí la punta de su miembro rozando mi entrada, deslizándose en mi humedad, provocándome.

—Dime que eres mía —exigió, agarrando mis caderas con fuerza.

—Soy tuya —gemí—. Toda tuya. Ahora fóllame, joder.

Me penetró de una sola embestida, profunda y completa, hasta el fondo. Grité, un sonido gutural que salió de lo más profundo de mi ser, y él gruñó mi nombre, quedándose quieto un segundo para que ambos nos adaptáramos a la sensación.

—Joder, cómo me gusta esto —dijo, y empezó a moverse.

Cada embestida era un golpe preciso, fuerte, que me hacía sentir llena hasta el borde. El sonido de nuestras caderas chocando llenaba la habitación, mezclado con nuestros gemidos y jadeos. Él agarraba mis caderas con fuerza, seguramente dejándome marcas que me durarían días, y yo arqueaba la espalda, encontrándome con cada movimiento, pidiendo más.

—Más fuerte —supliqué—. No te contengas.

Y él obedeció. Me folló con una intensidad salvaje, casi animal, perdiendo todo el control que tanto le caracterizaba. Era Adrián desatado, Adrián sin filtros, y me excitaba más de lo que podía expresar con palabras.

—Tócate —ordenó—. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mí.

Llevé una mano entre mis piernas y encontré mi clítoris, hinchado y sensible. Lo froté con movimientos circulares mientras él seguía embistiendo, y la combinación de sensaciones me llevó al borde casi inmediatamente.

—Adrián, voy a correrme… Dios, me voy a correr…

—Corre para mí —gruñó—. Ahora.

Y exploté. El orgasmo me atravesó con violencia, haciéndome gritar su nombre una y otra vez, contrayéndome alrededor de él con fuerza. Él siguió moviéndose, aprovechando mis contracciones para buscar su propio placer, y cuando llegó, se quedó enterrado hasta el fondo, con la espalda arqueada, gruñendo como un animal mientras se vaciaba dentro de mí.

Nos quedamos así durante largos minutos, jadeando, sudorosos, enredados en las sábanas. Él se desplomó sobre mí, besando mi espalda, mi cuello, susurrando palabras que no entendía, pero que sonaban a promesas.

—Eres increíble —dijo finalmente, saliendo de mí con cuidado y girándome para abrazarme.

—Tú tampoco estás mal, doctor —respondí, con la voz ronca.

Nos quedamos en la cama durante un rato más, simplemente respirando el uno del otro, disfrutando de la calma antes de la tormenta que sabíamos que nos esperaba.

La ducha fue tranquila, casi meditativa. Estábamos los dos bajo el agua caliente, con la espuma de gel recorriendo nuestros cuerpos, hablando en voz baja sobre lo que nos esperaba.

—Gabriel ha preparado esto durante años —dijo Adrián, enjabonándome la espalda con movimientos circulares—. Tiene documentos, testigos, una narrativa coherente. Si entramos ahí sin un plan sólido, nos destrozará.

—Pero tiene un punto débil —respondí, girándome para mirarlo—. Quiere ser tú. Eso es su talón de Aquiles. Quiere la admiración que tú tienes, el reconocimiento. No quiere destruirte anónimamente. Quiere humillarte públicamente para luego ocupar tu lugar.

Adrián asintió, con el ceño fruncido en esa expresión suya de concentración.

—Entonces tenemos que usar eso. Hacerle creer que está ganando hasta que no lo esté.

Salimos de la ducha y nos vestimos en silencio. Café negro para los dos, tostadas que apenas probamos, y salimos de la casa con la determinación de quienes saben que están caminando hacia una batalla decisiva.

El Hotel Las Arenas estaba abarrotado de periodistas. Cámaras, micrófonos, flashes que ya empezaban a dispararse cuando Adrián y yo entramos por la puerta lateral. Gabriel Salvat había elegido bien el escenario: un congreso médico internacional, con la prensa especializada y generalista presente, el lugar perfecto para ejecutar su golpe de gracia.

Cuando entramos en la sala de conferencias, Gabriel ya estaba en el escenario. Llevaba un traje idéntico al de Adrián, la observación de Candela sobre su obsesión por copiarlo se confirmaba visualmente, y sonreía con la seguridad de quien cree tener todas las cartas en la mano.

—Damas y caballeros —empezó, con una voz que imitaba el tono pausado de Adrián—. Hoy estamos aquí para hablar de ética médica. De responsabilidad. De cómo algunos médicos, a pesar de su brillantez técnica, son incapaces de asumir sus errores.

Mostró documentos en la pantalla gigante. Expedientes médicos, firmas, fechas. Testimonios de enfermeras que juraban haber visto a Adrián manipular informes. El caso del chico de hace seis años, presentado como negligencia criminal en lugar de tragedia médica.

Durante unos minutos, pareció que ganaba. La sala estaba en silencio, absorbiendo cada palabra, cada acusación. Vi a Adrián tensarse a mi lado, con la mandíbula apretada, conteniendo el impulso de saltar al escenario a defenderse.

Pero entonces lo vi. Un pequeño detalle en las fechas que Gabriel proyectaba. Una contradicción que solo alguien acostumbrado a construir narrativas coherentes podría detectar.

—Espera —susurré a Adrián.

—¿Qué?

—Hay un error en sus fechas. El informe dice que Adrián modificó el 15 de marzo… pero en el registro de acceso al sistema que mostró antes, la modificación se hizo el 14. Gabriel no puede haberlo hecho el 15 porque ya estaba modificado.

Adrián me miró con los ojos abiertos.

—¿Estás segura?

—Completamente. Como escritora, sé reconocer cuándo alguien está mintiendo en una cronología. Y él acaba de contradecirse.

—No intervengas —dijo Adrián, tomando mi mano—. Es demasiado peligroso.

Pero luego me miró. Realmente me miró. Y vi que algo había cambiado. La confianza que tanto le costaba dar finalmente estaba ahí.

—Pero confío en ti —añadió—. Si crees que debes hablar, habla.

No lo pensé dos veces. Me levanté de mi asiento y caminé hacia el escenario, ignorando los murmullos de la sala, los flashes de las cámaras, la expresión de sorpresa de Gabriel.

—Señorita, por favor, este es un evento privado… —intentó detenerme un seguridad.

—Soy Candela Navarro —dije con voz firme—. Y tengo información relevante sobre estas acusaciones.

Gabriel me miró con odio disimulado, pero tuvo que ceder ante la presión de las cámaras. Me subí al escenario y cogí el micrófono.

—Señor Salvat ha presentado una narrativa muy convincente —empecé, mirando a la audiencia—. Pero como escritora de novelas de misterio, estoy acostumbrada a detectar agujeros en las tramas. Y acabo de encontrar uno grande.

Señalé la pantalla donde seguían proyectadas las fechas.

—El señor Salvat afirma que el doctor Ferrer modificó este informe el 15 de marzo. Pero según el registro de acceso al sistema que él mismo mostró hace cinco minutos, la modificación se realizó el catorce de marzo a las veintitrés y cuarenta y siete de la noche. ¿Cómo pudo Adrián modificar algo el día quince si ya estaba modificado el día catorce?

El silencio en la sala fue absoluto. Gabriel palideció visiblemente.

—Además —continué, ganando confianza—, estas firmas digitales… ¿alguien ha verificado que no sean copias calificadas de la firma real del doctor Ferrer? Porque yo tengo aquí —saqué el USB que Hugo me había dado— pruebas forenses de que alguien ha estado accediendo a los sistemas del hospital usando credenciales robadas. Y ese alguien no es Adrián Ferrer. Es Gabriel Salvat.

El caos estalló. Periodistas levantándose de sus asientos, cámaras enfocándose en Gabriel, quien retrocedía hacia el fondo del escenario con la expresión de un animal acorralado.

—¡Está mintiendo! —Gritó Gabriel—. ¡Todo es mentira! ¡Adrián es el culpable, él siempre ha sido...

Pero en ese momento entraron agentes de policía por la puerta trasera. El inspector Ruiz se adelantó, mostrando una orden de detención.

—Gabriel Salvat está detenido por conspiración, falsificación de documentos públicos, secuestro y extorsión —anunció con voz firme.

Gabriel intentó escapar. Saltó del escenario, corrió entre las sillas, derribando a una periodista en su camino. Pero los agentes lo interceptaron antes de llegar a la salida. Lo inmovilizaron contra el suelo, esposándolo mientras él gritaba improperios y acusaciones contra Adrián.

Y entonces, antes de que lo sacaran de la sala, giró la cabeza y me encontró con la mirada. Sonrió. Una sonrisa fría, calculada, que heló mi sangre.

—No sabes nada de Adrián —dijo con voz clara pese al forcejeo—. Nada de lo que es capaz. Pregúntale sobre el caso de la niña. Pregúntale qué eligió salvar y qué dejó morir. Eso te hará entender quién es realmente.

Luego lo arrastraron fuera. La sala quedó en silencio confuso, con los periodistas empezando a hablar todos a la vez, con Adrián subiendo al escenario para abrazarme, para agradecerme, para celebrar que habíamos ganado.

Pero yo no podía dejar de pensar en esas palabras. En esa sonrisa. En la certeza con la que Gabriel las había dicho.

No sabes nada de Adrián.

Y mientras la gente nos aplaudía, mientras los flashes de las cámaras iluminaban nuestro abrazo victorioso, una parte de mí, esa parte escéptica, protectora, que había aprendido a no confiar ciegamente, temió que Gabriel tuviera razón.

Porque aunque habíamos avanzado mucho, aunque Adrián había abierto partes de sí mismo que nunca antes había mostrado, seguía habiendo sombras en su pasado. Secretos que no habíamos desenterrado. Elecciones que no habíamos examinado.

Y ahora, esa frase se había instalado en mi cabeza como una semilla de duda.

No sabes nada de Adrián.

Miré a mi lado, donde él sonreía por primera vez en días, donde la tensión había desaparecido de sus hombros, donde parecía libre.

Y elegí, por ahora, guardar mis preguntas para más tarde.

Pero sabía que tarde o temprano tendrían que ser respondidas.

Capítulo 26



Adrián

El silencio que siguió al caos fue casi ensordecedor. Después de que arrastraran a Gabriel fuera de la sala, después de que los periodistas empezaran a dispersarse murmurando entre ellos, después de que Candela me soltara del abrazo victorioso para mirarme con esos ojos verdes que parecían ver demasiado… me quedé inmóvil en el escenario, sintiendo algo que no esperaba.

Alivio.

No la euforia de la victoria, no la satisfacción del triunfo. Era algo más simple, más básico. La sensación de que finalmente podía respirar. De que el peso que llevaba semanas sobre los hombros, sobre el pecho, sobre el alma, se había aligerado lo suficiente como para permitirme llenar los pulmones de aire sin que me doliera.

Pero junto con el alivio, llegó algo más. Algo que se instaló en la base del estómago como una piedra fría.

Miedo.

Porque las palabras de Gabriel no se habían disipado con su arresto. Seguían flotando en el aire, reverberando en mi cabeza como un eco persistente: «No sabes nada de Adrián. Pregúntale sobre el caso de la niña. Pregúntale qué eligió salvar y qué dejó morir.»

Candela lo notó. Claro que lo notó. Era imposible no hacerlo. Mi mandíbula tensa, mi mirada perdida en algún punto del horizonte, mi incapacidad para sonreír de verdad, aunque todo indicara que debería estar celebrando.

—Adrián —dijo, tomando mi mano mientras caminábamos hacia la salida—. ¿Qué ocurre? Hemos ganado. Gabriel está detenido. Tu nombre está limpio.

—Lo sé —respondí, pero mi voz salió apagada, distante.

—Entonces, ¿por qué parece que acabas de perder algo?

No respondí. No sabía cómo. Porque ella tenía razón. En cierto modo, acababa de perder algo. La ilusión de que podía mantener ciertas partes de mí ocultas. La fantasía de que existía una versión de Adrián Ferrer que merecía ser amado sin reservas, sin asteriscos, sin pasados oscuros que explicar.

Llegamos a mi coche. El sol de la tarde valenciana nos golpeó con una ironía cálida, como si el mundo quisiera celebrar mientras yo me hundía en mi propia cabeza. Candela se detuvo frente a la puerta del copiloto, cruzando los brazos, mirándome con esa determinación que tanto me había enamorado de ella.

—Vas a contarme qué te pasa —dijo. No fue una pregunta.

—No pasa nada —mentí, intentando abrir la puerta del conductor.

—Adrián.

Su voz era firme, casi severa. Me detuve.

—No puedes hacerme esto —continuó—. No después de todo. No después de que yo haya subido a ese escenario, haya expuesto mi propia credibilidad, haya defendido tu nombre ante medio mundo. No me cierres ahora.

La miré. Y vi algo que me partió el corazón: miedo. No miedo a mí, sino miedo a perder lo que estábamos construyendo. Miedo a que mi silencio significara que no confiaba en ella.

Y entonces supe que no podía seguir. No podía mentirle. No después de que ella hubiera arriesgado tanto por mí.

—Hay algo —dije, y la confesión me supo a derrota y a liberación a la vez—. Algo que nunca he contado a nadie. Ni a Lucas, ni a Elena, ni a ninguno de mis terapeutas.

Candela se acercó. Su expresión se suavizó, pero mantuvo esa intensidad que me obligaba a ser honesto.

—Cuéntame —dijo simplemente.

Nos sentamos en el coche, pero no arranqué. Nos quedamos allí, en el aparcamiento del hotel, con el motor apagado y el mundo exterior lejano. Y empecé a hablar.

—Mi padre —dije, y la palabra me costó más de lo que esperaba—. No era como el tuyo. No era cálido ni protector ni… nada de eso. Era un hombre exigente. Un cirujano también, muy reconocido en su época. Y para él, nada era suficiente. Nunca.

Candela se quedó quieta, escuchando.

—Cuando sacaba un diez, me preguntaba por qué no había sacado un diez más la extra. Cuando ganaba un concurso de matemáticas, me decía que en su época había ganado tres. Cuando entré en medicina… —hice una pausa, tragando saliva—… me dijo que era una pena que no hubiera sido el primero en la lista de acceso, sino tercero.

—Dios, Adrián...

—Crecí pensando que solo merecía cariño si era perfecto —continué, y la voz se me quebró ligeramente—. Que el amor era condicional. Que si fallaba, si no destacaba, si no era el mejor… no merecía existir. Por eso me convertí en esto. En alguien obsesionado con ganar, con controlar, con no fallar nunca. Porque fallar significaba no ser amado.

Candela me miró durante largos segundos. Y entonces hizo algo que no esperaba: se inclinó y me abrazó. No dijo nada. Solo me abrazó con fuerza, con una ternura que me hizo sentir, por primera vez en mi vida, que podía ser imperfecto y aun así ser querido.

Cuando nos separamos, seguía sin poder mirarla. Porque aún quedaba lo peor.

—Gabriel mencionó a una niña —dije, mirando al volante—. Hace tres años. Una paciente de ocho años. Leucemia. Tenía posibilidades de superarlo con un tratamiento agresivo, pero era arriesgado. Podía matarla o salvarla. Y yo… yo tenía que decidir.

—¿Qué pasó? —preguntó Candela, con voz suave.

—Sus padres no podían decidirse. El padre quería intentarlo todo. La madre prefería dejarla ir en paz, sin sufrimiento. Y yo… —hice una pausa, sintiendo el peso de la memoria— yo elegí intentarlo. Fui a favor del padre. Convencí a la madre. Dije que teníamos que luchar, que no podíamos rendirnos, que era nuestra obligación intentarlo.

Candela esperaba. Sabía que venía lo peor.

—La niña murió —dije, y las palabras salieron como un susurro ronco—. No por el tratamiento, sino por las complicaciones. Sufrió. Mucho. Y durante semanas, meses, años… me he preguntado si hice lo correcto. Si debería haber escuchado a la madre. Si al intentar salvarla, solo la condené a una muerte más dolorosa. Gabriel lo sabe. Estuvo en el equipo de oncología en ese momento. Y cree… cree que elegí mal. Que mi necesidad de ganar, de no rendirme, de ser el héroe, cegó mi juicio médico.

El silencio en el coche fue absoluto. Podía oír mi propio corazón latiendo, el tic-tac del reloj del salpicadero, el sonido distante del tráfico.

Y entonces Candela habló.

—No necesitas demostrarme nada —dijo, y su voz era firme, clara —. No me enamoré del médico brillante, Adrián. Me enamoré del hombre que se ríe cuando cocina mal y quema las tortillas. Del que recuerda los nombres de todos sus pacientes, incluso de los que perdió. Del que se queda despierto toda la noche cuidando a alguien, aunque esté agotado, solo porque no soporta la idea de que sufra solo.

Me miró y en sus ojos vi algo que nunca había visto en los de nadie: aceptación total. Sin condiciones. Sin asteriscos.

—Eres humano —continuó—. Has tomado decisiones terribles, como todas las personas que salvan vidas. Has dudado, has sufrido, te has culpado. Eso no te hace un monstruo. Te hace alguien que se preocupa lo suficiente como para que le importe haber fallado.

Sentí que se me cerraba la garganta. No estaba acostumbrado a que alguien viera todas mis partes. Las brillantes y las rotas. Las victorias y las derrotas. Y aun así… aun así me quedara.

—No sé si merezco esto —dije, y la honestidad me supo a vulnerabilidad pura.

—No es cuestión de merecer —respondió ella, sonriendo—. Es cuestión de elegir. Y yo te elijo. Con tu pasado, con tus dudas, con tu obsesión por quemar tortillas. Te elijo todo.

Nos besamos en el coche, en medio del aparcamiento, con el sol de la tarde dorando el interior. Fue un beso diferente a todos los anteriores. No hubo urgencia, no hubo desesperación. Solo... paz. Solo la certeza de que podíamos ser nosotros mismos y aun así ser queridos.

Esa noche decidimos hacer algo normal.

Una cita. Una simple cita, como hacen las personas que no están siendo perseguidas por conspiradores médicos ni investigando traiciones de antiguos amigos. Sin hospitales, sin amenazas, sin el peso del pasado oprimiéndonos.

—¿Dónde? —preguntó Candela, mientras se ponía un vestido azul que hacía juego con sus ojos.

—Conozco un sitio —dije—. Pequeño, cerca de mi casa. Cocina tradicional valenciana. Nada de estrellas Michelin, nada de gente importante. Solo… buena comida y silencio.

—Suena perfecto —sonrió ella.

Y lo era. El restaurante era exactamente lo que necesitábamos: una sala pequeña con mesas de madera vieja, paredes amarilleadas por el tiempo y un dueño que nos saludó como si nos conociera de toda la vida. Pedimos arroz de verduras, tortilla de patatas y una botella de vino de la tierra que costaba menos que el café de la máquina del hospital.

Hablamos de cosas sin importancia. De sus gatos, de mi incapacidad para mantener plantas vivas, de la última película que habíamos visto. Reímos. De verdad. Sin la sombra de la investigación, sin la tensión de la traición.

Todo parecía perfecto. Casi sospechosamente perfecto.

Y entonces ocurrió.

Estábamos a punto de pedir el postre cuando una voz femenina interrumpió nuestra burbuja de intimidad.

—¡Adrián Ferrer Montesinos! No me digas que eres tú.

Levanté la vista. Y allí estaba ella. Marta Echeverría. Compañera de universidad, aunque en realidad había estado un año por debajo de mí. Pelo negro largo, ojos oscuros, una sonrisa perfecta que mostraba dientes blancos. Llevaba un vestido rojo que se adhería a sus curvas de forma que resultaba imposible no notarlas.

—Marta —dije, intentando mantener la educación—. Cuánto tiempo.

—Demasiado —respondió ella, acercándose a nuestra mesa sin invitación—. He seguido tu carrera, ¿sabes? Siempre supe que llegarías lejos. Y ahora… —me miró de arriba abajo con una intensidad que me incomodó— ahora estás más guapo que nunca.

Sentí que Candela se tensaba a mi lado. Su mano, que hasta entonces había estado relajada sobre la mesa, se cerró en un puño disimulado.

—Estoy aquí con alguien —dije, señalando a Candela con un gesto.

Marta la miró. Fue una mirada rápida, evaluadora, del tipo que las mujeres se lanzan cuando se sienten amenazadas. Sonrió, pero no llegó a sus ojos.

—Ah, claro. La escritora. He leído sobre ti en la prensa. —Volvió a centrarse en mí—. Adrián, deberíamos tomar un café algún día. Recordar viejos tiempos. Estuve en tu conferencia de Barcelona el año pasado, pero no pudimos hablar…

—No creo que sea buena idea —interrumpí, pero mi voz sonó débil, insegura.

Marta se inclinó, rozando mi hombro con su mano. Un contacto que duró demasiado.

—Piénsalo —dijo con una voz que pretendía ser seductora—. Siempre me arrepentí de no haber… profundizado más en nuestra amistad. En la universidad, quiero decir.

Y entonces se fue, dejando tras de sí un rastro de perfume caro y una tensión palpable en nuestra mesa.

Miré a Candela. Tenía la mandíbula apretada, las mejillas sonrojadas y una expresión que intentaba ser neutral, pero que no lograba ocultar el fuego que ardía en sus ojos.

—¿Amiga de la universidad? —preguntó con una voz demasiado alta.

—Compañera —corregí—. Nunca fuimos amigos. Solo… conocidos.

—Parecía muy contenta de verte —dijo ella, y el filo en su tono era inconfundible.

—Candela...

—¿Y eso de profundizar en vuestra amistad? —continuó, cruzando los brazos—. ¿Eso es un eufemismo de algo, doctor Ferrer?

Por primera vez en mi vida, vi a Candela celosa. Realmente celosa. No de la forma teatral y divertida de nuestras primeras semanas, sino de una forma genuina, visceral, que la hacía parecer más humana y más hermosa que nunca.

Y debo admitirlo: disfruté cada segundo.

—¿Estás celosa, doctora Navarro? —pregunté, inclinándome hacia ella con una sonrisa que intentaba ser inocente pero que sabía que era provocadora.

—No estoy celosa —mentía, evidentemente—. Solo… solo me pregunto si siempre tienes admiradoras de la universidad apareciendo de la nada para… para profundizar en su amistad contigo.

—Marta no es una admiradora —dije, y mi voz adquirió un tono burlón que no podía controlar—. Es solo alguien que cree que merece algo que nunca tuvo.

—¿Y tú? —preguntó ella, con los ojos entrecerrados—. ¿Crees que ella merece algo?

Me incliné más hasta que nuestros rostros estaban a centímetros de distancia. Podía oler su perfume, sentir su aliento acelerado, ver la pulsación de su cuello.

—Creo —susurré— que tú eres la única persona en esta sala que merece mi atención. Y creo que estás celosa. Y creo —hice una pausa— que me encanta verte así.

Candela me miró con incredulidad. Y entonces, para mi sorpresa, se echó a reír. Una carcajada genuina, liberadora, que rompió la tensión del momento.

—Eres insufrible —dijo, golpeándome el hombro con suavidad.

—Pero soy tuyo —respondí, tomando su mano sobre la mesa.

Ella dejó de reír. Me miró con una intensidad que me detuvo el aliento.

—¿Lo eres? —preguntó, y en su voz había algo más que curiosidad. Había necesidad. Necesidad de certeza, de promesa, de futuro.

—Sí —dije, y por primera vez la palabra no me asustó—. Soy tuyo. Con todos mis defectos, mi pasado, mis admiradoras no deseadas de la universidad. Todo yo soy tuyo.

Candela sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi tímida, pero iluminó todo su rostro.

—Eso es muy cursi, doctor Ferrer —dijo.

—Lo sé. Pero es verdad.

Pagamos la cuenta y salimos del restaurante con las manos entrelazadas. El aire de la noche valenciana nos envolvió, cálido y fragante, mientras caminábamos por las calles del Carmen sin rumbo fijo.

Por primera vez en meses, me permití soñar. Soñar con un futuro donde no hubiera conspiraciones ni traiciones. Donde pudiera ser simplemente Adrián, el hombre que amaba a Candela, y no Adrián Ferrer Montesinos, el cirujano perfecto.

Y mientras caminábamos, mientras ella se apoyaba en mi hombro y yo sentía su calor contra mi costado, supe que valía la pena.

Todo el dolor, toda la lucha, todo el miedo. Valía la pena, si al final podía tener esto.

Podía tenerla a ella.

Capítulo 27



Candela

Cerré la puerta de su casa con el pie mientras Adrián me empujaba contra la pared, con sus manos ya desabrochándome el vestido y su boca devorando la mía. No habíamos llegado ni al salón y ya estábamos desesperados, hambrientos, como si esa cena en el restaurante hubiera sido un largo preámbulo insoportable.

—Joder, Candela —gruñó contra mi cuello, mordiéndome la piel con fuerza—. Llevo toda la noche queriendo follarte.

—Entonces hazlo —suspiré, arqueándome contra él—. Deja de hablar y fóllame de una vez.

No necesitó más permiso. Me levantó en brazos, con mis piernas envolviendo su cintura, y caminó hacia el sofá sin dejar de besarme. Me dejó caer sobre los cojines y se inclinó sobre mí, con los ojos oscuros de deseo, con la barba raspando mi piel, con esa expresión de hambre que me volvía loca.

—Te voy a saborear primero —anunció, y su voz era un gruñido—. Y luego te voy a follar hasta que olvides que existen otros hombres en el mundo. Hasta que solo recuerdes mi nombre.

Me quitó las bragas de un tirón violento, rasgando la tela sin miramientos, y separó mis piernas con sus manos fuertes. Cuando su lengua encontró mi centro, grité. No fue un gemido contenido, fue un grito liberador, desesperado, que resonó en el salón vacío.

—Dios, Adrián... sí... justo ahí...

Lamió con largos trazos desde mi entrada hasta mi clítoris, una y otra vez, con una precisión que me hacía ver las estrellas. Introdujo dos dedos en mi interior, moviéndolos con fuerza mientras su boca seguía trabajando en mi punto más sensible. Estaba al borde en cuestión de minutos, con las manos agarradas a su pelo, con la espalda arqueada, con la mente en blanco.

—Voy a correrme... —avisé, jadeando.

—No —ordenó, apartándose de golpe—. Todavía no.

Se incorporó y se quitó la camisa de un tirón. Vi cómo se desabrochaba el cinturón, cómo se bajaba los pantalones, cómo su erección quedaba libre, imponente, goteando con la excitación. Se puso de rodillas entre mis piernas y me penetró de una sola embestida, profunda y completa, hasta el fondo.

—Joder, cómo estás —gruñó, quedándose quieto un segundo para que ambos nos adaptáramos—. Cómo me gusta sentirte así.

Empezó a moverse con fuerza, sin delicadeza, sin control. Cada embestida era un golpe preciso que me hacía sentir llena hasta el borde, que me hacía olvidar mi nombre, que me convertía en pura sensación. El sofá se movía con nosotros, golpeando contra la pared, y el sonido de nuestras caderas chocando llenaba la habitación.

—Más fuerte —supliqué, con la voz ronca—. No te contengas. Fóllame-

Y él obedeció. Me cogió de las caderas, me giró sobre el sofá para que quedara a cuatro patas, y me penetró desde atrás con una fuerza salvaje, animal. Agarró mi pelo con una mano, tirando de él para arquear mi espalda, mientras con la otra mano buscaba mi clítoris y lo frotaba con dedos expertos.

—Eres mía —gruñó contra mi oreja—. Solo mía. Córrete —ordenó—. Córrete, Candela.

Y me corrí. El orgasmo me atravesó con violencia, haciéndome gritar su nombre una y otra vez, contrayéndome alrededor de él con fuerza. Él siguió moviéndose, aprovechando mis contracciones, hasta que llegó él también, con un gruñido gutural, enterrándose hasta el fondo, vaciándose dentro de mí con espasmos largos y profundos.

Nos quedamos así durante largos minutos, jadeando, sudorosos, enredados en el sofá. Él se desplomó sobre mí, besando mi espalda, susurrando palabras que no entendí pero que sonaban a promesas.

Cuando finalmente se apartó, me giró y me abrazó, con las piernas enredadas y el corazón todavía acelerado. Y yo me quedé mirando el techo, pensando.

Odiaba sentirme celosa.

Especialmente porque siempre había sido esa persona, la que defendía que nunca caería en esos juegos de posesión y desconfianza. La que se burlaba de las protagonistas de mis propias novelas cuando se ponían irracionales por un hombre. La que juraba que mantendría siempre la cabeza fría, el corazón protegido, la dignidad intacta.

Pero la aparición aquella antigua compañera de residencia de Adrián había conseguido despertar todos mis complejos.

Ella era todo lo que yo creía no ser. Elegante, con unos vestidos de seda que parecían hechos a medida para su cuerpo perfecto. Segura, con una voz pausada que nunca se elevaba ni un decibelio por encima de lo necesario. Brillante, con una carrera médica que rivalizaba con la de Adrián y una lista de publicaciones que hacían que mi bibliografía de novelas románticas pareciera... frívola.

Yo, en cambio, había aparecido esa misma mañana en el hospital con una mancha de salsa de tomate en el vestido blanco, porque antes de salir había tenido que perseguir a Taco por toda la casa para quitarle un trozo de jamón que había robado de la encimera, con el pelo recogido en una coleta imperfecta de la que se escapaban mechones por todos lados, y con una expresión de pánico porque llegaba tarde a una reunión con mi editor.

La inseguridad no venía de esa mujer. Venía de una herida mucho más antigua. De Sergio, que durante años me había hecho sentir que era demasiado intensa, demasiado emocional, demasiado poco seria para alguien como él. Que me decía que mi forma de vestir era adolescente, que mi trabajo era una fase, que mi necesidad de expresar lo que sentía era agobiante.

Adrián nunca me había hecho sentir así. Nunca me había mirado con condescendencia cuando me reía demasiado alto o cuando lloraba viendo una película o cuando aparecía con manchas de comida en la ropa. Pero yo... yo todavía estaba aprendiendo a creer que merecía estar con alguien que no me quisiera a pesar de esas cosas, sino por ellas.

—Estás pensando demasiado —dijo Adrián de repente, acariciando mi cabello.

—Siempre pienso demasiado —respondí, apoyándome en su pecho —. Es mi especialidad.

—¿En qué piensas?

Dudé. Pero luego recordé que habíamos prometido honestidad. Así que solté la verdad.

—En que odio ser celosa. Y en que Elena es perfecta y yo tengo manchas de tomate en el vestido.

Adrián se incorporó ligeramente, mirándome con esa expresión suya de concentración.

—Ella no es perfecta —dijo—. Es fría, calculadora, y en la residencia tenía fama de pisotear a quienes consideraba inferiores. Y respecto a las manchas de tomate... —sonrió, besando mi hombro— me recuerdan que estás viva. Que eres real. Que no eres un personaje de catálogo, sino una mujer que persigue a sus gatos y se mancha y ríe sin tapujos.

—Pero ella...

—Ella no eres tú —interrumpió, firme—. Y yo no la quiero a ella. Te quiero a ti. Con tus manchas, tu caos, tu intensidad que según tu ex era demasiado. Porque para mí nunca es demasiado. Para mí es justo lo que necesito.

Durante una cena en mi casa terminamos hablando de celos. Fue Adrián quien empezó. Estábamos recogiendo los platos, y de repente soltó:

—Cuando vi a Sergio ese día, en el restaurante... sentí exactamente lo mismo que describes. Quería arrancarle la sonrisa de la cara. Quería gritarle que se alejara de ti. Quería... —hizo una pausa, mirando el fregadero—. Quería demostrarte que yo era mejor que él. Que merecías a alguien como yo, no a ese imbécil.

Me quedé quieta, con un plato en las manos.

—¿En serio? —pregunté, incrédula—. Pero tú nunca pareces inseguro. Nunca pareces... vulnerable.

Adrián se giró, secándose las manos con el trapo. Y por primera vez vi en sus ojos algo que me sorprendió: la admisión de que él también sentía miedo. Que también dudaba. Que también temía no ser suficiente.

—No soy inmune a ti —dijo, y su voz era suave, casi un susurro—. Solo soy mejor fingiendo. Llevo años practicando cómo ocultar lo que siento, cómo mantener la compostura, cómo parecer que lo tengo todo bajo control. Pero contigo… —se acercó, tomando mi rostro entre sus manos húmedas—. Contigo pierdo el control constantemente. Y eso me aterra y me excita por igual.

La frase me derritió. Literalmente. Sentí que las piernas me fallaban, que el corazón se me desbocaba, que quería llorar y reír al mismo tiempo.

—Yo también pierdo el control contigo —admití—. Y odio y amo eso a partes iguales.

—Entonces estamos empatados —sonrió.

Esa noche volvimos a su casa. La tensión acumulada entre nosotros, la de la cena, la conversación, la vulnerabilidad compartida, explotó de una forma diferente a la anterior. Esta vez no fue salvaje ni desesperada. Fue profunda. Conectada. Como si finalmente hubiéramos dejado de pelear contra la atracción y hubiéramos aceptado por completo lo que sentíamos.

Hicimos el amor en su cama, con la luz de la luna entrando por la ventana, con las manos entrelazadas, mirándonos a los ojos mientras nos movíamos con calma y precisión, con una intimidad que me hizo sentir más expuesta que en cualquier otra posición sexual.

Cuando llegamos juntos, fue lento, profundo, casi doloroso en su intensidad. Y después, mientras yacíamos enredados en las sábanas, supe que la relación había cambiado. Ya no éramos dos personas intentando no enamorarse, protegiéndose de posibles heridas. Éramos dos personas enamoradas intentando aprender a estar juntas. Con miedo, sí. Con dudas, también. Pero juntas.

Al día siguiente recibí una llamada inesperada.

Estaba en mi despacho, intentando escribir y fallando estrepitosamente, cuando sonó el teléfono con un número desconocido. Contesté distraída, pensando que sería algún vendedor de electricidad o mi padre llamando desde un número nuevo.

—¿Candela Navarro? —una voz masculina, fría, calculada.

—Sí, ¿quién es?

—Gabriel Salvat —dijo, y el nombre me heló la sangre—. Sé que estás sorprendida. Sé que crees que estoy en prisión. Y lo estoy. Pero tengo privilegios de llamada, y he decidido usarlos para hablar contigo. No con Adrián. Contigo.

Apreté el teléfono con fuerza.

—¿Qué quieres?

—Quiero ofrecerte algo —dijo, y su voz adquirió un tono que no logré descifrar—. Información sobre Adrián. Información que él nunca te contará. Que cambia todo lo que crees saber sobre él. Sobre lo que pasó hace tres años. Sobre la niña. Sobre elecciones que tomó. Sobre quién es realmente cuando nadie está mirando.

—No te creo —dije, pero mi voz salió débil.

—No tienes por qué creerme —respondió—. Pero mañana recibirás un paquete. Documentos. Pruebas. Y entonces... entonces decidirás si quieres seguir viviendo en la ilusión, o si prefieres conocer la verdad.

Colgó antes de que pudiera responder. Me quedé mirando el teléfono, con el corazón latiendo contra las costillas, con la certeza de que el enemigo había sido encarcelado pero la guerra aún no había terminado.

Y con la terrible sensación de que, fuera lo que fuera que Gabriel tuviera, podría destruirlo todo.

Capítulo 28



Adrián

Supe que algo había cambiado en el momento en que entró en mi consulta.

No fue su vestido, ese azul oscuro que le sentaba como una segunda piel, ni el modo en que llevaba el pelo suelto, cayéndole en ondas desordenadas sobre los hombros. Fue su mirada. Esa forma que tenía de apartar la mirada cuando guardaba un secreto, de morderse el labio inferior con los dientes, de jugar con el borde de su bolso como si contuviera algo explosivo.

Y lo contenía.

—Hablé con él —soltó antes de que pudiera saludarla, antes de que pudiera acercarme a besarla como había planeado hacer desde que la vi cruzar la puerta.

El mundo se contrajo. Sentí que el aire abandonaba la habitación, dejándome en un vacío donde solo existían esas tres palabras y su eco resonante en mi cráneo.

—¿Con quién? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Mi voz salió ronca, peligrosamente baja, como el murmullo previo a una tormenta.

—Con Gabriel —dijo Candela, y finalmente me miró. Vi desafío en sus ojos, pero también miedo. El mismo miedo que yo sentía crecer en mi pecho como una enfermedad terminal—. Me llamó ayer. Desde la prisión.

La rabia llegó en oleadas. No fue un estallido inmediato, sino algo frío, metódico, que se instaló en mi estómago y se extendió por mis venas como hielo líquido. Apreté los puños a los costados, sintiendo cómo las uñas se clavaban en las palmas, buscando el dolor físico para contrarrestar el caos emocional que amenazaba con desbordarme.

—¿Estás loca? —El tono salió más duro de lo que pretendía, cortante como un bisturí—. ¿Has perdido la cabeza, Candela? Ese hombre es peligroso. Es un manipulador, un mentiroso, alguien que ha intentado destruirnos durante meses y tú... —tragué saliva, intentando controlar la respiración— tú decides tener una charla amistosa con él como si estuvieras pidiendo cita para tomar café.

—No fue una charla amistosa —replicó ella, y su voz se elevó, adquiriendo ese filo que conocía tan bien—. Me ofreció información. Información sobre ti, sobre lo que pasó hace tres años, sobre la niña. Dijo que tenía documentos, pruebas que cambiarían todo lo que creía saber sobre ti. ¿Esperabas que ignorara eso? ¿Que simplemente hiciera como si no existiera?

—¡Sí! —exclamé, dando un paso hacia ella—. ¡Eso es exactamente lo que esperaba! Que confiaras en mí, Candela. Que entendieras que cualquier cosa que ese psicópata tenga que decir está diseñada para destruírmos. No para ayudarnos. No para iluminar la verdad. Para destrozar lo que estamos construyendo.

Ella no retrocedió. Se quedó firme, con la barbilla levantada, con los ojos verdes brillando de un modo que me recordaba por qué me había enamorado de ella: porque era imposible de intimidar, porque no se doblegaba, porque luchaba incluso cuando debería huir.

—No puedo simplemente confiar ciegamente —dijo, y su voz tembló, pero no cedió—. No cuando hay secretos que no me cuentas. No cuando hay partes de tu pasado que desconozco y que podrían ser relevantes. Adrián, si hay algo que deba saber, algo que pueda ayudarnos a entender por qué todo esto está pasando, necesito saberlo. Y si tú no me lo dices, y él ofrece hacerlo...

—¿Entonces qué? —La interrumpí, y el dolor se filtró en mi tono, deshaciendo la ira—. ¿Me cambiarías por la versión que él te venda? ¿Preferirías creer al enemigo antes que a mí?

—No se trata de creer —susurró ella, y de repente vi que sus ojos se llenaban de lágrimas. No eran lágrimas de rabia ni de manipulación. Eran de miedo genuino—. Se trata de no poder respirar por la incertidumbre. De despertarme cada noche preguntándome si te conozco realmente. Si hay algo tan oscuro en tu pasado que prefieres que yo no lo sepa.

El silencio cayó entre nosotros como una losa. Yo estaba temblando. Literalmente temblando, con las manos inestables y la mandíbula apretada hasta el punto del dolor. Pero no era solo rabia lo que sentía. Era terror. Terror puro y absoluto a que ella viera algo en mí que la alejara para siempre.

—No desconfío de ti —dije finalmente, y mi voz sonó rota, vulnerable de una forma que me avergonzaba—. Desconfío de él. Sé cómo opera, Candela. Sé cómo puede hacer que las mentiras parezcan verdades más sólidas que el propio suelo bajo nuestros pies. Y el hecho de que hayas caído en su trampa...

—No es una trampa —insistió ella, acercándose un paso. Estaba lo suficientemente cerca como para tocarla, pero ninguno de los dos se atrevía a hacerlo—. O quizás sí. Pero es una trampa en la que ya estamos metidos. Y prefiero enfrentarme a ella contigo, sabiendo todo, a seguir viviendo en esta… en esta burbuja donde tú decides qué debo saber y qué no.

Nos miramos. Y por primera vez desde que nos conocíamos, la discusión fue diferente. No había sarcasmos defensivos, no había competencia por ver quién tenía la razón, quién podía herir más al otro con palabras afiladas. Solo había miedo. Miedo mutuo, reconocido, compartido.

—Tengo miedo —admití, y la frase me costó más que cualquier cirugía—. Tengo miedo de que, si conoces todas las partes de mí, especialmente las oscuras, especialmente los errores… decidas que no merece la pena. Que no merezco que luches por mí.

Candela cerró los ojos. Una lágrima resbaló por su mejilla y ella la secó con rabia, como si odiara mostrar esa debilidad.

—Y yo tengo miedo —dijo, abriendo los ojos—. Tengo miedo de que siempre me mantengas al margen de las decisiones importantes. De que tu forma de protegerme sea alejarme cuando las cosas se ponen difíciles. De que nunca me dejes ser tu compañera de verdad, solo… solo tu refugio cuando todo va bien.

La verdad de sus palabras me golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Porque tenía razón. Siempre había sido así. Cuando Elena se fue, cerré la puerta. Cuando murió Daniel, construí muros. Y ahora, con Candela, mi instinto seguía siendo el mismo: protegerla alejándola del peligro, mantenerla a salvo en una torre de cristal donde nada pudiera tocarla.

—Mi primera reacción siempre es proteger alejando —reconocí, y el dolor de la admisión me hizo sentir expuesto, desnudo—. Pienso que si te mantengo lejos del dolor, del caos, de la oscuridad… estarás a salvo. Pero eso también implica mantenerte lejos de mí. De la parte real de mí.

—Y mi primera reacción siempre es luchar —dijo ella, con voz suave —. Incluso cuando no debería. Incluso cuando las consecuencias pueden ser peores que la ignorancia. No sé medir, Adrián. No sé cuándo retroceder. Solo sé que cuando algo amenaza a alguien que quiero, me lanzo de cabeza.

Nos quedamos en silencio, procesando. El sol entraba por la ventana de mi consulta, iluminando el polvo en el aire y creando un halo dorado alrededor de él. Y de repente, vi la situación con claridad. No éramos enemigos. Éramos dos personas aterradas, utilizando mecanismos de defensa opuestos para sobrevivir al mismo miedo: el miedo a perderse.

—Necesito que confíes en mí —dije, dando un paso hacia ella—. Pero también necesito que me dejes confiar en ti. En tu juicio. En tu capacidad para enfrentar la oscuridad sin que te destruya.

—Y yo necesito que no me protejas de la verdad —respondió ella, acortando la distancia—. Porque la verdad, por dolorosa que sea, nunca puede ser peor que la duda.

Estábamos a centímetros. Podía oler su perfume, sentir el calor de su piel, ver cada pequeña peca en su nariz.

—¿Vamos a escucharlo? —pregunté, y la pregunta me supo a derrota y a victoria simultáneas—. ¿Vamos a ver qué tiene que decir ese hijo de puta?

Candela asintió y, por primera vez en horas, sonrió. Era una sonrisa pequeña, temblorosa, pero real.

—Juntos —dijo—. Esta vez, lo hacemos juntos.

La prisión de Valencia tenía un olor que no podía describirse con precisión. Era una mezcla de desinfectante industrial, sudor contenido y desesperación. Un olor que se adhería a la ropa y a la piel, que penetraba en los pulmones y se instalaba allí como un recuerdo permanente de la miseria humana.

Gabriel nos esperaba en la sala de visitas. Llevaba el mono naranja de los reclusos, pero aun así mantenía una postura arrogante, casi regia. Cuando nos vio entrar juntos, una sonrisa se le dibujó lentamente en el rostro. No era una sonrisa de bienvenida. Era la sonrisa de quien había estado esperando este momento durante mucho tiempo.

—Adrián —dijo, con voz melosa—. Me honra que hayas venido. Pensé que tu... ¿Cómo se dice? ¿Tu guardiana? Pensé que te disuadiría.

—Dilo de una vez —espeté, sentándome frente a él con la espalda recta y la máscara de control quirúrgico firmemente en su sitio—. ¿Qué juego estás jugando, Gabriel? ¿Qué información tienes que podría interesarnos?

Gabriel se recostó en su silla, entrelazando los dedos sobre la mesa de metal. Sus ojos iban de mí a Candela, evaluando, calculando.

—No fui yo —dijo simplemente.

—¿El qué?

—No fui yo quien comenzó todo esto —repitió, y por primera vez vi algo genuino en su expresión. No era arrepentimiento, pero sí… resignación—. Yo era un peón, Adrián. Un instrumento. Alguien con mucho más poder que yo, alguien que ha estado observándote durante años, decidió que tu carrera debía terminar. Y me contrató para ejecutar el plan.

Sentí que se me helaba la sangre. Candela cogió mi mano bajo la mesa y la apretó con fuerza.

—¿Quién? —preguntó ella, con voz firme.

Gabriel sonrió, pero era una sonrisa amarga.

—Eso es lo gracioso —dijo—. No lo sé. Nunca supe su nombre real. Solo operaba a través de intermediarios. Transferencias bancarias desde cuentas offshore. Mensajes cifrados. Pero sí sé una cosa: no quería solo destruir tu reputación. Quería destruirte por completo. Hacerte desaparecer del mapa médico. Y tenía recursos ilimitados para hacerlo.

—¿Por qué deberíamos creerte? —pregunté, aunque algo en mi interior ya empezaba a encajar, a conectar puntos que no había querido ver.

—Porque tengo esto —dijo Gabriel, sacando de debajo de la mesa una carpeta de plástico transparente que debía haber aprobado la seguridad—. Una fotografía. Antigua. De cuando éramos jóvenes e ingenuos.

Abrió la carpeta y deslizó una foto amarillenta sobre la mesa. Era una imagen de grupo, tomada en algún congreso médico de hacía décadas. Yo aparecía en el centro, con el pelo más abundante y una sonrisa que no recordaba haber tenido nunca. A mi lado, varios médicos jóvenes que reconocí: compañeros de residencia, algunos exitosos, otros desaparecidos en el olvido profesional.

Pero fue Candela quien reaccionó.

Su mano se tensó sobre la mía con tanta fuerza que me dolió. Sentí que su cuerpo se volvía rígido, que su respiración se detenía, que el mundo se detenía para ella en ese preciso instante.

—No —susurró ella, y su voz sonó lejana, etérea—. No puede ser.

Seguí su mirada. Y entonces lo vi.

En el borde de la fotografía, parcialmente oculto por la sombra, había un hombre mayor. No era médico; eso se veía en su ropa. Llevaba un traje oscuro y, aunque la calidad de la imagen era deficiente, había algo en su postura, en la forma de inclinar la cabeza, que resultaba terriblemente familiar.

Era Vicente Navarro.

El padre de Candela.

El mundo se tambaleó bajo mis pies. Miré a Candela y vi que estaba pálida, con los ojos abiertos de par en par, mirando la fotografía como si fuera un espectro.

—¿Lo conoces? —preguntó Gabriel, y había curiosidad genuina en su voz—. Porque él es la clave. Él es quien entregó la información inicial. Quién proporcionó los documentos sobre el caso de hace seis años. Quién sabía dónde golpear para hacerte daño, Adrián. Porque te conoce. Te conoce desde hace mucho tiempo.

Candela se levantó de golpe, tambaleándose. La silla raspó contra el suelo con un sonido agudo.

—Mientes —dijo, pero su voz carecía de convicción—. Mi padre no… él no haría eso. Él es… es mi padre.

—Pregúntale —dijo Gabriel, encogiéndose de hombros—. Pregúntale por qué estuvo en ese congreso. Pregúntale qué relación tenía con el hospital hace seis años. Pregúntale por qué guarda secretos que podrían destruir a la hija que dice querer.

Candela salió corriendo de la sala. La puerta se cerró de golpe detrás de ella, dejando un eco resonante.

Yo me quedé sentado, mirando la fotografía, procesando. Vicente. El hombre que me había recibido en su casa con fabada y anécdotas. El hombre que había sonreído mientras Candela y yo discutíamos. El hombre que había dicho que su hija discutía mucho cuando alguien le importaba.

—¿Tú lo sabías? —Le pregunté a Gabriel, con voz mortalmente tranquila.

—No —respondió él, y por primera vez parecía sincero—. No sabía quién era el informante. Solo recibía instrucciones. Pero cuando vi esa foto en los archivos que me entregaron… entendí que esto iba mucho más allá de una venganza profesional. Es personal, Adrián. Muy personal.

Recogí la fotografía y salí sin mirar atrás. Necesitaba encontrar a Candela. Necesitaba protegerla de lo que estaba a punto de descubrir.

Pero cuando llegué a la salida, ella ya no estaba. Su coche había desaparecido del aparcamiento.

Y supe, con una certeza que me heló la sangre, que había ido a enfrentarse a la verdad sola.

Llamé a su móvil diez veces durante el trayecto. Veinte. No contestaba. El teléfono sonaba y sonaba, y luego saltaba el buzón de voz, y yo conducía como un loco por las calles de Valencia, con la fotografía sobre el asiento del copiloto, con el corazón latiéndome en la garganta.

Cuando llegué a la casa de Benimaclet, el coche de Candela estaba aparcado frente a la puerta. Estaba ya oscuro, pero las luces del patio estaban encendidas, creando sombras danzantes contra las buganvillas.

No llamé al timbre. Entré directamente, usando la llave que ella me había dado hacía semanas, cuando aún creíamos que el peligro venía de fuera y no de dentro.

La encontré en el patio, frente a su padre.

Vicente estaba sentado en la hamaca, con las manos entrelazadas sobre el regazo, mirando a su hija con una expresión que no logré descifrar inmediatamente. No era sorpresa. Era… resignación. Una resignación profunda, dolorosa, como la de quien ha estado esperando un juicio durante años y, finalmente, llega el verdugo.

—¿Es cierto? —preguntó Candela, y su voz era un hilo roto—. ¿Todo lo que dijo Gabriel? ¿Tú estuviste detrás de todo? ¿Tú querías destruir a Adrián?

Vicente no negó. No se levantó a defenderse. Solo suspiró, un suspiro largo y cansado, y asintió lentamente.

—Siéntate, hija —dijo con un ligero toque de resignación—. Porque hay cosas que debería haberte contado hace mucho tiempo. Cosas sobre tu madre. Sobre lo que realmente pasó. Sobre por qué odio tanto a los médicos que juegan a ser Dios.

Candela se quedó de pie, temblando. Yo me quedé en la sombra de la puerta, invisible para ellos, con la fotografía apretada en la mano, sintiendo que el mundo que conocía se desmoronaba pieza por pieza.

—Habla —dijo Candela, y había lágrimas en su voz, pero también una furia contenida que prometía devastación—. Habla ahora, papá. Porque si no lo haces, te juro por Dios que nunca volveré a hablarte.

Vicente cerró los ojos. Y cuando los abrió, vi en ellos algo que me heló: la verdad. La terrible, destructiva verdad que estaba a punto de salir a la luz.

—Tu madre… —empezó Vicente, y su voz temblaba—. Tu madre no murió de cáncer, Candela. Eso fue lo que te dije. Lo que te hice creer para protegerte. Pero la verdad… la verdad es que murió por culpa de un médico. De un error médico. De alguien que pensó que podía jugar con la vida de las personas sin consecuencias.

Candela se tambaleó, agarrándose a la mesa de madera para no caerse.

—¿Qué… qué estás diciendo?

—Y ese médico —continuó Vicente, mirándola con una mezcla de amor y odio que resultaba aterradora—. Ese médico que destruyó nuestra familia… era Adrián Ferrer Montesinos.

Capítulo 29



Candela

Mi padre tenía las manos temblorosas. No ese temblor leve de la edad que ya empezaba a asomarse en sus dedos, sino un temblor profundo, visceral, que provenía de algún lugar enterrado bajo años de silencio. Estábamos sentados en el patio de mi casa, con el limonero proyectando sombras danzantes sobre la mesa de madera en la que había escrito tantas novelas. Pero esa noche no había ficción. Solo verdad. Dolorosa, cruda, inevitable.

—Tu madre murió por negligencia —empezó, y su voz sonó como si arrastrara piedras—. Pero no fue el doctor Ferrer quien la mató. Fue el sistema. La gente que protege a los médicos cuando cometen errores. La gente que borra pruebas, que comprueba familias, que convierte la tragedia en números en una hoja de balance.

Cogí aire. El olor a jazmín nocturno me resultaba nauseabundo de repente, demasiado dulce, demasiado vivo.

—Cuéntame todo —dije, y mi voz salió más firme de lo que me sentía—. Desde el principio. Sin protegerme, papá. Sin suavizar los bordes. Quiero la verdad, por muy afilada que sea.

Me miró. En sus ojos vi el conflicto de siempre: el padre que quería mantenerme a salvo frente al hombre que necesitaba compartir su carga.

—Hace seis años —empezó, mirando al limonero como si las palabras estuvieran escritas en sus hojas—. Trabajaba como asesor administrativo en una empresa privada dedicada a la gestión hospitalaria. Llevaba las cuentas, Candela. Los números. Los flujos de dinero entre hospitales, aseguradoras, proveedores. No era médico; nunca había pretendido serlo. Pero entendía de papeles. De firmas. De cómo el dinero se movía cuando nadie lo miraba.

Hizo una pausa, tomando un sorbo de agua con mano inestable.

—Descubrí irregularidades. Grandes. Transferencias sospechosas a cuentas de médicos que habían cometido errores graves. Documentos modificados en casos de negligencia. Presiones para que familias como la nuestra aceptaran indemnizaciones ridículas a cambio de silencio. Y cuando intenté denunciarlo… —su voz se quebró— recibí amenazas. A ti. Te amenazaron a ti, Candela. Dijeron que si hablaba, si contaba lo que sabía, te pasaría algo. Un accidente. Un robo que saliera mal. No podía arriesgarme.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies. No por la revelación en sí, sino por el peso de lo que implicaba. Mi padre, ese hombre tranquilo que cocinaba paellas los domingos y se reía de mis chistes malos, había estado viviendo una pesadilla de espionaje corporativo y amenazas mientras yo creía que mi madre simplemente había perdido la batalla contra el cáncer.

—¿Y Adrián? —pregunté, aunque ya intuía parte de la respuesta—. ¿Dónde estaba él en todo esto?

—En medio —suspiró—. Sin saberlo. Era un peón, como yo. Un peón brillante, eso sí. Un médico al que intentaron utilizar como chivo expiatorio cuando todo salió mal. Yo sabía que era bueno. Que había intentado salvar a tu madre, que llegó tarde porque estaba salvando a otro paciente en otra planta. Pero la gente que manejaba los hilos… quería convertirlo en el culpable. Era más fácil. Un médico joven, ambicioso, sin familia poderosa. El perfecto sacrificio.

Miré mis manos. Las manos de escritora. Las manos que habían escrito finales felices creyendo que la realidad era más simple.

—¿Por qué no me lo dijiste? —La pregunta salió más como un suspiro que como una acusación—. ¿Por qué me dejaste creer que era cáncer? ¿Por qué dejaste que odiara a Adrián durante semanas creyendo que había matado a mi madre?

—Porque quería protegerte —dijo, y había lágrimas en sus ojos ahora—. De la fealdad. De la corrupción. Del dolor de saber que tu madre murió por dinero, por intereses, porque a alguien le salió más barato ocultar la verdad que hacer justicia. Y cuando apareció Ferrer en tu vida… —se detuvo, secándose las mejillas—… cuando vi que te enamorabas de él, supe que era el destino. La oportunidad de que ambos supieran la verdad. De que se enfrentaran a ello juntos. Pero me equivoqué en la forma. Utilicé a mi propia hija. Te convertí en un arma en lugar de dejarte elegir. Y eso… eso es imperdonable.

Me levanté. Necesitaba moverme, alejarme de la mesa, del olor a limón, de la densidad de la verdad que se instalaba en mi pecho como una losa. Caminé hacia el rincón del patio donde Chorizo dormía en su cama de mimbre, ajeno al drama humano.

—Me habéis ocultado las dos cosas —dije, girándome hacia mi padre—. Tú la verdad sobre mi madre. Adrián la verdad sobre su participación. Durante años, ambos habéis intentado protegerme alejándome de la realidad. Y eso... —sentí que la rabia subía, caliente y justificada—... eso me enfada más que la propia mentira. ¿Pensabais que era débil? ¿Que no podría soportar la verdad? ¿Que necesitaba vivir en una burbuja de mentiras para ser feliz?

—Nunca pensé que fueras débil —dijo Vicente, levantándose tambaleante—. Pensé que merecías ser feliz. Que el peso de la venganza, de la rabia, de la complejidad... me correspondía a mí, no a ti. Pero veo ahora que me equivoqué. Que al protegerte te robé la oportunidad de ser la mujer fuerte que realmente eres.

Sus palabras me detuvieron. Porque había algo de verdad en ellas, pero también había algo de excusa barata. No era solo sobre protección. Era sobre control. Sobre la creencia de que los hombres debían cargar con las decisiones difíciles mientras las mujeres permanecían al margen, limpias e inocentes.

—No necesito que me protejas —dije, y mi voz tembló, pero no cedí —. Necesito que confíes en mí. Que me trates como a una adulta capaz de soportar la verdad, por dura que sea. Adrián cometió el mismo error. Pensó que amarme significaba evitarme el dolor. Pero el amor no es eso, papá. El amor es compartir el dolor. Es no estar sola en él.

Vicente asintió. Parecía haber envejecido diez años en una hora.

—Lo sé ahora —susurró—. Y lo siento. Pero tengo algo que puede ayudar. Documentos que guardé durante años. Pruebas de lo que realmente pasó. De quién estaba detrás de todo. Si los quieres... si quieres realmente enfrentarte a la verdad completa... están en mi habitación. En el baúl viejo. Siempre supe que algún día tendrías que verlos.

Llamé a Adrián a medianoche. No al móvil, sino al teléfono fijo de su casa, ese número que casi nadie conocía y que sonaba con un timbre antiguo, casi melancólico.

—Necesito verte —dije cuando contestó, y mi voz debió de transmitir algo de la urgencia que sentía, porque no preguntó nada. Solo dijo que llegaría en veinte minutos.

Cuando apareció en la puerta, tenía el aspecto de quien no había dormido en días. Barba de tres días, ojos hundidos, la camisa arrugada que llevaba desde la mañana anterior. Pero cuando me vio, algo cambió en su expresión. Se suavizó. Se iluminó con una ternura que me hizo querer llorar y abrazarlo al mismo tiempo.

—Hablé con mi padre —dije, sin dejarle pasar todavía—. Me contó todo. Sobre su trabajo, sobre las amenazas, sobre cómo intentó protegerte a ti también, sin que lo supieras.

Adrián cerró los ojos. Apoyó la frente contra el marco de la puerta, respirando hondo.

—Entonces lo sabes —murmuró—. Sabes que no maté a tu madre. Pero también sabes que la dejé morir. Que encubrí el error de Gabriel. Que elegí proteger al hospital en lugar de la verdad.

—Sé que eras joven —dije, y finalmente le abrí la puerta—. Sé que te dijeron que era lo correcto para tu carrera. Sé que creíste que ocultar el error de un compañero era lealtad, cuando en realidad era cobardía. Y sé... —hice una pausa, buscando sus ojos grises—... sé que has pasado seis años intentando compensarlo salvando vidas. Como si cada corazón que repararas pudiera borrar el que se detuvo en esa mesa de operaciones.

Entró en la casa. Nos quedamos de pie en el recibidor, demasiado cerca, pero sin tocarnos, como si ambos temiéramos que el contacto físico rompiera el equilibrio frágil que estábamos estableciendo.

—Mi error no fue operar mal —dijo Adrián finalmente, y su voz sonó ronca, destrozada—. Mi error fue pensar que podía protegerte de la verdad. Que si te amaba lo suficiente, podía crear un mundo donde no sintieras dolor. Pero eso... eso es imposible, ¿verdad? El dolor existe. Y compartirlo es lo único que podemos hacer.

Asentí. Porque era exactamente eso. Porque finalmente, después de semanas de discusiones, de heridas, de silencios, entendíamos el mismo idioma.

—Necesito que me prometas algo —dije, acercándome un paso—. No más secretos. No más protección a través de la omisión. Si me amas, ama toda de mí. Incluso la parte que puede soportar la verdad más oscura. Incluso la parte que puede enfrentarse a quien sea si estamos juntos.

Adrián extendió la mano. Lentamente, como si esperara que yo retrocediera. Cuando sus dedos rozaron los míos, sentí la electricidad habitual, pero también algo más profundo. Una conexión que había madurado a través del fuego, no a pesar de él.

—Te amo —dijo, simplemente—. Con todas tus partes. Con tu fuerza, con tu rabia, con tu capacidad para ver la verdad cuando yo intento ocultarla. Y prometo... prometo aprender a dejarte entrar en la oscuridad conmigo, en lugar de intentar encerrarte fuera de ella.

No hubo grandes discursos. No hubo rodillas en el suelo ni declaraciones teatrales. Solo nos abrazamos, con fuerza, con la desesperación de quienes han estado a punto de perderse y han decidido, conscientemente, volver a empezar. Sentí su corazón latiendo contra el mío, desenfrenado, real, vivo.

—Mi padre tiene documentos —dije contra su pecho—. Pruebas de quién estaba realmente detrás de todo. De quién movió los hilos para que Gabriel pareciera el culpable, para que tú parecieras el héroe que falló, para que mi madre se convirtiera en una estadística más.

Adrián se separó lo suficiente para mirarme a los ojos. Vi determinación en ellos. La determinación del médico que enfrenta un diagnóstico difícil, no para curarlo, sino para entenderlo.

—Entonces investiguemos juntos —dijo—. Esta vez, sin secretos. Sin protección innecesaria. Solo tú y yo, y la verdad, por muy fea que sea.

Los documentos estaban en un baúl de madera vieja que olía a naftalina y a recuerdos reprimidos. Mi padre nos dejó solos en su habitación, diciendo que necesitaba dar un paseo, que no podía soportar ver esos papeles de nuevo. Adrián y yo nos arrodillamos frente al baúl como dos niños frente a un cofre del tesoro pirata, aunque sabíamos que lo que contenían no era oro, sino veneno.

Había cajas ordenadas por años. Facturas, correos impresos, fotografías borrosas de reuniones en las que hombres con trajes caros sonreían mientras firmaban sentencias de muerte disfrazadas de acuerdos comerciales. Adrián revisaba los expedientes médicos con la precisión de quien entiende el lenguaje técnico, mientras yo buscaba nombres, conexiones, patrones que pudieran revelar quién había orquestado todo.

—Aquí —dijo Adrián de repente, señalando un contrato amarillento —. Esta es la empresa para la que trabajaba tu padre. Y esta... — señaló una firma al margen—... es la persona que autorizó los pagos a Gabriel. La que le encargó que manipulara los expedientes. La que tenía acceso a todo.

Miré el nombre. No me sonaba de nada. Pero Adrián palideció. Literalmente perdió el color de la cara, convirtiéndose en un fantasma de sí mismo.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo que el pánico se instalaba en mi estómago—. ¿Conoces a esta persona?

—No puede ser —murmuró, revisando el documento una y otra vez como si esperara que el nombre cambiara—. Es imposible. Él siempre... siempre estuvo de mi lado. Me protegió cuando empecé. Me cubrió cuando cometí errores. Me dijo que era como un padre para mí.

—¿Quién, Adrián? —Mi voz salió tensa, casi un grito contenido.

Adrián levantó la vista. En sus ojos vi una mezcla de traición y horror que me heló la sangre.

—El director del hospital —dijo—. Martín Echeverría. El hombre que me dio mi primera oportunidad. El que estuvo en mi boda con Elena, aunque durara poco. El que me sugirió que encubriera el error de Gabriel hace seis años. Dijo que era lo mejor para todos. Que el hospital necesitaba protegerse. Que yo debía ser leal.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Pero no terminaba ahí. Seguí hojeando los documentos, buscando más conexiones, y entonces lo vi. En la última página de un informe interno sellado con fecha de hace apenas tres meses. Un memorando dirigido a un comité de dirección.

Mi mano empezó a temblar. Levanté el papel para que Adrián lo viera.

—No es solo Martín —susurré, y mi voz sonó lejana, como si viniera de otra habitación—. Mira la lista de destinatarios. Mira quién recibió copia de esto.

Adrián cogió el documento. Sus ojos recorrieron la lista de nombres. Y cuando llegó al último, el que aparecía con una nota al margen que decía *coordinación directa*, soltó un taco que resonó en la habitación silenciosa.

—No —dijo, negando con la cabeza—. No, esto es una trampa. Tiene que serlo.

Pero yo ya sabía que no lo era. Porque el nombre que aparecía en esa última página, el nombre de la persona que había estado coordinando toda la conspiración desde dentro del hospital durante años, era alguien que conocíamos demasiado bien. Alguien que había estado en mi casa. Alguien que había cenado con nosotros. Alguien que siempre, siempre, parecía estar de nuestro lado, ayudando, protegiendo, observando.

Marta Echeverría.

La directora de Enfermería.

La mujer que nos había alertado sobre los accesos irregulares. La que había encontrado las pruebas contra Lucas. La que había estado a nuestro lado en cada paso, fingiendo ser aliada mientras movía los hilos para destruir a Adrián.

Y lo peor... lo peor era que al final del documento, en una nota manuscrita que parecía reciente, había una sola línea que me dejó sin aliento:

«Eliminar a Candela Navarro si es necesario. Ya no es útil.»

Adrián cogió mi mano. Su agarre era fuerte, casi doloroso, anclándome a la realidad mientras el mundo se desmoronaba.

—Nos ha estado utilizando —dijo, y su voz era hielo puro—. Desde el principio. Todo ha sido ella. Las filtraciones, las amenazas, la forma en que siempre aparecía en el momento exacto para ayudarnos.

—Y ahora quiere deshacerse de mí —completé, con la voz rota.

—Nunca —dijo Adrián, girándome hacia él con fuerza—. Nunca te dejaré. Ahora lo sabemos. Y ahora podemos luchar. Juntos.

Miré los documentos esparcidos sobre el suelo, las pruebas de una conspiración que había durado años, los nombres de personas que habían destruido vidas sin remordimiento. Y luego miré a Adrián. Realmente lo miré.

—Juntos —repetí, y por primera vez desde que empezó todo, la palabra sonó a promesa real, a posibilidad tangible, a futuro.

Porque ahora sabíamos la verdad. Y aunque esa verdad era terrible, aunque nos enfrentábamos a enemigos poderosos y a traiciones profundas, ya no estábamos solos.

Y eso, en medio de la oscuridad, era suficiente para seguir luchando.

Capítulo 30



Adrián

El nombre saltó del papel como una serpiente que hubiera estado esperando años para morder. Tomás Beltrán. Director ejecutivo del grupo hospitalario. El hombre que me había dado la mano cuando entré como residente, que había pronunciado discursos sobre la excelencia médica, que había llorado cuando inauguramos la nueva unidad de cardiología hace tres años. Tomás. No Marta, ni Gabriel, ni algún enemigo oculto en las sombras. Tomás, que había sido como un padre para mí durante una década.

Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies. No era metáfora; fue una sensación física real de caída libre, de vértigo, como si el edificio entero hubiera decidido inclinarse sobre su eje. Apoyé una mano en la mesa de la cocina para no tambalearme, viendo cómo las letras del nombre se borraban ante mis ojos.

—No puede ser —murmuré, y mi voz sonó a alguien que había perdido el aire de los pulmones—. Tomás me conoció cuando tenía veinticinco años. Me dio mi primera oportunidad. Me defendió cuando cometí errores. Me dijo... —hice una pausa, tragando saliva—... me dijo que era el futuro de la medicina española.

Candela estaba a mi lado, con el documento aún en sus manos. Su expresión era una mezcla de determinación y compasión, esa combinación que había aprendido a reconocer como su firma emocional.

—El futuro que podía controlar —dijo ella, suavemente—. O destruir, si era necesario. Adrián, piénsalo. Hace seis años, cuando ocurrió lo de tu madre... de mi madre... él estaba en una posición perfecta. Intentaba cerrar una investigación interna para evitar un escándalo económico. Necesitaba un culpable que fuera creíble. Alguien joven, brillante, con prestigio. Alguien cuya caída generara titulares, pero no lealtades infranqueables. Tú encajabas perfectamente.

Las piezas empezaron a encajar con una precisión horrible. Las transferencias sospechosas que Vicente había descubierto. La forma en que siempre había alguien en el hospital listo para filtrar información en el momento exacto. Las amenazas profesionales que parecían venir de todas partes y de ninguna. Tomás tenía acceso a todo. Podía manipular informes, mover fichas, destruir vidas desde su despacho de cristal en la planta ejecutiva mientras sonreía en las fotos institucionales.

La rabia llegó como una marea. No fue un estallido inmediato, sino algo que creció desde mis pies hasta la coronilla, calentando mi sangre hasta el punto de ebullición. Apreté los puños sintiendo cómo las uñas se clavaban en las palmas, buscando el dolor físico para anclarme a la realidad.

—Voy a matarlo —dije, y la frase salió con una calma terrible—. No metafóricamente. Voy a encontrarlo y voy a...

—Adrián —interrumpió Candela, poniendo una mano sobre mi puño cerrado—. Mírame.

Negué con la cabeza. No quería mirarla. No quería ver nada excepto la imagen de Tomás Beltrán siendo arrastrado por su propia corrupción.

—Adrián —insistió ella, y esta vez su voz tenía un filo de autoridad que me detuvo—. Si vas ahora, si actúas impulsivamente, conseguirá exactamente lo que quiere. Destruirte. Convertirte en el monstruo que dice que eres. Perderás todo: tu licencia, tu reputación, y lo que es peor... perderás la posibilidad de demostrar la verdad.

Quería gritarle que no entendía. Que no podía entenderlo. Que Tomás no solo había intentado destruir mi carrera; había manipulado la muerte de su madre, había utilizado a su padre, había convertido nuestra vida en un juego de ajedrez donde éramos peones descartables.

Pero entonces la miré. Realmente la miré. Vi sus ojos verdes, fijos en los míos, llenos de una fuerza que no había visto cuando la conocí. Vi a la mujer que había sobrevivido a mi frialdad, a mis secretos, a mi estupidez. Y vi que tenía razón.

—Escúchame —dijo ella, más suavemente ahora—. Esta vez, escúchame. No actúes solo. No te cierres. No vayas a enfrentarte a él con las manos vacías y la rabia llena.

Respiré hondo. Una vez. Dos. Tres. Sentí cómo la rabia retrocedía, no desaparecía, nunca desaparecería, pero se transformaba en algo más frío. Más estratégico. Más peligroso para Tomás, porque ahora podía pensar.

—Está bien —dije finalmente, y la concesión me supo a derrota y a victoria simultáneas—. No iré. No ahora. Pero tenemos que encontrar pruebas sólidas. Pruebas que no pueda borrar ni comprar.

Candela sonrió. Fue una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero iluminó todo su rostro.

—Eso es nuevo —dijo—. El Adrián de hace un mes habría salido por la puerta hecho una furia. Habría ido directo al hospital a confrontar a Tomás sin importar las consecuencias.

—El Adrián de hace un mes no tenía a alguien que le recordara que hay formas mejores de luchar —respondí, y cogí su mano entre las mías.

Ese detalle la emocionó. Lo vi en sus ojos, en la forma en que apretó mi mano, en el pequeño gesto de sorpresa que trató de disimular. Significaba que estaba cambiando. Que finalmente entendía que la fuerza no residía en el control solitario, sino en la confianza compartida.

Volví a mi casa esa noche con la intención de revisar archivos antiguos, de buscar cualquier correo o documento que pudiera vincular a Tomás con las irregularidades. Pero cuando entré, supe inmediatamente que algo andaba mal.

La ventana del salón estaba abierta. No entreabierta por el viento. Abierta de par en par, con el cristal empujado hacia fuera, dejando entrar el aire húmedo de la noche valenciana. Me quedé inmóvil en el umbral, con las llaves aún en la mano, sintiendo cómo el instinto de supervivencia que había desarrollado durante años de guardias de urgencias se activaba con crudeza.

No encendí la luz. Avancé con pasos silenciosos, escuchando cada crujido de la madera, cada sombra que podía esconder a alguien. La casa estaba ordenada, pero había algo diferente. Un olor a perfume ajeno, a colonia masculina barata que no era la mía. Alguien había estado allí. Recientemente.

Revisé cada habitación con el corazón latiéndome en la garganta. El despacho: intacto. El dormitorio: sin cambios aparentes. La cocina...

Sobre la encimera de granito negro, donde esa mañana había dejado una manzana sin comer, había ahora un papel blanco. Doblado por la mitad. Sin sobre. Sin remitente.

Mis manos temblaron cuando lo abrí. La letra era impresa, anónima, pero el mensaje era devastador en su simplicidad:

«Deja de buscar o perderás lo que más quieres.»

No había firma. No hacía falta. Sabía quién lo había enviado. O más bien, sabía quién lo había ordenado. Tomás había llegado antes. Tenía ojos en todas partes. Y ahora estaba jugando sucio, abiertamente, sin disimular ya su involucración.

Pero no era el mensaje en sí lo que me heló la sangre. Era la implicación. Lo que más quieres. No era mi carrera. No era mi reputación. Era ella. Candela. Siempre había sido ella desde el momento en que irrumpió en mi consulta con sus zapatillas Converse y su sarcasmo.

Sentí un miedo que nunca había experimentado. No el miedo profesional a fallar en una operación, no el miedo social a ser despreciado. Era un terror primitivo, visceral, el de un animal que sabe que su pareja está en peligro y no puede protegerla.

Salí corriendo de la casa sin cerrar la puerta. Conduje como un loco por las calles de Valencia, saltándome semáforos, girando esquinas con chirridos de neumáticos. Llamé a su móvil una docena de veces. No contestaba. Cada tono sin respuesta era una aguja en mi pecho.

Cuando llegué a su casa en Benimaclet, el coche aún no se había detenido completamente cuando salté de él. La puerta estaba cerrada. Toqué el timbre. Una vez. Dos. Tres. Golpeé con los nudillos.

—Candela —grité, sin importarme los vecinos, la hora, la dignidad —. Candela, abre.

La puerta se abrió. Y allí estaba ella. Con el pelo recogido en una coleta despeinada, con gafas de lectura que nunca le había visto puestas, con una taza de té humeante en la mano. Parecía sorprendida, pero viva. Intacta. Segura.

—¿Qué...? —empezó, pero la interrumpí tomándola en mis brazos, apretándola con fuerza contra mi pecho, inhalando su olor para confirmar que realmente estaba allí, que no había sangre, que no había peligro inminente.

—Adrián, estás temblando —dijo ella, apartándose lo suficiente para mirarme a los ojos—. ¿Qué ocurre?

Dudé. Esa duda familiar que me había acompañado toda la vida: ¿protegerla ocultando el peligro o confiar en ella compartiéndolo? Pero esta vez la duda duró solo un segundo. Saqué el papel arrugado del bolsillo y se lo tendí.

Ella lo leyó. Su expresión no cambió. No mostró miedo, ni sorpresa, ni indignación. Solo una determinación que se volvió más profunda, más oscura.

—Entonces ahora tenemos todavía más motivos para ganar —dijo, y dobló el papel con calma, metiéndoselo en el bolsillo de la bata—. No vamos a dejar de buscar, Adrián. Vamos a buscar más fuerte. Más listos. Y vamos a destrozarlo.

La miré. Realmente la miré. Y en ese momento, con el miedo todavía latiendo en mis venas, pero su presencia anclándome a la realidad, supe que ya no estaba solo. Que nunca más estaría solo en esto.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —pregunté, incrédulo—. Acaban de amenazar tu vida. Nuestra vida.

—Porque el miedo es su arma —respondió ella, tomando mi mano y guiándome hacia dentro—. Y si dejamos que nos paralice, él gana. Pero si usamos ese miedo como combustible... entonces es nuestro.

Capítulo 31



Adrián

Los días siguientes fueron una extraña mezcla de investigación intensa y convivencia doméstica que nunca habría imaginado posible. Candela se instaló en mi casa con una determinación que no admitía discusión. Trajo sus gatos, sus libros, su caos organizado, y de repente mi espacio perfectamente ordenado se convirtió en un campo de batalla de calcetines perdidos, tazas de café olvidadas en rincones imposibles, y papeles esparcidos sobre cada superficie plana.

Pero también se convirtió en un hogar.

Ella investigaba a Tomás a su manera. Mientras yo buscaba pruebas forenses, documentos oficiales, registros bancarios, ella se sentaba frente al portátil durante horas revisando entrevistas, apariciones públicas, declaraciones en congresos. Decía que como escritora sabía que las personas dejaban pistas sin darse cuenta, que la verdad siempre se colaba en los pequeños gestos, en lo que no se decía.

—Mira esto —dijo una mañana, mientras yo organizaba la nevera por colores —un hábito que ella encontraba hilarante y patético a partes iguales—. He revisado veinte horas de entrevistas de Tomás Beltrán. ¿Sabes qué he descubierto?

—Dime —respondí, colocando los yogures azules en el estante inferior.

—Siempre habla de médicos. De la excelencia médica, del esfuerzo de los profesionales, de la importancia de la formación. Pero nunca... nunca habla de pacientes. Nunca menciona a las personas que salvan, solo a los que salvan. Es como si los enfermos fueran números, estadísticas, herramientas para el prestigio de los doctores.

Dejé el brócoli en el cesto de verduras y me acerqué a ella. En la pantalla del portátil había una tabla que ella había creado, con citas de Tomás organizadas por categorías. Era impresionante. Metódica. Brillante en su simplicidad.

—Tienes una mente peligrosa —dije, y era un cumplido genuino.

Ella sonrió, girándose en la silla para mirarme.

—Por fin reconoces una de mis virtudes —bromeó—. Llevaba meses esperando que lo admitieras.

—Admito muchas cosas últimamente —respondí, inclinándome para besarla—. Incluso que tu método de organización caótica tiene sus ventajas.

—¿Cuáles?

—Que nunca sé qué voy a encontrar al abrir un cajón. Mantiene la vida interesante.

Se rio, un sonido cálido que llenó la cocina. Y luego volvió a su investigación, y yo a la mía, y durante horas trabajamos en silencio cómodo, interrumpidos solo por los ronroneos de Taco y Chorizo, que habían tomado posesión del sofá como si siempre hubieran vivido allí.

Esa noche, mientras preparábamos la cena juntos, ella cortando cebolla entre lágrimas involuntarias, y yo intentando no quemar el pollo, me hizo una pregunta que me detuvo en seco.

—¿Alguna vez imaginaste tener una vida así? —dijo, señalando con el cuchillo hacia la cocina, hacia nosotros, hacia la normalidad domesticada que habíamos creado entre tanta adversidad.

Negué con la cabeza, revolviendo la salsa para ganar tiempo.

—No —admití—. Durante mucho tiempo creí que una vida tranquila era una vida desperdiciada. Que, si no estaba operando, si no estaba avanzando, si no estaba siendo el mejor... entonces no merecía la pena. Pensaba que el amor, la familia, la domesticidad... eran distracciones para gente que no tenía ambición.

—¿Y ahora? —preguntó ella, con voz suave.

Apagué el fuego. Me giré hacia ella, viendo cómo la luz de la cocina iluminaba su perfil, cómo tenía una mancha de tomate en la mejilla que no se había dado cuenta, cómo me miraba con una expectativa que me hacía querer ser honesto por primera vez en mi vida.

—Ahora entiendo que estaba equivocado —dije—. Que esta... —hice un gesto amplio—... esto que tenemos, aunque sea temporal, aunque sea complicado, aunque venga acompañado de amenazas y peligros... es lo único real. Lo único que importa. El resto es ruido.

Candela dejó el cuchillo. Se acercó a mí, poniendo las manos sobre mi pecho, sintiendo mi corazón.

—Eso es muy cursi, doctor Ferrer —susurró.

—Lo sé. Pero es verdad.

Estábamos a punto de besarnos, a punto de dejar que la cena se quemara mientras nos perdemos el uno en el otro, cuando sonó el teléfono. El tono específico de Mireia, urgente, insistente.

—Contesta —dijo Candela, retrocediendo con un suspiro—. Seguro que es importante.

Contesté con el altavoz puesto para que ella pudiera escuchar.

—Adrián, he encontrado algo —dijo Mireia, sin saludar—. Es sobre Sergio. Tu ex, Candela. He estado revisando registros de empresas, conexiones financieras... y aparece vinculado a una consultora que trabajó con Tomás Beltrán hace dos años. Una empresa de relaciones públicas que se encarga de gestionar reputaciones.

Sentí que se me tensaba la mandíbula. Candela palideció visiblemente.

—¿Qué tipo de vínculo? —preguntó ella, acercándose al teléfono.

—Sergio hizo fotografía para ellos. Reportajes corporativos, eventos... pero el timing es sospechoso. Empezó a trabajar con esa empresa justo cuando Tomás comenzó a planificar la caída de Adrián. Y luego, de repente, reapareció en tu vida, Candela. Justo cuando todo esto empezaba.

Colgué. El silencio en la cocina era denso, cargado de electricidad. Candela se sentó en una silla, con la mirada perdida en el pollo que se enfriaba en la sartén.

—¿Crees que...? —empecé, pero no pude terminar la frase.

—No sé qué creer —respondió ella—. Sergio fue un idiota. Un manipulador. Pero... ¿estaría dispuesto a formar parte de algo así? ¿Para destruirme?

—Para destruirnos —corregí, y noté que mi voz tenía un filo de celos que no podía controlar—. Porque si sabía lo que estaba pasando, si su vuelta no fue casualidad... entonces estuvo cerca de ti sabiendo que te estaban utilizando. Eso es... —apreté los puños—... eso es peor que cualquier infidelidad.

Candela levantó la vista. Me miró con una intensidad que me hizo sentir expuesto.

—¿Tienes celos? —preguntó, y no era una acusación. Era una constatación.

—Muchos —admití, sin avergonzarme esta vez—. Sé que no sientes nada por él. Sé que es pasado. Pero la idea de que alguien de tu vida, alguien que te conoció antes que yo, cuando no eras famosa, cuando no te habías protegido aún... la idea de que esa persona pueda haber formado parte de esto, me vuelve loco.

—Adrián...

—Y lo peor —continué, dejando salir todo lo que había estado conteniendo—, es que tengo miedo. Miedo de que haya una parte de ti, por pequeña que sea, que todavía recuerde ese amor. Que todavía guarde algo de lo que fueron. Porque él te conoció en una época en la que yo no existía. Y eso... eso me da celos de una forma irracional y estúpida.

Candela se levantó. Se acercó a mí, tomando mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarla.

—Escúchame bien —dijo, con firmeza—. Sergio fue una etapa. Un error. Alguien que me enseñó exactamente lo que no quería en mi vida. Tú... —su voz se suavizó— tú eres lo que sí quiero. Lo único que quiero. No hay partes de mí que recuerden ese amor con nostalgia. Solo hay aprendizaje. Y gratitud de haber salido de ahí para encontrarte a ti.

Intenté asentir, pero el nudo en la garganta me lo impedía.

—Los fantasmas del pasado no desaparecen porque los ignoremos —continuó ella—. Desaparecen cuando dejan de tener poder. Y tú, Adrián... tú tienes todo el poder sobre mi presente. Sobre mi futuro.

La abracé. Con fuerza, con desesperación, con la necesidad de sentirla real, tangible, mía.

Fue Lucas quien nos interrumpió, llamando una hora después. Había hablado con Sergio. El fotógrafo estaba aterrorizado. Resultó que Tomás le había prometido una exclusiva sobre Candela, una historia donde ella pareciera una escritora desesperada por llamar la atención, dispuesta a cualquier cosa por vender libros. Pero Sergio se había negado. No por amor hacia Candela, admitió con culpa, sino porque no podía soportar la idea de destruirla de esa forma.

—Tenemos una red más grande de lo que pensábamos —dije a Candela después de colgar—. Tomás no solo quería destruirme a mí. Quería destruir tu credibilidad también. Hacernos parecer una pareja de mentirosos, de oportunistas.

—Entonces tenemos que actuar antes de que lo consiga — respondió ella.

Pero Tomás se nos adelantó.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos café en silencio, ambos exhaustos por la noche de revelaciones, sonó la alerta de noticias de mi teléfono. Y luego el de ella. Y luego el timbre de la puerta, con Lucas gritando desde el exterior que abriéramos la tele.

El titular era devastador:

«El doctor Ferrer manipula a la escritora Candela Navarro para limpiar su imagen: la verdad detrás del romance escandaloso»

Y debajo, fotos nuestras. Robadas. En mi casa, en su casa, en el hospital. Sonrisas que ahora parecían conspiraciones. Abrazos que se interpretaban como pactos de silencio.

De repente, nuestra relación no era solo nuestra. Era el centro del escándalo. La prueba supuesta de que yo había utilizado a Candela, o ella a mí, o ambos nos habíamos utilizado mutuamente para engañar al público.

Candela dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco. Me miró. Y en sus ojos vi el mismo fuego que había visto el primer día, cuando irrumpió en mi consulta dispuesta a no dejarse intimidar.

—Ahora sí que nos tienen a los dos en su punto de mira —dijo.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Ella sonrió. Una sonrisa peligrosa, brillante, llena de determinación.

—Ahora contamos la verdad. Toda. Antes de que él lo haga a su manera.

Y supe que estaba lista para la batalla final. Que estábamos listos. Juntos.

Capítulo 32



Candela

Los flashes de las cámaras explotaban contra las ventanas de mi casa como una tormenta eléctrica que no terminaba nunca. Había olvidado, durante las semanas de intimidad con Adrián, lo que significaba ser objeto de escrutinio público. Había olvidado que para el mundo yo no era Candela, la mujer que se perdía buscando las llaves tres veces al día o que lloraba viendo películas tontas. Para ellos era la escritora Candela Navarro, un personaje público cuya vida privada era territorio de conquista para quienes vendían titulares a cambio de clics.

Pero mientras observaba desde la rendija de la cortina cómo los periodistas acampaban en la acera de Benimaclet, sentí algo extraño. No era miedo. Era... reconocimiento. Durante años había escrito sobre mujeres fuertes, sobre protagonistas que enfrentaban adversidades con la barbilla alta y el corazón firme. Y ahora, viendo mi reflejo en el cristal oscurecido, comprendí que había llegado el momento de ser una de ellas. No podía permitir que escribieran mi historia por mí. No podía dejar que Tomás Beltrán, con sus mentiras bien orquestadas, convirtiera mi amor con Adrián en una vulgar estrategia de marketing.

—No voy a esconderme —dije en voz alta, aunque Adrián no estaba en la habitación. Lo dije para mí misma, como un juramento.

Cuando salí a la calle esa mañana, no lo hice por la puerta trasera ni con gafas de sol y sombrero. Salí por la puerta principal, con el pelo recogido en una coleta imperfecta, con vaqueros y una camiseta que decía «Las princesas también saben pelear», y caminé directamente hacia el grupo de reporteros que me esperaban junto a la verja.

—Señorita Navarro —gritó uno, empujando un micrófono hacia mi cara—. ¿Es cierto que su relación con el doctor Ferrer es un montaje publicitario para su próxima novela? ¿Está con él porque busca inspiración?

La pregunta era absurda, ofensiva, diseñada para hacerme tambalear. Durante un segundo, sentí el impulso infantil de darle un puñetazo en la nariz. Pero luego respiré hondo, recordando a todas esas protagonistas que había creado, y sonreí. No una sonrisa forzada, sino una de esas sonrisas que nacen cuando sabes exactamente quién eres y no necesitas demostrarlo.

—Si hubiera querido inventarme un hombre perfecto —dije, mirando directamente a la cámara que grababa en directo—, jamás habría creado a alguien tan complicado. Los hombres perfectos son aburridos. Y el doctor Ferrer, créanme, es muchas cosas, pero aburrido no es una de ellas.

La risa de algunos periodistas me sorprendió. No esperaban honestidad. Esperaban una negativa nerviosa, una declaración ensayada por un equipo de relaciones públicas. Pero yo no tenía equipo. Tenía mi voz, mi verdad, y la certeza de que no me avergonzaba de amar a Adrián, con todas sus complicaciones incluidas.

La respuesta se volvió viral antes de que llegara al final de la calle. Cuando entré en el café donde había quedado con Mireia, mi teléfono ya vibraba con notificaciones. #CandelaNavarroComplicado era tendencia. Los memes proliferaban. Y lo más sorprendente: la opinión pública empezaba a girar. La gente no quería un romance perfecto. Quería algo real. Algo humano. Algo nuestro.

Adrián me llamó una hora después. Su voz sonó diferente, más suave, casi reverente.

—Vi la entrevista —dijo, sin saludar—. Candela, eres... eres increíble. No necesitas que nadie te salve. Te salvas sola.

—Nunca he necesitado que me salven —respondí, aunque sentí que las mejillas se me sonrojaban—. Solo necesito que estén a mi lado mientras lo hago.

Esa noche, cuando llegó a mi casa, algo había cambiado. No era la urgencia de los últimos días, ni la tensión de la investigación. Era una calma que venía de haber tomado una decisión. De haber elegido, públicamente, estar juntos sin importar las consecuencias.

Estábamos en el sofá, con los pies enredados y una botella de vino medio vacía entre nosotros, cuando Adrián habló. No fue una declaración dramática, no fue una escena de película con música de fondo. Fue una confesión simple, directa, como si finalmente hubiera encontrado las palabras que buscaba desde hacía años.

—Estoy enamorado de ti —dijo, mirándome a los ojos sin parpadear —. Es algo que siempre estuvo ahí, esperando que yo dejara de tener miedo para verlo.

Dejé la copa sobre la mesa. Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve la voz estable.

—Yo también te amo —respondí—. Aunque seas el hombre más complicado que he conocido.

—Eres la primera persona —continuó él, ignorando mi broma—, la primera en toda mi vida, que ha conseguido que deje de pensar en lo que debo ser y empiece a disfrutar de lo que soy. Contigo no tengo que ser el mejor cirujano. No tengo que tener el control. Puedo simplemente... existir. Y eso es un regalo que no sé si merezco, pero que voy a pasar el resto de mi vida intentando merecer.

Nos besamos. Fue un beso lento, profundo, lleno de todas las palabras que no necesitábamos decir porque ya las sabíamos. Pero cuando nos separamos, la realidad volvió a instalarse entre nosotros como un invitado no deseado. Porque Tomás seguía libre. Y ahora, acorralado por la opinión pública que había perdido el control, sería más peligroso que nunca.

—Hemos descubierto algo —dijo Adrián, cambiando de tono, volviendo al modo médico, preciso, analítico—. Lucas ha accedido a sus registros de viaje. Tomás ha comprado billetes para Suiza. Vuelo en cuarenta y ocho horas. Pero antes de irse, quiere destruir la última prueba. La única que puede demostrar definitivamente su culpabilidad en la muerte de tu madre y en el encubrimiento de otros casos.

—¿Dónde está? —pregunté, incorporándome.

Adrián dudó. Miró hacia la ventana, hacia la noche valenciana, como si la respuesta estuviera escrita en las estrellas.

—En mi antigua casa —dijo finalmente—. La casa donde crecí. No la villa donde vivo ahora. Mi verdadero hogar. No la visito desde hace años, desde que murió mi hermano. Hay un archivo allí, en el desván, que mi padre guardó antes de morir. Documentos que Tomás no sabe que existen. Pero yo... yo los olvidé. O quizás los bloqueé.

Lo miré. Vi el miedo en sus ojos, el miedo a enfrentarse a su pasado, a los fantasmas de su infancia. Y supe que tenía que ir con él. No solo por la prueba. Por él.

La casa de la infancia de Adrián no se parecía en nada a la villa moderna y fría donde vivía ahora. Era una casa antigua de fachada azul descolorida, con ventanas de madera que crujían al abrirse y un olor a salitre y a recuerdos que se mezclaba en el aire. Era pequeña, sí, pero cálida. Vivía. Tenía alma.

—Dios —murmuré al entrar—. Esto es... esto es precioso.

Adrián encendió las lules, revelando salones llenos de muebles viejos pero cuidados, de fotografías enmarcadas en las paredes, de libros apilados en cada rincón. Vi a un Adrián niño sonriendo en la playa, con un moreno que ya no tenía. Vi a un adolescente serio en una graduación. Y vi a Daniel. Su hermano. Con la misma sonrisa, los mismos ojos, la misma promesa de futuro que nunca se cumplió.

—Nunca traigo a nadie aquí —dijo Adrián, con voz ronca—. Ni siquiera a Elena. Este lugar... es mío. O era. Antes de que todo se estropeara.

—El verdadero Adrián está aquí —dije, tocando una fotografía donde él tenía unos diez años, sosteniendo un pez con orgullo infantil —. No en esa casa perfecta donde vives ahora. Aquí. En estas fotos. En estos libros. En las marcas de altura que tus padres hicieron en la pared.

Señalé hacia el marco de la puerta de la cocina, donde efectivamente había rayas con fechas, mostrando el crecimiento de dos niños. Adrián se acercó, pasando los dedos sobre las marcas con una ternura que me hizo querer llorar.

—Daniel siempre crecía más rápido —dijo, y por primera vez habló de su hermano sin que su voz se quebrara por la culpa—. Me decía que un día sería alto como él y le protegería. Y yo... yo le creí.

Mientras buscábamos el archivo en el desván, entre cajas de cartón polvorientas y recuerdos olvidados, Adrián habló. Realmente habló. Me contó sobre las noches de verano en la terraza, sobre el primer libro de medicina que le regaló su padre, sobre la forma en que Daniel podía hacerle reír incluso cuando estaba enfadado. Habló de la muerte, sí, pero también de la vida. De lo que habían sido, no solo de lo que se había perdido.

Yo escuché. Sin interrumpir, sin intentar arreglar nada, sin ofrecer consuelos baratos. Solo estuve allí, presente, recibiendo su pasado como el regalo que era.

Finalmente, detrás de una caja de juguetes rotos, encontramos el archivo. Una carpeta de cuero gastado que olía a naftalina y a secretos guardados demasiado tiempo. Adrián la abrió con manos temblorosas.

Dentro había documentos. Muchos. Transferencias bancarias que vinculaban a Tomás con pagos sospechosos. Cartas de amenaza que Vicente había recibido y que nunca había denunciado por miedo. Y, en el fondo, algo que ninguno de los dos esperaba: una grabación en una cinta de casete antigua, con una etiqueta que decía «Conversación quince de marzo».

Adrián tenía una vieja grabadora de casete en el desván, un recuerdo de su adolescencia. La insertó con dedos torpes, y cuando pulsó *play*, el sonido de la cinta al moverse llenó la habitación silenciosa.

Primero escuchamos la voz de Tomás. Clara, autoritaria, fría. Hablando sobre limpiar el desastre y asegurar que el doctor Ferrer asumiera la responsabilidad. Pero luego, otra voz. Femenina, elegante y familiar.

Mi sangre se heló. Adrián dejó de respirar.

Era Valeria.

Su exnovia. La mujer que yo había visto como una amenaza romántica, como alguien perfecta e inalcanzable que encajaba mejor en su mundo. Pero ahora, escuchándola conspirar con Tomás, hablando de eliminar obstáculos y destruir reputaciones, comprendí que era algo mucho más peligroso que una ex enamorada.

La grabación terminaba con una frase suya, dicha con una calma que me erizó la piel:

—Adrián siempre ha tenido todo lo que quería. Ya era hora de que perdiera algo.

El silencio que siguió fue absoluto. Adrián se quedó inmóvil, con la mirada perdida en la cinta que seguía girando en la grabadora, ahora silenciosa. Y vi en sus ojos algo que me partió el corazón: no era rabia. Era decepción profunda, dolorosa, la de quien descubre que alguien a quien amó, a quien confió, podía desearle tal mal.

—Ella formaba parte de mi círculo —dijo finalmente, y su voz era un susurro—. Durante años. La consideraba... no sé. Una amiga. Alguien que me entendía. Y todo el tiempo...

—Todo el tiempo estaba esperando el momento de hacerte daño —completé, acercándome a él—. Pero ahora lo sabemos. Y eso cambia todo.

Adrián se levantó de golpe. Quería ir a enfrentarse a ella inmediatamente, lo vi en su postura, en la tensión de sus hombros, en la forma en que buscaba las llaves del coche en sus bolsillos.

—Espera —dije, tomando su brazo—. Adrián, espera. No podemos ir ahora, así, sin más pruebas. Necesitamos tenerlo todo preparado. Si actuamos desde la rabia, ella ganará. Ella y Tomás conseguirán exactamente lo que quieren: verte caer.

Me miró. Y vi la lucha interna, la necesidad de control que tanto caracterizaba a Adrián luchando contra la razón que le estaba ofreciendo. Pero luego, algo cambió. Asintió. Respiró hondo. Y dejó las llaves sobre la mesa.

—Tienes razón —dijo, y la concesión me sorprendió tanto como a él —. Antes habría salido corriendo. Habría ido directo a su casa a exigir explicaciones. Pero ahora... ahora te escucho.

Fue una pequeña victoria. Una victoria enorme, en realidad. Porque significaba que estaba cambiando. Que confiaba en mí no solo para compartir la cama, sino para compartir las decisiones.

Investigamos durante horas. Descubrimos que Valeria y Tomás tenían un interés común más allá del odio hacia Adrián: una nueva unidad médica privada que se inauguraba en Madrid, donde Adrián era el principal reclamo publicitario. Si él perdía prestigio, si su nombre se convertía en sinónimo de negligencia, Valeria podía ocupar su lugar como figura médica de referencia. La ambición pura y dura, mezclada con un resentimiento que debía de llevar años gestándose.

Pero mientras revisaba antiguos correos de Valeria, encontré algo que me inquietó. Mensajes de hacía un año, antes de que todo esto empezara. Mensajes donde ella le escribía a Adrián, donde parecía... genuina. Donde decía que lo echaba de menos. Que quería que volvieran. Que no entendía por qué él no le daba una segunda oportunidad.

—Ella no siempre te odiaba —le dije a Adrián, mostrándole los correos—. Parecía quererte de verdad. La traición... quizás nació de que tú la rechazaste. De una mezcla de ambición y... ¿dolor?

Adrián leyó los mensajes en silencio. Cuando terminó, suspiró, pasándose las manos por la cara.

—Nunca quise hacerle daño —dijo—. Simplemente... no la amaba. Y ella no podía aceptarlo. Pero eso no justifica esto. Nada justifica esto.

—No —acordé—. Nada lo justifica. Pero explica cómo alguien puede pasar de quererte a querer destruirte. El amor no correspondido es un veneno poderoso.

Esa noche, de vuelta en mi casa, hablamos hasta tarde. Le conté sobre Sergio, sobre cómo su traición me había hecho dudar de mi propio valor, de mi capacidad para juzgar a las personas. Adrián me escuchó, y luego admitió que él se había quedado atrapado en el pasado, reviviendo una y otra vez sus errores, mientras yo había logrado salir adelante.

—Eres más fuerte que yo —dijo, abrazándome en la oscuridad—. Siempre lo has sido.

—No más fuerte —respondí, apoyando la cabeza en su pecho—. Solo más testaruda.

Nos reímos. Una risa breve, necesaria, que rompió la tensión. Pero el momento se evaporó cuando el teléfono de Adrián vibró en la mesita de noche. Un mensaje. Lo leyó, y vi cómo su expresión cambiaba, cómo se ponía rígido, cómo la rabia volvía a sus ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté, incorporándome.

Me mostró la pantalla. Un mensaje de un número desconocido, pero firmado con un nombre que reconocí inmediatamente:

«Adrián. Necesito verte. A solas. Sin tu escritora. Tenemos que hablar de la grabación antes de que sea demasiado tarde para los dos. Valeria.»

Adrián me miró. Y en sus ojos vi la guerra: el deseo de protegerme, de ir solo, de enfrentarse a su pasado sin arrastrarme al fuego cruzado. Pero también vi algo nuevo. La duda. La pregunta silenciosa: ¿puedo confiar en ella para esto?

—No vas solo —dije, antes de que pudiera hablar—. Y no voy a interferir si no quieres. Pero estaré cerca. Porque esto es una trampa, Adrián. Y si caes en ella, caemos los dos.

Asintió. Y por primera vez, no discutió. No intentó protegerme alejándome. Simplemente cogió mi mano y apretó con fuerza, como si fuera el ancla que necesitaba para no perderse en la tormenta que se avecinaba.

—Juntos —dijo.

—Juntos —repetí.

Y supe que la batalla final estaba a punto de comenzar.

Capítulo 33



Adrián

Llegué a la cafetería del hotel con quince minutos de antelación, acompañado por dos abogados del bufete que había contratado para enfrentar la avalancha legal que se avecinaba. Eran hombres eficientes, de trajes oscuros y portafolios impecables, que hablaban en susurros sobre cláusulas y precedentes judiciales. Pero aunque físicamente no estaba solo, emocionalmente me sentí completamente aislado. Esta era una batalla que tenía que librar por mí mismo, con mis propias armas, frente a alguien que había conocido cada uno de mis puntos débiles y había decidido apretarlos hasta hacerme sangrar.

Valeria ya estaba sentada en la mesa del fondo, elegante como siempre, con un vestido de seda gris que debía costar más que el alquiler mensual de mi primer apartamento. Tenía las manos entrelazadas sobre la mesa, los nudillos blancos por la tensión, y cuando me vio entrar, su expresión no cambió. No mostró culpa, ni arrepentimiento, ni siquiera la satisfacción victoriosa que esperaba de alguien que había conspirado para destruirme. Solo había... resignación.

—Quería que vinieras solo —dijo, ignorando a los abogados que se sentaban en la mesa contigua, lo suficientemente cerca para escuchar, pero lo suficientemente lejos para no interferir—. Pero supongo que eso ya no es posible. Que nada es posible entre nosotros.

Me senté frente a ella. El sol entraba por los ventanales, iluminando el polvo flotante en el aire, creando una atmósfera surrealista para una conversación que nunca imaginé tener.

—¿Por qué? —Fue lo único que logré articular. No era la pregunta más elaborada, pero contenía todo: el dolor, la confusión, la traición.

Valeria no intentó negar nada. No fingió sorpresa ni inocencia. Eso, al menos, me lo debía.

—Colaboré con Tomás —reconoció, y su voz fue firme, aunque vi que le costaba mantener el contacto visual—. Le proporcioné información sobre ti. Tus horarios, tus debilidades, los pacientes que habías perdido y que podían utilizarse contra ti. Pero Adrián… —hizo una pausa, tragando saliva— nunca quise destruirte completamente. Eso es importante que lo entiendas.

—¿Importante? —La rabia surgió, fría y controlada—. ¿Que intentaras arruinar mi carrera, manipular la muerte de la madre de Candela, convertir mi vida en un infierno? ¿Eso lo haces sonar como un malentendido menor?

—¡Quería que sintieras lo que yo sentí! —exclamó ella, y finalmente se quebró la compostura. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero eran lágrimas de rabia, no de arrepentimiento—. Quería que entendieras lo que significa dedicarle tu vida a alguien y que esa persona elija siempre, siempre, a otra persona. A sus pacientes. A su trabajo. A su ambición. A cualquiera menos a ti.

Me quedé inmóvil. Porque en su furia había una verdad que no podía ignorar. Cuando estábamos juntos, yo había sido exactamente eso: alguien que despertaba a las cinco de la mañana para ir al hospital, que cancelaba citas por emergencias quirúrgicas, que llegaba tarde a las cenas de cumpleaños porque un paciente necesitaba atención urgente. Había elegido salvar desconocidos una y otra vez, dejándola esperando, construyendo una vida donde ella ocupaba el último lugar de una lista interminable de prioridades.

—Quizás fue cierto —admití, y mi voz sonó más suave de lo que pretendía—. Quizás te di la espalda. Quizás pensé que ser un buen médico excusaba ser un mal compañero. Pero Valeria... —me incliné hacia adelante, mirándola fijamente—... nadie tiene derecho a destruir a otra persona porque está herida. El dolor no justifica la crueldad. Nunca.

Ella me miró, y por un segundo vi en sus ojos a la mujer que había conocido años atrás. Ambiciosa, sí, pero también vulnerable. Alguien que había confundido el amor con la posesión, que creía que amar a alguien significaba tener derecho a toda su atención, a todo su tiempo, a cada pensamiento.

—Mi mayor error —dijo finalmente, con voz apenas audible— fue creer que si no eras mío, no podías ser de nadie. Que si no podía tenerte completamente, prefería que no existieras como el Adrián que yo conocía.

La conversación se prolongó durante una hora. Dolorosa, desgastante, llena de reproches y verdades incómodas. Cuando salí de la cafetería, llevaba conmigo algo más que la confirmación de su traición: llevaba la comprensión de que yo también había fallado, de que mi obsesión por el trabajo había sembrado semillas de destrucción que ahora cosechaba.

Candela me esperaba en el coche. No preguntó qué había pasado, no exigió detalles, no intentó analizar la conversación. Cuando me senté en el asiento del copiloto, simplemente se inclinó, me cogió en sus brazos y me abrazó con una fuerza que me hizo sentir, por primera vez en años, que podía dejar de ser fuerte.

—Estoy aquí —susurró contra mi cuello—. Eso es todo lo que necesitas saber ahora.

Y entonces entendí la diferencia entre mi pasado y mi presente. Con Valera, con Elena, con todas las relaciones anteriores, siempre había tenido que demostrar algo. Ser el mejor médico, el hombre más exitoso, el profesional más dedicado. Siempre había una competencia silenciosa, una necesidad de validación, una sensación de que el amor era un premio que ganabas mediante logros.

Con Candela, podía simplemente existir. Podía llegar agotado, confuso, derrotado, y ella seguía ahí. No porque le debiera nada, no porque tuviera que mantener una imagen, sino porque me quería en mi forma más imperfecta.

—Te amo —dije, y las palabras salieron rotas, sinceras, sin la necesidad de que sonaran perfectas.

—Yo también te amo —respondió ella, sin separarse de mí—. Ahora descansa. Porque esto no ha terminado.

La investigación dio un giro inesperado esa misma tarde. Lucas llamó con la noticia: Tomás había intentado salir del país. Su vuelo a Suiza estaba programado para el día siguiente, pero algo había salido mal. Una alerta en aduanas, un documento que no cuadraba. Estaba acorralado, desesperado, y eso lo convertía en el doble de peligroso.

—La policía necesita localizarlo antes de que desaparezca —dijo Lucas al teléfono—. Pero es escurridizo. Tiene contactos, recursos, escondites que no conocemos.

Fue entonces cuando Valeria hizo algo que no esperaba. Llamó a mi abogado y ofreció colaborar. No por arrepentimiento, según sus propias palabras, sino porque había entendido algo fundamental: Tomás también la había utilizado. La había convencido de que estaban en el mismo equipo, de que juntos conseguirían justicia, cuando en realidad ella era tan dispensable como yo. Un peón más en su tablero de ajedrez.

—Quiere ayudar a tender una trampa —explicó mi abogado—. Proporcionar información sobre sus escondites, sus contactos, sus métodos de comunicación. A cambio... bueno, eso es algo que tendréis que discutir.

Mientras los abogados y la policía preparaban la operación final, Candela y yo nos permitimos algo que parecía un lujo inalcanzable: unas horas de normalidad. Caminamos por Valencia como cualquier pareja, sin perseguidores ni amenazas pendientes. Fuimos a una horchatería del centro, nos sentamos en una terraza llena de turistas, y bebimos horchata con fartons mientras el sol de la tarde doraba la ciudad.

—Parecemos gente normal —dijo Candela, con un bigote blanco de horchata que me hizo querer besarla allí mismo, en público, sin importarme quién nos viera.

—Somos gente normal —respondí, limpiándole la nariz con el pulgar —. Solo que con una vida ligeramente más complicada de lo habitual.

Nos reímos. De verdad. Una risa que vino de lo profundo, que limpió algo dentro de mí. Por unas horas, fuimos simplemente Adrián y Candela, una pareja de enamorados discutiendo sobre si el verano era mejor que el invierno o sobre qué película ver esa noche.

Pero ambos sabíamos que la historia no había terminado. Que Tomás seguía libre, que Valeria podía cambiar de opinión, que el enemigo real nunca descansaba.

—Estoy viviendo dentro de una novela —dijo Candela de repente, mientras paseábamos por la Alameda—. Lo sé porque he escrito suficientes. Pero la diferencia es que esta vez no sé cómo termina. Y eso me aterra.

La cogí de la mano. Apreté con fuerza.

—Termina bien —dije, con más confianza de la que sentía—. Tiene que terminar bien.

La operación para detener a Tomás se preparó en secreto durante la noche. En la comisaría central, mapas extendidos sobre mesas, agentes de paisano revisando equipos, la tensión palpable en el aire. Candela insistió en participar. No como observadora, sino como colaboradora activa.

—Conozco su forma de pensar —argumentó frente al comisario y frente a mí—. Sé cómo manipula la información, cómo distorsiona la realidad. Puedo anticipar sus movimientos.

—No —dije rotundamente, cruzando los brazos—. Es demasiado peligroso. Si algo te pasara...

—¿Si algo me pasara qué? —interrumpió ella, con ese brillo desafiante en los ojos—. ¿Te volverías loco de remordimiento? ¿Me convertiría en tu próximo trauma? Adrián, no puedes protegerme de todo. Y si intentas hacerlo, me estás quitando mi agencia, mi capacidad de decidir.

Discutimos. Pero era diferente a nuestras peleas anteriores. No era un ataque y una defensa, era una negociación entre dos personas que se querían y respetaban. Había escucha, había concesiones, había la comprensión de que ambos teníamos razones válidas para nuestras posiciones.

Finalmente, llegamos a un acuerdo. Candela participaría, pero desde una posición segura, monitoreando comunicaciones, analizando datos. No estaría en la línea de fuego. No expondría su vida físicamente.

—Estoy aprendiendo a confiar —admití, cuando el comisario aceptó el plan—. Y tú estás aprendiendo a no lanzarte de cabeza sin pensar.

—Parece que ambos estamos creciendo —sonrió ella, aunque la tensión no desaparecía de su mirada.

El plan parecía funcionar. Valeria proporcionó la ubicación de un piso franco donde Tomás se escondía. La policía rodeó el edifico. Todo estaba listo para la detención.

Pero entonces, algo salió mal. Una llamada anónima alertó a Tomás. Una fuga por el sistema de alcantarillado que nadie conocía. Cuando los agentes entraron, el apartamento estaba vacío, con una nota escrita en el espejo del baño.

«Gracias por la información, Valeria. Eres tan predecible como él.»

Tomás había descubierto la colaboración de Valeria. Y ahora sabía que estábamos tras él.

Mi teléfono sonó una hora después. Número desconocido. Contesté con el corazón en la garganta.

—Doctor Ferrer —dijo la voz de Tomás, calmada, casi amigable—. Quiero hablar con su novia. Candela. A solas. Sin policías, sin grabaciones, sin trucos.

—Imposible —gruñí, sintiendo que la sangre se me helaba—. Ni se te ocurra acercarte a ella.

Pero Candela estaba a mi lado. Había escuchado todo. Y cuando colgué, su expresión me aterrorizó. No era miedo lo que veía. Era determinación.

—Precisamente por eso debo hacerlo —dijo ella, antes de que pudiera protestar—. Porque cree que puede manipularme. Porque piensa que soy el eslabón débil, la forma de llegar a ti. Y se equivoca. Adrián, se equivoca completamente.

Intenté razonar con ella. Supliqué. Grité. Pero Candela tenía esa expresión suya, la que significaba que había tomado una decisión y ni un ejército podría hacerla cambiar de opinión.

—Confía en mí —dijo, tomando mi rostro entre sus manos—. Como yo he confiado en ti. Déjame hacer esto.

El encuentro se programó para esa misma noche. Un antiguo edificio de oficinas en el puerto, abandonado desde la crisis económica, donde Tomás guardaba documentos de sus operaciones ilícitas. La policía se posicionó en los alrededores, oculta, lista para intervenir. Yo estaba en un furgón a dos calles de distancia, escuchando a través de un dispositivo de audio que Candela llevaba oculto, con cada fibra de mi ser queriendo correr hacia allí y arrancarla de esa situación.

Escuché cómo entraba en el edificio. Cómo sus pasos resonaban en el silencio. Cómo Tomás la recibía con una cortesía burlona, ofreciéndole agua, hablándole como si fueran viejos amigos.

—Su novio no es el hombre que cree —empezó Tomás, y su voz tenía ese tono persuasivo que había utilizado durante años para manipular a médicos y pacientes—. Los grandes hombres siempre tienen secretos, Candela. Siempre hay oscuridad bajo la superficie brillante. Adrián no es diferente.

—Lo sé —respondió Candela, y su voz sonó firme, clara e impresionantemente calmada—. Sé que tiene defectos. Sé que ha cometido errores. Sé que no es el médico perfecto ni el hombre perfecto. Precisamente por eso lo amo, Tomás. Porque no necesito que sea perfecto. Necesito que sea honesto. Y eso es algo que usted nunca ha sido.

El silencio que siguió fue denso. Luego escuché un cambio en el tono de Tomás. La máscara de cortesía cayó, reemplazada por algo frío, peligroso.

—Entonces es una lástima —dijo él—. Porque la honestidad no le servirá de nada donde va a ir.

—¿A dónde voy? —preguntó Candela, y por primera vez detecté un atisbo de nerviosismo en su voz.

—No lo sabe —dijo Tomás, y ahora su voz sonaba más cerca, como si se hubiera acercado a ella—. Pero lo descubrirá pronto.

Escuché un ruido sordo. Un grito ahogado. El sonido de algo cayendo.

Y luego, la voz de Tomás, directamente en el micrófono, sabiendo que yo estaba escuchando:

—Doctor Ferrer, si quiere recuperar a su novia, vendrá solo. Sin policías. Traiga los documentos que tiene sobre mí. Y prepárese para perder algo más valioso que su carrera.

La conexión se cortó.

Y yo, sentado en la oscuridad del furgón, con el corazón desbocado y la mente en blanco, supe que la batalla final acababa de comenzar. Pero esta vez, Candela no estaba a mi lado. Estaba sola, con el enemigo, y yo tenía que decidir cuánto estaba dispuesto a sacrificar para salvarla.

Todo. Estaba dispuesto a darlo todo.

Capítulo 34



Adrián

El silencio fue peor que cualquier grito. Cuando la conexión del dispositivo de audio se cortó bruscamente, dejándome en la oscuridad del furgón con solo el zumbido eléctrico de la estática, supe con una certeza absoluta y aterradora que algo había salido terriblemente mal. No era una suposición médica, fría y analítica. Era un conocimiento visceral, primario, que venía de algún lugar más profundo que la razón.

Conocía a Candela. La conocía lo suficiente como para saber que nunca, bajo ninguna circunstancia, ignoraría una llamada de emergencia. Que si había dejado de responder, si el micrófono había caído en silencio, no era porque hubiera decidido guardar silencio voluntariamente.

Por primera vez en muchos años, quizás por primera vez en mi vida adulta, sentí auténtico pánico. No el miedo controlado, útil, que sentía antes de una operación complicada, cuando la adrenalina se mezclaba con la concentración profesional para crear una máquina eficiente de tomar decisiones. No. Esto era diferente. Esto era el miedo del hombre, no del médico. El terror de perder a alguien a quien amas más que a tu propia existencia. El pánico de imaginar un futuro vacío, silencioso, sin su risa, sin su caos, sin su forma de llenar los espacios que yo ni siquiera sabía que estaban vacíos.

—¡Moveos! —grité, saliendo del furgón como un proyectil, olvidando protocolos, olvidando la cautela que años de entrenamiento médico me habían inculcado—. ¡Está en peligro! ¡Ahora!

Los agentes de policía reaccionaron con la rapidez que la situación exigía. En cuestión de segundos, el edificio abandonado del puerto quedó rodeado. Localizamos la señal del dispositivo que Candela llevaba en un piso superior, en una habitación interior sin ventanas. Tomás estaba allí, con ella, y el tiempo se agotaba.

Entré sin pensar. Literalmente. No recuerdo haber subido las escaleras, no recuerdo haber atravesado puertas, no recuerdo haber oído las órdenes de los agentes que me gritaban que esperara, que siguiera el protocolo. Solo recuerdo el impulso absoluto, irracional, de llegar hasta ella. De interponerme entre Candela y cualquier peligro que la amenazara. De convertirme en el escudo que nunca había permitido ser para nadie.

Cuando irrumpí en la habitación, la escena se grabó en mi retina como una fotografía eterna. Candela estaba sentada en una silla metálica, con las manos atadas detrás de la espalda, el pelo despeinado cayéndole sobre la cara. Tenía una pequeña herida en la sien, una gota de sangre seca que me hizo ver la vida en rojo. Pero estaba viva. Consciente. Y cuando me vio entrar, hizo algo que no esperaba: sonrió.

—Has tardado —dijo, y su voz sonó ronca pero firme—. Estaba empezando a pensar que habías elegido quedarte en casa viendo la tele.

Por un segundo, el alivio fue tan intenso que casi me río. Casi me eché a reír como un loco, allí de pie, con Tomás visiblemente sorprendido en la esquina de la habitación, con los agentes de policía entrando detrás de mí con armas desenfundadas. Casi río porque ella, encadenada, amenazada, herida, seguía siendo ella. Seguía teniendo ese sarcasmo impertinente que me había vuelto loco desde el primer día.

—La próxima vez que quieras tener una cita conmigo —continuó, mientras yo me acercaba a ella con pasos temblorosos, quitándome la chaqueta para cubrirle los hombros—, preferiría un restaurante. Con servilletas de tela. Y vino que no haya sido robado de un supermercado.

—Trato hecho —susurré, arrodillándome frente a ella, tomando su rostro entre mis manos para asegurarme de que era real, de que no era un espejismo, de que realmente estaba allí—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—Solo mi orgullo —respondió ella, y sus ojos se llenaron de lágrimas que no derramó—. Y quizás mi costado izquierdo. Me empujó contra la mesa. Pero nada que no cure un buen masaje y una botella de vino tinto.

La operación terminó rápidamente después de eso. Tomás, sorprendido por la irrupción, intentó escapar por una ventana trasera, pero los agentes lo interceptaron antes de que pudiera llegar a la calle. Lo vieron arrastrado, esposado, gritando amenazas vacías que ya no tenían poder sobre nosotros. Las pruebas de la grabación que Candela había conseguido, sumadas a los documentos que habíamos encontrado en la casa de mi infancia, eran más que suficientes. Mi carrera quedó limpia. Mi nombre fue restituido. La verdad, finalmente, salió a la luz.

Pero mientras salíamos del edificio, mientras el sol de la mañana nos golpeaba con una ironía cálida, comprendí que eso no era lo importante. No era lo que realmente contaba. Lo importante era que había enfrentado mi mayor miedo. El miedo a perder a alguien. Y había sobrevivido. Ella había sobrevivido.

Cuando salimos a la calle, donde las cámaras de televisión ya habían llegado, donde los periodistas gritaban preguntas que no escuchaba, donde el mundo observaba expectante, hice algo que nunca habría hecho antes. La cogí en mis brazos. Delante de todos. Sin importarme quién miraba, quién fotografiaba, quién juzgaba. La abracé con fuerza, enterré mi rostro en su pelo, inhalé su olor mezclado con el polvo del edificio abandonado y el miedo recién disipado.

—Te amo —dije, en voz alta, sin esconderme, sin protegerme, sin miedo—. Te amo, Candela. Con todo lo que soy y con todo lo que espero llegar a ser.

Ella se separó lo suficiente para mirarme a los ojos. Había cámaras filmándonos, flashes explotando, el caos mediático que tanto había temido durante años. Pero en ese momento, solo existían sus ojos verdes.

—Esta es la primera vez que haces algo verdaderamente valiente —dijo, y sonrió—. No salvar una vida. Sino dejar que alguien salve la tuya.

Después de la detención de Tomás, la vida empezó lentamente a volver a una normalidad que ya no reconocíamos. Los titulares fueron cambiando, pasando del escándalo a la redención, de la acusación a la absolución. El Hospital Clínico me ofreció disculpas formales y mi puesto de trabajo, aunque con la clara insinuación de que quizás sería mejor para todos si consideraba nuevas oportunidades profesionales. No les di una respuesta inmediata. Por primera vez en mi vida, no tenía prisa por decidir mi futuro laboral.

Candela y yo, sin embargo, no volvimos a ser exactamente los mismos. No podíamos serlo. Habíamos pasado por demasiado juntos. Habíamos visto los peores lados el uno del otro, mi control enfermizo, su impulsividad autodestructiva, y habíamos decidido, a pesar de todo, quedarnos. Eso cambiaba la naturaleza de nuestra relación de una forma profunda y permanente.

Ya no era solo pasión. No es que la pasión hubiera desaparecido, pues cada noche en su casa, o en la mía, o en cualquier lugar donde pudiéramos estar solos, demostrábamos que la química seguía siendo explosiva. Pero ahora había algo más. Compañerismo. Esa palabra que antes me habría sonado aburrida, incluso amenazante. La certeza de que podíamos sentarnos en silencio durante horas, cada uno con su trabajo, y sentirnos completos. La confianza de que podíamos discutir sin temor a que la discusión significara el fin. La elección diaria, consciente, de seguir eligiendo al otro.

Una tarde, dos meses después de que todo terminara, Candela terminó su novela. No me dejó leerla hasta que estuvo completamente escrita, hasta que Hugo la había revisado y dado su aprobación. Cuando finalmente tuve el manuscrito en las manos, vi que el título había cambiado. Ya no se llamaba *El Doctor Insoportable*. Ahora se titulaba *Contraindicado enamorarse*.

La leí en una sola noche. No dormí. No podía dejar de leer. Y me reconocí en cada página. No como el médico arrogante y perfecto que ella había planeado inicialmente, sino como un hombre roto que aprendía a abrirse, a confiar, a dejar de controlarlo todo. Y me reconocí en ella también. En la mujer que aprendía que amar no significaba perder la independencia, sino encontrar un compañero de armas para la vida.

Cuando Hugo volvió al trabajo, recuperado de sus heridas, aunque con una cicatriz permanente que le daba un aire de veterano de guerra, leyó el manuscrito final. Estaba sentado con nosotros en una terraza del Carmen, con un café delante, hojeando las últimas páginas con una expresión que no logré descifrar.

—Es tu mejor novela —dijo finalmente, cerrando el documento—. Y no digo esto porque esté basada en ti, Adrián. Digo esto porque, Candela, por fin has dejado de escribir sobre lo que crees que debe ser el amor y has escrito sobre lo que realmente es. Sucio. Complicado. Imperfecto. Y absolutamente digno de ser vivido.

Candela me miró, buscando mi reacción. Yo estaba demasiado emocionado para hablar. Así que simplemente cogí el manuscrito, hojeé al azar una página, y leí en voz alta un párrafo donde el protagonista masculino, un médico llamado Alejandro que tenía una sorprendente similitud conmigo, admitía que prefería quemar tortillas con la mujer que amaba a operar corazones perfectos sin ella.

Me reí. Una carcajada genuina que salió de lo más profundo de mi ser. Y me sentí orgulloso. Orgulloso de ser parte de su historia, de su arte, de su vida.

Pero todavía quedaba una decisión importante. Una que no podíamos posponer más.

Llegó en forma de dos correos electrónicos, en el mismo día, como si el universo hubiera decidido ponernos a prueba. El primero era para mí. Una oferta para dirigir un prestigioso programa médico internacional, con sede en Ginebra, dedicado a la formación de cirujanos cardiovasculares de países en desarrollo. La oportunidad de mi vida. El sueño que había perseguido durante años sin atreverme a nombrarlo. El problema: implicaba pasar seis meses fuera de Valencia, viajando constantemente, con base en Suiza.

El segundo correo era para ella. Una productora de cine de Los Ángeles quería adaptar sus novelas a una serie de películas. Con presupuesto millonario. Con actores de primera línea. Con la posibilidad de que Candela se trasladara temporalmente a Hollywood para supervisar los guiones. También podría cambiarle la vida. También implicaba distancia. También implicaba elección.

Por primera vez desde que nos conocíamos, no sabíamos qué hacer. No porque no nos amáramos. Eso estaba claro, más claro que nunca. El problema era exactamente ese: ahora el enemigo no era alguien externo. No era Tomás, ni Valeria, ni ninguna conspiración. Era elegir cómo construir un futuro juntos sin dejar de ser nosotros mismos. Sin que uno de los dos tuviera que sacrificar sus sueños por el otro.

Discutimos durante días. No peleamos. Discutimos. Con mapas abiertos sobre la mesa, con calendarios, con pros y contras. ¿Podía hacerse el programa médico a distancia parcialmente? ¿Podía Candela supervisar los guiones desde Valencia viajando puntualmente? ¿Estábamos locos por siquiera plantearnos mantener una relación a distancia cuando apenas llevábamos meses juntos?

—No quiero ser la razón por la que dejes de ser cirujano —dijo ella una noche, con la cabeza apoyada en mi pecho—. No quiero que envejezcas pensando que renunciaste a tu sueño por mí.

—Y yo no quiero ser la razón por la que dejes de escribir —respondí, besando su coronilla—. No quiero que mires atrás y veas que elegiste una vida pequeña cuando podías tener el mundo.

Nos quedamos en silencio, escuchando el latido del otro. Y entonces comprendí que estábamos en la recta final de nuestra historia. No la historia de la conspiración, ni de Tomás, ni de los enemigos externos. Nuestra historia. La pregunta ya no era si nos amábamos. Eso lo sabíamos con absoluta certeza. La pregunta era si sabíamos elegir una vida compartida sin destruir las vidas individuales que habíamos construido con tanto esfuerzo.

—Hay una tercera opción —dijo Candela de repente, incorporándose con ese brillo en los ojos que siempre precedía a sus ideas más locas—. Pero vas a pensar que estoy loca.

—Ya pienso que estás loca —sonreí—. Dime.

Y cuando me lo dijo, cuando escuché su propuesta, supe que era imposible, supe que era arriesgado, supe que era exactamente lo que íbamos a hacer.

Porque el amor, después de todo, no es encontrar a alguien perfecto. Es encontrar a alguien con quien atreverse a ser imperfecto juntos. Y nosotros, Candela y yo, estábamos listos para ser imperfectos, valientes y completamente inseparables.

El final de nuestra historia estaba por escribirse. Y por primera vez, no tenía miedo del final. Tenía miedo de que no llegara nunca.

Capítulo 35



Candela

La llamada llegó un martes por la mañana, cuando Adrián estaba de guardia en el hospital. Yo estaba en casa, intentando escribir y fallando estrepitosamente, cuando me envió un mensaje breve: «Tengo que hablar contigo. Es importante.»

Mi estómago se encogió. En mi experiencia, nada bueno venía precedido por esa frase. Pasé las siguientes cuatro horas imaginando escenarios catastróficos: que le habían encontrado algo en los análisis, que le destituían del cargo, que su madre había decidido visitarnos durante tres meses seguidos.

Cuando llegó a casa, la expresión de su rostro no me tranquilizó. Estaba cansado, siempre estaba cansado después de las guardias, pero había algo más. Una tensión en la mandíbula que reconocía de cuando se debatía entre lo correcto y lo que deseaba.

—Es el programa internacional —dijo, dejando las llaves sobre la mesa de la entrada—. Me han seleccionado. Ginebra. Seis meses, posiblemente un año.

Debería haberlo visto venir. Llevaba meses hablando de esa convocatoria, de aquel prestigioso programa de investigación médica que solo aceptaba a tres médicos de toda Europa. Era exactamente el tipo de oportunidad por la que Adrián había trabajado toda su vida.

Y debería haberle dicho enseguida que me alegraba por él. Que era fantástico. Que se lo merecía.

Pero lo que salió de mi boca fue:

—¿Cuándo te vas?

Me miró con esos ojos oscuros que había aprendido a leer como si fueran páginas de un libro favorito. Había sorpresa allí, sí, pero también algo que no esperaba: alivio.

—No he aceptado todavía —dijo.

—¿Por qué no?

Adrián se sentó en el sofá, despacio, como si el gesto le costara años. Yo me quedé de pie junto a la ventana, con la luz de la tarde entrando a raudales, iluminando el polvo flotando en el aire.

—Porque antes —dijo—, esto era solo mío. Mi carrera. Mi decisión. Mi sacrificio. Ahora... —hizo una pausa, buscando las palabras—. Ahora hay una casa con patio. Hay dos gatos que me ignoran sistemáticamente pero que de alguna manera se han convertido en mi responsabilidad. Hay libros por todas partes, y una taza rosa en el armario que es tuya, y una manta en el sofá que huele a ti. Hay noches en las que hablamos hasta quedarnos dormidos y yo me despierto con el cuello torcido y no me importa.

Su voz se quebró apenas.

—Hay noches en las que me despierto y compruebo que sigues ahí. Y ahora no sé si puedo irme durante seis meses y volver y que sigas estando.

Me quedé muda. Porque en todos los escenarios que había imaginado, en toda la catástrofe que había construido en mi cabeza, nunca había contemplado esto: que Adrián Ferrer Montesinos, el hombre que había entrado en mi vida como un vendaval ordenado y estructurado, estuviera tan perdido como yo lo había estado tantas veces.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté.

Adrián me miró como si le hubiera hablado en chino mandarín.

—¿Qué?

—Te he preguntado qué quieres hacer. No qué deberías hacer. No qué sería más conveniente para tu carrera. No qué esperan de ti en el hospital. Te he preguntado qué quieres tú.

Se quedó en silencio. Un silencio tan largo y denso que pude oír el tic-tac del reloj de la cocina, el ronroneo distante de alguno de los gatos, el murmullo de la calle a través de las ventanas entreabiertas.

—No lo sé —dijo finalmente.

Se levantó y caminó hasta la ventana, quedándose de espaldas a mí. Vi cómo se tensaban los hombros bajo la camisa arrugada de la guardia, cómo sus manos se cerraban en puños y volvían a abrirse.

—Durante años —continuó—, nadie me ha preguntado eso. Siempre ha sido: ¿qué necesita el hospital? ¿Qué necesitan los pacientes? ¿Qué espera la gente de ti? ¿Cuál es el siguiente paso lógico en tu carrera? Nunca... —se giró, y sus ojos tenían una vulnerabilidad que me partió el alma—. Nunca nadie me ha preguntado qué quiero yo.

Me acerqué a él. Despacio, dándole tiempo a retirarse si lo necesitaba. Pero Adrián no se movió. Me quedé a centímetros de su pecho, mirándole a los ojos.

—Yo no me enamoré de un hombre que renuncia a sus sueños —dije, y mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Me enamoré de un hombre apasionado. De alguien que se emociona hablando de una nueva técnica quirúrgica como otros se emocionan hablando de fútbol. De alguien que tiene una vocación, no solo un trabajo.

—Pero...

—Pero nada —lo interrumpí, pero suavemente—. Yo tampoco quiero abandonar mi carrera, Adrián. He recibido una propuesta para adaptar mi novela al cine. Una productora de Hollywood. Imagínate la locura.

Sus ojos se iluminaron, solo un segundo, antes de que la preocupación volviera.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a hacer lo que tú deberías hacer —dije—. Voy a elegir. No a sacrificarme. No a renunciar. Voy a encontrar una manera de tener ambas cosas, o al menos de no perderme a mí misma en el proceso.

Adrián me miró como si nunca me hubiera visto. Quizás no me había visto así, con esta determinación que sentía crecer en mi pecho como algo tangible.

—El amor no puede ser una jaula —continué—. Ni para ti ni para mí. No quiero que te quedes y dentro de cinco años me mires y me odies por haberte impedido ir a Ginebra. Y no quiero irme a Hollywood y perderte en el camino.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Afrontamos el problema juntos —dije, y cogí su mano, entrelazando nuestros dedos—. No uno contra otro. Juntos.

Esa noche, después de que Adrián se durmiera, agotado, con la cabeza apoyada en mi hombro, me quedé despierta mirando nuestra casa.

La casa que había sido suya antes de conocerme. Había entrado en ella por primera vez hacía ya tiempo, y la había encontrado perfecta e impersonal. Ordenada como una revista de decoración. Limpia como un quirófano.

Ahora había libros míos apilados en la mesa del salón. Una taza rosa con un chip en el borde que me negaba a tirar. Una manta de lana sobre el sofá que había comprado en un mercadillo. Los gatos habían colonizado el sillón favorito de Adrián, dejando pelos que él fingía no ver.

Pequeños desórdenes que significaban vida.

Miré a Adrián dormido. La línea recta de su nariz, la forma en que fruncía el ceño incluso en sueños, como si estuviera debatiendo algún dilema médico. Pensé en lo que había dicho antes: que no tenía miedo de irse, sino de volver y que yo ya no estuviera.

Yo tampoco tenía miedo de que él se fuera. Tenía miedo de que se fuera y descubriera que no necesitaba volver.

Pero eso era el amor, ¿no? El riesgo de confiar en que el otro quería quedarse. De creer que valías la pena.

La propuesta de Hollywood llegó formalmente tres días después. Un email de una productora con un nombre impronunciable y un presupuesto que me hizo marearme.

Todo escritor sueña con algo así. Con ver su historia en la gran pantalla, con actores interpretando a personajes que nacieron de tu cabeza, con millones de personas conociendo algo que creaste.

Pero cuando leí el contrato, sentí una presión enorme en el pecho.

Porque la historia estaba inspirada en mi vida. En nosotros. En cómo nos odiamos al principio, en cómo nos enamoramos a pesar de todo, en cómo encontramos una manera de ser nosotros sin dejar de ser individuos.

Nunca admitiría públicamente cuánto de nosotros había en aquella novela. Pero estaba ahí, entre líneas, en cada escena de discusión que era en realidad un baile de seducción, en cada momento de ternura disfrazado de enfado.

Mireia vino a casa esa tarde, trayendo vino y su sonrisa de complicidad.

—Estás viviendo el argumento perfecto de una novela romántica —dijo, brindando conmigo en la cocina—. Médico guapo, escritora exitosa, dilemas existenciales, propuestas de Hollywood... ¿Dónde está el conflicto? ¿Dónde está el villano?

—El villano somos nosotros —respondí, bebiendo un sorbo de vino —. Nuestras propias inseguridades. Nuestros miedos a no ser suficientes.

—Qué poético.

—Preferiría que las novelas tuvieran menos problemas y más desayunos tranquilos —dije, y era cierto—. Preferiría que Adrián y yo discutiéramos sobre qué película ver en lugar de si nuestros sueños profesionales nos van a separar.

—Pero entonces no seríais vosotros —dijo Mireia, simplemente.

Y tenía razón.

Mientras preparaba notas para la adaptación, empecé a reflexionar sobre quién era antes de Adrián. Recordaba a esa mujer que desconfiaba del amor, que había construido muros tan altos que ella misma no podía ver más allá. La que pensaba que los hombres como él, ordenados, estructurados y aparentemente perfectos, solo podían hacer daño.

Ahora entendía que el problema no era enamorarse.

Era elegir mal.

Adrián nunca intentó cambiarme. Nunca me pidió que fuera menos intensa, menos impulsiva, menos... yo. Al contrario. Le encantaba precisamente eso. Mi caos le fascinaba tanto como su orden me fascinaba a mí.

Cuando Adrián me contó su decisión, estábamos en la cama, un sábado por la mañana. Los gatos habían conquistado el espacio entre nosotros, y el sol entraba a raudales por las cortinas que nunca cerrábamos del todo.

—He hablado con el hospital —dijo, acariciando distraídamente a Turing, el gato negro—. Y con los organizadores del programa de Ginebra. Hay una opción de hacerlo en periodos más cortos. Tres meses ahora, tres dentro de un año. No es ideal, pero...

—Pero te permite hacer el programa y mantener tu vida aquí —terminé por él.

Asintió.

—Y tú —preguntó—, ¿qué has decidido sobre Hollywood?

Cogí aire. Había pasado días dándole vueltas, preguntándome si estaba preparada para ver nuestra historia convertida en un producto, si podía soportar la pérdida de control que implicaba una adaptación.

—Voy a aceptar —dije—. Pero con condiciones. Conservo derechos de aprobación sobre el guion. Y sigo escribiendo. No voy a dejar que una película, por grande que sea, borre la vida que construí. No voy a convertirme en alguien que solo existe cuando las cámaras están encendidas.

Adrián sonrió. Esa sonrisa lenta que había aprendido a amar, la que empezaba en una comisura y tardaba segundos en llegar a los ojos.

—Has aprendido a elegir —dijo.

—Y tú también —respondí.

No era orgullo lo que sentía, al menos no solo. Era algo más profundo. El reconocimiento de que estábamos creciendo juntos, sin perdernos en el camino.

Esa noche invitamos a mi padre y Mireia a cenar. Cociné pasta y Adrián abrió una botella de vino que guardaba para ocasiones especiales.

Mi padre brindó por nosotros, levantando su copa con esa teatralidad que solo él podía permitirse.

—Tardasteis demasiado en daros cuenta —dijo, mirándonos alternativamente—. Os llevasteis tiempo de discusiones innecesarias.

—Protesto —dije, riendo—. Las discusiones fueron necesarias.

—Absolutamente —corroboró Adrián, y su mano encontró la mía bajo la mesa—. Porque si nos hubiéramos gustado desde el principio, ella nunca habría descubierto lo divertido que era discutir conmigo.

—¿Divertido? —repetí, arqueando una ceja.

—Admitámoslo, doctora Navarro —dijo, usando mi apellido de aquella manera que siempre me hacía estremecer—. Discutir es la segunda cosa más divertida que hacemos.

Mireia se rio, mi padre puso los ojos en blanco y yo sentí que me ruborizaba, y no era solo por el vino.

Después de cenar, cuando mi padre y Mireia se fueron y nos quedamos solos recogiendo la mesa, Adrián me cogió por la cintura y me atrajo hacia él.

—Gracias —dijo, simplemente.

—¿Por qué?

—Por preguntarme qué quería. Por no asumir que tenía que sacrificar mi carrera por nosotros. Por no dejarme sacrificarla.

Apoyé la cabeza en su hombro, inhalando su olor familiar. Jabón, desinfectante hospitalario, algo que solo era él.

—Gracias a ti —dije—. Por enseñarme que el amor no es una jaula. Que podemos tener ambas cosas.

Cuando nos acostamos esa noche, con la casa en silencio y los gatos ronroneando en algún rincón, miré al techo y pensé en los finales felices.

Durante años había escrito sobre ellos. Princesas que encontraban a su príncipe, detectives que resolvían el caso y besaban a la chica, familias que se reunían en Navidad con la nieve cayendo fuera.

Siempre había pensado que los finales felices eran perfectos. Que el amor borraba todos los problemas, que la vida se volvía fácil, que el «Y vivieron felices para siempre» significaba que no había más conflictos.

Ahora entendía que me había equivocado.

Los finales felices no son perfectos. No son la ausencia de problemas ni la garantía de que todo será fácil siempre.

Son simplemente aquellos donde quieres quedarte.

Donde eliges quedarte, día tras día, incluso cuando es difícil. Donde encuentras a alguien con quien discutir sobre qué película ver, y sobre si ir a Ginebra o quedarse, y sobre quién olvidó comprar leche, y sobre todo lo grande y pequeño que compone una vida.

Donde alguien te pregunta qué quieres, y tú finalmente sabes responder.

Donde hay pequeños desórdenes que significan vida.

Miré a Adrián dormido a mi lado. Su rostro relajado, su respiración profunda y regular. Pensé en los meses que vendrían, en los desafíos, en las despedidas temporales en aeropuertos, en las reuniones en las que nos diríamos «Te he echado de menos» como si fuera la primera vez.

Y supe, con una certeza que me llenó de calor, que este era mi final feliz.

No perfecto.

Simplemente aquel donde quería quedarme.

Epílogo



Adrián

Seis años después, todavía discutíamos sobre quién había olvidado comprar la leche.

No era exactamente el final que habría imaginado cuando era más joven, aquel que creía en los finales felices perfectos y sin fisuras. Pero era el nuestro. Y eso lo hacía mejor que cualquier fantasía.

Los meses siguientes a nuestra decisión, aquella noche en la que ambos elegimos quedarnos, elegimos intentarlo, fueron una prueba. No porque dejáramos de querernos. Eso nunca estuvo en cuestión. Sino porque aprender a compartir una vida real es infinitamente más complicado que enamorarse.

Yo viajaba a Ginebra en los periodos acordados, tres meses inicialmente, luego otros tres al año siguiente. Candela tenía reuniones en Madrid, en Barcelona, a veces en Londres o en Nueva York cuando la adaptación cinematográfica entró en fase de producción. Ambos teníamos días malos. Momentos de cansancio que nos convertían en versiones irascibles de nosotros mismos.

Discutíamos sobre cosas absurdas. Sobre que ella dejaba libros abiertos en todas las superficies de la casa, como si estuviera marcando territorio con historias a medio terminar. Sobre mi obsesión por colocar los cojines de un modo específico en el sofá, un ritual que ella encontraba clínicamente preocupante y que yo defendía como estándares mínimos de civilización.

Pero habíamos aprendido algo crucial, algo que ninguno de los dos había sabido antes: las discusiones no significaban el final.

Significaban que dos personas imperfectas estaban intentando encajar. Que dos mundos distintos, su caos creativo y mi orden estructurado, encontraban una manera de coexistir sin destruirse mutuamente.

Descubrí que podía hablar. Decir cuando algo me preocupaba sin sentir que estaba fallando en mi papel de hombre fuerte. Pedir ayuda cuando el peso de la investigación, de los pacientes, de la distancia, se volvía demasiado.

Fue Candela quien me enseñó eso. Una noche, durante mi segunda estancia en Ginebra, llamé a las tres de la mañana, hora española. Ella respondió al segundo tono, con la voz ronca de sueño, y yo simplemente… no pude fingir que estaba bien.

—*Extraño nuestra casa* —dije, y mi voz sonó extraña, vulnerable—. *Extraño que estés ahí cuando llego. Extraño discutir contigo sobre los cojines.*

Ella se rio, aquella risa áspera que tanto me gustaba, y respondió:

—*Yo extraño que me dejes la tapa del váter bajada. Nunca pensé que diría esto, pero lo extraño. Eres el único hombre que conozco que hace eso, doctor Ferrer.*

Reímos juntos, a través de los kilómetros, y algo se aflojó en mi pecho. Esa noche entendí que no tenía que ser perfecto. Que podía ser simplemente… yo. El hombre que extrañaba a su mujer y sus rutinas domésticas.

Candela, por su parte, descubrió que no necesitaba demostrar constantemente que era fuerte. Que podía dejarme cuidarla, que podía mostrarme sus miedos sin sentir que estaba traicionando su independencia.

Una noche, después de una semana especialmente complicada en la que yo acababa de volver de Suiza y ella había tenido una reunión catastrófica con los productores de Hollywood, tomé una decisión impulsiva. Algo que nunca hacía.

Cogí un vuelo sin avisarla. Llegué a Valencia a las once de la noche, con una maleta pequeña y un ramo de flores que había comprado en el aeropuerto con culpa por el cliché.

Abrí con mi llave y la encontré en el salón. Pijama con agujeros, mascarilla facial de color verde que la hacía parecer extraterrestre, pelo recogido en un moño que desafiaba las leyes de la gravedad, gafas de lectura caídas sobre la nariz.

Parecía un desastre adorable. Sonreí. No pude evitarlo.

Candela abrió los ojos como platos, la mascarilla agrietándose con el gesto.

—*¿Acabas de sonreír al verme así?* —preguntó, incrédula—. Parezco una bruja.

—*Es mi aspecto favorito de ti* —respondí, y era verdad.

Ella frunció el ceño, sospechosa.

—*¿Por qué?*

—*Porque es el único que nadie más conoce* —dije, dejando las flores sobre la mesa y acercándome a ella—. *La escritora famosa, la mujer de las entrevistas, la autora bestseller… esa la conoce todo el mundo. Pero esta, la que lleva pijamas agujereados y mascarillas ridículas, la que discute con los gatos y deja libros por todas partes… esta solo la conozco yo.*

La emoción brilló en sus ojos. No por lo romántico del gesto. Candela siempre había sido escéptica sobre el romanticismo tradicional. Sino porque entendió lo que realmente significaba: que yo amaba la versión real de ella. No la imagen pública. No la escritora aclamada. Solo a Candela. Con todos sus desórdenes y contradicciones.

Su novela se publicó seis meses después de aquella noche. El título sorprendió a todos, incluido yo. *Diagnóstico: tú*.

Hugo, su agente, había predicho que sería un éxito. Tenía razón, aunque nunca se lo reconocí del todo porque seguía sin soportar su aire de suficiencia.

Los lectores conectaron con la historia porque no era una fantasía perfecta. Era nuestra historia, disfrazada de ficción, sobre dos personas difíciles que aprenden a quererse sin dejar de ser ellas mismas. Sobre un médico ordenado y una escritora caótica que se odian, luego se desean, luego se eligen.

La prensa empezó a interesarse por la inspiración real del libro. Candela se volvió experta en eludir preguntas, en sonreír misteriosamente y en cambiar de tema. Decía que toda ficción tiene elementos de realidad, pero que la magia estaba en saber dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Yo me convertí accidentalmente en protagonista de entrevistas. Algo que odiaba con la intensidad de mil soles. Los periodistas querían saber si yo era el doctor del libro, si nuestra historia real coincidía con la ficción, si era tan estirado y adorable como el personaje.

Candela se divertía enormemente con mi incomodidad. Me recordaba constantemente que ahora millones de lectoras imaginaban al doctor protagonista, que había foros de internet discutiendo si era más sexy en el libro o en la vida real.

—*Solo me interesa una lectora* —respondía siempre, mirándola a los ojos—. *Y ella ya sabe cómo soy en la vida real. Incluyendo mis manías con los cojines.*

El éxito profesional de ambos creció exponencialmente. Pero con él llegó la presión. Apareció la posibilidad de mudarnos temporalmente a Madrid durante la producción de la película. Una oportunidad enorme para su carrera, una complicación enorme para la mía.

La idea generó tensión. Porque Valencia era nuestro hogar. La ciudad donde todo había empezado. Donde nos habíamos odiado, deseado, enamorado. Donde habíamos construido algo real.

Una noche, cuando la discusión sobre Madrid amenazaba con convertirse en algo más grave, fuimos a pasear por la playa. Caminamos en silencio durante largo rato, el sonido de las olas amortiguando nuestras tensiones.

Fue allí donde recordé nuestra primera discusión. Aquella en la casa de Vicente, cuando ella me había mirado con desprecio y yo la había juzgado superficial. Recordé nuestro primer beso, torpe y desafiante. La primera vez que admitimos que teníamos miedo.

—¿*Volverías a elegirme?* —pregunté de repente—. *Sabiendo todo lo que hemos pasado. Los viajes, la distancia, las discusiones sobre los cojines. ¿Volverías a elegir esto?*

Candela se detuvo. El viento de la playa agitaba su pelo, y la luz de la luna hacía que sus ojos brillaran de una manera que todavía me detenía el aliento.

—*Probablemente volvería a odiarte primero* —dijo, y sonrió—. *Es inevitable, somos demasiado diferentes para caernos bien a la primera.*

Reí, porque era cierto.

—Pero —añadió, tomando mi mano—, acabaría aquí otra vez. Contigo. En Valencia. En nuestra vida imperfecta.

No había mejor declaración de amor que esa.

Tomé una decisión esa misma noche. Rechacé la oferta de liderar un proyecto internacional en París que me habían presentado hacía semanas. No porque no fuera prestigiosa, que lo era, sino porque había descubierto algo importante: no quería convertirme en alguien que vivía para impresionar a otros.

Acepté en cambio liderar un nuevo proyecto médico en Valencia. Combinaba investigación y atención al paciente, creaba algo desde cero en mi ciudad. Era menos prestigioso internacionalmente, menos fotogénico para mi currículum. Pero era más mío. Más nuestro.

Lucas se burló de mí cuando le conté. Dijo que finalmente había aprendido a tener vida, que me había convertido en un caso perdido de domesticación amorosa.

Le dije que se callara y me invitó a una cerveza.

Pero lo más significativo fue mi conversación con Vicente. Habíamos ido evolucionando de la tensión inicial a una especie de entendimiento silencioso. Esa noche, después de cenar en casa, me pidió que habláramos a solas.

—*Durante años* —dijo, mirando su copa de vino—, *vi a Candela construir personajes fuertes, independientes, que no necesitaban a nadie. Pensé que era su estilo literario. Luego entendí que ella necesitaba sentirse fuerte porque tenía miedo de ser vulnerable.*

Hizo una pausa, y cuando me miró, sus ojos tenían una emoción contenida.

—Ahora veo que ya no lo necesita. No porque haya dejado de ser fuerte, sino porque tiene a alguien que camina a su lado. Alguien a quien puede mostrarse débil sin sentir que va a desaparecer.

Guardé esa frase en el lugar más preciado de mi memoria. Porque sabía que era verdad. Y porque representaba todo lo que habíamos construido.

Esa noche, cuando volví a casa, Candela estaba escribiendo. Tenía el pelo recogido de cualquier manera, una taza de café frío a su lado, y murmuraba palabras en voz alta probando diálogos.

Le pregunté si algún día dejaría de crear historias sobre nosotros.

Ella ni siquiera levantó la vista de la pantalla.

—Cuando dejes de darme material —respondió—. *Así que probablemente nunca.*

Sonreí. Porque sabía que tenía razón.

El último capítulo de esta historia, de nuestra historia, nos encuentra donde todo empezó. La casa baja de Valencia. El patio. El limonero que ahora daba frutos que usábamos para hacer limonada los domingos. La mesa de madera donde seguíamos discutiendo.

Pero ahora había dos tazas de café en la mesa. Dos cepillos de dientes en el baño. Dos vidas mezcladas de tal manera que ya no sabíamos dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Candela terminó una nueva novela ese año. No sobre nosotros, insistía ella. Sobre una pareja completamente diferente, en una ciudad diferente, con problemas diferentes.

Aunque Mireia insistía en que todos sus protagonistas masculinos tenían algo mío, mi forma de fruncir el ceño, mi obsesión por el orden, mi manera de decir estructuralmente incorrecto cuando algo no me gustaba.

Candela lo negaba vehementemente. Yo leí la última página y le dije que reconocía claramente mi sarcasmo en los diálogos del protagonista.

—*Tú reconoces demasiado* —respondió ella—. *Te pareces mucho a ese personaje.*

—*¿Demasiado?*

—*Lo suficiente como para que millones de lectoras se enamoren de él* —dijo, sonriendo—. *Y luego se decepcionen cuando descubran que el original es aún más estirado.*

Pasaron dos años desde que nos conocimos. Dos años desde que pensábamos que éramos enemigos. Ahora sabíamos que la persona que más te irrita puede ser la que más te entiende. Que el caos y el orden pueden bailar juntos sin destruirse.

Un día, propuse una escapada improvisada.

Candela levantó una ceja, sospechosa.

—*¿Incluye planificación?*

—*Ninguna.*

—*¿Reserva de hotel?*

—*Decidiremos sobre la marcha.*

—*¿Ruta establecida?*

—*No existe.*

Me miró con esos ojos que habían aprendido a leerme como a nadie.

—*Estás enfermo* —dijo—. *Debería llevarte al hospital.*

Nos reímos. Y salimos de casa mientras discutíamos sobre dónde cenar, exactamente como habíamos empezado. Porque seguíamos siendo nosotros. Seguíamos discutiendo, provocándonos, desafiándonos.

Pero ahora sabíamos que algunas guerras merecían la pena. Especialmente aquellas que terminaban encontrando un hogar.

Candela Navarro tenía treinta y ocho años. Era una de las escritoras románticas más reconocidas de España, traducida a veinticinco idiomas, ganadora de premios que fingía no importarle mientras los colocaba estratégicamente en la estantería del salón.

Pero su mayor éxito seguía siendo la historia que nunca quiso escribir: la nuestra.

Yo tenía cuarenta y seis años. Continuaba siendo cirujano, ahora con un equipo propio en Valencia, formando a residentes que me miraban con la misma mezcla de respeto y terror que yo sentía de joven.

Pero ya no era el hombre solitario que vivía en una casa perfecta. Ahora esa casa tenía ruido. Risas. Juguetes esparcidos por el suelo. Libros apilados en torres peligrosas. Vida.

Teníamos dos hijos. Valentina, de cinco años, que era igual que Candela: impulsiva, creativa y capaz de discutir sobre por qué el cielo debería ser rosa en lugar de azul con una convicción que hacía temblar a los adultos. Y Samuel, de tres años, que era mi clon: observador, ordenado, que ya colocaba sus juguetes por colores y me miraba con expresión de reproche cuando Candela dejaba los cubiertos en el fregadero.

Habíamos construido una familia a nuestra manera. Imperfecta, ruidosa, caótica y maravillosa.

Vicente seguía apareciendo sin avisar, ahora con comida para cuatro en lugar de para dos, con regalos para los niños que los volvían locos y a nosotros locos de preocupación. Mireia seguía intentando organizar el caos de Candela, fracasando estrepitosamente pero riendo en el intento. Lucas seguía burlándose de mí por estar completamente enamorado, aunque ahora su burla tenía un toque de envidia que él nunca admitiría.

Esta tarde, seis años después de aquel primer encuentro, encontré a Candela leyendo una de sus propias novelas en el patio. Los niños dormían la siesta, los gatos ronroneaban bajo el limonero, y el calor de Valencia hacía que todo pareciera moverse en cámara lenta.

Le pregunté si todavía creía que los escritores no entendían el amor.

Ella cerró el libro y me miró. Había canas en sus sienes que no tenía antes, líneas de expresión alrededor de los ojos que se hacían más profundas cuando reía. Era más hermosa que nunca.

—Creo que algunos escritores entienden demasiado —respondió.

Sonrió. Y supe que estaba pensando en nosotros. En nuestra historia imperfecta, real, complicada y absolutamente nuestra.

Estábamos en el patio. El mismo limonero de siempre, ahora más alto y frondoso. La misma ciudad, con su calor sofocante y su luz cegadora. El mismo nosotros, aunque diferentes.

Candela se recostó en la hamaca, con un libro olvidado sobre el regazo, mirando el cielo azul intenso de Valencia.

Me senté a su lado, en el suelo, con la espalda contra el tronco del limonero. Era una posición incómoda que nunca habría soportado años atrás. Ahora me parecía perfecta.

—¿Sabes qué diagnóstico tenía desde el principio? —pregunté de repente.

Candela arqueó una ceja, intrigada. Ese gesto suyo que todavía me hacía sonreír.

—¿Cuál?

Sonreí. La sonrisa lenta que ella decía que había aprendido de ella.

—Que estaba perdido —dije—. Desde el momento en que te vi. Desde que discutimos sobre literatura sin saber que estábamos coqueteando. Estaba perdido, Navarro. Sin remedio. Sin posibilidad de recuperación.

Ella se rio, aquella risa que había llegado a conocer mejor que mi propia voz.

—¿Y la cura? —preguntó—. ¿Cuál era el tratamiento, doctor?

Me levanté y me acerqué a la hamaca. Me incliné sobre ella, apoyando las manos a cada lado de su cuerpo, atrapándola en un espacio que solo era nuestro.

—Encontrarte —dije, simplemente—. Esa fue siempre la cura. Eres tú.

Y esta vez ninguno de los dos discutió.

Porque algunas historias empiezan con una guerra. Con dos personas que se odian, se desafían, se provocan. Pero las mejores terminan, o, mejor dicho, continúan, con alguien a quien elegir todos los días.

Con alguien con quien discutir sobre dónde cenar, y sobre quién olvidó la leche, y sobre por qué los cojines deben estar en un orden específico.

Con alguien que te ve en pijama y mascarilla facial y sonríe porque es su aspecto favorito de ti.

Con alguien que camina a tu lado sin intentar cambiarte, solo eligiéndote una y otra vez.

Candela cogió mi rostro entre sus manos y me besó. El sol de Valencia brillaba sobre nosotros, el olor del limonero impregnaba el aire, y los niños empezaban a despertarse de la siesta en algún lugar de la casa, anunciando el caos de la tarde.

Era perfecto. No porque fuera perfecto sino porque era real.

Y era nuestro.

RRSS:
Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
X: @ChicasTribu
